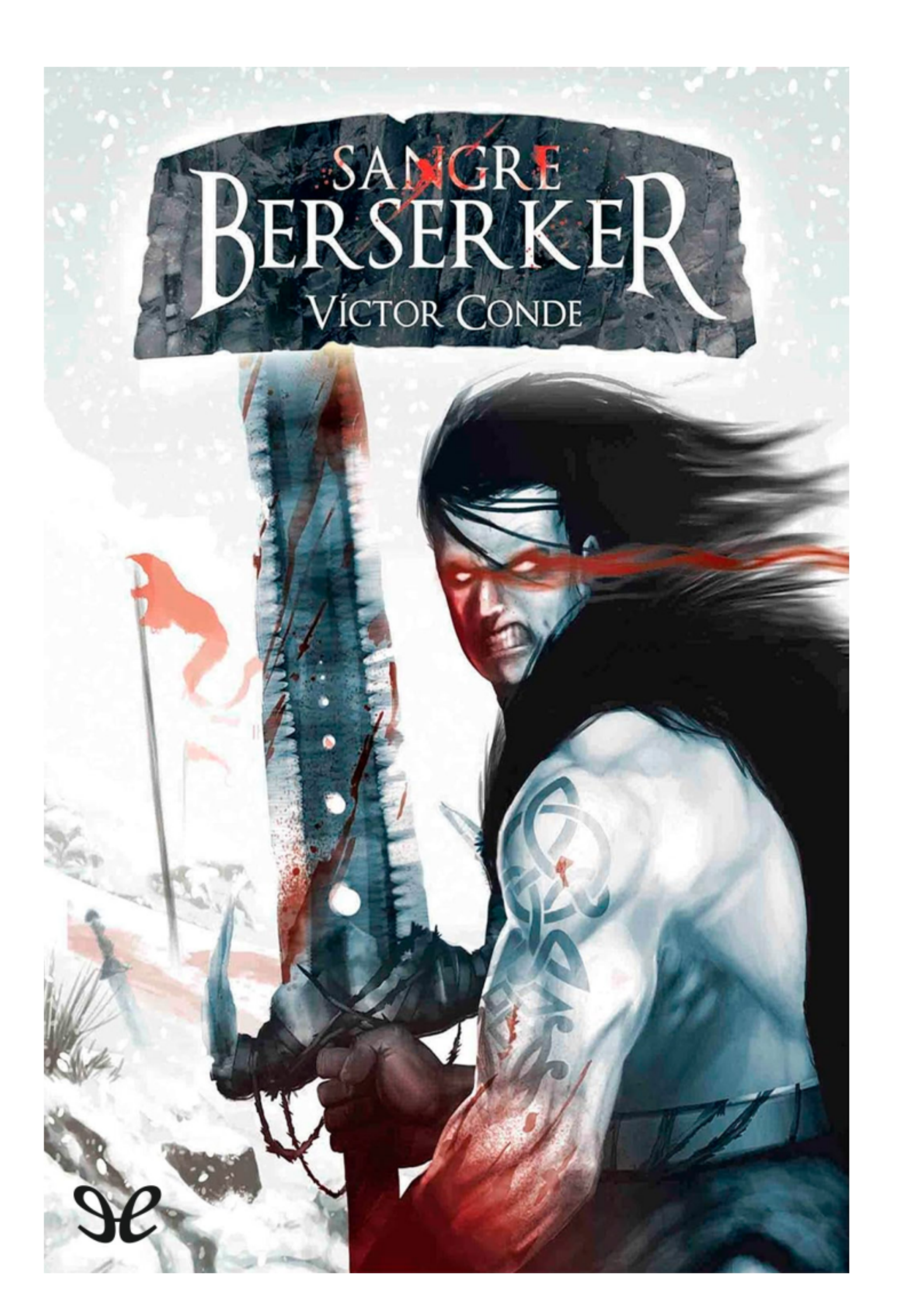

SANGRE
BERSERKER
VÍCTOR CONDE

Sangre. Muerte. Destrucción. Estos eran los mandamientos del Tótem de la Furia, la ley que regía el mundo en los tiempos de los herederos de Walys y las ciudades de alabastro. Pero el mundo cambió, y la llamada de los antiguos espíritus dejó de escucharse. Lo que antaño fueron verdades cayeron paulatinamente en el olvido, y los hechos de los campeones que caminaban como bestias se transformaron en leyendas. Pero aún quedan algunos de ellos, vivos, escondidos en los rincones más remotos del mundo, esperando a que regresen sus arcaicos dioses, y con ellos, el momento de iniciar el nuevo ciclo del Tótem de la Furia.

Víctor Conde

Sangre berserker

ePub r1.0

Titivillus 15.10.2024

Título original: *Sangre berserker*
Víctor Conde, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Luis, mi hermano, que siempre creyó en la Fantasía.

La tierra fría duerme debajo
Por encima el frío cielo resplandece
Con un sonido aterrador
Desde cuevas de hielo y campos de nieve
El aliento de la noche fluye como la Muerte
Bajo la Luna menguada…

Percy Bysshe Shelley, *La fría tierra dormía.*

Prólogo
La isla del fin del mundo

Mi padre (mi verdadero padre, no el que me dio la vida, sino el que me inculcó el conocimiento, el que me habló de las verdades ocultas tras el cielo) me dijo una vez que los hombres habíamos venido al mundo a aprender, pero que nacíamos equivocados. Vivíamos existencias erróneas por causa de nuestras dudas y moríamos en un sinsabor de ignorancia. El hombre estaba destinado a no vislumbrar nunca la sabiduría, por más que fuese su objeto de deseo, ya que de hacerlo dejaría de ser imperfecto, y los únicos que pueden prescindir de taras en la Creación son los dioses.

Vivimos sumidos en la ignorancia, sí… y quienes nos creemos los más sabios de todos estamos más engañados que nadie. Yo lo sabía cuando abandoné los cómodos muros de Velmisia para viajar al confín de las tierras conocidas en busca de los últimos bárbaros. Los últimos recovecos de brutalidad y primitivismo que aún podían encontrarse allende nuestras fronteras. Porque los necesitábamos como al mismo aire que llenaba de orgullo nuestros pulmones. El mismo aire que jamás saldría de ellos para admitir que los inurios dependíamos de una sabiduría extinta para subsistir, para gobernar, para sanar nuestras inconfesables heridas.

Dependíamos de algo que queríamos erradicar para siempre, que deseábamos aplastar con el tacón de hierro de nuestras botas, para ser quienes éramos.

De muchas cosas fui testigo en aquellos días. A muchos enemigos combatí y de bastantes verdades de las que creía estar convencido tuve que abjurar. No, no fue una época fácil, ni para mí como persona, ni para el país que me había acogido en su seno. Ni siquiera para la fe que con tanta pasión profesaba. Tenéis que comprenderme, era fácil mirar al mundo entonces y decir: mirad

qué jóvenes son aún las cosas y los años, los ideales de los hombres y los misterios de los dioses. Aún resonaban ecos de los Albores, cuando los abismos bostezaban y los vientos bulliciosos se dedicaban a delinear los perfiles de la tierra. O tal vez era yo quien, en el cénit de mi vida, y creyéndome el más poderoso de los sacerdotes de Exerpes, afirmaba poder oírlos.

Fue en primavera cuando la columna de sacerdotes armados abandonó la tranquila seguridad de las ciudades y se internó en los paisajes del Este, la campiña cubierta de navajas de hierba, el cielo teñido de gris y cobre. El mar se intuía en la distancia, y aunque yo no había estado nunca en aquella costa, me hablaron largo y tendido de la isla que queríamos ver, y del poblado de pescadores que subsistía frente a ella.

Madhen, se llamaba la isla, y Madhen era el nombre que yo había oído en las canciones de los bardos. Las que hablaban de los días en que orgullosos países como el nuestro se alzaron en armas para proteger su cultura de los ejércitos del sur, de sus dioses primitivos y sus horribles costumbres. Los Días de la Furia, los llamaban, y aunque poco había quedado de ellos más allá de la métrica de los juglares (unas gestas que podían ser medio exageración, medio mentira), demasiadas fosas comunes daban fe del sufrimiento de nuestra gente. Miles murieron entonces, sombras temibles surgieron de oscuros baluartes, y riachuelos rojos corrieron durante meses por valles que antes habían estado secos. El arpa cantó, sí, pero también la espada, y la lanza, y el martillo y el escudo.

Pero lo más triste de todo fue que, aunque finalmente alcanzamos la victoria, no pudimos hacerlo solos.

Madhen… el nombre se negó a desprenderse de mi lengua durante todo el viaje. Era una cuña de roca y vegetación que surgía del mar, rodeada por una trencería de islotes pequeños. Ningún colono había puesto jamás los pies en ella, y aun así se decía que no estaba deshabitada. Los hermanos que habíamos enviado como avanzadilla nos contaron cosas inquietantes, como que los pueblerinos de Kátobras (el enclave costero hecho de casas aéreas, edificadas sobre pilares) afirmaban haber visto fogatas destellar en la noche oscura, allá en la isla. O haber oído espantosos cánticos que solo podían provenir de gargantas humanas, entonando himnos

en idiomas que ya no existen y llamando a dioses que quizás se extinguieron con ellos.

Sí, la isla estaba habitada, pero no por nuestra gente. Y esa era una de las cosas que más temía de la misión que me había sido encomendada, a pesar de saberme con el favor de Exerpes de mi lado, y con la fuerza de la santa milicia para respaldarme.

Llegamos a la costa al anochecer del décimo día. Vi la negra silueta de Madhen recortarse contra un azul con viruela de estrellas, y la cadena de islotes que tan peligrosa era para la navegación haciendo de puente entre la playa y ella. Inuria, mi país, hacía del poderío naval uno de sus principales baluartes, pero por mucho fervor que pusieran nuestros marineros en desencallar las naves de las bahías y reflotar sus embreadas quillas, ninguno podría haber navegado por allí. Ni el capitán más experto podría haber encontrado el sendero que culebreaba por aquellas traicioneras rocas. Y eso me preocupaba, pues no había pasos naturales para llegar hasta la isla, ni puentes artificiales que ya hubiesen resuelto el problema.

Pobres de nosotros, que en aquel entonces no podíamos ni siquiera imaginar el infierno que nos deparaba aquel primer encuentro. Pobres, digo ahora, pues estábamos a punto de conocer a una de las personas más peligrosas para el futuro del mesianado que jamás tuvo a bien presentársenos.

La mujer que se convertiría, con el tiempo, en el heraldo de mi infortunio.

LIBRO PRIMERO

BAJO UN CIELO ROJO SANGRE

Donde un hombre santo se replantea su vida
Unos seres primitivos oyen las voces de los espíritus guías
Y un guerrero surge de entre las nieblas del pasado
Para imponer su justicia sobre la tierra.

Upphaff
(Comienzo)

1

De líquenes desteñidos de otoño y amplias turberas color hormiga. De piedras desgastadas por el agua, higueras de compleja distribución y damasquinados frontones de espino. De bosques pequeños y marchitos, de vientos húmedos que buscaban su voz entre serbales esmeralda.

Así eran los confines del país donde yo nací.

Recuerdo que nada más llegar a la frontera con el mar me fascinó la singular arquitectura de aquel pueblo costero, Kátobras.

Ver aquellas casuchas de madera sobre pilares era como asistir a un espectáculo sorprendente, pues parecía que el pueblo entero fuera repelido por la playa o quisiera huir a toda costa del contacto con el agua. ¿Qué peligro escondería aquella ensenada para que la arena trazase dibujos lánguidos en torno a los pilares, como si lentas mareas lamieran con azúcar y nuez moscada los troncos? ¿Por qué no se veían redes o barcas de pesca descansando al extremo de sus sogas, o los clásicos aparejos que era menester encontrar en este tipo de asentamientos?

Una lluvia mortecina empezó a aguijarnos a medida que nos acercábamos. La noche había caído ya, de modo que tuvimos que encender los farolillos asidos al horcate de nuestras bestias. Los caballos pisaron sin mucha convicción los tablones de los puentes que llevaban hasta las casas, pero tanto temblaron ellos y tanto se movió el pasadero que decidí dejar a los animales en la zona rocosa. Los hombres nos adentraríamos solos en el poblado. A pie. El único carro que habíamos traído, que llevaba la jaula para las presas que capturásemos, también quedó amarrado en las rocas.

La casa mayor parecía una taberna, o una especie de lugar de reunión. No tenía cartel con nombre alguno. Mi mano se detuvo junto a la campanilla de la puerta, antes de llamar, para dejarme

oler el suculento pescado que se estaba cociendo dentro. Voces indistintas parloteaban en un dialecto que era legal en el país, pero que hacía mucho que no se dejaba caer por la capital. Golpeé con fuerza el metal.

El parloteo cesó al instante.

Dos docenas de ojos se volvieron cuando empujé la puerta. Tuve que agacharme: aquel dintel era menudo, acorde con la estatura de los pescadores. Eran gente desgreñada y de cejas espesas, desagradables tanto en el vestir como en el mirar. Había hombres que parecían haber nacido a este mundo sin concurso de mujer, y hembras con aspecto de haber copulado antes con bestias del mar que con sus rudos maridos. Pero todos temblaron y perdieron su aire desafiante cuando reconocieron el símbolo de Exerpes que colgaba de mi armadura.

—Que tengan ustedes una plácida noche —saludé, distante y frío como se esperaba de un alto inquisidor—. Aunque me temo que mis deseos llegan un poco tarde.

La impresión ante mi llegada (y la de los hermanos blindados que entraron detrás de mí, sacudiéndose la lluvia de las lorigas de bronce y de las cabezas de sus manguales) debió de afectarlos a un nivel profundo, pues ninguno reaccionó inmediatamente. El que parecía el jefe tardó casi un minuto en darse cuenta de que esperábamos que alguien llevara la voz cantante… y que sus convecinos esperaban que fuese él.

—Eh… este… bien… bienvenidos, mis señores. —Hizo una profunda reverencia, cambiando al dialecto común. Le faltaban algunos dedos en la mano izquierda—. Perdonen que no nos hubiésemos dado cuenta de su llegada, es que… no nos imaginábamos en una noche como esta que nadie… y menos de la ciudad…

Levanté una mano para tranquilizarlo, al tiempo que me quitaba el guante.

—No os preocupéis, buen hombre. ¿Acaso no es esto una taberna?

—Lo es, mi señor, pero…

—Sin peros. En las tabernas es lógico esperar algo de aguardiente y comida sana. Eso que se cocina por ahí huele apetitosamente a mar. Mis hombres tienen hambre y sed.

Lo dije con la naturalidad propia de mi cargo, la que presuponía que allá donde fuere y viere lo que viere, toda gente o posesión que estuviese dentro de las fronteras de Inuria debía ponerse a mi servicio. No en vano era un alto inquisidor, y la voluntad del dios de dioses corría por mis venas.

Fue entonces cuando me percaté de que algo extraño pasaba… antes incluso de oír el desgarrador grito que vino a continuación. Los pueblerinos no estaban repartidos de manera natural por la estancia, formando corrillos y aprovechando cada espacio libre, alzando jarras en alegres estallidos de conversación. En lugar de ello se agrupaban alrededor de lo que parecía un camastro, cuyo ocupante, si lo había, no quedaba a la vista ante tanta espalda amontonada y tanto jubón raído. El resto de la habitación estaba vacía.

Entonces llegó el grito, un alarido estremecedor de mujer que me puso el vello del cuerpo de punta. A mí y a mis hombres. No era fácil de describir, pues no se parecía a un chillido de auxilio, ni siquiera al grito de dolor de una parturienta, o de una mujer a la que el anatomista estuviese cortando un miembro gangrenado con un serrucho. Aquel sonido estaba al límite de lo que podía dar de sí el sufrimiento del alma humana. Y provenía de allí, de la persona que ocupaba aquel camastro y que los aldeanos no me dejaban ver.

Todos dieron un respingo. Me miraron como si fuera un maestro que les hubiese pillado en una travesura, o peor aún, un miembro de la gobernación ante el cual ya no se podía ocultar más un crimen.

Me puse lentamente en pie, exhibiendo no solo mi estatura sino los atributos de metal de mi coraza. Los hermanos blindados cerraron filas en torno a mí, destrabando sus manguales de los cintos. Nos quedamos observando a los aldeanos con esa clase de mirada que lo atraviesa todo, y ante la cual ningún embuste resiste más de un latido.

Y fue justo un latido lo que el jefe tardó en decir:

—¡No es lo que parece, mis señores! ¡Os suplico piedad, no le estábamos haciendo nada malo! ¡Solo la estamos protegiendo!

—Apartaos —ordené.

Los aldeanos se abrieron en cuña, dejándome ver a la mujer que se retorcía en el camastro. Delgada al extremo de la inanición, y tan

alta que les sacaba al menos una cabeza a sus compatriotas, tenía el cuello estirado, las venas como un manojo de sogas, sosteniendo su cabeza en un rictus doloroso. No era hermosa pero tampoco tan desagradable como los otros. De hecho, si algo más que una especie de aceite rojo y un emplasto de mugre hubiese cubierto aquel rostro aceitunado, sus veintipocos años habrían levantado pasiones.

Me acerqué. Unos nudos mantenían atadas sus muñecas a los travesaños del camastro. Incluso en ese momento de estupor y sin saber nada del asunto, pude darme cuenta de que, de no haber sido así, ella misma se habría arrancado los ojos con sus engarfiadas uñas.

—¿Qué está pasando?, —pregunté con voz glacial.

—Es… está enferma, muy enferma —balbució el pescador—. Dicen las viejas que tiene el mal de las doce palabras. Se infectó en un sueño.

—¿Con qué soñaba?

—Solo el gran Exerpes lo sabe. ¡Vastos y peligrosos son los senderos del sueño! Uno nunca sabe en qué parajes entrará cuando cierra los ojos, ni a qué desagradables afecciones de la mente se verá expuesto allí…

Solté un gruñido. Estaba claro que el hombre había mencionado al Dios Supremo en deferencia a mí, cuando lo más normal era que aquellas gentes adoraran a algún aspecto menor de Usagiras, el Dios del Océano, o incluso a alguno de sus bastardos con cara de pez. Ninguno sabría contar hasta doce, eso por descontado, y si llamaban así a aquella enfermedad era porque tenía un nombre tan largo que hacían falta más palabras que los dedos de dos manos para citarla.

Otro grito. Jaspeadas sus temblorosas mejillas, y cubiertas ya de una mortal palidez, la mujer se agitaba en su agonía. Me fijé en que tenía los ojos blancos, como si estuviera sumergida en un profundo trance. Lo más probable es que fuera así, porque exclamó:

—¡Ya vienen! ¡Guardaos de la garra roja, del tapiz de flora esmeralda! ¡Sed, sed, hambre y sed! ¡Vienen a saciarse! —Sus brazos tensaron al máximo las ligaduras de las muñecas—. La luna desentierra con blanca mano los espíritus del sauce y el roble. ¡Garras y dientes, no vienen en son de paz!

Semejante profecía hizo que los aldeanos temblaran de miedo,

abriendo aún más su círculo. Algunos se aproximaron a las ventanas, pequeñas y sin cristales que las resguardaran del relente de la marejada. Miraron con temor hacia fuera, a la larga línea de espuma de la playa y los islotes que se elevaban detrás, redondos y desnudos como bestias agazapadas.

Un sonido brotó de algún lugar en la noche, una risa lejana.

Ya había visto lo suficiente como para intuir de qué iba aquello. Ordené a mis hombres que se prepararan para todo y se apostaran junto a cada salida. Se embrazaron los pequeños escudos de rodela (los grandes y redondos solo salían de las armerías en tiempo de guerra) y enarbolaron sus manguales. Nos quedamos expectantes, atentos a cualquier sonido que trajera el viento.

Y lo trajo. Eran chillidos medio humanos medio animales, acompañados de risas histéricas y algo parecido a gruñidos de oso. Algo se movía allá fuera, estaba claro: sombras que se deslizaban al amparo de la oscuridad, acercándose al poblado. Cercándolo. Los pescadores nos miraron suplicantes, en sepulcral silencio, como si se alegraran hondamente de nuestra presencia. ¿Podríamos protegerlos de esa amenaza, fuera cual fuese?

Seguro que sí, el poderío militar de los hermanos de batalla de Exerpes era legendario. Pero yo no quería arriesgar las vidas de mis hombres en un entorno desconocido y en la casi total oscuridad. Hasta la luna parecía verter con disimulo sus rayos, para no inmiscuirse en los horrores que pudieran acontecer esa noche.

—Todos quietos —ordené. Los aldeanos estaban nerviosos, pero se pegaban a las ventanas para mirar y no habían interpuesto ningún taburete para trancar la puerta. Eso significaba que no esperaban ser atacados allí dentro. Sucediera lo que sucediera aquella noche, ocurriría en el exterior. Y se notaba que era algo familiar para ellos, algo que ya habían sufrido antes.

Al cabo de un rato, y coincidiendo con la relajación espontánea de la mujer, los ruidos cesaron. Después de oírse estampidos y rasgaduras, más risas histéricas (típicas de hombres poseídos, tal vez dementes) y crujidos de cosas que se rompían y eran arrastradas por la arena, llegó la calma.

La mujer del camastro exhaló una última frase: «… los espíritus han hablado, les toca callar…», y se desmayó.

Me volví con mirada interrogativa. El líder de los pescadores

lloraba.

—¿Por qué?, —le pregunté a propósito de sus lágrimas.

Me sonrió con tristeza, y pude fijarme en las conchas coloreadas que llevaba incrustadas en las encías, remedio popular y marino para reemplazar dientes cariados.

—Lloro por ellos, mi señor —gimió, señalando la cercana isla—. Por lo que fueron antaño, y por lo bajo que han caído ahora…

2

El albor del nuevo día trajo una calma inusitada.

En tanto Cinarea, la esposa de Exerpes, resolvía en sus mientes nuevos artificios (pues ella es la encargada de preparar qué nuevas sorpresas trae la mañana), mis hombres y yo aceptábamos la hospitalidad de esta gente y probábamos sus tisanas de corteza. El líquido aromático y caliente bajó por nuestras gargantas como un bálsamo, sobre todo porque llevábamos toda la noche despiertos y cargando con las armaduras.

—Explícame qué he visto esta noche —le pedí al pescador, que ahora sabía que se llamaba Ronco.

—Mi señor… a esta mujer la llamamos Yara, la Errante, pues desconocemos su verdadero nombre. La marea la arrastró una noche hasta nuestras redes, medio muerta. Nuestro primer impulso fue dejarla ir con los dioses, pero entonces nos fijamos en la silueta un poco rasgada de sus ojos, y en el negro de turmalina de su pelo, y supimos que provenía de… —Señaló con un dedo tembloroso a la isla.

—Entiendo, es una de ellos. También me lo figuré al verla. Demasiado alta para la gente de los janatos[1] del Este. —Apuré el vaso. El mejor sabor se acumulaba siempre al fondo, junto con los machacados restos de la corteza—. ¿Pero por qué está tan escuálida?

Ronco se movía nervioso, como si admitir lo que yo ya sabía fuera como confesar que dentro de aquellas humildes casas se había dado cobijo a un antiguo culto, herético según los designios de Exerpes, y de seguro propagado mediante algún perjuro artificio.

Aun así quería oírlo de sus labios, así que lo fustigué un poco.

—Vamos, tabernero, no me ocultes cosas. Sabes que engañar a un alto inquisidor es un delito que se paga con la muerte.

—¡No, no, mi señor, jamás pasarían semejantes ideas por mi mente!, —tembló, casi cayendo de rodillas desde su taburete. Oculté mi media sonrisa. Esa era la reacción habitual—. El motivo de la desnutrición de Yara no es otro que el de preparar su espíritu para… eh…

—¿Viajar en sueños por los parajes de la neblina?

Sacudió afirmativamente la cabeza.

—En efecto, señor. Las viejas dicen que fue allí donde se enfermó. Los espíritus son traicioneros y desean contagiar a los vivos que se internan en sus territorios.

—Así que es una bruja. —La palabra sonó como una declaración de herejía, pero tranquilicé al pobre aldeano contándole la verdad sobre mi misión—: No te preocupes, Ronco, precisamente estoy aquí por la gente que es como… como ella. —Miré de reojo al camastro, donde la mujer seguía durmiendo con paños húmedos en el pecho y la frente—. Qué curiosos son los caminos que nos despeja el divino Exerpes. Recorrí interminables leguas pensando en cómo me las iba a apañar para dar con las brujas de los vranoi, esos bárbaros incultos… y resulta que el destino me pone una delante nada más llegar.

—Sois afortunado, mi señor.

—En verdad que sí. ¿Entonces, dices que ella había hecho ayuno a propósito para entrar en ese trance? ¿Por qué? —Viendo que el hombre empezaba de nuevo a temblar, le puse una mano tranquilizadora en el hombro. Me dio un poco de asco; su piel resbalaba con una especie de aceite parecido al de los moluscos—. No tengo motivos para culparte de nada, ni a ti ni a tu gente. Habla con libertad.

—Os lo agradezco, sire… pero poco hay que contar. Nuestro pueblo es humilde y vive sobre todo de los cangrejos de arena que la generosa marea deposita a nuestros pies. —«Claro», pensé yo, «por eso no he visto barcas ni redes de bajura. Estos desgraciados son simples escarbadores de arena»—. Pero cuando ella llegó, hace cinco años, supimos que los islotes ocultaban pasos que hacen de puente con Madhen, y que los puentes se pueden cruzar en ambos

sentidos. ¡Oh, murallas de agua, ínclitas en la guerra y dadivosas en nuestra profesión, cómo habéis cambiado para traernos el infortunio!

Me incliné hacia él, muy interesado.

—¿Los islotes hacen de puente con la isla, estás seguro?

—¡Como lo estoy de que no es el austro ni el céfiro quien nos roba los cangrejos, o quien saquea nuestras reservas de agua potable! Aunque yo no conozco su secreto, os lo juro. —Se tiró de los pelos, grasientos como las barbas de un pez escorpión—. Yara, que nunca nos reveló su auténtico nombre, sabía hablar la lengua perdida de los vranoi. ¡Y también la nuestra! Nos contó que la habían repudiado, acusándola de cosas horribles y arrojándola al mar desde la roca Ypella, el punto más alto de la isla, otero de bestias.

—¿Despreciada por sus compatriotas y arrojada a la muerte?

—Sí… es una historia triste. De piel desollada y sangrantes heridas hablaban sus muslos, allí donde se hunde el misterio de las hembras y duerme la matriz de Cinarea. Dedos y garras marcados en su piel, moratones azules como la línea donde la mar adquiere su nombre y cicatrices de golpes violentos por todo su cuerpo. ¡Violada hasta casi desfallecer, maltratada y torturada por cien manos! Así acogió la marea en su seno a Yara, y, apiadándose de ella los espíritus acuáticos, nos la trajo aquella noche.

—Violada y maltratada, y a la postre repudiada por sus hermanos… —Miré a la mujer, que seguía respirando tranquila. Sus sueños se habían sosegado—. Pobre chica. ¿Qué habrá hecho para merecer tal condena? Los vranoi son un pueblo orgulloso, que en mucho estima el honor entre clanes. El crimen de esa joven debió de ser terrible para que la retribuyeran con semejante destino.

—Jamás nos habló de ello. Algo oscuro y deforme creció en su vientre, pero se lo extirpamos antes de que adquiriera forma y voluntad. Ella misma lo arrojó al mar para que se lo llevasen lejos las olas. Desde entonces, Yara nos ha protegido contra las incursiones de los vranoi —dijo Ronco—. Son sus trances los que la avisan del arribo de las constelaciones del hambre, cuando sus antiguos hermanos son poseídos por espíritus de bestias y salen de su isla para cazar.

Asentí, recordando las antiguas canciones que hablaban de los

hombres que caminaban como bestias, y de cómo podían llegar a fundirse tanto con los espíritus animales que uno no podía discernir dónde acababa el hombre y dónde empezaba el monstruo.

—¿Pero por qué llorabas antes?, —le pregunté—. Demasiada amargura había en tus ojos, Ronco, como para estar provocada por quien consideras tu enemigo.

El ánimo del pescador volvió a decaer. Su mirada, la de un viejo lobo de mar que ha visto demasiadas cosas que prefiere no contar, se perdió en las marejadas en miniatura de su propia tisana.

—Yo… nunca he sentido lástima por la muerte de un vranoi, mi señor. Como todos aquí, los considero ladrones, asesinos, carniceros que aman la violencia y los instintos del mundo natural antes que las altas leyes de los hombres —dijo con pesar—. Y aun así… cuando fui joven los vi combatir por un propósito, quizá por primera vez en su historia. Aliados de las banderas de Inuria, toda su furia puesta al servicio de un alto ideal… por una sola vez tuvieron un propósito en la vida, más allá de la mera subsistencia y el latrocinio. Y… no os enfadéis, sire, os lo ruego, pero mis juveniles ojos detectaron en ellos cosas que ni los mejores caballeros de Velmisia me mostraron nunca. Una pose heroica, una fuerza y un empuje en la batalla como jamás brazo alguno pudo demostrar. Era la rabia pura la que fraguaba aquellos gritos que ahora recuerdo, lo sé, y ese trance bestial que los convierte en menos que hombres y más que osos… pero si alguna vez en mi vida vi un campeón, y me sentí orgulloso de pertenecer a su misma raza, fue en aquellos días de guerra, y en las siluetas que aquellos bárbaros (como despectivamente los llama la gente) dibujaron frente a la luna.

Sus palabras despertaron una gran curiosidad en mí. Emoción, incluso. Hasta entonces había juzgado a Ronco como a un simple pescador, pero estaba claro que en un pasado lejano fue mucho más.

—¿Al lado de qué milicia combatiste? ¿En qué regimiento?

—En honderos de turba. Con las falanges del segundo tercio de Velmisia. Era bueno con la honda y la piedra, muy bueno… —Me enseñó los dedos amputados de su mano izquierda—. Pero cuando dejé de ser capaz de cargar con suficiente rapidez el pellejo, y de elegir la piedra con el peso perfecto y la forma redonda, me

licenciaron y volví a casa. Además de mi paga, me traje los recuerdos de las hordas bárbaras que lucharon junto a nosotros en aquellos días, y lo solemnes que me habían parecido sus líderes. Reyes primitivos, desnudos, sucios y pendencieros, pero altivos y dignos de gloria como el que más.

—En verdad lo fueron, no has de avergonzarte por reconocerlo. Como bien has dicho, en aquel tiempo tuvieron un propósito, una razón noble para la guerra. Pero lo perdieron, y eso acabó con su débil conato de civilización.

No le dije que yo también recordaba aquellos días con la intensidad de una antigua gesta. Apenas era un mozalbete por aquel entonces, más bisoño aún que el propio Ronco, pero mi corazón se compungía al recordar los cuernos que llamaban a carga, el temblor sobrenatural de la caballería y las pisadas enguantadas en sandalias de la milicia. Fue en la guerra contra los izghar del Oeste, los Hijos del Chacal, que llegaban en interminables hordas a arrasar nuestras ciudades de oro y llevarse sus tesoros.

De todos los guerreros que se sumaron a nuestras filas, los vranoi eran los más valiosos, pues a diferencia de quienes habíamos crecido en los janatos, ellos no tenían miedo. No sabían lo que era rehuir un combate, por abrumadoras que estuviesen las posibilidades en contra. Sin la protección de nuestro noble metal y nuestras sofisticadas armaduras, sin más escudo que claveteados trozos de madera, con sus vellosos cuerpos completamente desnudos y sus armas rescatadas del olvido, eran los primeros en responder al cuerno y en apelotonarse en la vanguardia.

Resultaba gracioso, grotesco incluso, verlos amontonarse en aquellas parodias de formación militar. Ellos no formaban filas, sino montones; se pisaban unos a otros, insultándose y desafiándose antes de dirigir toda esa rabia contra el enemigo. Ofensivo era su lenguaje incluso contra la oficialidad inuria que trataba inútilmente de organizarlos; troncos partidos sus escudos, vigas de madera sus lanzas, porras sin desbastar sus martillos… y aun así, cuando cargaban eran como una marea imparable de destrucción que se derramaba en busca de sangre sobre las filas enemigas. Ningún caballero inurio osaba ponérseles delante, pues igualmente lo iban a aplastar en la estampida. Siempre se les despejaba el paso, siempre se les ponía de cara a los agresores y se les dejaba el terreno más

llano posible, para que corrieran en libertad como rinocerontes peludos.

Así eran los vranoi de aquella época, y así los recordaba yo.

—Artume, cántanos esa canción, venga —pidió Ronco, sacando del estupor etílico a otro de sus compatriotas, que había empezado a beber ya de buena mañana—. Anda, haz un esfuerzo, a ver si te acuerdas de unas pocas estrofas de *La balada de los martillos cruzados*. —Se cubrió la boca con la mano y me dijo, en confidencia—: Artume es un gran bardo, pero a veces sofoca la trova bajo demasiadas capas de alcohol. Escuchad bien letra y música, mi señor, y decidme si no es para llorar, cómo han cambiado los tiempos.

Entre el propio Ronco y dos más incorporaron al trovador borracho y lo apoyaron contra una silla, para que se mantuviera erguido. Luego rebuscaron entre sus cosas y sacaron un instrumento que yo no había visto nunca, mezcla de laúd y rabel alto, pero que aquel hombre parecía manejar con soltura.

Se lo pusieron entre las manos y aguardaron. Cuando pasados unos minutos el hombre no reaccionó, sino que siguió mirando hacia el frente como si no fuera capaz de vernos, Ronco volvió a susurrarle al oído:

—*La balada de los martillos*. Venga, gandul. ¡Espabila!

Al principio pensé que nada iba a suceder, ya que aquel borracho parecía estar más allá de este mundo, pero entonces ocurrió algo muy sutil: sus manos percibieron el contacto con aquel raro instrumento, se cerraron sobre él buscando por sí solas unos puntos concretos, una pose tan estudiada que ya ni el propio músico era consciente de ella… y las yemas pulsaron cuerdas. Las notas vibraron mientras un ronco sonido brotaba de su garganta.

> De otros días llega este canto
> De otros corazones el sentir
> Que hablando de valor conjura la muerte
> Que llorando la pena invoca el júbilo.
>
> Junto a doradas ascuas
> Hierro tenaz labrado
> De runas en vena
> Y crisoles en sangre

Modela la mano
Que yace junto al fuego.

Hierro que sabes de días antiguos
Quién te vio fluir por la roca
Quién por el destino de los hombres
Transitar fugaz
Tú que hablas en fuego y temple
Tú que rompes piel y hueso
A ti te pido, ¡cuéntame tu historia!

Un temblor incierto se apoderó de mí al escuchar esas primera estrofas, porque recordaba aquella balada. La había oído en mi juventud, quizá en los campos de entrenamiento, quizá en los sucios cuarteles, antes de que la llamada de Exerpes colmase de gozo mi alma. Aquel hombre la cantaba en un tono distinto, con otro ritmo y otro timbre, pero desde luego era la misma. Y logró hacerla salir de la cueva polvorienta de mi mente cual serpiente que va en busca del sol y las remembranzas de antaño.

Estaba asombrado. Jamás esperé que un simple pescador ebrio pudiera conocerla, y menos bañar sus estrofas en tal pasión. Pero lo agradecí, porque el sonido dejó de brotar por sus labios para surgir, de repente, de mi propio corazón:

Hierro que fuiste empuñado para matar
Aleación de huérfanos, amalgama de viudas
Escoria de metales
El músculo que te guio chilló vranoi
Un hálito animal blandió tu filo
Y ante un millar de enemigos
Recubiertos de escudos
Llagados de espadas
Y erizados de maldades
Te abriste paso con violencia
Diste tu nombre a la Muerte.

Un árbol se alzó
Alto y enramado
Donde el designio de la ira
Se portó terrible
Una flecha nació
De su recio tronco

Pluma ligera y cobarde
Tallo robusto y mordedor.

La flecha sesgó el viento
Ojo vil fue a quebrar
Un corazón partido
Una cuerda que aún vibraba
Una coraza traspasada
Un alma que violó una promesa.

Allí cayó Pridd, caudillo vranoi
Sobre cuyos hombros
La furia del dios pesa
Naves de negras velas hallaron su rastro
Cuervos de turbias alas oyeron su nombre
Y un destino cruel abrazó callado
Así cayó Pridd
El lamento del lobo en la boca
La fuerza del oso en los brazos
La gloria del halcón en su leyenda.

La última nota vibró en el cordal del instrumento, entre trastes y clavijas, clavándose en mí como el más importante recuerdo que jamás debió ser olvidado, pero que de algún modo había logrado enterrar tras días y años. Así fue como recordé a Pridd, el caudillo de los bárbaros, al que una vez vi en persona en los campamentos. Y evoqué el rugido que, mezclado a fuego y brasa en su vientre, nació para invocar tormentas y sacudir la tierra durante su última carga mortal.

Proyectadas frente a mis ojos pasaron esas imágenes: cuerpos grandes como mastodontes arrojándose sin vacilar contra muros de lanzas, espuma brotando salvaje de sus bocas, haciendo temblar con su grito a los dioses que se reunían en las protegidas alturas. Más primitivos aún que los brutales izghar, más decididos que ellos a plantar cara a la ruina y al infortunio, la mayoría de los vranoi enviaron sus espíritus a navegar sobre mares de estrellas aquel día.

Por cada uno de ellos murieron quién sabe si cien o mil enemigos, pero acabaron cayendo por culpa de las flechas y su cobarde estrategia de distancias y venenos. Y fue entonces cuando mis ojos, empantanados por la sangre de mis propias heridas, fueron testigos de la última carga del gran Pridd.

Entonces entendí por qué Ronco había derramado aquellas lágrimas, y también tuve ganas de llorar. Porque quien conoció la gallardía de aquellos titanes de antaño, solo podía sufrir al verlos reducidos hoy a miserables ladrones y violadores de mujeres. ¡Cuán alto habían subido, y cómo de doloroso había sido su choque contra el cielo!

Ronco tenía razón. Una corona podía hacer a un rey, pero solo una canción podía forjar un mito.

2

Frotándome los ojos con dos dedos, me deshice de aquellos sentimientos. En la intimidad podría haberlos dejado entrar, y afectarme, pero ante aquella gente yo era un alto inquisidor, una figura de autoridad, y ni sometido a tortura mostraría debilidad ante ellos.

—Bueno, ya está bien. —Me acerqué al camastro donde dormía plácidamente la muchacha. Ahora que su rostro había perdido la tensión, y la hermosa simetría de sus mejillas enmarcaba con holgura sus labios, hasta me pareció bonita—. Avisadme en cuanto la bruja se despierte. Deseo interrogarla.

—¿Qué haréis vos, mi señor?

—Permaneceré unos días aquí hasta que haya acabado mi tarea. Preparadnos a mis hombres y a mí la mejor cabaña, dadnos comida y abrevad a nuestros caballos. Los encontraréis en la ensenada que hay junto a la playa, pastando.

—Sus deseos son órdenes, sire.

Le di la espalda, comunicándole de esa forma que no había tiempo que perder. Mientras Ronco impartía las consiguientes órdenes entre sus familiares y amigos, me aproximé a mi segundo al mando, el lugarteniente Eivas. Era un hermano de batalla de un rango considerablemente inferior, pero al que estaba unido por lazos de sangre. Su madre era una prima cercana que se había desposado con uno de mis hermanastros, antes de sentir la llamada de la fe auténtica e ingresar, igual que yo, en las huestes de Exerpes. De su vientre nació una ingente camada, once hijos de los cuales aún vivían nueve. De ellos, el más sabio y valiente era Eivas, y el

que mejor había entendido la importancia de los hermanos de batalla en una sociedad como la de Inuria, hasta el punto de jurar los votos no hacía ni un año.

Me caía bien aquel muchacho, y era lo suficientemente serio y responsable, pese a su corta edad (dieciocho primaveras cumpliría en los campos de entrenamiento, este verano), como para hacerse cargo de una tropa de hombres. Así pues, no dudé lo más mínimo en llamarlo a mi presencia.

—Estoy a vuestras órdenes, acrol Donnegar —dijo, llamándome por mi rango eclesiástico y por mi nombre de pila, una combinación que rara vez se escuchaba. La mayor parte de la tropa me llamaba solo «eminencia»—. ¿Doy orden de acampar?

—No, no acamparemos a cielo abierto. Estas humildes gentes nos darán cobijo y comida. Pero tú no te quedarás. Quiero que reúnas dos tercios del batallón y hables con Ronco. —Dejé que pasaran unos segundos, para que mi sobrino extrapolase por sí mismo la naturaleza de su misión. Y, por supuesto, para que se sintiera orgulloso—. Creo que sabe cómo cruzar esos islotes, usándolos como puente para llegar a la isla.

Los ojos del muchacho brillaron. El mangual con los collares de estrellas del símbolo de Exerpes pareció agitarse dentro de su medallón, como si anticipara la emoción del combate. Esta iba a ser la primera misión en solitario de Eivas, su primer encargo importante. De seguro se dejaría su pellejo antes de fallarme.

—¿Debo guiar a los hombres en el ataque a Madhen? —Su voz tembló de emoción.

—No tengo en mente ningún ataque, a menos que esos salvajes se envalentonen o muestren desobediencia —puntualicé. El ardor juvenil era un aliado importante, pero había que acotarlo o traería problemas—. No pienses en ellos como guerreros; no son más que vulgares ladrones de cangrejos, así que no supondrán una amenaza. Deben de haber caído en desgracia hace mucho. Quiero que alcances la isla e indagues sobre la presencia de brujas. El destino nos ha sido favorable y nos ha puesto a una de ellas justo delante, pero podría haber más. Y las necesitamos todas.

—Sí, mi señor. —Hizo una profunda reverencia y se marchó, el mentón alto y la frente gallarda. Como tío suyo, sentí tanto orgullo que le detuve y le dije:

—Borda tu nombre en letras de oro en el libro de nuestro linaje, Eivas.

—Así lo haré.

Se marchó ladrando órdenes con una fiereza inhabitual en él. Mientras le veía hacer su trabajo, viéndome a mí mismo en sus decididos gestos y en su combativo talante, Ronco se me acercó.

—Disculpad, sire, todo está dispuesto para que sus hombres se instalen —informó—. Sois muchos, si me permitís la impertinencia, todo un batallón ligero… pero hemos dispuesto las mejores cabañas, desalojando temporalmente a las familias más numerosas, para que estéis cómodos.

—Perfecto. Se te recompensará con oro acuñado en la capital[2]. Por cierto —añadí como de soslayo—, mi sobrino te buscará dentro de un rato para preguntarte por el camino que atraviesa los islotes. Cuando te encuentre, más vale que le des una buena respuesta, una que le sea útil. Así que, si necesitas reunir información, reúnela ya.

Al ver el camino que tomaban las tropas, rumbo a la playa, el hombre se puso pálido.

—Pero… mi señor, ¿piensan ir a…?

—Sí, a Madhen. Mejor aún, quiero que los guíes en persona. —Afilé los ojos—. Y que los esperes allá donde toquen tierra para acompañarlos de vuelta. No intentes hacerme una jugarreta, porque aunque me quedaré aquí para interrogar a la bruja, tendré ojos y oídos vigilándote en todo momento.

Ante los estupefactos ojos de Ronco, invoqué el privilegio de la magia sobre mi medallón de Exerpes. Depositándolo sobre una baranda, y usando ancestrales fórmulas vocales como lienzo, dibujé el contorno de un cuervo, plumoso y pardo. Cual viento que el mandato del mismísimo dios portara terrible, el animal creció a partir de los surcos en la madera. Como bellos estandartes se abrieron sus alas, y un pico ganchudo capaz de articular verbos remató su afilada cabeza.

Ronco y los demás pescadores retrocedieron, más asustados que impresionados ante la manifestación del Verbo de Exerpes, y trazaron en el aire todos los signos cabalísticos que se sabían (la mayoría, como yo sospechaba, dirigidos al veleidoso Usagiras). Asistir a un Prodigio era algo muy poco frecuente para la plebe, que

rara vez podía admirar la sabia mezcolanza de casualidades místicas que debían darse para que la voluntad del clérigo alterase el mundo. Si el conjuro fallaba apenas quedaban atrás rastros de culpa, pero cuando funcionaba era un espectáculo para los sentidos, una filigrana en la que se combinaban el corazón, la mano, una correcta mezcolanza de somática y energía, el temperamento, la percepción y la fe.

Ignoré a los pescadores como si no existieran y le dije al cuervo, mirándole directamente a los ojos:

—Ve y escucha. Sigue a mi sobrino Eivas, y todo lo que aprendas y recuerdes tráelo hasta mí.

Era una impronta. El cuervo, para mayor susto de los pescadores, respondió con una voz melindrosa:

—Soy tus ojos y tus oídos, amo. Recordaré y hablaré para ti.

Y se fue volando, convertido en un borrón de plumas. Estuvo rondando por las alturas hasta que mi sobrino interrogó a Ronco… y mucho miedo tuvo que meterle Eivas en el cuerpo, pues el mismo hombre que había negado ante mí conocer el secreto del sendero de islotes se puso al momento al frente de la comitiva.

Lentos, midiendo bien dónde plantaban cada paso y dónde se hundía cada bota, la columna de veinte hermanos se encaramó al islote más cercano, para saltar desde allí al siguiente, y al otro, hasta que la perdí de vista. El cuervo acabó posándose en el hombro de Eivas, quien lo reconoció y le dio la bienvenida. Sabía que a través de él me estaría hablando a mí, por lo que trataría al animal con sumo respeto.

Alcé una última plegaria al dios para que acompañara a mi sobrino en su primera misión, y entré de nuevo en la posada. Cogí una silla y la planté delante del camastro, mis inquisitivos ojos clavados en la mujer que se hacía llamar Yara.

Lo primero que vería nada más abrir los ojos sería a mí, plantado con firmeza ante su lecho. Y entonces empezaría mi parte de la misión.

Tunnustuksia
(Confesiones)

1

No tuvo la desfachatez de preguntar dónde se hallaba.

Cuando la joven abrió al fin los ojos (dos días después de que Eivas hubiese partido con los hermanos blindados), un conflicto de impulsos le hizo hinchar sus carrillos de una manera graciosa. Al verme se le tensaron de forma poco tranquilizadora los tendones del cuello, como si supiera quién tenía delante o, al menos, a qué representaba. Ninguna de las dos cosas parecía gustarle demasiado.

—Te llaman Yara. —Mi lengua salió a lamer suavemente el rastrojo de pelos que me esbozaba un bigote. Falta de higiene y largos viajes a caballo, una fórmula indivisible—. Pero sé que no es tu verdadero nombre. ¿Me lo dirías si te lo pregunto?

La muchacha cerró las piernas y las contrajo, separándolas de mí. Visto y no visto, se obró ante mis ojos una transformación que no por menos sutil era más asombrosa: algo cambió en su rostro, volviéndolo duro como la obsidiana de las montañas Cynrig, con la que se fabrican espadas. En sus ojos apareció un reflejo: era mi propia silueta, entallada en una elegante armadura de campaña, aunque mucho menos grande y altiva de como me percibía el resto de la gente.

Su pose desafiante lo decía todo. Era una vranoi de pura raza, distinta del resto de aquellas gentes como un jaguar de las gacelas. Por mucho que yo intentase amedrentarla, y a pesar de lo escuálida que se encontraba, jamás cedería un ápice ante mi aura de poder. Habría, pues, que tantear otros métodos.

—No te diría mi verdadero nombre, extranjero, ni aunque me estuvieses cociendo a fuego lento en un caldero —siseó, su voz el perfecto punto medio entre una cobra al acecho y el ratón que estudia la situación antes de esconderse—. Si así lo hiciera tendrías poder sobre mi suak, y esa es una esclavitud a la que no pienso

someterme[3].

«Extranjero, me llama. No reconoce mis fronteras políticas, dentro de las cuales se halla su isla. Otra de las estúpidas terquedades de su raza».

—No es tu suak el que me interesa, pero te concedo la gracia de guardártelo para ti. Para demostrarte que no albergo malas intenciones, te diré cuál es el mío, el auténtico: soy el acrol Donnegar Samotai, sacerdote de Exerpes y milurión de sus ejércitos sacros. Tampoco pretendo apabullarte con mis títulos, pero quiero que entiendas que mi presencia aquí es muy importante.

—¿Sí? ¿Y para quién?

—Para mucha gente, entre la que veo que no te incluyes. —Sonreí diagonalmente, una mueca de calculado desprecio—. Pero pronto lo harás. La guerra ronda el país con dedos largos, y si se acaba desatando, tampoco aquí estaréis a salvo.

—Pues corre a esconderte, lejos y pronto, si temes a la guerra. Aún estás a tiempo.

—Si corriera, mi suak sería el de una liebre cobarde. Y prefiero mostrarlo como el de un león, siempre dispuesto a sacar las garras para defender su patria. Como tú.

Yara arqueó un brazo por detrás del camastro en una pose despreciativa. Parecía una fulana a la que solo le faltaría separar los muslos para demostrarme lo apetitoso de su mercancía. Era, estaba claro, otro signo de impertinencia ante mi rango. Aunque (había que admitirlo) su desdén estaba armado de una gracia fiera, de belleza salvaje.

—¿Como yo, dices? ¿Qué sabes tú de mi espíritu, hombre de metal?, —preguntó, afilando los ojos tanto como la lengua. Entonces pareció entenderlo—. Aaaah… veo que te han contado mi desagradable historia. —Un paisano le traía en ese momento vino claro en un aguamanil, para que se lavase la cara. Pero retrocedió ante el mordisco de su mirada—. Perros cobardes.

—Hicieron lo que su lealtad al mesianado les exige, ni más ni menos. Ocultar información es delito. ¿Sabes qué, Yara? —Hice un nudo de dedos bajo mi barbilla—. He recorrido ni se sabe cuántas leguas para encontrar a alguien como tú, y confieso que me siento como si me enfrentara a un acertijo particularmente difícil. Un tablero con solo dos piezas enfrentadas, una blanca y la otra sin

color, que bailan sobre escaques fantasma.

—Yo dejé de bailar hace muchos años. Y no me interpretes mal, clérigo, pero si tú te ves blanco en este juego, a mí no me percibas sin color. Percíbeme negra como la peste, como la enfermedad, como el infortunio. —Se inclinó como una tigresa—. No soy tu amiga, ni deseo cosas buenas para ti o tu gente. Si te acercas demasiado a mi escaque, te morderé.

—La pieza blanca eras tú, en realidad. —Esa afirmación la cogió desprevenida—. Si esto fuera un juego, yo no tendría color porque mi bando sería completamente neutral. Soy una marioneta en manos del destino, personificado en Exerpes, y me muevo según los vientos que exhala esta guerra que se cierne sobre Inuria. Quiero ayudar a mi gente, y también a la tuya, para lo cual necesito… de tus dones.

La mujer guardaba ya en su paladar el siguiente comentario sarcástico, listo para lanzarlo como una saeta, pero enmudeció, comprendiendo por fin adónde quería ir a parar.

Un sobrio Artume le alcanzó, sorprendentemente, otro de los elementos que necesitaba para su dieta posterior al trance, además del vino: una picadura de tabaco afrutado que debía fumarse en una cazoleta de conchas. La mujer la aceptó sin dejar de mirarme ni un segundo; usó eslabón y yesca para prenderlo, y aspiró sus ebúrneos efluvios con placer.

—No vienes a por Yara —comprendió—, sino a por la bruja. No la mujer, sino la hechicera que habla con los espíritus animales. Eres un asqueroso cazador de suaks.

—No, te equivocas —me apresuré a aclarar—. No estoy cazando, sino encontrando. Mi labor es hallar brujas chamánicas, no perseguirlas, para implorarles que nos ayuden en…

La mano de la joven barrió el aire.

—No sigas, no quiero oír más. Debí haberlo imaginado en cuanto vi tu armadura, hombre de metal. Mátame si quieres, o encarcélame, o tírame a un pozo de perros hambrientos. No me importa. Cosas peores me ha hecho ya la vida. No te ayudaré a capturar espíritus libres para fabricar vuestras malditas reliquias.

Me froté la pelusilla del labio superior. Si la dejaba crecer acabaría por parecerme a mi propio padre, un ganadero rubicundo que esgrimía un poderoso bigote, con un pelo que se le derramaba

sobre la cabeza como un yelmo de vidrio. Me parecía a él en todo menos en la cantidad de barba de la cara.

Habíamos llegado a la primera encrucijada, el primer callejón aparentemente sin salida. Ninguna bruja vranoi, igual que ningún otro chamán heredero de los saberes perdidos del Albor, aceptaría de buen grado prestarme ayuda. Para ellos era novk, «pecado» (en la más infausta de sus acepciones) usar su don para atraer espíritus a este lado de la Tierra de la Niebla y encadenarlos a un objeto. Por desgracia, la magia encadenada era uno de los pilares del poder, tanto militar como político, de Inuria.

Nosotros no teníamos la culpa; había sido un brujo demente el primero en atreverse a hacerlo, muchas generaciones atrás. No recordaba su nombre, aunque sí sus motes, a cual más despectivo. Fue él quien primero ató el alma de un animal a un utensilio mundano, un hacha que mordía como un lobo (o un lobo que cortaba como un hacha). Eso abrió la peligrosa puerta de la forja de objetos mágicos. Muchos quisieron cruzarla después para buscar sus límites.

¿Qué era más peligroso que un brazo fuerte y adiestrado blandiendo un hacha de doble filo, solían preguntar los eruditos? Pues un brazo blandiendo un hacha imbuida con la ferocidad preternatural de una bestia salvaje, raptada del más allá y encarcelada dentro del metal, en sus laberintos de aleación… Una bestia ansiosa por descargar toda esa ira sobre el primer cuerpo cuya carne se acercara a sus fauces.

Para los bárbaros, más que nadie, era una herejía, un insulto a todo lo vivo. Un ataque al mismo concepto del orden natural. Por desgracia, cada brujo o bruja solo podía invocar un espíritu y atarlo a un objeto en toda su vida. Uno nada más. Luego quedaba marcado, de una forma que solo las presencias que vagaban por la Niebla entendían. Por eso necesitábamos con urgencia encontrar a los antiguos chamanes y convencerlos de que nos prestasen su ayuda, para fabricar más armas poderosas con las que derrotar al ingente enemigo que se acercaba. Esa era la vergüenza de los inurios: necesitar tanto la ayuda de aquellos a quienes considerábamos inferiores, pero que eran nuestro único vínculo con los mitos de los ancestros.

La mirada de Yara subió al cielo, mirando las nubes a través de

la ventana. Aquellos ojos eran como dagas que, amenazando al sol y la luna, conjurasen así el ataque de un halcón.

—No me gustaría que me juzgases mal, Yara —dije—. ¿Les gusta a las estrellas estar tan lejos? ¿Le gusta al hielo ser tan frío? Si no se expresasen así, no existirían, no tendrían un propósito. Puede que las estrellas odien ocupar ese lugar en el firmamento, estar eternamente separadas unas de otras, sin hallar jamás consuelo. Yo tampoco quiero representar este papel, pero me ha tocado. Te pido que representes el tuyo, por las buenas, para que puedas volver cuanto antes a tu casa.

—¿Casa?, —bufó—. Casa es lo que sucede entre dos grandes desengaños. La felicidad es solo una pausa entre rupturas de corazón y puñaladas traperas. Esa es la ley del hombre «civilizado».

—¿Así nos ves?, —me sorprendí—. ¿A los que vivimos en las ciudades? Bueno, supongo que nos lo merecemos. También os llamamos bárbaros a vosotros a la menor ocasión. Supongo que ninguno de los dos entiende los principios del otro.

—Quien esclaviza por toda la eternidad el alma de un animal que vaga libre por el más allá, no tiene principios. Ni siquiera, apostaría yo, demasiados finales. —Sonrió, sarcástica.

Aproveché de inmediato la fisura de esa sonrisa para soltar:

—Nos lo merecemos, Yara, y eso es lo máximo que estoy dispuesto a ceder. No quisiera ordenártelo, ni tener que echarte a ese foso de perros hambrientos del que hablabas. Sería muy desagradable, después de haber compartido tan fascinantes reflexiones. Hacía tiempo que nadie se ponía a mi altura, y me ha gustado. —Me retrepé en la silla. El mangual, mi arma marcial, tintineó al recolocarse—. Pero no me marcharé de aquí sin lo que vine a buscar. A ti. Y a cuantas otras brujas haya en tu tribu. El mesianado os necesita.

Yara estaba tan flaca que la rabia que inundaba su cuerpo le tensaba la piel. Sus huesos se volvieron meras intersecciones de líneas bajo aquella gasa.

—Has ido a mi isla a cazar brujas. Que los dioses se apiaden de ti y de tus hombres.

—Mis hombres saben cuidarse solos, y para cualquier necesidad que les surja allí estará mi dios. El único y omnipotente. —Me acaricié el medallón de Exerpes.

—Te equivocas —corrigió Yara, con el hastío de quienes están tan seguros de un vaticinio que ni se molestan en comprobarlo—. Tus hombres ya están muertos. Y pronto tú también lo estarás, Donnegar Samotai.

Un gris cobalto brillaba en aquellos desafiantes ojos. No supe por qué… pero en aquel momento me dieron ganas de temblar.

Como si de un funesto presagio se tratara, una sombra entró sorpresivamente por la ventana. Se posó en el camastro con un estallido de alas y graznidos, y entonces lo reconocí. Era el cuervo que había mandado para vigilar los progresos de Eivas, y que venía a informar puntualmente cada medianoche.

Tenía las plumas negras manchadas de sangre.

2

Ya era casi la hora del crepúsculo (el cuervo se había adelantado, otra mala señal), y aun así, un difuso disco de sol empapaba el mundo de luz. Nuestras sombras parecían manchas de aceite a las que esa luminiscencia adhería un vapor blanco.

—¿Qué te ha pasado?, —interrogué al pájaro, mis ojos a la altura de sus ojos, mi voluntad sometiendo implacablemente la suya —. ¿Qué ocurrió en la isla? ¡Habla! ¿Dónde está Eivas?

Su pico apenas se movió. No era capaz de articular palabras, pero aun así la magia salió de su garganta encadenando frases:

—¡Gggraaakkk! ¡Peligro, infortunio! ¡Los dioses no estaban de nuestra parte, furia y perdición!

Un sudor frío resbaló por mi espalda.

—¿Pero qué dices, animal estúpido? ¡Cuéntame toda la historia, no omitas nada!

Sus pequeñas patas se anclaron en mi hombrera derecha. Salí al exterior de la cabaña a toda prisa, oteando los islotes, pero allí no había movimiento. Ninguna figura humana sorteaba las rocas por los pasos secretos, ni se acercaba a la playa denotando en sus gestos derrota o triunfo. Solo estaban el mar, la espuma, y la balsámica canción del salitre. Nadie más había regresado de la misión, solo el cuervo.

No miré a la bruja. No quería enfrentarme a una mirada que me

diría «ya te lo advertí», disfrutando en su robliza oscuridad marrón. Me limité a escuchar el relato con el corazón en un puño.

Esto fue lo que el animal me contó:

El relato del Cuervo:

¡¡Ggrraaakkk!! ¡Infortunio, desdicha y coacción! ¡Trampas había en las desoladas calas, traición y mentira en las lenguas de los hombres! Llegamos veinte al bajío escondido tras los últimos islotes, veinte soldados sacros, cuarenta sandalias y brazaletes. El ánimo inflamado, la virtud poderosa, las armas prestas. ¡Y entonces los vimos!

Nuestro guía era Ronco, el pescador. Fue él quien divisó los cuerpos tendidos en el barro y nos dijo que eran hombres. Mis ojos los vieron desde arriba, desde el diáfano aire, tendidos como cruces musculosas, brazos y piernas separados. Eran tres, grandes como toros, desmayados ante un agujero con aspecto de trampa para animales. Algo muy grande debía de haber caído dentro, por cómo se curvaba la paja en la dirección de la caída, pero no estaba a nuestra vista. Allí dentro solo había oscuridad.

Los tres hombres eran salvajes desnudos, con solo unas capas del mismo color del bosque anudadas a sus cuellos y unos trozos de corteza enrollados en los pies para hacer de zapatos. Pero no eran salvajes de lastimosa catadura, reducidos a la última demacración. ¡Para nada! Parecían brutos bien alimentados, anchos de espaldas como toros bravos y con bultos en brazos y muslos que escondían una fuerza inusitada. Estaban inconscientes, eso sí, como si estuviesen pagando el precio de varias noches seguidas de desenfreno e hidromiel, y el sueño los hubiese reclamado allí mismo, nada más pisar el suelo de su isla.

Tu sobrino Eivas fue quien primero reunió valor para acercarse. Llegó hasta el primero de los brutos. Para él habría sido insultantemente fácil acabar allí mismo con su vida, pues de su indefensión daban buena cuenta sus estruendosos ronquidos, y los restos de los cangrejos que habían robado de Kátobras la noche anterior. Pero la espada de tu sobrino no probó sangre. ¡No había ido hasta allí para eso, al menos de momento! Tenía que esperar a que el bruto recobrara la conciencia para interrogarlo. Eivas quería saber dónde estaba su aldea y cuántas brujas se escondían allí, antes de recurrir a la fuerza.

Uno a uno los examinaron. Aquellos no eran más que vulgares ladrones borrachos, pintados con tatuajes que los camuflaban con la sombra de la espesura en el lomo del tigre, o las manchas de la noche en la zarpa del jaguar. Pero eran hombres al fin y al cabo, no monstruos, y las babas del alcohol caían de sus labios con la misma ignominia que en cualquiera. Eivas dijo que se sentía apenado por su aspecto patético, a la vez que tranquilo por su propia superioridad.

¡Cómo de equivocado estaba, como nos demostró el cruel destino!

Despertamos a los bárbaros con cubas de agua de mar, usando los yelmos como recipientes. Al principio, desorientados, nos soltaron imprecaciones en su lengua mixta de gruñidos animales y palabras. Los clérigos no los entendían, hasta que Eivas me convocó sobre su antebrazo y mi magia les tradujo lo que estaban diciendo.

Aquellos bárbaros querían saber qué hacíamos en su isla y cómo habíamos llegado hasta la cala. Ronco se moría de miedo a nuestras espaldas, parapetado tras una piedra, tentado de salir corriendo pero temeroso de nuestro castigo si lo hacía. Al final se quedó inmóvil, más quieto que la misma roca que lo ocultaba, esperando un desenlace que él consideraba inevitable.

Pero se equivocó. No fue sangre lo que se derramó aquel primer día, sino el zumo de un extraño fruto de las palmeras, y esto os lo explicaré ahora. Porque aquellos bárbaros, temerosos quizá ante nuestras armas o nuestra magia guerrera, no nos atacaron. Tampoco es que portaran armas, ni siquiera enseres tribales, por lo que estaban en franca desventaja. Lo curioso fue que, cuando Eivas les dijo (a través de mí) que deseaba hablar con el jefe de la tribu, los tres bárbaros desaparecieron corriendo en la espesura, chillando y gruñendo como bestias posesas.

Creíamos que los habíamos perdido para siempre, y que nos habíamos quedado sin interlocutor, cuando el cuarto hombre salió del agujero.

¡Gggrraaakkk! ¡Qué impresión! Es fama que ciertas moles han aplastado el cuerpo del mundo, como los volcanes de rotos hornos que castigan la tierra con su savia, obligándola a doblarse bajo su peso. Así de contundente era la masa que tenían aquellas manos, primero una y después la otra, que surgieron de repente de la trampa. Eivas y los demás abrieron desmesuradamente los ojos cuando vieron el pecho y la

cabeza que seguían a aquellos brazos, la espalda más ancha que las frases que buscaban describirla, las piernas vigorosas como cuartos traseros de ñu, y las nalgas duras como diamantes que las separaban.

Si los otros bárbaros nos habían parecido impresionantes en su talla y musculación, nada tenían que ver con aquel ejemplar. Parecía imposible que tuviera más de treinta de vuestros años, y era la mole más enorme que mis ojos han visto proyectar su sombra sobre otros humanos. La resaca dibujaba magulladuras de malestar alrededor de sus ojos, que parecían hechos para partir fachadas y apuñalar falsas sonrisas. Ojos demasiado sinceros, demasiado puros para ser humanos. La fealdad contaminaba su rostro como una plaga, pues nada había de simétrico ni de hermoso en él, y sin embargo era una cara amable dentro de su brutalidad. Destilaba una especie de inteligencia no culta, pero sí astuta; la del mancebo no civilizado que aun así es capaz de adiestrar caballos, sabiendo en qué momento justo hay que castrarlos, o cómo equilibrar una jornada de perseguir zorros con otra de amontonar fardos en el carro de la cosecha.

Con el chasquido que hizo la nuez de Eivas al tragar se podía haber compuesto un sangit [4] . El joven capitán intentó comunicarse con el bárbaro, y contra todo pronóstico, este le escuchó. Parecía entender algo de nuestra lengua, cosas sueltas, pues antes de que yo tradujera él ya asentía ante algunas propuestas. De sus labios no surgió la menor palabra. Su mirada hablaba por él, era así de expresiva.

Eivas hizo valer su rango y le pidió… no, más bien le ordenó, como vasallo del mesianado que era, que lo condujese ante el jefe de su tribu.

Ante la inmovilidad del bruto, tuvo que explicarle que necesitaba discutir un asunto muy importante con él. Algo relacionado con las brujas vranoi.

Quizás fue aquí cuando las tornas cambiaron, aunque en ese momento el bárbaro no lo demostró. Señaló las ramas bajas de unos árboles parecidos a palmeras, de las que colgaban unos frutos realmente sabrosos. Arrancó uno y le dio un mordisco, demostrándonos que no eran venenosos, y luego se lo lanzó a las manos a Eivas. Este, pensando que quizá se tratara de algún ritual, lo probó. Pronto todos hicimos lo mismo, incluso yo. ¡Estaba delicioso! Tras esta demostración de amistad, compartiendo con nosotros los tesoros de su

tierra, el bruto nos hizo una seña para que le esperásemos allí mismo.

Sin aguardar respuesta, desapareció en la espesura.

¡Y allí nos tuvo dos días enteros! Ya estábamos hartos de tanta demora y dispuestos a violar cuanta norma de cortesía se nos pusiera delante, cuando el bárbaro regresó. Y esta vez sí, nos dejó acompañarle. Lo seguimos a duras penas por sendas que de eso tenían solo el nombre, pues únicamente alguien que hubiese nacido medio gacela y medio lince podría haberlas distinguido entre la masa espesa de follaje y raíces que se alzaba ante nosotros. Yo iba planeando sobre sus cabezas a poca altura, por eso fui el primero en divisar el claro donde se alzaba el poblado.

¿Cómo describir una obra de arte que no se parece a nada que hayan conseguido hacer los hombres en ningún otro lugar del mundo? Baste decir que aquella acumulación de lianas y techumbres, apoyadas unas sobre otras de modo que todas eran esenciales para la integridad de la aldea, parecía más una única chabola que muchas distintas, con habitáculos que crecían como hijos bastardos aquí y allá. Toda la aldea se apoyaba en último término en la casa del jefe, y esta, como aprendí después, descansaba sobre un único y robusto pilar de piedra.

Qué raros sois los humanos.

¡¡Gggrraaacckk!! ¡No, por favor, mi señor, no me peguéis con ese cazo, ya me centro en la historia!

Seguí a la comitiva hasta el mismo centro del poblado, al que se llegaba por una calle abierta entre chozas, sin líneas rectas en su trazado. ¿Os imaginaríais si os lo pidiera una corte donde hubiese lealtad pero no los lujos propios de nuestra tierra? ¿Un palacio miserable sin jefes de cámara, sobrestantes o caballerizos mayores? Así era la chabola del jefe, que respondía por el grotesco nombre de Urkkhok. Sin lujos pero brillante bajo el fulgor de velas de junco empapadas de grasa, decenas de ellas encendidas a la vez.

Cuando el bárbaro que nos guiaba, que se hacía llamar Dunn, estuvo en presencia de su líder, le contó en voz baja y usando una jerga que ni siquiera yo pude traducir quiénes éramos, y qué queríamos de su isla.

Creo que la risotada del jefe fue lo primero que oí que no se parecía a los típicos sonidos del bosque.

Los nativos que le escoltaban, y que a primera vista no portaban armas, se unieron al jolgorio. Todos menos Dunn. Él

se limitó a auscultarnos con esos ojos que parecían capaces de atravesar el bronce. Eivas, ofendido ante semejante trato, y olvidando quizás que estábamos en inferioridad de condiciones y en terreno enemigo, se inflamó de rabia y le ladró cuatro verdades al jefe. ¿Que… que os las resuma, mi señor? No podría aunque quisiera, pues me temblaban las plumas de miedo. Confieso que estaba más atento a la reacción del jerarca que a lo que decía vuestro sobrino.

El resultado no pudo ser peor, sobre todo tras la mención de Yara. Eivas la nombró como colofón de su discurso, gritándole a Urkkhok que ya sabíamos que las brujas existían, pues una de ellas obraba en nuestro poder. Una mujer expulsada de aquella isla que se sumergía en raros trances y que respondía por ese nombre, que todos sabíamos que era falso.

Cuando la palabra «Yara» salió de sus labios, un cambio se obró en el semblante de los brutos. Sobre todo en el de Dunn, aunque su caso quizás fue el más sutil. Las carcajadas del jefe murieron. También las de sus hombres, que se tensaron de inmediato como si se aprestaran para la lucha (o para levantar del suelo solo con las manos a bueyes jóvenes, junto con su yugo y cadenas). Se quedaron mirándonos en silencio, en medio de una calma mortal. La expresión que más me aterró fue la de Dunn, pues era como si hubiese cruzado sin pretenderlo una frontera de la cual era imposible volver atrás.

Los hermanos blindados se prepararon para todo, destrabando sus manguales y embrazando escudos. Breves y funestos hechizos de combate volaron de boca en boca, cual nerviosos jilgueros, aunque ninguno se atrevió a dar el primer golpe. No hasta que el joven Eivas lo ordenara.

Urkkhok, cuyos rizos eran más largos que los de su gente y parecían lustrados con grasa de ganso, se puso en pie, abandonando la comodidad de su trono de pieles. Nos preguntó, esta vez en un dialecto más cercano al común de los vranoi (y que por lo tanto yo podía entender), que cómo era que conocíamos a Yara, y si sabíamos dónde estaba. Eivas, que sabiéndose representante de un poder y una civilización superiores no quería achicarse ni ceder el control de la charla, intentó desviar el tema al resto de las brujas. Pero nada hizo cambiar de idea al jefe, nada lo distrajo de su antojo de saber.

Fue Dunn quien desató la tragedia. Agarrando a Eivas por el plaquín de la armadura, lo alzó en el aire como un guiñapo hasta dejarlo a la altura de su vista. Una vista que

relampagueó a la luz mortecina de las velas. Y se lo preguntó por última vez: «¿Cómo es que conocéis a Yara, y dónde la habéis visto?».

Los hermanos, viendo que su capitán estaba en peligro, reaccionaron atacando a los brutos. Y esa, mi señor, de todas las opciones posibles, os juro que fue la peor.

¡¡Gggrraaacckk!! Sí, ya sé que opinar que existe una milicia más poderosa o mejor preparada en el mundo que la inuriana es traición. ¡Sobre todo porque la magia de Exerpes está de nuestro lado… como yo mejor que nadie puedo atestiguar! De pura congoja se aflige mi corazón cuando tengo que contaros esto. Pero no hay más remedio, pues me invocasteis para que contase verdades, y solo verdades os pienso relatar.

Un estallido de cólera siguió al alarido que vibró en la garganta de los bárbaros, un alarido que llamó al resto de los salvajes para que se uniesen al combate. Creo… creo que lo esperaban, en cierta forma. Y que lo disfrutaban como niños. Como si las únicas razones de su existencia fueran la emoción de la sangre, la adrenalina del metal templado y el retorcido placer del dolor que nace a pie de heridas. En sus manos aparecieron unas armas que parecían garras de tigre hechas con hierro y tendones. Era como si a cada hombre y mujer de los allí presentes (pues también había féminas, mi señor, y os juro que daban tanto miedo o más que sus compañeros) les hubiesen crecido uñas, largas y curvas.

Antes de que los hermanos supieran exactamente qué estaba pasando, estaban sobre nosotros. No fue el ataque de un ejército, pues cada hombre embestía por su cuenta, sin ponerse de acuerdo con nadie aparte de sí mismo. Las garras de hierro apagaron velas en oleadas a medida que se iban moviendo, dejando estelas de oscuridad. Y a esa oscuridad le seguía la sangre. Muerto de miedo (lo admito, pues pequeño soy, y desde luego no rival para ninguna de aquellas moles), eché a volar. Tuve suerte de escapar por un ventanuco, mientras una lluvia de gotas rojas empapaba mis plumas. Atrás dejé chillidos de rabia y lamentos de agonía, y un reguero de sangre que adquirió el caudal de un riachuelo, que manaba de la choza del jefe para ir a motear de rojo las paredes de los demás hogares.

¡No, no lloréis aún por la suerte de vuestro sobrino, amo, pues si grande era la locura de aquellos brutos, más intensa aún era la piedad de Exerpes! De todos los que se enredaron

en la trifulca, solo uno escapó, también por un ventanuco y a duras penas. Ese afortunado fue vuestro sobrino, que me ha venido siguiendo en todo momento hasta que llegamos a la playa y al lugar donde esperaba Ronco.

Yo me adelanté para… informaros, amo, pero detrás de mí vienen el pescador y el capitán, lentos pero seguros, desandando el camino de los arrecifes.

3

Concluyó el lenguaraz cuervo.

No cabía en mí de alivio al oír aquellas palabras. Por supuesto, me parecía un crimen terrible que veinte de mis hermanos hubiesen perecido bajo el embate de aquellos primitivos, ¡una blasfemia! Pero ya habría tiempo de ajustarles las cuentas, y encadenarlos camino de las minas de estaño. Ahora, el único pensamiento que ocupaba mi mente era comprobar que Eivas estuviera bien.

Salí de la choza como una exhalación, barriendo los islotes con la vista. Y, alabado sea por siempre Exerpes, el Dador de Luz, de inmediato distinguí dos figuras. Venían renqueando, apoyada la una en la otra como hombres heridos que necesitaran los restos de dos fortalezas y voluntades quebradas para formar una entera.

Corrí hasta el mismo lugar donde rompen las olas y les presté mis brazos, ayudándoles a llegar hasta la arena. Aparté de un empellón al pobre Ronco y me centré en Eivas. La herida que le cruzaba el abdomen era muy fea, más de lo que incluso él, debido al frío y la ausencia de dolor que provocaba la hemorragia, percibía. Tres garras, como las que había descrito el cuervo, habían encontrado un paso a través de la malla y el peto. Si no intervenía de inmediato, arriesgándome a usar la magia más peligrosa que era capaz de invocar, Eivas moriría en pocos minutos.

La magia de la sanación.

Los hermanos de batalla que quedaban en la aldea llegaron corriendo, dispuestos a ayudar, pero los mantuve aparte. Esto era algo que tenía que hacer yo, un acto de piedad y de comunión con mi dios. Palpé la herida de Eivas mientras mi otra mano buscaba el consuelo y la calidez de mi símbolo santo. Y sucedió, como tantas

otras veces en tantos otros campos de batalla. Pero en esta ocasión, debido a lo cerca que estaba el alma de mi sobrino de dar el paso definitivo al otro mundo, fue mucho más terrible. Más exigente.

La magia surgió como una sombra que buscaba nuestros reflejos en un espejo. Gemí, herido por el dolor de Eivas, un botín de ardientes estrellas explotando en mi cabeza. Sentí cómo la voluntad de Exerpes corría por mis venas, cometas escurriéndose en la noche sobre corolas de luz. Aquella voluntad llamaba al Daño para que saliera del cuerpo de mi sobrino, subiera por mis dedos hasta el símbolo y se quemara allí en una combustión sin peaje, una promesa sin efecto, un fuego sin humo.

Cuando Eivas abrió los ojos, casi lloré de alegría.

—¿Dónde estoy…? ¿Pero qué…?, —balbució. Yo le puse un dedo en los labios para que no hablara.

—Ssssht. Ya habrá tiempo. ¿Te sientes bien, con fuerzas como para levantarte?

El joven se examinó a sí mismo. No parecía más extenuado ni dolorido que si se hubiera echado una simple carrera por la playa. Sus heridas habían cicatrizado.

—Por supuesto. Puedo luchar —aseveró, seguro de sí mismo. Y de pronto, como si los recuerdos le llegaran en tropel a la cabeza—: ¡Espera! ¿¡Qué ha pasado con esos bárbaros!? ¿Y los hermanos…?

Negué lentamente con la cabeza.

—De ninguno sabemos nada, solo de ti. Os tendieron una trampa. De puro milagro lograste escapar.

La frívola consciencia de su propia invulnerabilidad desapareció del semblante de Eivas. Su audaz impulso inicial, capaz de comerse el mundo por satisfacer a su tío (y progresar unos peldaños más en el escalafón de la orden), se diluyó en una parodia de sí mismo. En una burla de su propia juventud. El Eivas que había partido hacia la isla con el mentón tan alto que asomaba por encima de su nariz estaba allí mismo, delante de mí, convertido en un guiñapo.

Se acababa de dar cuenta de que no bastaba con la valentía y el despecho de la juventud para triunfar. Y de que los fracasos se pagaban en moneda de sangre. Nada menos que veinte de sus hermanos de instrucción no volverían jamás de aquel poblado para ser enterrados como Exerpes mandaba, para que sus almas pudieran pasear con sosiego por los Campos Dorados. Y era culpa suya.

Así era como un soldado sagrado se hacía mayor.

—He… he…

—Fracasado, sí, pero nadie te lo echará en cara —le prometí—. Fue culpa mía enviarte a una misión de la que ni siquiera yo tenía posibilidades de salir airoso. Subestimé a esos brutos, cosa que no pienso repetir. Pagarán por lo que han hecho, pero será cuando volvamos con refuerzos. En las actuales circunstancias, su maldita isla es una fortaleza.

Los ojos llorosos de Eivas me miraron. Casi me vi a mí mismo reflejado boca abajo en el azogue de una lágrima.

Le di un bofetón para que espabilara.

—¡En pie y preparado, soldado! Ya habrá quien nos juzgue por nuestros errores, pero no será ahora. Tenemos una misión que cumplir.

Me miró con odio por haberlo humillado ante sus subalternos. Bien, eso era lo que quería. Odio, rencor, resentimiento. ¡Ansias de venganza! Ese era mejor combustible que el lánguido sopor de la autocompasión.

—¿Cómo demonios quieres que acabemos la misión?, —se encolerizó—. ¡Las brujas están fuera de nuestro alcance!

Otro bofetón, y su cara quedó mirando hacia el otro lado.

—¡Silencio! ¿Olvidas que tenemos a una de esas putas encerrada ahí detrás? —Señalé el poblado aéreo—. Escúchame bien: te llevarás a la tal Yara encadenada de pies y manos hasta Velmisia y se la entregarás en persona al alto estáter. Él sabrá cómo disponer de su arte. Yo me quedaré aquí hasta mañana para vigilar la retaguardia, por si acaso esos brutos deciden hacer una salida. Viaja deprisa y sin temor, sobrino; el amor de Exerpes vela por ti.

—Pero…

—No discutas. Hazlo. Yo estaré bien. Si esos animales quieren pelea, sabrán lo que es enfrentarse con un acrol sagrado de nuestro dios. —Aferré con decisión mi símbolo.

Le vi marcharse compungido, sacando a la bruja de la choza entre gritos e insultos. Ninguno de los pescadores movió un dedo por impedirlo, tal era el miedo y el respeto que los hermanos imponían en sus corazones. Yara era otra historia: pataleaba y berreaba como una gata salvaje, pero por fortuna estaba muy débil después de su trance. Fue exquisitamente fácil domarla.

Eivas y siete de los diez hermanos restantes se marcharon al Oeste, hacia las carreteras que confluían en Velmisia, lugar de la construcción de la gran basílica de Exerpes. Una obra titánica que había empezado hacía más de un siglo, y que, si el dios lo tenía a bien, estaría a punto de concluir. Los pocos hermanos de batalla que quedamos en la playa nos encomendamos a los cielos y nos preparamos para afrontar la mayor prueba de nuestras vidas.

El más sosegado, el único que estaba tranquilo, era yo, ya que uno de los privilegios del mando era poseer más información que nadie. Y había algo que no le había contado a ninguno, ni siquiera a mi querido Eivas: la verdad referente a la única reliquia arcana que me había traído para esta misión.

Unos grilletes mágicos a los que el infortunio y la tribulación habían puesto nombre: las Argollas de la Desdicha de Saphantos.

Jammurha
(Esclavitudes)

1

El cielo estaba peinado a contrapelo aquella tarde.

Las nubes estaban cardadas al revés, atusadas sobre una peinilla de cielo azul, como si los dioses hubiesen querido acicalar el mundo usando una herramienta equivocada.

Eivas no pensaba en esto mientras observaba las nubes, sino en cuál iba a ser su versión de lo ocurrido en Kátobras una vez solicitara audiencia con el alto estáter. ¿Le contaría la verdad, que su tío le había encomendado una misión para la cual no había dado la talla, y que por su culpa habían muertos muchos hermanos? ¿Admitiría que estaba siendo él, un simple liva o lugarteniente (no sabía cuál de los rangos sonaba más miserable, si el marcial o su versión eclesiástica) quien le presentaba el informe porque el acrol Donnegar no estaba en la ciudad? Quizá lo mejor fuera inventarse un cuento, uno que hablase de luchas épicas contra los bárbaros y de victorias dignas de glosa, y cuyo final hasta tuviera una moraleja. A los hombres de fe les encantaban las moralejas.

Sacudió la cabeza, triste. Ninguna de las versiones de aquella historia le satisfacía (ni iban a convencer al alto estáter). Ambas sonaban igual de despreciables, y ni lo convertían a él en un campeón fiero ni a su tío en un vate necio.

—¿Problemas, mercenario?, —irrumpió una voz femenina, que tuvo la osadía de distraerlo de sus reflexiones—. ¿Remordimientos? ¿Ya te estás viendo con los andrajos de un charlatán huero?

Eivas se giró en la grupa de su caballo para mirar a la mujer que daba saltitos al ritmo del traqueteo del carro, dentro de la jaula. Yara no estaba exactamente cargada de cadenas, como había sugerido el acrol, pero sí tenía un pesado grillete en torno a cada muñeca, y un collar de cuero asegurado por un nudo que se le haría más incómodo si ella hacía movimientos bruscos.

La mujer, a pesar de su situación, sonreía al mirarle. Era una perra salvaje con dientes de perra, uñas de perra y mirada cínica y lasciva de perra. Cuando decían que los vranoi estaban más cerca del reino animal que del humano, seguramente era a esa clase de rasgos a los que se referían.

—Silencio —ordenó, aunque en el fondo no tenía ganas de que se callara. Lo que de verdad le sentaría bien sería pelearse con alguien, para dar salida a toda esa frustración. Y una bárbara simplona, por muy bruja que fuese, no sería rival para él en la dialéctica.

—¿Está lejos esa ciudad a la que me llevas? Porque si quieres que esté callada todo el viaje, las horas se nos pasarán muy lentas. —Suspiró—. Soy una gran conversadora, créeme.

—No eres una conversadora, sino una prisionera. Así que cállate o te coseré los labios a latigazos.

—Así es como os gusta el silencio, ¿eh?, con bocas cosidas a latigazos —rezongó, mirándole con desprecio—. Nunca los he visto por dentro, pero me han dicho que esa es la calma que se respira en vuestros santuarios. Cuán similar puede ser la quietud del miedo a la de la fe.

Eivas tiró sutilmente de las riendas para que el caballo frenara un poco, y acoplara su paso al de la carreta.

—No sabes nada de mi religión —la sermoneó—. Solo conoces los sacrificios de sangre y los amancebamientos a la luz de la luna, quién sabe si solo entre hombres y mujeres o con algo más. Tu religión es violenta, impredecible e irracional. No se parece a la mía.

Yara soltó una risa despreciativa.

—Por supuesto que hay algo más ahí fuera cuando nos amancebamos, si no, no tendría gracia, Eivas.

—No uses mi nombre.

—¿Por qué no? Tú conoces el mío. Los nombres son los clavos que fijan las hebras del destino a ese muñeco de trapo llamado hombre. Quítaselo y será como si le cortases los hilos de su titiritero, o como si llenases el cielo de lunas y soles para que no proyectase sombra, y así los dioses no pudieran encontrarlo [5]. El polvo es palabra y la palabra, polvo.

El liva la miró. Aquella conversación le estaba sacando de

quicio, pero no podía negarse a continuarla hasta aplastar con sus argumentos a la joven por la sencilla razón de que sus hermanos, aunque se hacían los distraídos, estaban escuchando con curiosidad. Para la mujer, de eso se dio cuenta enseguida, aquel no era un combate ideológico sin más, sino una cruda, tenaz e inquebrantable demostración de fuerza.

Además, por como Yara le miraba (desde dentro de la jaula y con grilletes en las muñecas) parecía que fuera ella la dominante, y no al revés.

—Si tantas ganas tienes de comparar tu fe con la mía, te complaceré —dijo Eivas—. Antes de que Exerpes se alzase como único dios victorioso en la Batalla de los Cielos, solo había caos en el mundo y en las esferas. Millones de vidas humanas se diluyeron en el olvido como la harina que muele el grano del tiempo. Nuestra existencia no tenía sentido, ni propósito. No éramos muy distintos de esos animales con los que tú copulas. —La miró con asco—. Pero de esa harina nació un tipo de pan distinto, una clase de hombres que ya no temía a lo desconocido, pues su nuevo dios, al que descubrieron al elevar una plegaria a los cielos y preguntar si había algo más… era un ser que no complacía deseos, sino que enseñaba reglas. Y las reglas son fundamentales para controlar el mundo. Dejamos de ser brutales e instintivos para convertirnos en ordenados y cautelosos. Así nació el dominio racional de la magia. Fue cuando nacimos de verdad al mundo.

—Cuando «nacisteis», como tú dices, ya erais perros viejos y amargados —corrigió Yara—. El alma de todo hombre contiene experiencias y pecados desde el primer momento en que empieza a pensar por sí misma, igual que la tierra que pisa ya contiene historias de antaño. No comprendisteis la magia al reducirla a un conjunto de reglas: la matasteis, domando su carácter espontáneo.

Eivas sacó una pipa y se puso a moler unas briznas de picadura afrutada. Pues sí que era una gran conversadora, la dichosa bruja, como seguramente ya habría diagnosticado su tío. El viaje se las pintaba muy interesante.

—¿Cómo se puede domar algo que es eterno, que viene de más allá de la comprensión humana? ¿Cómo íbamos a doblegar algo tan puro como la magia? No, mujer. —Sonrió con desgana—. La ley de Exerpes es orden frente al caos, cierto, pero no implica todo lo malo

que presupones. Con nuestro credo la magia pasó de ser espontánea a formulaica, lo cual nos dio un mayor control sobre ella. Tú suplicas milagros a tus dioses, pero nunca sabes cuándo te serán concedidos, ni con qué intensidad, ni siquiera bajo qué forma. Nosotros podemos controlar todo eso, a un nivel quizá menor, pero los sueños siguen siendo sueños aunque se los observe desde fuera de una caja.

Ahí fue cuando ella lo señaló con un dedo, como si esperase que retrocediera ante alguna trivial (aunque insoslayable) paradoja en sus argumentos.

—¡Ahí está!, —exclamó—. Ese es vuestro gran fallo. Un sueño queda exaltado nada más ser sustraído de la corriente natural de nuestras vidas. Mientras lo dejes volar libre, se hará fuerte como el viento y crecerá. Pero si lo metes en una prisión para estudiarlo, para destriparlo y averiguar cómo es por dentro… no sobrevivirá a su propio dolor. Tu magia es una mentira, y si tiene reglas es porque necesitáis controlar a vuestros feligreses para que bajen la cabeza y se porten como ganado. Así, vosotros y vuestro dios os creéis mejores de lo que sois. Es el ansia de poder lo que representa la quintaesencia de Exerpes, no sus estúpidos dogmas.

Eivas le lanzó un ceño fruncido. Los demás hermanos cruzaron también miradas nerviosas, preguntándose hasta dónde dejaría el liva que llegaran los insultos de aquella zorra.

—¿Entonces cómo explicas la profecía?

—¿Qué profecía?, —preguntó Yara.

—La que habla del fin de la Quinta Era, que es la que estamos viviendo justo ahora. Dice así:

Allá donde el Tiempo teje sus juramentos
Ante la dallada prole y el eterno enramado
Los prodigios sucederán a los augurios
Los sabios suplantarán a los necios
El fiel perderá su equilibrio
Y una de las caras se arrastrará para nacer a la quebrada.

Esta vez le tocó arrugarse al entrecejo de la bárbara.

—El mundo está lleno de profecías, hombre, y no por eso son todas más ciertas.

—Te expresas demasiado bien para ser una salvaje.

Yara se encogió de hombros.

—Y a ti te preocupan demasiado los porqués para ser un civilizado.

—Esas reglas que tanto desprecias nos han dado muchas cosas, además de magia. Es por ellas que vivimos a salvo detrás de altos muros, que se apoyan en una argamasa de cálculos más que en una mixtura de barro y agua. ¿Tu pueblo qué tiene, en cambio? Chozas miserables y un cielo por techo que cualquier día puede caerse en una tromba de lluvia y relámpagos. Eres el pasado, bruja, y nosotros el presente.

—Ya. Y por eso me necesitáis con tanta urgencia, ¿no?, —siseó Yara, moviendo la cabeza como si su nariz estuviese escribiendo una palabra en el aire. En realidad era el collar, que la incomodaba cada vez más—. Me necesitáis porque soy un error que no podéis subsanar en vuestros perfectos cálculos. Vuestra magia se ve impotente sin la paradoja que la desmonta. —Antes de que él pudiese replicar, gritó—: ¡Alguien debe ulcerar tus ganas de anquilosarte con el ácido de la verdad! Sé muy bien que tu dios tiene dos aspectos, uno malvado y belicoso que promulga la violencia y el uso agresivo de la magia, y otro muy distinto, más manso y amable, que es quien da la cara en vuestra simbología. ¿Pero cuál de los dos es más real? ¿Crees que solo porque lleves la cara bondadosa de Exerpes esculpida en tu símbolo, es la que realmente te escucha cuando desnudas tu alma? ¿O será al otro, al gemelo malvado, al que realmente rindes pleitesía y dedicas cada segundo de tu vida? Me llevas encadenada para que os busque un espíritu al que poder esclavizar para crear un arma sanguinaria. Medita bien sobre esa idea, chico. Armas y magia, sangre y esclavitud. ¿Es esa la voluntad del lado luminoso de Exerpes… o será su gemelo oscuro el que os susurra ideas perversas al oído? ¿Qué tiene más lógica? Tu dios tiene dos caras —concluyó—, y nunca sabes a cuál de las dos estás rezando, o cuál te presta el poder para hacer prodigios. Y ese, amigo, es el juego más peligroso del mundo.

El liva intentó protegerse con risitas nerviosas de las palabras que magullaban su ego mientras la joven le apuñalaba con verdades, gritaba paradojas, gemía incongruencias, lamía argumentos, ansiaba mentiras y sufría razones. Pero por más que lo

intentó no pudo sustraerse a su lógica, a las puñaladas que salían de aquella boca roja como la sangre.

Jamás nadie le había hablado así, lanzándole tantas verdades a la cara, porque nadie tenía el valor suficiente como para racionalizar su fe. Las palabras de Yara le hacían daño porque encontraban un eco en sus propias dudas, en las vacilaciones que él mismo había sentido cuando era novicio. Dudas típicas de la juventud que años de entrenamiento y devoción acababan por sepultar bajo toneladas de letanías.

—¡Basta ya, mujer!, —ordenó Eivas. Se había quedado suspendido sobre la silla de montar como un inexplicable pajarraco caído por azar en aquel triste páramo. Su mirada lo decía todo—. Ahora entiendo por qué eres tan peligrosa. De tu boca no sale más que veneno.

—No, lo que sale es algo que necesitáis desesperadamente. Ahora me doy cuenta —se relajó ella, tirando del collar para aflojarlo. Una marca púrpura se le hacía cada vez más profunda en la piel—. Necesitas que discrepe contigo para que te ofrezca algo que ansías más que la vida misma.

—¿El qué?

—Un nivel de comparación. Si no ves nada distinto a ti mismo, corres el riesgo de pensar que no hay nada más perfecto. Y ese es un error fatal, que te llevará a la destrucción.

Eivas lanzó su mano enguantada de hierro hacia las rejas de la jaula, acertando en los nudillos de Yara. Esta gimió de dolor, retrocediendo hasta el centro de su pequeña cúpula enrejada. Pero su mirada se transformó de repente, abandonando todo rencor.

—Tranquilo, en realidad no querías pegarme —le dijo suavemente—. Querías golpear otra cosa, pero yo estaba más a mano.

—Cállate —zanjó Eivas.

Y esta vez lo decía en serio.

2

Esperé sentado en aquella playa, sobre una de las pasarelas del poblado aéreo, a que sucediera algo.

Yo, Donnegar Samotai, que en otro tiempo comandé legiones y alcé victorioso estandartes, sentí como si el peso de mi avanzada edad me obligara a hincar las rodillas en aquellos tablones. La imagen tenía un punto de melancolía solemne, como la del guerrero que tras años de lucha se resigna a que la espada pese más que la fuerza que puede ejercer su muñeca.

No, me dije, no es eso. Estoy sintiendo un falso desasosiego, instigado por la magia. El hechizo de curación que le había lanzado a mi sobrino había surtido efecto con más eficacia de la que yo mismo esperé (salvándolo de la muerte y alejando a la dama de la negra guadaña un día más), pero ese tipo de trucos conllevaban un precio. Y sería yo quien tendría que pagarlo.

Me arqueé hacia atrás, bizqueando de dolor por la presión que empezaba a punzarme cada vértebra. Intenté comulgar con el reflujo de la magia, conduciéndolo a un lugar neutro y vacío de mi alma donde su fuego pudiera consumirse de forma inocua… pero no lo conseguí.

El poblado iba adquiriendo un aire fantasmal conforme se agotaba la luz del día. El viento empapado en salitre golpeaba las tapaderas de ataúd que eran las puertas de las casas sin que nada se moviera. Solo de vez en cuando alguna contraventana se apartaba, abriéndose a una oscuridad de siluetas y murmullos. Sabía que Ronco y los demás paisanos debían de estar espiándonos en ese preciso momento, aguardando, igual que nosotros, a que algo terrible ocurriera.

¿Cómo habíamos llegado a aquella situación? ¿Cómo había subestimado tanto a aquellos salvajes?

¿Acaso escondíamos a un enemigo poderoso en el corazón de nuestra tierra, sin que hasta ahora lo hubiésemos sospechado?

—Cuervo —llamé.

El animal aterrizó en mi diestra. Aún le quedaba otro ciclo de fases de luna para que el hechizo que lo había invocado se desvaneciera. Lo miré fijamente a los ojos para improntar una nueva orden.

—Vuela de regreso al poblado vranoi de la isla, observa lo que hacen y cuéntamelo. ¡Ve!

—¡Gggrraacckkk!, —graznó—. Tus deseos son órdenes, amo. Iré, veré y escucharé, y de todo ello os daré pronta fe.

Desapareció con un revoloteo, fundiéndose en la noche. A mi lado se sentaron los tres hermanos de batalla que se habían quedado para protegerme. Estuvimos mirando la isla, preguntándonos qué jugarreta podrían estar tramando aquellos brutos. Inmensos velos de silencio cernían sobre las cumbres el aire nocturno.

Los hermanos empezaron una oración conjunta a Exerpes, a la que no me uní. Mis manos estaban concentradas en los eslabones de la reliquia que me había traído de los depósitos sacros de la catedral: las Argollas de la Desdicha de Saphantos. Pensé por un momento en el poder que encerraba aquel oxidado metal. Decía la leyenda que una vez, hacía mucho tiempo, un sacerdote luchó contra un demonio usando una poderosa armadura llena de espinas y un mandoble con perfil de sierra. Eran armas letales que podrían haber acabado con casi cualquier criatura viviente, pero aquel enemigo no provenía de este mundo, ni de ningún plano afín. Era una aberración salida de los abismos del país de la Niebla, al que la demencia de un artista loco (un bardo demente que se atrevió a componer una sinfonía para los poderes oscuros) dio cuerpo físico.

Contaba aquella historia que Saphantos, el clérigo, luchó contra la bestia durante seis días con sus noches. Al final, agotado su último aliento y las fuerzas que le quedaban, y viendo que el ser no caía por más heridas que le infligiera, Saphantos decidió retirarse y usar el metal de su armadura para forjar un baúl. Le fabricó nueve candados y otras tantas cadenas, y antes de cerrarlo, metió dentro sus miedos y sus temores, su inseguridad y sus flaquezas. Cuando el baúl estuvo lleno de todas aquellas taras, y notando su espíritu mucho más liviano, lo lanzó al fondo de un río. Entonces volvió para enfrentarse al demonio y lo derrotó.

Viéndose a un paso de la muerte, el demonio habló con él y le preguntó cómo iba a vivir a partir de entonces, pues solo era medio hombre. Había encerrado su otra mitad en una caja y la había tirado lejos. El clérigo comprendió la paradoja al mirarse en un espejo, pues allí solo se reflejaba la mitad de su cuerpo. Era la mitad buena y noble, sí, pero dejaba abierta una gran herida por donde se podían colar mil enfermedades, en forma de otros tantos vicios: soberbia, orgullo, desprecio, jactancia, vanidad…

Saphantos supo que así no podría servir a Exerpes, así que, tras

liquidar al demonio, recuperó el baúl y le dio otra forma: la de unos grilletes para atarse a sí mismo. Así controlaría los arrebatos que pudieran surgir de su mitad malvada, y aunque viviera encadenado el resto de su vida, al menos sería digno de visitar los jardines paradisíacos cuando muriera, y Exerpes lo recibiría con los brazos abiertos, como merecen las almas virtuosas.

Sonreí. Era un bonito cuento de hadas, que muchos maestros de la Orden de Exerpes usaban para ejemplificar las virtudes del sacrificio y la templanza ante sus alumnos. Pero yo sabía que en ese cuento había un germen de verdad, pues los grilletes tenían verdadero poder. Cualquier persona cuyas muñecas fueran mordidas por aquellas cadenas sentiría el peso de una melancolía infinita, de una dejadez suprema, que imposibilitaría no ya sus intentos de fuga, sino el mero hecho de pensar en una salida. Muchos desgraciados habían tratado de suicidarse ahorcándose con aquellos grilletes, y lo habrían conseguido de no ser porque esa misma acción suponía un esfuerzo formidable.

Me había traído los grilletes para el improbable caso de tener que esposar a una bruja, una especialmente poderosa que no quisiera venir por su propio pie. Ahora los usaría para aplastar la voluntad de uno de aquellos brutos, o de cien. Los que hiciera falta. La maldición de Saphantos disminuía su potencia con cada blanco extra sobre el que se lanzara el hechizo, pero podía debilitar la moral de grupos enteros de hombres.

El cuervo tardó dos horas en volver, y cuando lo hizo estaba visiblemente nervioso a la par que contento.

Le pregunté a qué venían tan dispares emociones.

—¡Ggrraaacckk! Siguiendo vuestras órdenes, amo, he ido y visto, oído y tocado, y he aquí el relato de mis pesquisas: ¡los bárbaros no vendrán a buscar a la bruja, no abandonarán su isla! Al menos, no todos, pues si hubiera un peligro allá afuera se personificaría en uno solo de ellos, ¡uno nada más! Un hombre que, desobedeciendo la orden de su líder, ha dado la espalda a su pueblo y se encamina hacia aquí a paso bravo.

El cuervo siguió y siguió hablando, con aquella cháchara tan llena de zalamerías y angulemas que era habitual en él. Y mientras más hablaba, más cambiaba mi semblante, pues una mezcla de preocupación y de tranquilidad se hacía fuerte en mí.

Me sorprendió la parte de su relato en que el tal Dunn, sin duda el bárbaro a quien hacía referencia con tantos adjetivos innecesarios y grandilocuentes (parecía que el impacto que aquel hombre había ocasionado en el cuervo era grande, pues no paraba de describirlo con esdrújulas), era el que se aproximaba ahora mismo a la playa. Al parecer, abandonó el poblado después de una calenturienta discusión con el jefe, y empleo «calenturienta» en términos bárbaros, no civilizados. El cuervo me contó que Dunn y Urkkhok discutieron sobre los extranjeros (cómo me dolía escuchar esa palabra cuando se refería a mí, dentro de los límites de mi propio país). Sobre qué hacer con los cadáveres y con los que aún quedábamos vivos tras el brazo de mar.

No se pusieron de acuerdo.

Por lo que le entendí, el pájaro había detectado una profunda fisura entre ambos personajes, algo que venía de antaño y que ni siquiera el tiempo había logrado cicatrizar. A ninguno de los dos le movía la venganza, ni las ansias de luchar por satisfacer un primitivo impulso interior (aunque algo de eso sí que había). Se habían acostumbrado a vivir en su isla, encerrados, y así les gustaba mantener todo lo demás: fuera y lejos.

Pero fue pronunciar en voz alta el nombre de aquella bruja, Yara, y algo cambió en el rostro de Dunn. El cuervo no supo describirlo bien: no le pareció que fuera amor lo que había en los ojos de aquel coloso, ni siquiera del tipo más filial y poco romántico que pudiera concebirse. No, no era amor, pero tampoco odio. Era… una cosa distinta. Algo que solo el bárbaro podía explicar, si es que él mismo lo entendía.

Dunn le dijo a Urkkhok, en su extraña lengua (que este pajarraco apenas hablaba, ni siquiera usando la magia, por lo que no supe si fiarme de él), que debía marchar de inmediato a rescatar a Yara. Ahora que sabía que seguía ilesa, y que se había refugiado en aquel triste pueblucho (uno que ellos habían visitado muchas veces en busca de rapiña, paradójicamente), era su única misión en la vida. El jefe de la tribu se puso furioso: Yara era una paria, una manchada. Había sido execrada y expulsada de su aldea por crímenes que no salieron a colación, pero que hacían que el propio Urkkhok temblara al recordarlos. Y no permitiría bajo ningún concepto que ninguno de sus guerreros saliera de Madhen para

buscarla. Es más, lo que haría sería enviar un grupo de castigo para que la localizara y le sacara las tripas de una vez por todas.

Eso, huelga decirlo, no le gustó a Dunn.

¿Debía de creerme el resto de la historia? ¿Estaba desvariando aquel pajarraco inmundo, o realmente vio cómo el tal Dunn amenazó al jefe y escupió sobre el bastón de mando, anulando así sus lazos de sangre con su pueblo? ¿Debo de creer que Urkkhok, colérico, mandó que lo ataran a un poste para que los pájaros degustaran las partes más blandas de su cuerpo, en castigo por su insolencia?

Si me lo creyera, entonces también tendría que admitir que fue verdad que hubo una pelea, donde los guardaespaldas del jefe se midieron contra Dunn en el interior de la cabaña. Y que este los venció a todos, pues ningún bárbaro, ni siquiera atacándole todos a la vez, era rival para su fortaleza (aquí estaba empezando a desvariar de nuevo, seguro).

El cuervo afirmó que Dunn, antes de que él se marchara volando por la chimenea, arrancó el pilar sobre el que se apoyaba la choza. Era un bloque de piedra tallado, la única obra de arte que el cuervo vio en todo el poblado: una especie de cabeza de martillo del tamaño de una pierna humana, decorada con runas e imágenes de un pasado menos primitivo, que parecía llevar allí centurias. Tenía forma alargada y vagamente octogonal, con un agujero cilíndrico que la atravesaba de parte a parte por su ecuador. Sí, sin duda recordaba a la cabeza de un martillo gigantesco, sin el astil de madera que debía de sostenerlo y que había sido colocado como la piedra angular de la aldea.

Sin aquel bloque, la columna que sostenía la choza del jefe se vino abajo. Sin esa columna, la casa de Urkkhok se hizo trizas. Y como las demás estaban apoyadas en ella (sin duda por algún motivo más religioso que estructural), la debacle se extendió por el pueblo como una ola imparable. Muchas cabañas se desplomaron antes de que la ola se extinguiera por pura casualidad. Algunas quedaron en pie, muy pocas y situadas en el extrarradio, allá donde acababa el claro y comenzaba de nuevo el bosque.

Y de aquella debacle surgió una figura que se cargó la pesada piedra a la espalda y se marchó caminando tranquilamente, rumbo a la playa.

—Por el Árbol de Fuego, así que ese tal Dunn le ha dado la espalda a su pueblo por una mujer. Y se dirige hacia aquí —musité.

El cuervo movió afirmativamente el pico.

—¡¡Ggraackk!! Sí, mi señor, por allá viene saltando de roca en roca. No tardará en llegar. Creo que ninguno de los otros le sigue, aunque no comprendo por qué.

—Yo sí. Es un hombre inmerso en una búsqueda de honor, y eso es algo sagrado para esos brutos. —Sonreí con malicia, extendiendo la cadena que unía los grilletes a su máxima anchura—. Bien, que venga. Vamos a ver qué se doblega antes, si la cabezonería de ese estupendo ejemplar o el poder de Exerpes.

3

Incluso la risa del cielo era en sí misma un argumento. ¿A qué vendría, si no, aquella inesperada lluvia de estrellas en lontananza? ¿A qué, el fortuito rizado de la mar? ¿Qué sabía el mundo que iba a ocurrir aquella noche que ningún mortal podía sospechar?

Firmemente plantados sobre nuestros ideales, además de nuestras botas de monta, esperamos al bárbaro en Kátobras. Y pronto lo vimos aparecer, una silueta de negro sobre negro entre aureolas de espuma, que brincaba por las rocas llevando algo grande a la espalda.

Era la primera vez que veía en persona a aquel monstruo. Y debo reconocer que me impactó tanto como al cuervo o a Eivas, pues solo palabras esdrújulas, de muchas sílabas y acentos en más de una, parecían caber dentro de tan colosal silueta.

—Preparaos, os quiero desplegados sobre las pasarelas —instruí a mis hombres—. Que llegue hasta la arena. Allí le atraparemos.

Los hermanos corrieron a toda prisa hasta formar el clásico triángulo defensivo, donde cada hombre cubre al que está situado a su derecha en línea de visión. Para esta ocasión, dado que yo no quería que combatieran sobre la playa (la arena era tan fina y húmeda que adquiría propiedades de arenas movedizas), los manguales no servían.

Los mantuvieron al alcance de la mano, pero sacaron sus ballestas ligeras y las cordaron. Cada hermano se situó parcialmente

cubierto tras la esquina de una choza. Solo había una pasarela para llegar desde la playa hasta nuestra altura, y estaba cubierta por tres flancos.

Un rostro me observaba desde la oscuridad matizada por velas de la taberna. Ronco. Tenía la mirada triste de quien ha asistido demasiadas veces a una función de teatro, esperando cada vez que los actores le ofrezcan una comedia, aunque siempre acaba encontrándose con un drama.

Lo ignoré y me concentré en el enemigo. El único que había salido de su isla. Un hombre que quizás valiera por un ejército. Por experiencia, sabía que en cualquier milicia solo había un pequeño puñado de soldados que eran los que mataban realmente enemigos; los demás se amasaban a su alrededor buscando cobertura o sirviendo de parapetos humanos contra las flechas. Ese que venía por ahí, esa enorme masa de músculos que ni siquiera se había molestado en coger un arma, era sin duda uno de ellos. Si no supiera que era imposible, una ilusión de la distancia y la noche, habría jurado que aquel hombre rivalizaba en corpulencia con mi caballo de guerra, una bestia negra de doce manos de altura.

Elevé una última plegaria a los cielos. Mi dios seguramente estaría cerca para escucharme.

Nos esperaba una curiosa amanesquera.

—¡Preparaos!, —grité—. ¡Lo necesito vivo, no quiero que nadie le atraviese ningún órgano vital! ¿Entendido?

Los tres hermanos asintieron, bajando unos grados la inclinación de las ballestas. El bárbaro, en ese preciso instante, plantó sus pies en la arena.

Se quedó inmóvil y nos miró directamente a nosotros, a pesar de la oscuridad reinante. El fatuo brillo de las estrellas parecía bastarle para hacer funcionar sus ojos de águila.

Me fijé en la piedra que llevaba colgada a la espalda, con una especie de mochila hecha con lianas. Sí, sin duda era un objeto escapado de una civilización digna de ese nombre; la talla y la calidad de las imágenes representadas así lo sugería. ¿Pero cómo había llegado a parar un objeto así a manos de semejante pueblo? ¿Un botín de guerra, quizás? Podría ser, aunque los motivos de bronce y los esmaltados en rojo, con una serie de granates que parecían engastados en las propias runas, hablaban de la cultura

vranoi, no de otra más avanzada.

A lo mejor aquella cabeza de martillo era el último tesoro de su pueblo, lo único que les quedaba como recuerdo de una época tan lejana que parecía una leyenda. Y ese bruto lo había robado, quién sabía para qué.

Dado que era obvio que sabía dónde estábamos, me puse en pie, encarándome desde la distancia con el bárbaro. Midiéndome con él con la vista. Casi sesenta o setenta pasos nos separaban, pero creí detectar un brillo muy extraño en aquellas pupilas, que reflejaban mi mirada como si nada hubiera en ellas salvo espejos. Estábamos tan inmóviles, los dos (él protegido por su tribal desnudez, yo por mi férrea armadura), que cada cual parecía estar proyectando una ficción de lo que pasaría a continuación. Ficciones que buscaban el hecho oculto en cada acción, para encontrar significado donde no había nada.

Y lo que pasó fue violento, y tan breve que apenas duró el lapso de un parpadeo. O esa impresión (indudablemente falsa) tuve yo.

El bruto lanzó un alarido de furia que hizo temblar los pilares de las casas, y se lanzó a la carrera hacia la plataforma. Sabía que si le dejábamos subir no tendríamos ninguna oportunidad, así que ordené a mis hombres que dispararan.

Las saetas silbaron cortando el aire; eran dardos pesados, como los que se usan para matar jabalís, de vuelo bajo. Volaron y rozaron los muslos de aquel hombre, dejando marcas del color del rubí, pero no lo detuvieron. Ningún venablo se clavó profundo, por lo que el bruto siguió corriendo y, de un salto, se encaramó a la «Y» que formaban los pilares de una cabaña.

Ya no estaba sobre la arena, o al menos no la tocaba directamente. Eso no me gustaba. Concentrándome en los grilletes, proyecté sobre él su hechizo, que encontró en mis manos una forma de canalización. La perversa magia nacida para doblegar voluntades salió de la reliquia y picoteó con la furia de buitres hambrientos. Solo una nota de esa canción podría haber puesto de rodillas a muchos hombres, pero no a él; Dunn se clavó los dedos en las sienes, notando que había un intruso allí dentro, y el dolor (o esa determinación ciega que nace del corazón de las bestias y que es incomprensible para los hombres) le despejó como un chorro de agua helada tras un buen sueño.

No podía creerlo. Estaba muy cerca de mí, y yo haciendo funcionar a destajo la reliquia… pero ni aun así se rendía. De un salto se plantó en la pasarela, agarró a uno de los hermanos por el cuello y, quitándole la ballesta, le dio la vuelta a la saeta y se la hundió en un brazo. El hermano chilló de dolor, barrido por la misma influencia nefasta de los grilletes que se concentraba en Dunn. Este lo sostuvo en alto con una sola mano y lo lanzó lejos, contra las rocas.

Luego siguió avanzando.

Los otros dos hermanos se abalanzaron sobre el bruto con sus manguales. Golpearon, pero a pesar de su enorme tamaño, Dunn era tremendamente ágil y logró esquivarlos por pulgadas. Estaba claro que su intención no era matarlos, pues pudo haberlo hecho con relativa facilidad y aun así lo que hizo fue desarmarlos, agarrándolos por las muñecas con unos dedos que podrían haber partido nueces. Enterró las uñas en sus tendones, haciendo que soltaran las armas por el dolor. Luego los empujó por encima de la barandilla.

Y siguió avanzando, lanzando un largo y reverberante gruñido de oso.

Mis ojos se desviaron a la izquierda solo medio latido, y se encontraron por casualidad con los de Ronco. El pescador tenía la misma expresión en la cara, de fascinado terror, de asustada maravilla, que puso cuando me contó las historias de su juventud, cuando había visto las cargas bárbaras contra los izghar.

Creí que me sonreía, como si lo siguiente fuera inevitable y ya hubiera ocurrido antes.

—¡No!, —grité, y concentré todo mi poder, toda mi alma, en aquellos grilletes de desdicha. Fue un esfuerzo que casi acabó conmigo, pues aún cargaba con el Daño que le había robado a Eivas, y esto no hizo más que incrementarlo.

El dolor se cebó en mis costillas, que me apuñalaban desde dentro con cada respiración. Era una agonía que me clavaba dedos de hielo en el estómago y hacía que quisiera vomitar. Los grilletes ardieron con una luz violácea, un resplandor nefasto que perfiló cada pelo de mi barba y cada ángulo recto de la barbilla de Dunn.

En menos de lo que dura un pensamiento estuvimos frente a frente, él avanzando con el cuerpo inclinado, como se camina

cuando se quiere ir en contra de un huracán. Yo haciendo lo posible por no retroceder, mis manos ardiendo con fuego más real que figurado, e igualmente doloroso. Entre nosotros solo estaban los vientos de la magia, una muralla invisible que se hacía más y más delgada a cada segundo.

Tan agudo y fino como el trino de los gorriones en los techados, pude escuchar el sonido de mi miedo. Me advertía de que aquel podía ser el fin, así de fácil, así de cruento, en un escenario que bien poco tenía de glorioso. Un decorado para morir en el anonimato, satisfaciendo el hambre de las gaviotas.

El bárbaro avanzó un paso más, como una fuerza imparable de la naturaleza. Y entonces se me ocurrió.

«Pasto de las gaviotas no. ¡De los cuervos!».

Fue pensarlo, y el pajarraco que había convocado para que me hiciera de espía se abalanzó sobre el rostro del gigante, lacerándolo con las garras. Solo fue un instante, el intervalo entre dos latidos histéricos, pero bastó para cambiar las tornas de aquel combate.

Dunn gritó de dolor y lo espantó de un golpe, un manotazo que deshizo literalmente al pájaro, reventándolo en las hebras mágicas que le daban forma. Luego intentó centrarse, ignorar la presión que sentía en su cerebro conminándolo a rendirse, a perder toda esperanza, pero yo fui más rápido: con un movimiento veloz, cerré los grilletes en torno a sus muñecas.

El contacto directo con la reliquia era irresistible, o eso creía yo. Durante unos horrendos segundos, contemplé aterrado cómo aquel monstruo caía de rodillas pero se volvía a levantar, mirándome con unas pupilas que condensaban la furia del bosque, de la montaña y del abismo más profundo.

El bárbaro se levantó (¡inconcebible! ¿¡Pero qué demonios estaba pasando con el poder de mi dios!?), y luego… de repente…

Perdió el conocimiento y se desplomó cuan largo era.

Estaba preso.

Yo había vencido, aunque el latigazo que me sacudió las entrañas me recordó que quizá no tuviera tiempo para disfrutarlo. Ahora mismo estaba acumulando dos Daños diferentes (el mío y el de Eivas), dos gestos desesperados de prestidigitador para engañar a la muerte… y nadie me ayudaría a cargarlos.

Los hermanos acudieron renqueando, cada uno con sus propias

heridas y moratones. Escupí un esputo de sangre.

—Pre… preparad las monturas —jadeé—. Los grilletes no detendrán mucho a este animal…

—¿Volvemos a la capital, mi señor?

—¡No! Nunca llegaríamos. —Miré al horizonte, no al Este, donde estaba nuestro hogar, sino hacia el Norte. A un sitio que no podía ver pero que era nuestra única esperanza—. Iremos a un lugar más cercano: el Lazareto de Arkawa. Allí dejaremos a este energúmeno hasta que el estáter decida qué hacer con él.

Vankiloissa
(Prisiones)

1

Algún sabio había dicho que la poesía es una simple cuestión de pesos y medidas, más que un juego de sonidos. Es jugar con las palabras de modo que la sonoridad adquiera una dimensión más algebraica que visceral, más cuantificable que improvisada. Si eso era así o no, Eivas no lo sabía, pues en él había mucha más argamasa de clérigo que de poeta. Pero respetaba a los que eran capaces de contemplar la realidad de Inuria, tal como era en la actualidad, y extraer de ella imágenes tan hermosas que hacían llorar por su belleza. Aunque la realidad fuera mucho más triste.

Cabalgaron durante cientos de millas, siempre rumbo al Oeste, por sendas que habían dibujado las trashumancias de ganado en lugar de la mano del hombre. Al menos hasta que encontraron la primera carretera empedrada, la Vía Saluménica, que conectaba las dos mayores ciudades del mesianado, Velmisia y Siennabar. A partir de ahí los ejes del carromato sufrieron menos (y el trasero de Yara con ellos) y la velocidad de la marcha se incrementó.

La bruja apenas había vuelto a abrir la boca desde que habían tenido aquella discusión sobre la naturaleza filosófica de la religión. Sabía que no le convenía, pues a pesar de la fuerza moral innata a su cargo que exhibía Eivas, de algún modo sus palabras habían logrado tocarle profundamente. El joven lugarteniente parecía más taciturno desde entonces (y eso que habían pasado varios días desde aquella discusión), encerrado en cavilaciones internas que no deseaba compartir con nadie, ni siquiera con sus hermanos.

Era muy improbable que una simple discusión con una salvaje (él se enorgullecía de llamarla así, como si lo catapultase automáticamente a un nivel superior) hiciera que un clérigo devoto vacilara en su fe. Más que altamente improbable, era imposible. Y sin embargo, algo había cambiado en el joven; algo relacionado,

quizá, con la duda ontológica que acompañaba a las dos caras de su dios.

Yara leía inquietud en su semblante cada vez que la miraba. Miedo, tal vez.

Si hubiese sido cualquier otro quien le hubiera lanzado aquellas reflexiones a la cara, con intención de herir, Eivas no solo no se habría molestado, sino que habría encontrado un motivo para repartir un justo castigo, y reafirmar así su propia fe. Sin embargo, había sido una mujer conectada con un aspecto atávico de la misma magia que ellos usaban quien lo había planteado, quien había sembrado la semilla de la duda.

Yara sabía que, como todo en la vida, la magia también era una cuestión de balances. Como la poesía que tanto preocupaba a Eivas. De esas medidas cabalísticas dependía un equilibrio tan sutil que podía cambiar durante generaciones la faz del mundo, sin que sus habitantes notasen la influencia. Pero era un influjo poderoso, y su invisibilidad (para ojos no entrenados) no era sino otra muestra más de su eficacia.

Durante generaciones, los clérigos de Exerpes habían ido basculando entre los dos aspectos de su deidad según les convenía. El positivo y el negativo, el amor y el odio. La rosa y la espada. Oficialmente adoraban solo al primero, a la cara amable de Exerpes, la que cuidaba de las cosechas, velaba por los niños en la noche y promulgaba virtudes que hacían grandes a hombres y naciones. Pero también estaba el otro Exerpes, el vengador colérico de las lanzas de fuego, una por cada brazo. El traedor de muerte, el que bañaba en sangre valles y montañas y se deleitaba con el sonido agónico de los sacrificios.

La llegada de la civilización a Inuria, con la paz impuesta por esas normas que regían hasta los más pequeños rincones de sus vidas, había dado preferencia al Exerpes piadoso, al que brindaba luz en lugar de muerte. Pero Yara sabía que solo era una ilusión, mantenida por la prosperidad del mesianado. Como había sucedido en otras ocasiones (y, se temía, volvería a ocurrir en el futuro), en cuanto los tiempos de prosperidad diesen paso a las guerras, y estas a las hambrunas y las pestes, la faz del dios rotaría sobre sí misma para mostrar su lado más cruel. Y entonces… que las potencias del firmamento se apiadasen de los habitantes de aquel país basado en

la devoción, porque nadie estaría a salvo de su propio fanatismo.

Era un equilibrio tan, pero tan precario, que bastaría con que algo muy pequeño fuera mal (un año demasiado seco, una enfermedad demasiado persistente, un hijo bastardo de algún poderoso que no hubiese sido quitado de en medio cuando se podía) para que todo se viniera abajo. De una generación para la siguiente, los clérigos que ahora promulgaban la luz y la piedad (a pesar de que su símbolo santo incluía un arma en su diseño) podían vestirse de rojo y empezar a extender su versión de la fe a golpe de mangual y brillo de piras ardientes.

Por eso Yara tenía miedo, porque era capaz de mirar lejos y ver las cosas que esperaban en lontananza, agazapadas, esperando a que la gente se volviera lo suficientemente estúpida y sus líderes lo suficientemente despóticos como para dejarlas venir.

Cuando llegaron a una aldea cercana a la selva de árboles de bambú que rodeaba la capital, y vio en qué estado se encontraba, aquellos temores comenzaron a hacerse realidad. La comitiva cruzó en silencio por la única calle que tenía aquel poblado, y ella pudo ver, entre la gente que les salió al paso, a los niños desnutridos, los campesinos mal vestidos que no tenían apenas nada que les protegiera de la inclemencia del sol, y los viejos que renqueaban con muletas apuntaladas bajo las axilas.

Era el vergonzoso rostro de la pobreza. La antesala al fanatismo y la tiranía.

Pero lo que realmente asustó a la joven fue lo que esperaba en un altozano, muy cerca de la aldea de Prognos. Cuando la comitiva de Eivas dejó el pueblucho y subió por una quebrada hasta aquel lugar elevado, ante sus ojos apareció un cuadro sobrecogedor:

Una larga hilera de jinetes armados salió de detrás de la línea curva del altozano, todos a las vez, como si a la colina le hubiesen crecido dientes. Era un destacamento eclesiástico, sus estandartes no dejaban lugar a dudas. Llevaban cotas de escamas, afilados escudos de lágrima y unas armas demasiado largas para ser cuchillos, demasiado cortas para ser espadas… y demasiado amenazadoras para ser usadas en algo que no fuera una batalla.

Antes de que Yara pudiera preguntar nada, Eivas se acercó al trote hasta el líder del destacamento y dijo:

—¡Benditos los ojos de Exerpes! ¿Qué buen viento te trae hasta

estos parajes con tus hombres, Blikka?

La que estaba al mando resultó ser una mujer, muy alta y corpulenta como para ser noble y con una mirada muy cínica como para guardar hábitos. Era una guerrera nata, eso Yara lo vio enseguida (había conocido muchas así en su aldea). No era guapa; en sus ojos de comadreja se vislumbraba una astucia observadora, y una torva sugerencia de prepotencia tiraba hacia abajo de la curva de su boca.

—Los hijodalgos de Vurha siempre vamos allá donde se nos necesita, Eivas —contestó ella—. Debemos cuidar nuestra reputación.

—Está más que a salvo, créeme —sonrió el liva. Al ver que la capitana se fijaba en su equipaje, aclaró—: Es una bruja vranoi que llevo ante el estáter para que la interrogue. Asuntos de la corte.

Blikka lanzó una carcajada al viento.

—¿Asuntos de la corte? Bonito eufemismo. ¿Para quién va a ser el arma que vais a encantar esta vez? ¿Para el estáter o para su primogénito…?

—No sé quién está destinado a ser su dueño, pero de aquí saldrá un arma como pocas se han forjado en el país. —Miró con desprecio a Yara, que seguía en silencio y en posición fetal, valorando con ojillos inquietos la situación—. Es una bruja poderosa, con una lengua tan larga como corta es su falda.

Blikka le lanzó a Yara una mirada lasciva, de interés algo más que académico. Un barrido que empezó en sus ojos y bajó hasta sus pechos, y de ahí a la oscuridad que se intuía entre los muslos.

—La verdad es que no está mal, la prisionera. Si dispusieras de un rato te invitaría a que pasaras por mi campamento. Seguro que traes noticias interesantes del otro extremo del país.

Yara se percató del sutil cambio en la expresión de Eivas, algo que nadie más vio. Era la primera vez que se ponía a prueba la falsedad de su sonrisa, la solidez de las mentiras con las que habría de suavizar la verdad de lo ocurrido a su tío.

El joven demostró tener un don innato para la mentira.

—Las traemos, sin duda —dijo sin perder la sonrisa—. ¿Pero por qué estáis aquí? ¿Qué ha sido capaz de desplazar al regimiento de caballería mejor organizado de Velmisia?

Blikka se colocó su extraño casco cornudo en el regazo y

mantuvo quieto a su animal, un caballo apenas entrevisto bajo una pesada barda que parecía una manta.

—Nos han llegado rumores de que hay magia negra en Prognos. Vamos a investigar.

—¿Magia negra? —Eivas dio un respingo—. ¿Aquí, tan cerca de la capital?

—Eso nos tememos. Dicen que hay gente muy enferma desde hace meses que se niega a morir, como si una fuerza caótica los alimentara. Hay quien jura haber visto manifestaciones de seres malignos, escabulléndose en las sombras más tardías. Mala cosa.

—Y tan mala… En fin, te deseo suerte, pero nosotros tenemos que continuar.

—Qué pena —sonrió la capitana, disfrutando una última vez de los bultos gemelos de los pechos de Yara. Luego su faz desapareció bajo la cascada de hierro del yelmo—. Que tengáis un viaje tranquilo. Si aceptas mi consejo, Eivas, pasad primero por el torreón de lord Vseval. He oído que le debe algunos favores a tu tío. Os pondrá escolta y abrevará vuestras bestias. Parecen cansadas.

—Buen consejo, lo tendré en cuenta. Gracias, Blikka. —Se volvió hacia la línea de jinetes y gritó—: ¡Y buena caza, hijodalgos!

Los guerreros contestaron con un «¡Hurra!», que sonó a un único grito compartido por cien gargantas.

Lo último que Yara vio de ellos fue las grupas de sus monturas, desapareciendo colina abajo a ritmo de carga mientras sus estandartes (que tenían los bordes reforzados con ramas de cedro, para que aun en ausencia de viento se mantuvieran desplegados) ondeaban sobre cortinas de polvo.

De fondo, antes de que la curva de la colina se la llevara, una última visión en la lejanía de Prognos le trajo miedo e inquietud, y mucho movimiento de puntitos negros, gente que corría despavorida de un lado para otro. Paisanos que intuían lo que se les venía encima.

—Sabes qué es lo que engendra esa magia negra de la que hablabais, ¿no?, —murmuró Yara.

Eivas se atusó la barba. Se le había acabado hacía tiempo la picadura afrutada para fumar, y la estaba echando de menos. Se consoló pensando en que lord Vseval era un gran amante de esas hierbas, y seguramente compartiría con él alguna variedad exótica.

—Habrá algún agente izghar infiltrado. —Se encogió de hombros—. Que acabará colgando de una soga, supongo. O quizá sean tus amigos los vranoi, que han convencido a algún incauto para que practique vuestros sucios rituales. La mano luminosa de Exerpes se encargará de purificarlo todo, no te preocupes.

—Siempre barriendo hacia fuera, hacia los extranjeros —se carcajeó la prisionera—. Pues te equivocas, liva. No creo que el origen de este mal se halle en otras culturas.

—¿Ah, no? ¿Y de quién sospechas, entonces?

Fue…

Fue la forma que Yara tuvo de esquivar su mirada.

—A estas alturas ya deberíais haberos dado cuenta. Ciegos, que no sois más que unos pobres ciegos, incapaces de ver ni siquiera lo obvio… —Remató su explicación con un movimiento del pulgar, que segó su cuello con la uña.

El guante forrado de hierro de Eivas volvió a estrellarse contra los barrotes, y la conversación volvió a morir.

2

El primer signo que capté de la cercanía del lazareto fue el potente olor a lo que la gente llamaba la tintura de los muertos. Era una especie de líquido de olor acre que se extraía de la corteza del nogal, y que tenía dos usos: teñir ropa y sedimentar las pústulas de los enfermos.

El viaje hasta Arkawa había sido lento y pesaroso. Nosotros teníamos nuestras monturas, los hermanos de batalla y yo, pero el prisionero iba a pie, con los grilletes de Saphantos bien asidos a las muñecas y la cadena por detrás del cuello, para que los brazos siempre estuvieran en alto y se le cansaran.

La fortaleza del bárbaro me dejaba sin aliento. Estaba aplastado por el poderoso influjo de los grilletes, y aun así se le veía capaz de alzar la cabeza y lanzarnos un desafío silencioso. Por eso intentábamos acelerar el paso para llegar cuanto antes al lazareto, una prisión de la que ningún hombre podría escapar. Yo sabía que el conjuro de los grilletes no era eterno, y que se iría debilitando con el tiempo, por lo que cuanto antes llegáramos, antes me libraría

del problema.

Hasta la mula que le había requisado a Ronco y que cargaba solo con la cabeza de martillo parecía más agotada que él.

No quería matarlo. Habría sido la salida fácil, pero algo me decía, una especie de intuición respaldada por mi fe, que dejar vivir a Dunn me sería mucho más beneficioso que acabar con él de una forma rápida y misericordiosa. Por eso había que seguir debilitándolo, no fuera a ser que en un arrebato de ira se arrancara él mismo los grilletes (algo inconcebible, por otra parte). Apenas le dábamos comida ni agua, y cuando encontrábamos un arroyo, le dejábamos probar unos sorbos de la parte más sucia de la corriente, la misma de la que abrevaban los animales, reservándonos las zonas más claras. Entre eso y el castigo del sol, a Dunn le habían salido llagas por toda la boca y por la mitad de la espalda.

En el cielo se arremolinaban gruesas nubes. La vegetación había muerto hacía tiempo y solo quedaban piedras a nuestro alrededor. Un camino de tierra nos llevó hasta una planicie desde cuyo centro se elevaba una columna de polvo, de un color blanco hueso. Era lo que el viento arrancaba de una larga grieta abierta tiempo ha por un terremoto, que mostraba las entrañas del mundo. Flanqueándola, dos altas columnas negras unidas por cadenas hacían de vigilantes de lo que hubiese allá abajo, en lo profundo, cada una apostada como un centinela desde lados opuestos de la fisura.

—Arkawa —le indiqué a Dunn—. Tu nuevo hogar. Apréndete bien esa palabra, porque podría ser la última que oigas.

El lazareto era un enclave peculiar dentro de Inuria. En tiempos se había usado para alojar leprosos, pero actualmente su función era muy distinta, y tenía que ver con una de las peores consecuencias que había dejado la campaña contra los izghar: la plaga roja. Era una enfermedad de difícil cura, que no remitía bajo medios alquímicos ni mágicos. Nadie, ni siquiera los físicos más eruditos, sabía de dónde había surgido semejante azote, pero desde que se propagó junto con otras plagas más comunes en los tiempos de guerra, ningún ciudadano había estado a salvo. La enfermedad no respetaba divisiones sociales o nobiliarias, ni siquiera eclesiásticas. Cualquiera, desde un vástago de pordiosero a un hijo de reyes, podía contraerla. Y si eso sucedía…

… Solo había una cosa que hacer, un lugar a donde llevar al

infectado. No para que se curara, sino para intentar minimizar en lo posible la propagación: Arkawa. La prisión de la que solo las almas podían escapar, una vez se hubieran podrido sus cuerpos. Y lo mejor era que no había que pagar por llevar a alguien allí, solo por rescatarlo más adelante; era como un puente que solo cobrase portazgo [6] si se cruzaba en una dirección.

El rector era el barón Dygor, un hombre siniestro pero muy fiel a los ideales del mesianado. Yo me había cruzado con él en dos ocasiones, una para llevar a otro reo infectado a sus dominios, y otra cuando un año después fui a comprobar si seguía vivo. Era el sobrino de un liva a quien me enorgullecía llamar amigo, que se había contagiado en extrañas circunstancias mientras delinquía en secreto contra la orden. Nada más regresar, un año después, me di cuenta de que me había retrasado demasiado: el pobre muchacho no había aguantado allí abajo ni diez días.

Los guardias, todos arqueros, nos escoltaron hasta la casa de piedra donde vivía Dygor. Estaba cerca de una de las torres que flanqueaban la grieta, y que servían para moler grano, un trabajo que al astuto del barón le salía gratis: las dos torres estaban conectadas, una a cada lado del lazareto, con otra central que estaba plantada abajo, donde los enfermos. Si estos querían comida, tenían que ganársela tirando agotadoramente de los eslabones de la torre central que conectaban con poleas, y mantenían en constante movimiento las cadenas que llegaban hasta las torres de fuera. Mientras más comida quisieran los enfermos, más tenían que hacer girar las torres y mayor cantidad de grano molían gratis para el barón, cuyos beneficios seguro que eran pingües.

—¡Ah, ah, pero qué ven mis ojos!, —exclamó una voz que parecía hecha de insectos revoloteando—. ¡Si es el bueno de Donnegar! Bienvenido a mi humilde casa, excelencia. ¿Me permites que te agasaje y te invite a un té?

El barón era un hombre obeso cuya nuez bailaba arriba y abajo como si le costara trasegar cada inspiración, o como si cada palabra fuera un vaso de vino. Su sonrisa desvelaba unos cuantos dientes podridos, consecuencia de añadir ciertos aditivos a ese té.

—Estoy de paso —le atajé con frialdad—. Te traigo un nuevo invitado para tu jardín. Seguro que te gustará; tiene pinta de poder mover esas cadenas con un brío inaudito.

Los hermanos golpearon a Dunn para que cayera de rodillas ante el barón.

Dygor se tomó la molestia de hacerme ver que no estaba impresionado, aunque durante una fracción de segundo se le escapó un brillo de codicia por los lagrimales.

—Sí, bueno… la verdad es que lo tengo lleno, el jardincito… No sé si el grano me dará para alimentar otra boca más… Aunque es cierto que este ejemplar es de los que no se ven todos los días. —Presionó con un dedo en sus bíceps, y al ver que no se hundía, se mordió el labio inferior. Era la típica expresión del usurero que huele el siguiente gran negocio—. Todo un semental, ¿eh? Un toro bravo. Por mi honor que te dejaré almacenarlo en mi casa, y lo trataré bien hasta que muera o vuelvas a buscarlo.

«Por su honor», pensé con desprecio. «¿Cuánto puede valer eso?».

—Gracias, barón. ¿Cuál era la rampa de bajada? Siempre se me olvida…

Los arqueros empujaron al reo hasta el mismo borde de la grieta. El polvo blancuzco que ascendía en remolinos apenas dejaba ver lo que había al fondo, pero yo lo sabía perfectamente, por haberlo visto en otras ocasiones: cuerpos frágiles que deambulaban como fantasmas de un extremo de la fisura al otro, buscando incansablemente un camino de subida que no existía. Sombras humanas devastadas por la plaga roja y por las insanas condiciones de vida que había allá abajo; sombras ataviadas con harapos que contrastaban con la opulencia del jubón pespunteado que adornaba la barriga de Dygor.

Sin miramientos, un arquero le quitó los grilletes a Dunn (mientras el otro le apuntaba a la cabeza), y lo empujó terraplén abajo de un puntapié.

Vi cómo el cuerpo del bárbaro rodaba por la pared casi vertical de arenisca blanca. Cayó junto a unos cuantos enfermos que lo miraron con curiosidad, temiendo acercarse a él debido a su corpulencia. Allá abajo no existía nada ni siquiera remotamente parecido a la propiedad privada, y lo que cada persona tenía era lo que podía sujetar con las manos para que no se lo quitaran. Saltaba a la vista que, entre tanto menesteroso famélico, Dunn podría si quisiera proclamarse emperador del inframundo.

Daba igual, pensé. Jamás saldría de allí. Y yo no sabía cuándo volvería a buscarlo.

—No comprendo cómo a tus huéspedes les quedan fuerzas para tirar de las cadenas y hacer girar las poleas —comenté—. Parecen esqueletos.

—Excelencia, te asombraría saber lo profunda que es la mina de la desesperación, y la cantidad de fuerza que se puede extraer de ella. Antes de inventar el sistema de poleas, la vida aquí era mucho más complicada. El gato de siete colas no paraba de bailar en las espaldas de esos desgraciados, pero ahora… ya no necesitamos recurrir a la violencia. Si quieren comer, deben trabajar. Así de limpio. Nos hemos vuelto civilizados.

—Ya veo. Bien, barón, continúo con mi camino. —Tiré suavemente del barboquejo—. Los efectos sedantes de la magia pasarán en breve, y ese bruto recuperará su mal carácter. Espero que no sea fácil escapar de ahí, por tu bien.

—Oh, no lo es —rio, frotándose las grasientas manos—. Las paredes son de una arenisca tan fina que se deshace con solo mirarla. Nadie encontraría un punto de apoyo en ellas ni para sostener a un niño. La única manera de subir es trepando por la columna central, a la que yo llamo cariñosamente «la diana».

—¿Y eso?

—Porque es donde mis hombres se ejercitan con el arco. Por cierto… —miró de reojo la mula y su pesada carga—. Si no es un crimen tener curiosidad, ¿adónde lleváis ese pedrusco?

—Ese «pedrusco» podría tener mucho valor para el pueblo de los vranoi. Mejor que abandonarlo por ahí, lo más juicioso será llevarlo a un lugar seguro. —Me encogí de hombros—. Nunca se sabe cuándo puede necesitar uno una reliquia.

—Sabias palabras. Por cierto… si vais a continuar por los caminos, ¡cuidaos! Ha habido rumores de bandidos por toda la franja Este de la vía.

—Gracias, lo tendré en cuenta. ¡Adiós!

Abajo, Dunn sacudía la cabeza como si se librara de los efectos de una potente resaca. Sin perder más tiempo, me di la vuelta y encabecé de nuevo la marcha, rumbo a la capital.

Me encantaba cuando los problemas pasaban de buenas a primeras a ser responsabilidad de otro.

3

El revuelo que ocasionó el recién llegado no tuvo parangón en la historia de la grieta, al menos en lo que concernía a sus actuales habitantes.

En un primer momento se acercaron a él con avidez, como hienas hambrientas, un puro bisbiseo de harapos y vendajes podridos. Manos extendidas como garfios se mezclaban con bocas ansiosas y miradas esquizofrénicas, clavadas en el cuerpo que acababa de caer del cielo. Esperaban robarle lo poco que poseyera, lo que hubiese sobrevivido a la rapiña de los guardias (había habido casos en los que incluso una collera o un ataharre se habían deslizado sorprendentemente de las manos de los arqueros, pero no era lo normal).

Sin embargo, esas manos retrocedieron como cabezas de tortuga, metiéndose en la seguridad de sus andrajos, en cuanto Dunn se incorporó.

Los enfermos salieron corriendo en desbandada. Nadie permaneció cerca del bárbaro, todos lo miraban aterrorizados. Cuando Dunn se recuperó lo suficiente como para centrarse y analizar lo que tenía alrededor, por primera vez desde que había abandonado la playa se tambaleó, como si estuviese dando botes en un barco imaginario. Luego sus piernas se afianzaron, y el mundo dejó de moverse.

Se frotó las muñecas, donde aún latían las marcas rojizas de los grilletes. La sangre comenzaba a circular de nuevo por debajo de la piel, balsámica, reanimadora.

Lo siguiente fue ver la sombra.

El sol de media mañana dibujaba siluetas oblicuas en el suelo, cubierto por una arenilla de color hueso. La mayor de las sombras era la que arrojaba la torre central, firmemente plantada en el centro de la grieta sobre unos cimientos de piedra. Dunn alzó la vista hasta la máxima altura del engendro metálico, cuatro o cinco veces la de un humano. Sus ojos se detuvieron en los engranajes, en las cubetas que bajaban y subían bregando por ríos de cadenas, y en los codos que formaban esas mismas cadenas cuando llegaban a la altura del suelo.

Varios grupos de personas se acumulaban allí, colgadas de

aquellos eslabones, pues si bien ya no les quedaban fuerzas para tirar de nada más pesado que sus propias sombras, el peso de sus cuerpos, combinado, podía hacer que las poleas diesen otro cuarto de giro, ganándole agónicamente al tiempo otra media circunferencia, para que las cubetas de arriba se acercaran otra pulgada.

Dunn no tardó en percatarse de que una de aquellas personas, pequeñas y anoréxicas, no había huido como las demás. Estaba sentada muy cerca de la base de la torre, mirándolo fijamente.

Cuando se acercó a ella, se dio cuenta de que era una mujer muy pequeña, anormalmente pequeña, como si su madre se hubiese cruzado con un gnomo y los dioses les hubiesen premiado con un monstruo.

La mujer estaba sentada bajo un hatillo de cuerda vieja que parecía ser su pelo. Al acercársele el bárbaro, dibujó un símbolo de protección en la arenisca y gritó:

—¡No te me acerques, diablo! —Hablaba de una manera extraña y sibilante, como si tuviera la nariz taponada—. ¡Vete! No podrás robarle nada a la pobre Vorty, porque a Vorty solo le queda la vergüenza. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Nadie respondió a la llamada, por supuesto, pero la enana pronto se dio cuenta de que el hombretón no tenía el menor interés en ella. Se había quedado mirando la torre, con su grueso cuello de bisonte doblado hacia atrás, como si estudiara posibilidades. Arriba, en el punto donde las cadenas que hacían de puente con las torres de fuera de la grieta se doblaban hacia abajo, una cubeta se balanceaba entre las nubes de polvo.

Vorty, en lugar de aliviada por su desinterés, pareció decepcionada.

—Tú tampoco quieres nada con la pobre Vorty, ¿no?, —dijo con desprecio—. Está bien, ignórame, es lo que hacen todos. Pero no te hagas ilusiones con la torre. ¡No te va a servir de nada!

Dunn la examinó con aquellos ojos asimétricos, mal construidos. Y luego se volvió hacia la pared de la grieta, un muro de fina arenisca vertical.

La enana sacudió la cabeza.

—Inútil, inútil… si supieras cuántos anhelos he visto resbalar en vano por esas paredes… —Se tapó sus pequeños pechos con los

harapos. Sus manos estaban manchadas de rojo, una especie de decoloración que también le cuarteaba la piel, aunque apenas se le veían las marcas debido a las vendas que le forraban los dedos—. Ni siquiera un bebé podría trepar por ahí sin que la pared se deshiciera bajo sus pies. Hay un artilugio para subir, con una cuerda y un cesto, pero lo controlan los de arriba.

Si la mujer esperaba que el bárbaro le respondiese, lo hizo en vano. Los labios de Dunn permanecieron sellados, sus ojos inquisitivos, sus puños cerrados con rabia. Parecía un tigre a punto de saltar, solo que se contenía porque sabía que no tenía el brío suficiente para llegar arriba.

La mirada de Vorty descendió sin que él se diera cuenta hasta su cintura. La desnudez completa del bárbaro, a excepción de su kubra [7] tribal, la tenía mareada.

—Vaya, no eres hombre de muchas palabras, ¿eh? Da igual, a Vorty no la quieren porque habla demasiado, además de porque no se la pueden follar. No porque sea bajita, sino porque estoy enferma. ¡Enferma, enferma! —Lanzó a un lado un esputo de sangre —. Sí… la mayoría de los que aquí viven creen que su única vía de escape es ese artilugio. —Señaló la torre con la barbilla—. Pero mira allí arriba, justo allí, y piénsatelo dos veces.

Dunn siguió su dedo hasta el borde de la grieta, donde la pantalla de polvo convertía el mundo en un teatrillo de sombras chinescas. Sobre la difusa claridad se movían las polichinelas de los arqueros, hombres aburridos aunque siempre preparados para disparar. Los arcos estaban descordados, para no agotar inútilmente la elasticidad de la madera, pero podrían tenerlos listos para una descarga antes de que un mono trepase por aquellas cadenas. Las flechas estaban clavadas en el suelo, verticales, dispuestas en semicírculo.

Dunn miró al grupo de harapientos que pretendía formar un peso muerto, una lágrima hecha de brazos y piernas y cabezas sollozantes bajo el nudo de cadenas. Y debió de sentir algo parecido a la lástima, o tal vez al asco, porque se alejó de allí con la cabeza gacha y no volvió a acercarse a la torre.

Vorty le dejó que peleara a solas con sus pensamientos. Cuando los rayos de luz habían pivotado ya sobre el cénit y empezaban a dejarse caer por el otro lado, se le acercó con un andar gracioso,

como de pato.

Dunn se había pasado un buen rato tocando la pared, midiéndola con sus cinco sentidos. Y había acabado por admitir lo obvio: por allí no había forma posible de trepar.

—Hace años habría podido destruir ejércitos enteros con mis versos, ¿sabes?, —le contó la enana, dejándose caer a su lado. Ningún otro habitante de Arkawa había osado acercarse a él en todo aquel tiempo, pero le vigilaban desde lejos—. Era poetisa, y de las buenas. Aunque mi ocupación principal desde que alcancé la edad de merecer fue la de astróloga. Oh, sí. —Sonrió tristemente—. En aquel entonces leía cielos para los nobles y los clérigos. Pero algo de lo que leí debió de atragantársele a alguno, porque acabé en este agujero. Enferma y abandonada. —Apoyó con desgana la cabeza contra la pared—. ¿Crees que el cielo puede ser así de cruel, extranjero? ¿Crees que esos puntitos blancos son en verdad almas que arden en la lejanía, torturándose por sus pecados? ¿O son los ojos de los dragones del vacío, que nos vigilan esperando que llegue el día en que todo el mundo se duerma a la vez, que no quede nadie vigilando, para bajar y devorarnos?

Dunn hizo ademán de levantarse, cansado de su cháchara, pero ella le puso su manita de niña sobre la pierna.

—No me dejes de lado, aquí abajo todo el mundo necesita un amigo, aunque sea uno deforme. Por muy fuerte que seas, alguna vez tendrás que dormir. Y si ningún ojo vigila por ti, esas hienas se te echarán encima para degollarte. —Miró de reojo al grupo más numeroso de enfermos, que les espiaba con disimulo desde lejos—. Esos son los zelotes de Melequías, unos fanáticos del culto prohibido de la carne. Cuando el alto estáter declaró ilegal su religión, la mayoría de los acólitos se inmolaron en una matanza sangrienta. Casi todos, menos por supuesto el propio Melequías y sus allegados. Ahí los tienes. Observa cómo te miran.

Dunn volvió a sentarse junto a Vorty. Las palabras de la mujer le habían convencido de que la soledad no era la mejor compañera en aquel agujero apestoso.

Miró al grupo de los zelotes. No tardó en identificar a su líder, un hombre alto y enclenque que parecía más enfermo de la plaga roja que los demás, aunque una energía inagotable parecía conferirle tantas fuerzas como si estuviese sano. Sus ojos, cuando se

cruzaron momentáneamente con los de Dunn, brillaron con un resplandor cáustico.

Incluso en el infierno había quien no podía evitar hacer enemigos a primera vista.

Tunuffek
(Carencias)

1

La breve parada en Arkawa no solo había resuelto parte de mis problemas, sino que nos había ahorrado mucho tiempo en el viaje. Seguíamos cabalgando a ritmo de mula, pues era ella quien cargaba con el mayor peso, pero aun así cubrimos bastantes más millas al día que si hubiésemos seguido teniendo al prisionero como fardo. Cuando alcanzamos la linde empedrada de la Vía Saluménica, enmarcada por la polvareda dorada de los senderos de sol, hasta me entusiasmé pensando que íbamos a rebasar a Eivas antes de que le diera tiempo de llegar a la capital.

Un descubrimiento hecho al borde del camino me confirmó que eso iba a suceder, aunque también me llenó el corazón de desasosiego.

Habíamos dejado atrás la aldea de Prognos no hacía ni tres horas (aldea que, por cierto, estaba medio quemada, como si hubiese sufrido una purga de nuestros cuerpos de purificación). Ya empezaba a acostumbrarme a la intoxicación del azar, pues al doblar un recodo vimos a un lado del camino una rueda de carromato, partido el eje y los radios. Alguien la había abandonado allí, a pesar de que era buena madera, ante la imposibilidad de repararla. No fue difícil imaginar quién, pues solo había un tipo de carromato que usara radios de esa longitud y anchura: los carros-jaula de Velmisia.

—Eivas pasó por aquí no hace mucho —dije, examinando las huellas de cascos en el camino—. Se les rompió la rueda y tuvieron que dejarla.

—¿Por qué está aquí solo la rueda, por qué no el resto del carro, acrol Donnegar?, —preguntó uno de los hermanos.

Otro tipo de huellas, con herraduras distintas, me dieron la

respuesta.

—Alguien se acercó a socorrerlos. Posiblemente les proporcionaron una rueda nueva, más endeble pero que les permitiría llegar hasta la parada de postas más cercana. O también a…

Miré a las colinas, donde el sendero serpenteaba entre retamas hasta convertirse en una culebra. Al fondo se distinguía un pináculo demasiado recto como para ser natural: era una torre de mampostería regia. Y una que yo conocía bien, además.

—Ah, el torreón de lord Vseval —sonreí—. Ese viejo zorro. Eivas ha hecho bien en tomar esta ruta.

No hizo falta dar la orden de que me siguieran para que los hermanos formasen una pulcra fila detrás de mi caballo. Con cierta premura, nos aproximamos al torreón.

El edificio databa de una época anterior a las últimas guerras, y parecía haber sido construido para sobrevivirlas a todas. Daban igual los esfuerzos de sus moradores por disimular su fealdad, había nacido como bastión defensivo de Velmisia, y esa función lo acompañaría hasta que algún invasor encontrase un punto débil en sus muros. Inmensas vigas de madera separaban las paredes apandadas de los edificios que lo rodeaban, donde había graneros, caballerizas, porquerizas y hasta un puesto de guardia exterior.

Cruzamos al galope el puente sobre el río seco que daba acceso al baluarte, y allí nos dieron el alto. Tras identificarme, la actitud de los guardias cambió, volviéndose más solícita… pero el aura que emanaba de ellos no era de tranquila expectación, como cabría esperar en unos centinelas, sino de tristeza.

—Llegáis en mal momento, mi señor —dijo el sargento de turba —. El infortunio se ha cebado en la familia de lord Vseval.

—¿Sí, y eso por qué?, —pregunté, manteniendo quieto a mi caballo para que no corcoveara.

—Conozco pocos detalles, acrol. Será mejor que os lo expliquen dentro.

Nos hicieron pasar tras hacerse cargo de los caballos y de la agotada mula. Llevaron la cabeza de martillo a un lugar seguro sin hacer preguntas y nos ofrecieron cuarto de dispensa, por si queríamos asearnos antes de ver al lord. Lo rechacé; había prisa, y aún tenía que comprobar si Eivas había llegado o no. Al ver el

carro-jaula
(con la rueda rota) apoyado contra un aljibe al otro lado del patio, me tranquilicé.

A un lado del torreón se abría un largo patio rectangular donde en tiempos se entrenaban los caballeros para las justas. En la actualidad, abandonada esa costumbre en la corte, ese espacio le servía al travieso de Vseval para dar rienda suelta a sus perversas aficiones. En concreto, una a la que ya me había invitado en varias ocasiones, y que tenía que ver con las bandas de ladrones que a veces caían en sus redes.

Pensé que sería el propio amo de la torre quien acudiría a recibirme, ya que así lo mandaba el protocolo. Por eso me sorprendí al ver a un joven mancebo bajando apresuradamente unos escalones de piedra. Nos recibió con la frente empapada en sudor y una sonrisa triste, aunque esperanzada. Parecía alegrarse mucho de verme.

—¡Acrol Donnegar, bienvenido!, —exclamó el muchacho, que no debía de ser mucho mayor que Eivas—. ¡Su sobrino nos dijo que pronto llegaría, gracias a Exerpes!

—¿Sí? ¿A qué viene tanto alborozo por mi llegada?

—Señor… mi prometida, Dryana, está muy enferma —dijo, atragantándose, mientras nos escoltaba hasta el salón del homenaje —. Y se halla en las últimas semanas de gestación. Podría… podría perder al bebé, si no hacemos nada… y hasta ahora ningún físico ha sabido identificar el origen del mal.

—Comprendo —murmuré. Recordaba a *Dry*, aunque no era más que una niña pecosa la última vez que la vi. De eso hacía años, por lo que se veía bien aprovechados. ¿Una enfermedad mortal en el último mes de gestación? ¿Qué diantre estaba pasando?

El salón nos abrió sus puertas de goznes chirriantes, pero lo que había en su interior no era la calidez acogedora de un buen fuego, sino una frialdad pegajosa, como esa a cuyo eco uno despierta en la hora plomiza que precede al amanecer. El aire estaba impregnado de olores penetrantes y desagradables. Apestaba a ungüentos curativos que más valía mantener alejados de ciertas afecciones.

Vseval nos esperaba en la habitación contigua, a donde se habían llevado todos los tapices que decoraban el salón para conseguir una buena sensación de abrigo.

—¡Donnegar, amigo mío, qué placer tenerte con nosotros!, —elevó la voz nada más verme. Parecía un hombre desesperado, al límite de sus últimas opciones. En la cama que ocupaba el centro de la estancia estaba postrada su hija, con la enorme barriga sobresaliendo como una cúpula entre las sábanas—. Llegas como enviado por el mismísimo cielo.

Le dejé besar mi anillo y saludé a Eivas, que era una de las personas que se afanaban en buscar signos en la enfermedad de la joven que pudieran conducir a un diagnóstico.

—Ya veo. Parece que el infortunio se ceba con tu familia. Primero lo de tu esposa, el año pasado… y ahora esto.

El señor de la casa asintió, clavándome unos ojos enloquecidos que ya no sabían si sus plegarias realmente servían para algo o eran las que tanto enfurecían a los dioses. Su pelo estaba cortado a hachazos, sobresaliendo de su cabeza en crestas de púas.

—Ay, no sé qué habremos hecho para ofender a los poderes… pero desde luego aquí están pagando justos por pecadores. ¿Qué habrá hecho mi hija para merecer tal castigo? ¡Es su primogénito, y si no lo ha perdido ya por culpa de estas malditas fiebres, pronto habrá de ocurrir!

El joven que me había recibido en la escalera, que luego supe que se llamaba Seóhn y que era un primo lejano de Dryana, se arrodilló junto a ella y la tomó de la mano. La joven estaba demasiado inmersa en el delirio como para percatarse de la presencia de tanta gente a su alrededor.

—Que todos menos las asistentas salgan de la habitación —ordené—. Hay que ventilar esto un poco. Esta parada me viene muy mal, Vseval, tengo que llevar urgentemente a una prisionera a Velmisia. Por cierto, hablando de ella, ¿dónde…?

—Abajo, en la mazmorra —dijo Eivas—. Se nos rompió la rueda casi llegando a la Vía Saluménica. Por fortuna, una patrulla de lord Vseval nos socorrió.

—Hicieron bien. Con esto puedes considerar pagada nuestra deuda, viejo amigo —le dije al anciano padre de *Dry*—. Ayudar a mi sobrino es como ayudarme a mí cuando se presenta una emergencia. Ahora dime, ¿qué has descubierto sobre esa extraña enfermedad?, —interrogué a Eivas.

El joven sacudió impotente la cabeza. «Así de poco, ¿eh?»,

pensé. De fondo, un brasero —que sumaba su calor al de la ya ingente multitud, y que ordené también sacar fuera— marcaba su enfriamiento con una serie de acompasados chasquidos.

—Creo que es una variante de la plaga roja —me dijo Eivas en voz baja, procurando que no le oyese Vseval—. Pero una que no había visto hasta ahora. Las marcas son más oscuras y profundas, y corroen la piel con rapidez.

Solté un gruñido.

—Lo que se necesita aquí con urgencia no es un hermano de batalla —dije para que todos me oyeran—, sino un curandero mayor. Alguien especializado en los misterios de sanación. Mis poderes son insuficientes para casos como este. —Esto último podía no ser cierto, ni siquiera yo lo sabía, pero tampoco iba a confesarle a Vseval que aún estaba cargando con el Daño de Eivas, y que intentar rescatar a otra persona de la muerte conllevaría mi ruina.

—Mi señor —suplicó el anciano—, sabéis que soy una persona piadosa, que jamás ha descuidado sus deberes con la Iglesia. Si hoy continuáis vuestro camino, y vuestros pasos os llevan hasta la morada de alguno de esos curanderos, os lo suplico: interceded por mí.

—Tranquilo, Vseval, lo haré. Además, el mesianado te lo debe: tu torre es uno de los bastiones de defensa de la capital, y siempre ha estado ahí cuando lo hemos necesitado. Intercederé por ti… —Miré por la ventana, una oquedad con parteluces de piedra que se imbricaban formando tallos de una flor ornamental—. Pero no hoy. Ya es tarde para salir a los caminos. Partiremos mañana, en cuanto tus herreros nos reparen el carro.

—¡Claro que sí! —Se entusiasmó Vseval—. Sois bienvenidos a mi casa, será un honor hospedaros. Por favor… —Les hizo un gesto a las sirvientas para que fueran preparando los aposentos de invitados. Mis hombres dormirían abajo, junto a la guardia—. De todos modos, si lo que os preocupa es la inseguridad del camino, me complace anunciaros que desde ayer ya no existe ese problema.

—¿Habéis capturado a los bandidos? Los rumores sobre sus ataques nos han acompañado desde que pasamos por Arkawa.

—No todo lo que aquí acontece está marcado por el infortunio —dijo Vseval con retintín, como si hubiese ganado una discusión—. ¡Venid! Dejemos descansar a *Dry*, lo merece después de tantos

esfuerzos. Su prometido velará por ella. —Le lanzó una mirada nada disimulada a Seóhn, quien volvió a postrarse junto a la cama, sumiso.

El aire de la tarde le sentó bien al lord, como si salir de aquella burbuja de hedores pestilentes lo hubiese rejuvenecido diez años. Parecía otro hombre mientras me enseñaba desde el balcón lo que sucedía abajo, en el patio de justas, un espacio abierto sin muros que lo protegieran. Todo lo que ocurriera en él podía ser visto desde las colinas cercanas por la plebe… cosa que a lo mejor le interesaba al lord.

Los guardias habían sacado de algún agujero infecto a un grupo de hombres de baja ralea. Eran los típicos desechos sociales de los que las grandes urbes andaban sobradas, hombres que en cuanto tenían ocasión reunían a sus afines y se lanzaban a los caminos para embrujar algún recodo, o volver peligrosa una encrucijada. Iban atados, cabizbajos, y llevaban una pequeña diana para tiro con arco colgando del cuello. Esas dianas no podían tener más de dos o tres palmos de ancho, y les caían justo sobre el abdomen.

—Veo que sigues cultivando tus peculiares aficiones —torcí el gesto. Aquel tipo de pasatiempos no era ilegal en el mesianado, pero tampoco se fomentaba. A mí particularmente me parecían una muestra de la brutalidad que hacía falta en otras épocas para mantener una apariencia de orden, pero que hoy en día sobraba.

—Sí, soy un hombre de gustos refinados. Qué sería de mí sin estos pequeños placeres, Donnegar, que tanto me ayudan a olvidar la cara triste de la vida.

—Eso mismo me pregunto yo…

Vseval había bautizado aquel deporte como «la flecha de la esperanza». Sus reglas eran tan retorcidas como simples: a los reos se les daba una oportunidad de escapar y volver a ser libres si lograban sobrevivir a la prueba. Uno de los bandidos era designado para disparar el arco sobre la diana que cargaba su compinche. Por cada flecha que diera en el blanco, el reo podía retroceder diez pasos. Si el tirador acertaba el suficiente número de veces, su compañero acabaría saliendo del campo de justas y recuperando su libertad.

El problema era que el campo era muy largo, casi noventa pasos de punta a punta, por lo que el número de flechas que había que

acertar era tan elevado (y la dificultad se incrementaba tanto cada vez que ambos se separaban) que en la práctica ningún reo había logrado salir de allí. No con vida, al menos. Y, como se jactaba de decir Vseval, ni él ni sus hombres eran los culpables del asesinato: siempre era el compinche del muerto el que fallaba una trágica flecha y la hundía el pecho del portador de la diana.

Aunque mi rango era muy superior al de Vseval, habría faltado severamente a las normas de hospitalidad si me hubiese negado a ver el espectáculo. Así que tomé asiento en la balconada, dejé que me sirvieran vino y rogué por que se acabara pronto. Estaba muy cansado, y quería irme a dormir. Al día siguiente habría que partir temprano, y si no lo hacíamos ya no era por temor a los bandidos que se le pudiesen haber escapado, sino porque nuestras bestias estaban demasiado cansadas. Y el carro debía ser reparado para poder llevar a Yara.

Otro día más, otra demora en mi misión. Pero por desgracia, era inevitable.

Un arco fue puesto en manos del líder de aquellos desdichados, que miró con ojos inexpresivos a su carcelero, para luego, con un gesto inconexo, quitarse su viejo jubón y hacerlo añicos. Otro guardia le apuntaba a la cabeza con una ballesta, por si se le ocurría girar demasiado el arma y apuntarla hacia donde estábamos nosotros. Vseval lo tenía todo pensado.

El que más destacaba de entre todos los guardias armados de Vseval era un hombre gigantesco de origen no inuriano, eso estaba claro. Su sola presencia bastaba para mantener a raya a los prisioneros, y aunque no hubiese portado esa enorme hacha tricéfala[8] en las manos, solo con su corpulencia ya habría amedrentado al más audaz.

—¿De dónde has sacado a semejante bestia?, —le pregunté a Vseval.

—¿Te refieres a Ruwaldi? Oh, fue un regalo de un caravanero que me debía ya muchos peajes. Había sido su guardaespaldas personal y ahora es el mío. Cosas de la vida. Le aporta algo de color a este sitio.

La tarde avanzó, divertida para algunos y espantosa para otros. Ninguno de los bandidos logró alcanzar los noventa pasos. Cerca del final, y con demasiadas copas de vino trasegadas, le pregunté a mi

anfitrión:

—¿Tienes a la bruja bien custodiada?

—Sí —contestó el lord con ojos turbios. Había escanciado dos o tres veces su copa por cada una de las mías… y yo no me había mostrado parco—. Está abajo, en el agujero. A veces me olvido de que meto gente allí, y luego, al cabo de ni se sabe el tiempo, mis sirvientes se encuentran con cosas desagradables cuando bajan a limpiar.

—No será el caso. Me la llevaré mañana.

Una idea extravagante debió de pasar en aquel momento por la mente del viejo, porque su expresión cambió. Su cara pareció flotar hasta mí en medio de una nube de alcohol, acuciosa y medio tuerta, deseando saber algo sin tener que preguntármelo directamente.

—Bonito rompecabezas tenemos aquí, ¿verdad, acrol?

—H-hmmm —asentí.

—Temo que lo resolvamos demasiado tarde como para poder aprovechar la situación. Por cierto… dicen por ahí que esas brujas tienen poderes extraños, y que acuden a ritos impíos para sanar los males de su pueblo, ¿no?

Lo miré, inexpresivo.

—Eso dicen, sí.

—Ah.

Y así terminó nuestra charla, con ese ambiguo «Ah».

2

Varios días pasaron sin distinguirse unos de otros, todos igual de polvorientos, lentos y miserables dentro de Arkawa. En el transcurso de los mismos, Dunn tuvo oportunidad de aprender lo que valía la vida allá abajo: prácticamente nada.

Incluso allí la gente tendía a formar grupos, a socializarse según sus creencias religiosas o sus necesidades físicas. Esos grupos friccionaban unos con otros, a veces de buena gana, la mayor parte a disgusto, y tenían sus propias y minúsculas guerras, pero el bárbaro procuraba mantenerse al margen. En su mirada se leía que no pensaba quedarse mucho por allí, y confraternizar con toda aquella escoria era lo último en lo que pensaba gastar fuerzas.

Pasaba tiempo junto a la pequeña Vorty, sobre todo de noche (había comprendido la sabiduría de su advertencia sobre los cuchillos en la oscuridad, que en aquel pequeño universo eran lascas afiladas). Pero luego la ignoraba el resto del día. Lo normal era encontrarle en cuclillas en algún rincón, meditando y vigilando los cambios de turno de los arqueros, y observando el cabrestante de la grúa. Barajando en su mente los más diversos esbozos.

Como Vorty le había dicho, había una forma suave de ascender y descender de la grieta (es decir, sin arrojar a la gente por el terraplén, como habían hecho con él), y era usando un cesto atado a una cuerda, con capacidad para tres personas. Ese cesto casi nunca se usaba, pero estaba a la vista, junto a una cabria de madera.

Dunn lo miraba, pensando en lo fácil que sería escapar si dispusiera de una cuerda lo suficientemente larga como para echarle el nudo a esa cabria. Así no haría falta trepar por la torre ni arriesgarse braquiando como un mono por las cadenas, ofreciéndoles un blanco perfecto a aquellos carniceros. Con una simple cuerda, un hombre podría subir muy rápidamente hasta aquel risco y ocultarse tras el cuarto de guardia.

Pero claro, nadie tenía una cuerda en el infierno.

Un día, mientras los grupos de harapientos se turnaban para mantener en movimiento las cadenas, se acercó a la base de la torre. Vorty leyó la curiosidad en su rostro y se le acercó corriendo.

—¿Qué has visto, mulo? ¿Algo nuevo? ¿Una migaja de pan que alguien se dejara?

Él le dedicó una mueca cansina y palpó la arenilla. Estaba justo debajo del lado de la torre con más engranajes, y por lo tanto el que más fácil era de escalar. Muchos habían trepado por aquel camino de salientes irregulares, por lo que le había contado la enana, solo para acabar ofreciendo su espalda como blanco perfecto para las flechas.

Sus manos escarbaron un poco, apartando montones de tierra, hasta encontrar los primeros cráneos.

—Sí, ahí dejan los cadáveres de los que intentan trepar, como recordatorio para el resto —bizqueó la mujer—. Aunque, la verdad, no sé qué es lo que quieren recordarnos, porque sé perfectamente que les encanta que de vez en cuando alguien lo intente. Si no, ¿cómo iban a entretener a sus amigos, los nobles que de vez en

cuando vienen de visita? —Le guiñó un ojo—. Al infame Dygor le encanta tener un pequeño espectáculo siempre a mano para sus visitas.

Dunn escarbó más profundamente, sacando a la luz unos esqueletos limados por la arena. Nada quedaba de ellos salvo la palidez espectral del hueso.

—¿Qué cuernos buscas, si puede saberse?, —insistió Vorty. Él permaneció en silencio.

Entonces, una sombra alargada y curva, como si perteneciera al cuello de un buitre, se les echó encima.

—Eso que estás haciendo es sacrilegio, hijo —susurró una voz desagradable, que tuvo como inmediata reacción que la enana se escondiera con miedo detrás del bárbaro.

Este alzó la vista con extrema lentitud, encontrándose con la torva silueta de Melequías. Era la primera vez que el zelote se dignaba a hablarle. A su espalda, como si tuviera una capa de cuerpos vivos ondeando tras sus pasos, sus acólitos se arrastraban como cucarachas formando un manto regio y besaban sus sandalias.

—Los restos de los pecadores deben recorrer hasta el final el camino de la purificación, o sus almas jamás hallarán la paz. Sol y fuego para los huesos, labios y dientes para la carne. Alas y redención para el espíritu libre.

Dunn lo miró con frialdad, y tras unos instantes retomó su labor de exhumación. Un murmullo de indignación recorrió el manto de cuerpos famélicos de Melequías, al ver cómo el extranjero ignoraba al profeta.

—Tu insolencia te costará cara, animal —dijo este, mascando cada sílaba—. Aquí abajo te crees poderoso, pero el hambre acabará por derrotarte. Y si no te contagias antes de la plaga, nuestros misericordiosos guardianes perforarán un camino de luz directo a tu espíritu.

Como veía que Dunn no pensaba hacerle el menor caso, le dio la espalda con desprecio y se dirigió a la torre. Era casi la hora del almuerzo; arriba los guardias ya habían llenado algunas cubetas con los restos de la comida de su señor. Los harapientos, mientras tanto, se dejaban literalmente la piel en las cadenas para acercar lo suficiente aquellos chirriantes recipientes.

Vorty se volvió a acuclillar a su lado.

—No sé qué me da más coraje, si que se crea el emperador de este purgatorio, o que quienes fueron sus esclavos fuera sigan lamiéndole el culo aquí abajo. ¿Podrías decirme, por favor, qué estamos buscando?

Los dedos del bárbaro tocaron algo justo en ese momento, y una sonrisa lenta se esparció por su cara. Dunn miró a Vorty con complicidad y le enseñó lo que acababa de arrancar de aquel féretro de huesos.

Era el astil partido de una flecha, la que había matado a aquel desdichado. Aún tenía el delta de hierro en el extremo.

—Claro… —comprendió ella, mirándolo con franca admiración. Le dedicó una seductora caída de ojos—. Los guardias no se molestan en retirar los cuerpos, tampoco entonces en recuperar las flechas. ¿Pero de qué te va a servir esa simple punta? Con una piedra y tus músculos harías más daño.

Dunn escondió la punta dentro de su mano y volvió a enterrar los huesos. Ya tenía lo que quería. Una pieza del puzle.

Ahora solo le quedaba encontrar la otra, la más importante.

Esa noche tuvo pesadillas. Empezaron al poco de cerrar los ojos, como siempre, después de mirar cómo el sol se hundía tras su nuevo horizonte (el borde de la grieta) entre un mar de colores.

Dunn, arrebujado en su kubra, descendió hasta parajes del país de la Niebla que hacía mucho que no visitaba. Pero lo que vio allí no debió de complacerle, pues empezó a agitarse con una pequeña sacudida, una especie de tic intranquilo. Ese tic creció en intensidad y se vistió de jadeos y palabras susurradas en un idioma complejo. El sudor perlaba su frente.

Fue la mano de Vorty la que lo despertó al acariciarle el hombro. El bárbaro se incorporó, sobresaltado, y a punto estuvo de golpear sin querer a la mujer con el codo, en una defensa instintiva. Por fortuna se detuvo a tiempo, pues ese golpe podría haber sido mortal para ella.

—¿Qué te ocurre, feo?, —susurró Vorty, su cabeza un disco de pelo revuelto contra un océano de estrellas—. ¿Con quién soñabas, que tanto alteró tu espíritu?

Dunn puso los ojos en blanco. Le salieron unas manchas rojizas en el cuello, como siempre que se exaltaba. Vorty no podía

imaginar qué había visto, pero debió de haber sido terrible. ¿Un recuerdo, tal vez?

—Pobre, pobre niño… —La infantil manita de ella le secó la frente—. Ocultas tanto dolor, tanto miedo bajo esa apariencia indomable… ¿Qué te pasó, que tus noches se tiñeron de sangre?

El bárbaro sintió el impulso de apartarla de un empellón e intentar conciliar el sueño, empresa difícil pero a la que estaba acostumbrado. Sin embargo, una rara sensación le embargó: parecía una ola de tranquilidad que partiera de la mano de la mujer para extenderse por su piel y el interior de su cráneo. Dunn se sobresaltó cuando esa ola arrastró unas costras anquilosadas de pensamientos, aflojando el cemento que los mantenía entumecidos para que se dejaran ir con la marea.

¿Magia vidente, sabiduría ancestral? ¿Efectos traviesos de alguna droga? No podía saberlo. Solo sintió cómo la suave voz de Vorty aleteaba como un pájaro por encima de sus recuerdos, atrapando aquellos que se iban con el reflujo de la marea y trayéndolos a la luz.

Vorty elevó la vista a los cielos, claros como el cristal hacia el Sur, y leyó en voz alta los renglones escritos en las constelaciones. Lo que le decían al vibrar como diapasones con los pensamientos de Dunn:

—No eres viejo, pero tampoco joven… maduraste hace mucho, a base de tropezar contra la vida y sus penurias. Tuviste un hijo que mira con los ojos muy abiertos a la noche, inmóviles, vacíos… ah, está… está muerto. Veo… veo un juramento de sangre, adquirido para con los espíritus guía de tu pueblo, y una lucha, un combate terrible que… ¡dioses!

La enana se tapó la boca para no despertar al resto de los harapientos. Las imágenes explotaron en su mente, dictadas por las mismas estrellas. Las constelaciones adquirieron forma de animal y se movieron. Un halcón gigante hecho de cometas, novas y pulsares descendió sobre un campo en llamas y picoteó las almas de mil guerreros fallecidos con gran sufrimiento. Un combate, una batalla lejana pero aún recordada, en la que los espíritus puros fueron traicionados y arrinconados por sus hermanos civilizados. Y en mitad de ese campo yermo…

Un joven, un guerrero salvaje. Igual que las fracturas granulosas

y brillantes indican en una forja la dureza del hierro, y la pupila del artesano averigua por su color el grado de impureza, por la fractura en aquella alma y el color de su bilis supo la vidente la nobleza del corazón que dentro se escondía. Así mismo, tal como el aprendiz se sienta en el hollado del taller y mira con ojos maravillados cómo su maestro va convirtiendo el alma de una espada en promesa de muerte, Vorty se acomodó en el tapiz del sueño para observar. Y vio cómo aquel joven, que no debía de levantar más de quince o dieciséis años del suelo, se enfrentaba a la peor decisión de su vida, y escogía el camino más duro imaginable.

—¡Eres tú!, —siseó a gritos la mujer—. ¡Te veo mientras juras a tus dioses, te oigo mientras lloras a tu pueblo, te siento mientras observas el sendero que han dispuesto para ti los antiguos tótems! Aquel día, para sobrevivir, tu pueblo tenía que sacrificar un alma… escoger un paladín que sacrificase su humanidad para convertirse en el guerrero definitivo, el más osado y cruel que haya pisado estos campos… Oh, sí, tú aceptaste el reto, bebiste del ícor sagrado de la diosa, y te transformaste en… en…

Más instantáneas de las constelaciones que corrían como bestias por las praderas del sueño. Un archipiélago de estrellas adquirió la forma de un lobo y movió sus patas entre árboles de olvido y farallones de locura. Bajo sus garras pasaron los hechos de los reyes de Inuria, los profetas, los acólitos y, en último término, los no menos importantes mártires. Uno de ellos pudo haber sido el propio Dunn, aunque no luchara por motivos religiosos ni políticos. Había sido convocado para luchar, no sabía bien por qué, ya que ni siquiera reconocía como propia la autoridad que se lo ordenaba… pero no había vuelta atrás. Los filos fueron desenvainados, los escudos embrazados, la primera sangre derramada. No podía deshacerse el Daño. Lo único que importaba era sobrevivir.

Vorty, horrorizada, vio lo que la comunión con los espíritus primigenios hizo con el cuerpo y el alma de Dunn, en aquel lejano entonces. Vio cómo una mujer hermosa pero a la vez fuerte y despiadada, con los ojos inyectados en sangre, se acercaba al bárbaro y canalizaba en él los poderes de la tribu. Unas palabras reverberaron en el cielo raso del firmamento:

—*El Tótem de la Furia…*

Y el sueño terminó.

Vorty retrocedió, espantada, apartándose del bárbaro. Este, sin embargo, no parecía molesto por lo que acababa de pasar, sino más bien aliviado. Como si esos recuerdos fueran una carga que hacía años que necesitaba compartir con alguien, aun con una desconocida como aquella mujer enferma, y por fin lo hubiese logrado.

Miró a Vorty con agradecimiento y la dejó acercarse de nuevo, en paz. La mujer, temblando por las pavorosas visiones, le preguntó:

—¿Quién fue? Aquella mujer arrebatada por la ira que enlazó tu alma con la de los espíritus de la tierra. La mujer que te marcó para siempre con la maldición de la furia. ¿Cómo se llamaba?

Dunn meditó a fondo esa pregunta, como si le diera miedo abrir esa puerta.

Cuando parecía que ya no iba a contestarle, dijo con voz queda:

—Yara.

Y cayó hacia dentro de sí mismo, avasallado por sus propios recuerdos. Dejó atrás el mundo, y con él a Vorty, que no paraba de temblar.

Llegó el día y ese sentimiento siguió ahí. La grieta entera despertó tras haber tenido malos sueños. Por el Norte se veía un cielo de un gris negruzco y amenazador, como si se estuviera preparando una tormenta.

—¡Arriba, gandules!, —chilló una voz enferma de lepra—. ¡Trabajad si queréis comer! ¡Tirad, tirad!

Dunn se despejó, frotándose los ojos. Hacía más frío que los días anteriores. Nubes de color rosado corrían como ovejas por un cielo azul grisáceo, mientras unas aves de alas dibujadas al revés, como medias lunas interpuestas al viento, daban vueltas sobre sus cabezas.

Aves de carroña. Ese día iba a morir alguien, y solo ellas lo sabían.

El que había gritado era Melequías, que azuzaba a sus hombres para que le trajeran el desayuno. Una de las cubetas, llena de algo maloliente que le hizo arrugar la nariz incluso a tanta distancia, estaba casi a ras de tierra. Ese día, los vapores que emanaban del suelo eran pesados y apáticos como una sopa de plomo.

Había una pelea en la zona de las cadenas. Varios grupos de harapientos habían colisionado allí, sus velas movidas por el hambre; se gritaban cosas horribles unos a otros y, los que aún tenían fuerzas para ello, daban patadas y puñetazos a los que alzaban brazos implorantes hacia esa cubeta. Los zelotes parecían los dueños absolutos de la situación, cosa que agradaba a su gurú, que lo observaba todo desde lejos sin mover un dedo.

Una de las vocecitas más chillonas era la de Vorty, que estaba dejándose la piel entre tanto grandullón intentando afanar una parte. Faltaban apenas dos o tres tirones enérgicos de las cadenas para que la comida al fin llegase hasta las manos más altas, y ella, famélica, no quería que volviesen a dejarla de lado. Siempre tenía que conformarse con los restos, si es que los había, cambiándolos por favores sexuales que nadie aceptaba. Desde que el bárbaro llegó, además, se había auto impuesto la responsabilidad de llevarle algo para que sus tripas no rugieran del enfado.

A Dunn le parecía un espectáculo tan lamentable como gracioso: aquella mujercita, una muñeca rota, peleándose por unas migajas de pan con harapientos mucho más altos y desesperados, que no dudaban en pisarla y hacerle daño con tal de quitarla de en medio. La que salía perdiendo casi siempre de esas andrajosas melés era, por supuesto, la pobre Vorty.

Pero su valor le parecía admirable. Y por eso la respetaba.

Entonces sucedió algo que erizó el vello de la nuca de Dunn: uno de los zelotes le propinó una patada a la enana que la lanzó unos metros hacia atrás. Vorty dejó de moverse durante unos críticos segundos, para luego levantar agónicamente una mano, llevándosela al pecho. Su cara se inclinó a un lado para que la gravedad drenase la sangre acumulada en su boca; no le quedaban fuerzas para hacer algo tan complicado como escupir.

El bárbaro se puso en pie de un salto, y se encaminó con paso firme hacia el grupo. Nadie le vio llegar hasta que lo tuvieron encima. Agarró por el cuello al zelote que había agredido a su amiga y, sin pensárselo dos veces, estampó su cara contra el poste, dejando una marca rojo amarillenta en él. Cuando soltó el cuerpo, lo poco que quedaba de la cara del harapiento estaba congelado en un rictus de dientes rotos.

Todo el mundo retrocedió, espantado. Todos menos el líder de la

secta. Inflamado de cólera, Melequías renqueó hasta allí y le gritó:

—¡Hereje, animal! ¡Asesino! ¿Con qué derecho te interpones en los designios de los dioses? ¡Pagarás por lo que has hecho!

Dunn le ignoró y fue a ver a Vorty. La mujer se había incorporado a duras penas, pero aún escupía sangre.

—Es… estoy bien, amigo —gimió—. Te lo prometo. Solo necesito… un poco de reposo. Por piedad, llévame a… a la sombra.

Dunn la cogió en brazos (no le resultó difícil, pesaba menos que una pluma) y la depositó en el rincón que usaban para dormir, bajo un saliente de arenisca. La enana esperó allí mientras el bárbaro volvía junto al poste.

Los zelotes lo miraron con odio. Ya habían dado por perdido a su hermano, y se lo llevaban en volandas al rincón de Arkawa donde todos sabían que ocurrían cosas horribles. Cosas que tenían que ver con el motivo por el que la religión de aquellos hombres fue prohibida por el ministerio de Exerpes, y que justificaban que a su credo se le llamara «la doctrina de la carne».

«Sol y fuego para los huesos, labios y dientes para la carne», había dicho el gurú. «Alas y redención para el espíritu libre».

Dientes para la carne. En el fondo, el bárbaro lo lamentó porque les acababa de hacer un favor.

Melequías aún estaba bajo las cadenas, esperando a que llegara la cubeta. Su expresión era la de un jabalí con un cuchillo atravesado en el gaznate.

—Lo pagarás caro, extranjero —le prometió a Dunn—. Hay mucho alimento en tu cuerpo, sano y vigoroso. No sé por qué, pero aún no te ha afectado la plaga, y eso que has yacido en pecado con ese pequeño monstruo. ¡Te hemos visto! Los dioses deben de quererte mucho. —Miró con lascivia el cuerpo del bárbaro, la cantidad de carne que recubría sus músculos, el tono dorado y sano de su piel. Más que lascivia era… apetito—. Compartirás tu abundancia con nosotros, no te quedará más remedio. Espero que tu alma esté preparada para entonces…

Dunn torció el gesto. Alzó un brazo y agarró las cadenas, todas en un solo manojo. El grupo entero de harapientos se paralizó, mirándolo con ansiedad. Lo que a ellos les costaría horas de duro trabajo, aquel mulo podría hacerlo de un solo tirón. Podría bajar la cubeta hasta ellos en un segundo si quisiera.

Dunn tiró del manojo e hizo descender las provisiones, en efecto, pero se las quedó a la altura de la vista. Poniéndose de puntillas, examinó con tranquilidad el interior de la cubeta (que nadie más podía ver), y eligió una manzana. Era la única fruta que no estaba podrida. Luego le ofreció las cadenas a Melequías, ante las sonrisas encomiásticas y arrebatadas de placer de sus seguidores…

… Pero cuando el gurú fue a cogerlas, Dunn tiró con fuerza en sentido contrario y volvió a elevar la cubeta. A más altura de la que estaba antes. Se dio la vuelta con una media sonrisa y se alejó, dándole mordiscos a la manzana.

El silencio que dejó a su espalda fue asolador. El grupo de harapientos lo miraba atónito, sin poder creerlo. Melequías era una estatua de sal, de lo pasmado que estaba.

—Lo… lo pagarás, maldito profano… —tembló.

De fondo se oyó la débil (pero sincera) risita de Vorty.

Vairrsonn
(Prevalencia)

1

A Yara la despertó la campana que tocaba el tercer cambio de guardia, entrada ya la madrugada. El único trocito de cielo que podía ver a través del ventanuco con barrotes le mostró que aún era noche cerrada, y que alrededor de la torre había una niebla que tejía formas sutiles, presa de repentinos hálitos de viento.

Hacía frío en aquella celda, a la que le habría venido bien aunque fuera un miserable brasero de carbón vegetal que la mantuviera por encima del límite de congelación. Varios cadáveres de ratas se amontonaban en una esquina; ella misma había sido su verdugo, utilizando el grillete que la encadenaba a la pared. No soportaba las alimañas… aunque mucho se temía que aquel lugar estaría lleno de ellas. Y no todas tenían cuatro patas.

Ahora que no la observaba nadie, Yara se permitió el lujo de llorar. Estaba agotada, de viajar, de mantener una pose indomable, de… de fingir que no le importaba nada ni nadie, ni siquiera su propio destino. Pero sí que le importaba. Se había criado en un entorno hostil que templaba con fuego el alma de los niños, obligándolos a volverse adultos antes de tiempo. Pero había descubierto algo, y era que tras esa dura fachada aún podía latir un corazón sensible, al que había que alimentar con buenos pensamientos y con delicadas inquietudes para que no acabara de atrofiarse.

Las cosas que alegraban la vida incluían tener un niño, formar un hogar, ganarse el sustento junto a la gente de tu misma piel y credo, y trascender más allá de los misterios de la vida entrando en comunión con los poderes del pasado. El problema era que Yara había perdido a un vástago, muerto en trágicas circunstancias por culpa de su propio padre; había visto cómo su hogar se convertía en humo presa de ávidas antorchas; había sido castigada brutalmente

por la gente de su propio credo y raza, siendo expulsada con deshonor de su aldea; y aunque todavía le quedaba el contacto con el mundo de los espíritus, estos no parecían demasiado predispuestos a interceder por ella.

Todo estaba del revés en su vida.

¿Y por qué? Pues por culpa de un simple error. Una decisión arriesgada tomada años atrás que pensó que salvaría a los suyos, y que había desembocado en un trágico final. Pero no había sido por su culpa. ¡Oh, cuán engañosos podían llegar a ser los espíritus cuando se les pedían favores demasiado grandes, o cuando, por intentar hacerlos realidad, las fronteras entre los mundos perdían coherencia! ¡Cuán demandante podía ser la magia cuando llegaba la hora de saldar deudas!

Pero todo eso se había acabado, igual que muchas otras cosas que no habían sobrevivido al rey Pridd, el último de los grandes custodios. Con su caída se había perdido también la memoria de la raza, de lo que fueron en tiempos. Del orgullo y la jactancia con que contemplaban cada nuevo amanecer, como si nunca fueran a ser menos de lo que eran entonces.

Qué gran error, creerse inmutables como la misma creación. Qué aventurada apuesta.

Con un escalofrío que la hizo abrazarse a sí misma, Yara recordó los días de la vergüenza, cuando el campeón que había convocado para que luchase por su pueblo (convertido en caudillo espiritual) se volvió contra ellos. Era el Antauros, la forma bestial del guerrero, la máxima expresión del furor y la rabia de su pueblo. El Antauros, el movimiento imparable, el campeón al que ninguna espada podía matar, ninguna lanza ensartar ni ningún enemigo vencer en justa lid. Lo que jamás imaginaron era que aquel demonio, al ser liberado, podía volverse espontáneamente contra aquellos que debía proteger. Pero pasó. Y la matanza de su propio pueblo fue casi tan devastadora como la infligida en las filas del enemigo. Un pecado cuyas alas negras fueron a posarse en los hombros de quien invocó el hechizo final, una jovencísima bruja llamada Yara.

Una última lágrima le rodó por la mejilla, sola, como ella; triste y sin saber lo que la esperaba al otro lado del abismo, como ella. Cuando cayó al suelo, no llegó a tocar nada, ni las losetas ni la falda de Yara. Era como si se hubiese evaporado de la vergüenza por el

camino.

«No», se instigó. «No moriré sola y sin llevarme una luz con la que iluminar la Niebla, al otro lado. No les daré esa satisfacción. Hice lo que creí correcto para salvar a mi pueblo. Yo no tengo la culpa de que ciertos espíritus sean así de crueles».

Fue entonces cuando se decidió a hacerlo. Qué importaba, al fin y al cabo; no tenía nada que perder. Aquellos clérigos se llamaban a sí mismos guardianes del bien y de la paz, pero eran tan implacables como los primitivos izghar. La llevarían encadenada a presencia de su máximo líder, quien la obligaría a atar a un pobre espíritu vagabundo al crisol de un metal ardiente. Yara prefería morir antes que hacer algo así, pero los sicarios de Exerpes tenían métodos de persuasión a los que ni siquiera ella podría resistirse.

Eran así de «civilizados».

Desde hacía varios días le rondaba por la mente una idea, loca, absurda y peligrosa, pero que podría llegar a ser su única salvación. Y aunque le infundía un gran temor, ella misma admitía que quizás no hubiera mejor manera (por lo radical, extrema y potencialmente devastadora) de resolver aquello.

Y se decidió, sí, se decidió a dar el paso final, a ponerla en práctica. El dolor de sus muñecas exulceradas y la gelidez de aquella celda putrefacta terminaron de disiparle las dudas. Pero para ello necesitaba un sirviente que volara allí donde ella no podía, y que transmitiera los mensajes correctos a la persona idónea. No un arcano nuevo y virgen, sino uno que hubiese sido utilizado en el pasado. Y en las cercanías de sus captores, además, pues no le quedaban fuerzas para convocar magia nueva y pura de la nada.

—Ven —dijo. Una sola palabra, una orden tan sutil e impávida como la bruma que tanteaba con dedos helados su refugio.

Ante sus ojos se trenzaron unas hebras mágicas que habían sido cortadas hacía poco, cuerdas de significado que al volver a juntarse dibujaron no una palabra, sino una idea, un concepto. Una sombra en la caverna de la intuición arcana.

Un cuervo con plumas de obsidiana.

—¡… no, mi señor, por favor, no me…!, —chilló el animal, como si completara una frase dejada a medias cuando algo lo sacó bruscamente del plano de la existencia. Era el mismo cuervo que

había servido a Donnegar de ojos y oídos, y que Dunn había aplastado de un golpe, reduciéndolo a pulpa sortílega.

Al mirar a su invocadora, el cuervo parpadeó de la sorpresa.

—¡¡Gggrraaacckk!! ¿Quién sois vos que me habéis llamado? ¿Dónde está mi antiguo amo?

—Silencio. Ahora me obedecerás a mí, y solo a mí, pues he sido yo quien ha recompuesto tu esencia, y con ella la importancia de tu nombre. ¿Lo entiendes?

—¡Grraackk! —El animal aleteó como para sacudirse de las plumas muchos siglos de inexistencia—. Claro que sí, mi señora. Mandad y seréis obedecida.

—Cállate, parlanchín, y oye lo que te digo —gruñó la bruja—. Ahí fuera hay un hombre, un solo hombre, en cuyo destino leerás las mismas inercias que te conectan al mío. Es alguien de mi raza, de mi misma sangre, que seguramente me está buscando. No podría ser otro sino él —dijo, estremecida—. Dunn es su nombre. Se lo dirás y él te reconocerá como amigo. Ve y guíalo hasta las reliquias que los lacayos de Exerpes le robaron a mi pueblo. Ayúdale a recuperar alguna que le sea útil en su búsqueda, y luego tráelo hasta mí. ¿Lo has entendido?

El animal pinzó varias veces el pico en señal afirmativa, aunque se veía que la tarea no le agradaba en demasía. Aun así, voló cuando ella alzó el brazo en dirección al ventanuco, y lo atravesó con un fuerte aleteo de obsidiana. Cuando desapareció en la noche, Yara se acurrucó sobre sí misma, abrazándose las piernas.

Acababa de desatar otra vez el alud del destino, el mismo al que creía ser inmune pero que antaño ya la había sepultado. Y todo por cobardía, por salvarse a sí misma cuando lo que debía hacer era sucumbir a su trágico sino, para expiar todas sus faltas.

«Ve y encuentra al Antauros», pensó con terquedad. Con ganas de vivir. Y del puro miedo que le daba esa palabra ya no pudo dormir el resto de la noche.

Lo cual le vino bien, en el fondo, ya que apenas una hora después recibió una visita inesperada.

Un repicar de faldones metálicos y de botas bajando los peldaños le anunció que alguien inspeccionaba las mazmorras, junto a unos tosidos y murmullos que conseguían que la noche

sonara como una pajarera. Yara no se sorprendió al encontrarse con los tensos rostros de lord Vseval y su yerno, el joven Seóhn. El guardia que los acompañaba hacía lo posible por quitarse las legañas mientras no le miraban. Seguramente habría estado porfiando con las sirvientas, cuando su deber era otro muy distinto.

Los tres hombres y Yara se situaron a ambos lados de los barrotes y de un silencio. De repente, la maraña de arrugas creadas por la responsabilidad que salían de la boca de Vseval se movieron:

—Dicen que eres bruja. —En realidad no era una pregunta.

Yara asintió con tranquilidad. Había en sus gestos, en la firmeza de sus hombros, una paciencia terrible que amedrentaba incluso a Vseval.

—Te han dicho bien.

—Voy a hacerte una pregunta, y más te vale que respondas con sinceridad: ¿podrían acaso tus poderes curar lo incurable, remediar lo que ya no tiene remedio? —Cuando pasaron unos segundos sin que ella respondiera, Vseval insistió—: ¿Es que no me oyes?

—Pedís demasiado, mi señor, teniendo en cuenta que por lo general las celdas no dejan pasar bien la voz de un extremo al otro. Y aún menos las súplicas.

Un tic nervioso atrapó los párpados inferiores del lord, aunque no los superiores. Los cerraba a medias, haciendo que sus pupilas parecieran soles a medio surgir del horizonte.

—No te estoy suplicando, zorra vranoi, ni se te pase por la cabeza pensarlo. Te lo pregunto porque estoy barajando alternativas, nada más. Y quiero saber…

—… Quieres saber si existe una alternativa a los fatuos poderes de Exerpes para salvar a esa pobre niña —le interrumpió, mirándolo desde aquel poso de sombras—. La respuesta podría ser afirmativa, si otros dos «pudieran» llegaran a concretarse: si yo pudiera recuperar la libertad que me fue robada, y si vos pudierais aceptar una explicación alternativa del mundo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que toda magia tiene un precio, y este será proporcional a lo que pedís a cambio. —Yara esbozó una sonrisa gélida como las ventiscas de invierno—. Queréis salvarles la vida a la chiquilla preñada y a su hijo nonato. Bien, creo que podré conseguirlo. Pero si lo hago puede que ni ella ni el niño sean los mismos que antes.

Un cambio podría operarse en ambos, quizá benigno, quizá lo contrario. Pero vos tendréis que prometerme que, sea cual sea el resultado, lo respetaréis y no trataréis de tomar represalias, ni contra mí ni contra vuestra propia familia.

Lord Vseval retrocedió un paso, aturdido por las implicaciones de aquello. Él también ensayó una sonrisa, aunque la suya fue tirante.

—Cómo te atreves, bruja blasfema… ¿Acaso estás tan loca que piensas que aceptaré de buena gana que caiga una maldición sobre mi linaje? ¿Eres idiota, o solo una chiflada?

—No será una maldición a menos que os la toméis como tal —precisó Yara, aferrando los barrotes—. La diferencia entre mis dones y los que os ofrecen los esclavos de Exerpes (de cuya ausencia deduzco que no saben nada de vuestra visita a los calabozos, ni de esta conversación) es que los míos no engañan, no os engatusan con falsas promesas. Yo diré siempre la verdad, describiéndoos los riesgos pero también las bendiciones que podríais obtener si os sometéis al capricho del mundo espiritual. Pero debéis entender que son justo eso, señor: caprichos. Y por lo tanto veleidosos como una temprana luna de primavera.

Vseval se acercó a ella, tenso como la cuerda de un arco.

—¿De qué clase de consecuencias hablamos?

—Cosas sutiles, que quizá jamás percibáis en la vida de la chica y su hijo… —Se encogió de hombros—. Una mayor proximidad de sus caracteres a los del espíritu animal que les preste su esencia cuando los cure, probablemente. Astucia e inteligencia en el caso del zorro, amor y perseverancia en el del perro… o puede que perfidia e iniquidad si el tótem que los ampara es el de la mantis. Cuando uno llama a la Niebla, nunca sabe qué espíritu animal acudirá para concederle el favor.

»Lo sabréis por el signo de Ur, lo que nosotras llamamos la Dentellada… Es una marca que surgirá en el pecho de ambos y que os demostrará que han sido estos poderes, y no la simple casualidad, los que han intercedido.

Vseval retrocedió espantado, y comenzó el ascenso escaleras arriba.

—¡Ni hablar, no me engañarás con tus artimañas de hechicera! Vamos, Seóhn, el acrol Donnegar tenía razón: de estas alimañas solo

se puede esperar el mal absoluto.

Yara se dejó caer de nuevo sobre el áspero suelo, pero la sonrisa que embrujaba sus labios siguió allí, porque al mirarlos a los tres de frente había visto cosas que ninguno de ellos percibió. Supo que el señor del torreón iba a ponerse a la defensiva en cuanto torció el gesto con petulancia. Y que el aburrido guardia solo pensaba en irse a dormir en cuanto sus amos volvieran a las cálidas estancias de arriba.

Pero también vio algo más, y fue la esperanza más sincera en la mirada de Seóhn, el único de los tres que realmente confiaba (no, confiaba no, rogaba y suplicaba) que ella estuviese diciendo la verdad. El único que haría lo que fuera, todo lo que le pidieran, para salvar la vida de su esposa moribunda y su primogénito.

No tuvo que esperar mucho rato a que él volviera. Lo hizo al cabo de un tiempo prudencial, cuando tanto a su suegro como al resto de la guardia los había vencido la somnolencia de aquella noche tan plácida.

Seóhn bajó con extremo sigilo las escaleras, y agarró suplicante los barrotes de la celda.

—¿De verdad… podríais curarla?, —imploró. Había agua en su mirada.

—De verdad. Ya me he puesto a hacerlo, aunque no os dijera nada. Mis rezos han sido escuchados en las tierras de la Niebla.

Una tenue luz apareció sobre sus lágrimas. Yara tuvo una visión momentánea no de la *Dry* real, la que esperaba arriba entre delirios a que ocurriera un milagro, sino de la *Dry* imaginada, la que colmaba los sueños en el corazón de aquel hombre. Era un ser más idealizado que verdadero, con pecas sobre la nariz convertidas en islas de efélides que remarcaban el contorno de sus ojos, haciendo que las pupilas verdes fulguraran como gemas engastadas en cobre. Yara supo que el amor que sentía por ella era auténtico, y eso le dio fuerzas para acabar el hechizo.

—¿No me engañáis? ¿Y cómo puedo saber que saldrá bien?

—Esperad a mañana; con la caída de la tarde notaréis una mejoría en el estado de salud de ambos. Yo ya me habré marchado, porque el dichoso acrol tiene prisa por llevarme a Velmisia, pero confiad en que vuestra esposa se pondrá bien. Un espíritu está viniendo ahora mismo para acogerla en su seno, y otro para el bebé.

Son buenos espíritus. —Entornó los ojos en una especie de trance—. Pero tened cuidado, pues lo que os he dicho sobre el Ur es cierto, y si vuestro suegro lo ve… puede que no se lo tome bien.

—Lo tendré en cuenta —dijo él, llorando de la emoción—. ¡Gracias, muchísimas gracias! Lo que dicen de vuestro pueblo no debe de ser verdad, al menos no del todo…

—Oh, os garantizo que sí es verdad, mi señor —rio ella, con una mueca traviesa—. Absolutamente todo.

2

Cuando el sol se dignó a elevarse por encima de Arkawa, coloreó la sempiterna nube de polvo que todos respiraban con un suave magenta. Ese color también se extendió a sus habitantes, de modo que todos parecieron amanecer más enfermos que nunca, más rojos, más acabados.

En el caso de la pequeña Vorty, esa metáfora se hizo dolorosamente real.

Cuando Dunn despertó, bien entrada la mañana, se sorprendió al verla tumbada a su lado, no peleándose con los demás por la comida, como hacía siempre. La mujer apenas respiraba, y tenía las manchas de la piel más extendidas que nunca. De hecho, dibujaban una flor púrpura allá donde el día anterior le habían dado la patada, en el pecho.

Con un disparo de adrenalina, el bárbaro le quitó los harapos y pegó la oreja a su pecho. El corazón latía, pero era el eco de un tambor lejano y enclenque. No le quedaba mucho tiempo.

Cuando la tomó de la mano, ella abrió los ojos.

—¿P… por fin vas a concederle a Vorty su deseo, hombretón…?, —balbució. Los dientes se le habían teñido de marrón por la sangre seca—. ¿Le darás placer a Vorty… para que su alma vu… vuele contenta? —Su mano se deslizó hasta los genitales del bárbaro, acariciándolos levemente.

Dunn sonrió y le cogió la manita con dulzura, apartándola de su entrepierna.

—Lo imaginaba… Esta era mi última… oportunidad… Pero no te apenes, yo sabía que no me quedaba… mucho. Ojalá hubiese

podido dedicarte unos… versos, de esas trovas que yo me sabía…

El bárbaro negó con la cabeza, pero ella ya no le veía. El blanco había invadido sus ojos, tragándose como una tempestad de nieve sus pupilas.

Vorty sufrió una convulsión que le dejó rígido el cuerpo. Dunn la abrazó, preocupado, aunque sabía que no podía hacer nada. Su enfermedad se había agravado demasiado con la paliza.

—¡Los… los estoy viendo!, —gritó—. Ahí están los senderos entre las constelaciones… me esperan, se abren ante mí, ¡los veo! Por los dioses, qué hermosura… es mucho más bonito de lo que… había imaginado. —Sus pupilas rotaron hacia abajo por aquel mar de nieve, apareciendo de nuevo. La enana miró al gigante y le dedicó las que ambos sabían que eran sus últimas palabras—: Nunca me has dicho tu nombre, feo, pero te recordaré. Si en la otra vida me toca ser paloma o… o quien sabe si lince o armiño… te doy permiso para que convoques mi espíritu. Te llevaré a dar un paseo por… por los fiordos de la Niebla…

Otro latigazo le puso las cervicales de punta, todas y cada una marcándose como espolones bajo la piel. La mujer no podía gritar, pero su rostro era de dolor extremo, la agonía final de un alma torturada.

Dunn vio por el rabillo del ojo que los zelotes se agrupaban al otro lado de la grieta, aguardando el momento. Cada vez que alguien moría, estaban allí para reclamar el cuerpo y hacerle las monstruosidades que les imponía su religión. Pero no esta vez, se dijo el bárbaro. Hoy no caerían sobre ella como buitres sobre la carroña.

Melequías le observaba desde lejos, en silencio. Esperaba lo que sabía era inevitable con una media sonrisa en los labios.

Vorty, contra todo pronóstico, reunió fuerzas para preguntarle una última cosa a Dunn:

—¿Tú… tú crees que son los espíritus los que nos guían desde el otro mundo?

El bárbaro asintió con la cabeza. Sí, esa creencia conformaba el núcleo de toda su cultura, del folclore que le habían enseñado desde niño. Los espíritus animales guiaban a los hombres, siempre que estos fueran lo suficientemente sabios como para escuchar su llamada.

—Yo lo sé, sé que es cierto… —murmuró la enana—. Ellos están ahí, invisibles pero a solo un pequeño paso de nosotros. Y cuando necesites ayuda con mayor urgencia que nunca… uno vendrá para guiarte, si le abres tu corazón. Que no te asuste el futuro, feo… porque prevalecerás… lo harás, no importa cuánto sufras, lo he leído en las estrellas. —El brillo de sus ojos fluctuó, desvaído—. El fruto… de nuestro vientre… eso te ayudará a salir…

Vorty sonrió. A sonrisas pícaras no le ganaba nadie, ni siquiera cuando se estaba muriendo.

—Toma, llévate esto. —Se arrancó un trocito de lino de la raída túnica y se lo entregó al bárbaro—. Es magro obsequio para quien tanto… ha hecho por mí, pero así… así me recordarás también.

Dunn lo aceptó, aunque seguía sin comprender sus palabras. ¿El fruto de su vientre? ¿Acaso Vorty estaba embarazada?

La enana le acarició la mejilla, y exhaló su último aliento allí, en sus brazos. Su alma susurró como un pañuelo de seda que el viento se lleva lentamente a las alturas.

Luego, solo quedó el silencio.

Melequías amplió su tétrica sonrisa, pero aún no se atrevió a acercarse. Quizás tuvieran que esperar, él y su familia, hasta esa noche. Hasta que al gigante cayera vencido por el sueño. Ya nadie más querría ser su amigo, nadie velaría su sueño. Ningún otro estaba tan loco como lo había estado la maldita enana, como para arriesgarse a acarrear la ira de la secta.

Paciencia, esa era la principal virtud de un líder. La naturaleza haría el resto.

Dunn no le miraba. Estaba absorto en el cuerpo de su amiga, y en sus últimas palabras. ¿Qué le habría querido decir con aquello, que había muerto con una mueca de felicidad en sus cuarteados labios? ¿Qué significado oculto podría hacer que aquella despedida tuviera sentido?

«El fruto de nuestro vientre».

No el suyo, en singular, sino el de todos.

Las cejas del bárbaro se arquearon con la comprensión. Sí, ¡claro! Ella lo había entendido. Había intuido el plan perfecto. Ahora solo faltaba que alguien tuviera fuerza y coraje para llevarlo a cabo.

El enorme guerrero se puso en pie.

Depositó suavemente el cuerpo de Vorty a la sobra de la pared, justo bajo la cabria del cesto, y desenterró la punta de metal de la flecha que había sacado del cadáver. Luego se encaminó directo hacia la secta de Melequías.

Ninguno de los zelotes retrocedió al ver acercarse al bruto, pero sí que se escondieron sutilmente tras su líder. Los ojos de Melequías eran como velas de cera, que ardían con más calma y más perfidia que las de sebo.

—Vaya vaya, parece que las alas negras de la muerte ya nos han visitado hoy —dijo el gurú. Y se arriesgó a acercarse más al bárbaro para susurrarle al oído—: Volverán a hacerlo antes de que amanezca un nuevo día, te lo garantizo.

La respuesta de Dunn a ese comentario extrañó incluso a Melequías, pues en lugar de enfadarse, amenazarlo o darse la vuelta, lo que hizo fue dedicarle una mueca feroz. Y le enseñó algo pequeño y brillante que llevaba escondido en la mano: la punta afilada de la flecha, el único instrumento que había allá abajo capaz de cortar quirúrgicamente ropa, piel y tendones.

Melequías conocía bien la muerte, había estado tan cerca de ella en tantas ocasiones que hasta se arriesgaba a llamarla por su nombre de pila. Pero hasta que su propia faz no se reflejó en el azogue dorado de la flecha, no la vio *realmente* cerca.

Dunn les regaló a los zelotes una sonrisa plagada de dientes.

3

El barón Dygor masajeó una última vez los pechos pequeños y turgentes de su jovencísima sirvienta, hasta hacerla gemir, pero se aburrió y la dejó marchar. La chica salió corriendo de su despacho, un espacio lleno de pergaminos que estaba más cerca de la chimenea de lo que a él le habría gustado. Una simple pavesa con mala suerte y el registro de sus años al frente del lazareto volaría hecho humo… junto con el resto de la casa. Pero por mucho que conociera el riesgo, los inviernos se harían insoportables allí dentro (casi más que abajo, en la grieta) sin la cálida proximidad del fuego.

El peligro era preferible al helor.

Suspiró. Estaba nervioso y no sabía por qué. Tal vez un cuerno de aguamiel de abeja le ayudaría a relajarse, y a conseguir el ánimo sereno para dormir. Se estaba haciendo tarde, y la noche se presentaba fría y ventosa.

Un chillido agudo y breve lo sobresaltó. Era la voz de su sirvienta, la reconocería en cualquier parte. ¿Pero qué le pasaba, por el amor de Vreptus[9]? ¿No acababa de salir a calentarle las piedras en el horno de los vidriados de arcilla, para ponérselas bajo el camastro? ¿Qué la había entretenido?

Gruñendo por lo bajo, salió de la casa hecho una furia. Odiaba la incompetencia en el servicio. Esa chiquilla tan mona ya había tenido problemas con sus arqueros, pero desde la última vez que les advirtió que no la tocaran, no había tenido motivos para chillar. ¿Qué habría pasado, entonces; se habría caído dentro del horno o qué…?

Fue entonces cuando vio el primer cadáver.

Era uno de sus hombres, tumbado boca abajo y ataviado con el uniforme típico de su guardia personal. Le habían aplastado la cabeza con una piedra que descansaba pulcramente a su lado, medio cubierta de sesos. Luego le habían quitado el arco, el carcaj y su espada corta reglamentaria.

Dygor se paralizó. La noche estaba inmóvil, con una serenidad de muerte: la tensa tranquilidad de cuando hay algo agazapado en las sombras.

No se oía nada, absolutamente nada, ni siquiera los graznidos de las aves de carroña. El guardia estaba tirado boca abajo frente a la cabria del cesto, pero este no había sido usado. En cambio, había algo colgando en el extremo del trípode de madera. Una especie… ¿de cuerda? ¿Pero por qué brillaba bajo la luz de la luna con esos reflejos casi líquidos, como si estuviera mojada?

Se acercó a ella, para examinarla bien, mientras gritaba la consigna de alarma. Ninguno de sus hombres le contestó, ni siquiera los del puesto de vigilancia del otro lado.

Para cuando el primer sonido llegó hasta él, por desgracia, el barón no estaba ya para prestar atención a nada salvo a lo que tenía delante: aquella cuerda.

Estaba rematada por un lazo largo, de los que se usaban para cazar reses en estampida. Alguien lo había confeccionado abajo, en

la grieta, y lo había lanzado hacia arriba hasta engancharlo al extremo de la cabria. Pero lo que mantuvo durante unos segundos congelado a Dygor, con el corazón al borde del colapso, no fue el hecho en sí de que hubiese una cuerda, sino el material del cual estaba hecha.

Abajo, justo en la vertical de la grúa, había una docena de cuerpos muertos. El barón los reconoció: eran los zelotes de aquel culto pagano que le habían pagado un dineral para que arrojase al olvido. No faltaba ninguno, ni siquiera su líder, el perturbado Melequías.

Él primero, y todos sus acólitos después, yacían junto a la pared con el vientre al aire, destripados por algún instrumento afilado. Alguien les había rajado las barrigas y había sacado largas tiras de intestinos, con los que trenzó una cuerda de varias capas.

La misma cuerda que había usado para trepar fuera de la prisión.

La uña del índice se le clavó una y otra vez en la carne, en el mismo sitio de siempre, donde tenía una media luna que no se curaría. Era un tic que Dygor tenía desde que era niño, y le gustaba: ese dolor le transmitía confianza y serenidad. Pero en esta ocasión fracasó.

Buscó por todas partes un poso de calma, pero no lo halló. Lo único que planeaba sobre su corazón era el miedo.

El siguiente sonido que oyó fueron los pasos de alguien que se alejaba a toda prisa: su sirvienta huía aterrorizada, pasando por encima de los montones de cadáveres en los que alguien había convertido a la guardia. Algunos de ellos conservaban la cabeza sobre los hombros, pero solo los más afortunados.

—Por los once dedos de Vreptus… —Dygor sintió un escalofrío, y se lanzó a correr despavorido hacia la casa. Tal vez lograra llegar. Tal vez pudiera apartar los cachivaches que había ido acumulando encima del arcón donde guardaba su florete, y le daría tiempo a empuñarlo. Tal vez.

O tal vez no.

Nada más darse la vuelta, supo que había alguien situado entre la puerta y él. Una figura descomunal, musculosa hasta el punto de que parecía una parodia de un ser humano. Una silueta oscura con ascuas humeantes en lugar de ojos.

Ignorando el líquido cálido que le resbalaba piernas abajo, el barón retrocedió hasta que su espalda chocó contra la cabria. El bruto se le acercó a la misma velocidad, lento, como una serpiente que dispone de todo el tiempo del mundo para acorralar y morder a su presa. Tenía dos espadas cortas robadas a su guardia personal, una en cada mano. Ambas chorreaban sangre.

—Eh… esto… podemos hablarlo. —El barón tragó saliva—. La gente lista está hecha para entenderse, ¿verdad? Y tú pareces muy listo, sí, claro que lo eres. Si no, no habrías dado con el método para escapar. Nadie lo había conseguido nunca, ¿sabes?, eres el primero que sale ileso de la grieta. —Le señaló con un dedo regordete y simpaticón—. Je je, eso te convierte en un hombre muy especial, amiguete. Claro que sí. Un hombre al que yo pagaría mucho dinero por contratar.

Dunn se le acercó, mirándole como una cobra. Le sobrepasó media zancada, observó la grieta, donde se empezaban a acumular los harapientos junto a la cuerda, y volvió a retroceder. La peste a orina que emanaba del barón (y de algo aún más desagradable) contrastaba con el aparente regocijo de su discurso.

—¡Ja ja! ¡Venga, hombre, pasa dentro de mi casa, bebe mi vino y acuéstate con mis mujeres! Tú y yo, gigantón, empezamos con mal pie, pero, ¿sabes qué?, ¡he descubierto que estamos hechos para entendernos! —El barón juntó las manos en pose suplicante y rio, una carcajada nerviosa y atragantada, mientras el bárbaro paseaba a su alrededor—. No es que sea algo de ahora, no, llevaba pensándolo varios días, desde que el acrol Donnegar te dejó aquí. Te lo juro. De hecho, hoy mismo pensaba sacarte con el cesto para que charlásemos. Voy a necesitar alguien competente en mi guardia, ahora que… que… que ya no tengo guardia. —Su nuez se sacudió de arriba abajo, más seca que un desierto.

Dunn movió una de las espadas, pero no hacia él: apoyó la punta en el suelo y trazó un dibujo que el barón reconoció enseguida. Sabía qué era aquello, lo había visto sobre el lomo de una mula, cuando Donnegar le trajo.

Asintió frenéticamente con la cabeza.

—Sí… ¡sí, sé lo que es! Esa especie de cabeza de martillo de piedra que llevaban los hermanos, ¿no? ¡Claro que sí! No la tengo, si es eso lo que te preocupa. El acrol se la llevó a la capital, a

Velmisia. Creo… creo recordar que ese era su destino. —El barón se tocó el pecho con la mano, en un gesto beatífico—. Venga, hombre, ¿te mentiría yo?

Dunn reconoció que no, sacudiendo su melenuda cabeza. Cogió el cesto, tiró a Dygor en su interior y lo bajó entre gritos aterrorizados hasta el fondo de la grieta. También arrojó una de las espadas, que se clavó a poca distancia de donde esperaban los harapientos.

—¡Sácame de aquí!, —se desgañitó Dygor, tirando con sus manos regordetas de la cuerda como si tuviera alguna oportunidad de elevar otra vez el cesto—. ¡Te lo suplico, por favor! ¡Te pagaré una fortuna, te haré un hombre rico! ¡Pídeme lo que quieras! ¡Auxilio!

Los pocos enfermos que quedaban tras la muerte de Vorty y la matanza de los zelotes se arremolinaron en torno a su carcelero, formando un semicírculo que se hacía más y más pequeño a cada instante.

Uno de ellos agarró la espada que les había lanzado el bárbaro. La ocasión requería que se escribieran unos versos para glosar la efeméride de tan memorable día: la punta de esa espada sería la pluma del artista, y la grasienta piel del barón el papiro sobre el que bailaría.

Los chillidos del barón resonaron largo tiempo en las profundidades del mundo, como los balidos de un ternero lechal arrastrado al matadero. Los harapientos, sin embargo, no lo mataron deprisa.

No. Querían que la diversión durase mucho, mucho tiempo.

El bárbaro no se quedó a disfrutar de ese final, digno de alguien con el abolengo de Dygor. En lugar de eso, buscó las constelaciones adecuadas, aquellas que le dirían dónde estaba el Oeste, y echó a correr hacia el horizonte. No se molestó siquiera en comprobar si había caballerizas. Los caballos eran para débiles.

En su pelo ondeaba una raída tira de lino.

Nodegahrd
(El hogar al que uno pertenece)

1

De brecina lila y falsas acacias, de turberas sembradas de cal e inimaginables catástrofes heladas ocurridas en la noche de los tiempos. De enrevesados meandros que convertían los ríos en costuras de una tierra feraz, copiosa de frutos, generosa en faunas esquivas y en flora turgente. De interminables estepas de bambú que, contempladas a faz del horizonte que dibujaban sus copas, eran prisiones con barrotes de tallos articulados.

Así era el centro del país donde yo nací.

Al otro lado del torreón de lord Vseval, tras las colinas coloreadas de hierba, había hornos de secado que no vigilaba nadie. Los vimos nada más torcer hacia el Suroeste por la Vía Saluménica, enfilando (por fin) la ruta de la capital. Unas pilas de madera de aliso y la turba resultante del quemado nos dijeron que ahí se estaba fabricando carbón, tal vez para hacer puntas de flecha para los juegos del lord. O quizá armas de mayor tamaño, pues hasta una visión del mundo tan ombligista como la de Vseval era capaz de percatarse del cambio a peor que se estaba dando en el mesianado. El peligro se respiraba en el aire, pese a que ningún enemigo nos había declarado la guerra, ni sabíamos nada de los movimientos de tropas allende la frontera. Y aun así, los habitantes de Inuria podíamos percibir que algo malo iba a suceder.

No tenía explicación.

—Acrol —me llamó mi sobrino, acoplando el paso de su caballo. Tras él iban los hermanos de batalla custodiando el carro-jaula, totalmente reparado.

—¿Sí, Eivas?

—Señor, me preguntaba… si no podríamos hacer algo más por la pobre Dryana. Sé que no somos curanderos, sino luchadores,

pero…

—Tú lo has dicho. Ese no es nuestro cometido. Sé que es una lástima, pero tenemos una misión urgente y debemos cumplirla por encima de cualquier otra consideración. De todos modos, no creas que no me apena esa chiquilla. Pienso mantener la promesa que le hice a Vseval: si por casualidad nos topamos con sanadores tocados por la gracia de Exerpes, les diré que visiten ese torreón.

El joven asintió, no demasiado convencido.

—Sí, mi señor.

—Venga, Eivas, anímate. A pesar de la debacle de la isla, lo estás haciendo bien. Eres un buen líder. Cuando regresemos y nos hayan dispensado de este largo servicio, pienso proponerte para un ascenso. —Lo dije lenta y deliberadamente, para darle a la noticia un aire de sentencia.

Eivas me miró, entusiasmado aunque intentando disimularlo por respeto a la memoria de sus hermanos.

—¿En serio, tío?

—Yo nunca miento.

Dejamos atrás los hornos. Los pastos de la dehesa que se extendía a partir de allí crecían sin control, sin caballos ni reses que los pacieran. Ni siquiera había ciervos solitarios o liebres asustadizas. Solo hierba meciéndose al viento.

Para la gente que, como yo, sabíamos leer los subtextos, aquella imagen solo traía aún más preocupación, pues significaba que los señores feudales estaban obligando a sus siervos a desatender los campos y prestar atención a otras cosas. La fabricación en secreto de flechas o alabardas, por ejemplo. El miedo latente nos estaba causando ya los primeros estragos.

¿Pero por qué? ¿Por qué estaba tan seguro todo el mundo de que algo horrendo iba a ocurrir, si no había pruebas fehacientes de nada?

—Creo que yo puedo responder a esa pregunta, acrol —dijo una suave voz femenina, a nuestra espalda.

Los dos miramos al carro-jaula. La bruja había permanecido callada demasiado tiempo desde que salimos, y estaba claro que a su lengua viperina le estaba costando un triunfo contenerse.

—¿Ahora también lees las mentes?, —le pregunté, dejándole claro lo hastiado que estaba de su cháchara.

—Las mentes no, pero sí las caras. Puedo adivinar en qué estáis pensando porque se os nota en la manera de observar esos pastos. Yo también estaría preocupada, si fuera una dama con campesinos a mi servicio. Lo que no se planta hoy no se recoge mañana.

—Aún estamos a tiempo para plantar. Desde un punto de vista global, el tiempo nunca se acaba.

Cruzamos por encima de unas finas tablas de pizarra que se usaban para marcar los límites de la dehesa, y vimos la vía empedrada. ¡Por fin viajaríamos rápido!

—Lástima que ella no vaya a verlo —murmuró la bruja.

Eso me hizo volverme en la silla.

—¿Qué quieres decir?

—Esa jovencita en estado. *Dry*, creí entender que se llamaba. Cuando el señor de la torre vino a verme por la noche tuve que decirle la verdad. No me quedó más remedio.

Aflojé el paso. Cuando el carro llegó hasta mí, avancé al mismo ritmo que la prisionera. Si mi ceño hubiera podido fruncirse solo un poquito más, se habría partido como madera vieja.

—¿Lord Vseval fue a verte por la noche?, —le pregunté, siempre a la defensiva. No podía creer ni dejar de creer nada de lo que esa zorra me dijera, esa era la trampa en la que estaba metido. Estaba seguro de que no paraba de manufacturar fatalidades en su cabeza, algunas de las cuales tal vez podría hacerlas realidad—. ¿Por qué?

—Ah, no te lo llegó a contar —comprendió Yara—. Eso explica por qué no te llamó para que estuvieras en la reunión.

Nos explicó con todo lujo de detalles (al menos eso parecía, dada la cantidad de información que nos dio sobre el incidente) lo que había ocurrido la noche anterior en la mazmorra: cómo Vseval la interrogó sobre el alcance de sus poderes, cómo ella le había quitado las ganas de jugar con las fuerzas ocultas cuando le contó lo que habría que pagar a cambio, y cómo el lord volvió refunfuñando a sus aposentos, dando el asunto por zanjado. Tomó una decisión, y fue la de no colaborar con la bruja.

Esto último me tranquilizó, porque reconozco que había dormido intranquilo esa noche. No hacía más que darle vueltas a la pregunta que me hizo Vseval durante el juego de arcos y dianas, sobre si Yara tendría poder para curar a Dryana. Aunque lo tuviera, era una herejía siquiera proponérselo. No me extrañó que Vseval la

tanteara, aunque lo hiciera a mis espaldas; de algún modo esperaba una jugada así de un hombre ladino como él. Pero me alegró que sus tanteos no obtuviesen resultado.

Si Yara se guardó algo más para sí sobre lo ocurrido esa noche, supo disimularlo bien.

—¿Qué más te dijo Vseval?

—Poca cosa. Creo que le entró el miedo en el cuerpo cuando le conté mi teoría sobre el origen de la enfermedad. —Yara tomó aliento, como si fuera a escupir con fuerza las palabras, y dijo—: Lo que había infectado a *Dry* no era la plaga roja, sino una variante que yo nunca había visto.

—¿Qué quieres decir?

La mujer miró al suelo a través de los barrotes. Había una fina pátina de barro sobre los adoquines, producto de lluvias recientes, sobre la que los caballos dejaban unas extrañas improntas sin forma. No parecían huellas, sino runas.

—No hay nada más aterrador que una profecía inescrutable —murmuró—. Y últimamente las veo por todas partes. En las cosas vivas y en las muertas, en el aire y en el agua. Y en la tierra. —Me miró con semblante grave—. Tus amigos y tú estáis muy equivocados, Donnegar: la plaga roja no tuvo su origen en una maldición traída por los izghar desde sus lejanos países. Se originó aquí, en Inuria, y hasta podría decirte dónde: en alguno de los lugares sacros de tu dios. Seguro que allí se detectó el primer caso.

La sangre empezó a subirme a la cabeza del enfado. Por mi dios, qué increíble capacidad tenía esta mujer para sacarme de quicio.

—Explícate —exigí.

—Está bien, pero recuerda que has sido tú quien me lo ha pedido. Lo que ahora voy a contarte puedes creértelo o no, por supuesto. Tienes todo el derecho del mundo a ejercer tu incredulidad, e incluso tus prejuicios hacia mí. Pero te juro que es verdad. No me lo estoy inventando para tratar de herirte —juró la mujer—. Los vranoi estamos más cerca del mundo espiritual que vosotros, incluso que los clérigos más poderosos de Exerpes. Cuando tu gente reza para obrar prodigios, lo que está haciendo es traducir la fuerza primordial de la magia a un lenguaje estructurado que le resta poder. Pero yo libo ese mismo poder de la fuente primordial, sin manipularlo, sin tratar de entenderlo. Lo canalizo de la fuente

auténtica. Eso me permite ver cosas que tú no ves, Donnegar. Como el aura de corrupción de la magia, que en estos lares lo impregna todo.

»Sí —dijo con un estremecimiento, como si un temor se hubiese instalado cual hielo en el tuétano de sus huesos—, la magia está corrupta. Habéis dañado la fábrica primordial con vuestro abuso, y lo que llamáis plaga roja es una manifestación de este Daño en el plano físico. Yo curé varios casos en mi aldea, antes de que me expulsaran, y sé de lo que hablo. El problema, acrol, es que la variante que se ha contagiado a esa pobre muchacha es una que no había visto nunca. Ni siquiera los espíritus la conocen. Eso indica que la urdimbre mágica ha pasado a otro nivel más definitivo de corrupción.

La miré de hito en hito. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿De verdad estaba tan loca como para creerse todas esas tonterías, o estaba intentando colarnos una mentira fantástica y artesanalmente preparada?

—No te creo. Exerpes no es el origen de la enfermedad —gruñí —. Su magia la cura.

—Sí, igual que la nuestra (aunque con más dificultad, por lo que entendí en el torreón). Imagina que la magia es como un lago contaminado: puedes apartar las aguas negras con un movimiento brusco de tu mano, echándolas hacia atrás para que el agua limpia ocupe por unos segundos ese mismo lugar… pero el reflujo volverá a traer la ponzoña a su lugar original, y con más fuerza que antes.

»Es lo que intenté decirte el otro día, Donnegar, y te negaste a escucharme. Pero pronto no te quedará otro remedio, cuando esta nueva forma del mal rojo se extienda entre tu gente. Y esta es la pura verdad, óyela bien —se apartó el pelo de la cara, resolutivamente—: habéis pedido demasiados milagros a la cara obscena y maligna de vuestro dios, al Exerpes guerrero que se esconde en el lado opuesto de la moneda. Ahora esa cara es la que prevalece, la oscuridad manda sobre la luz. Demasiados milagros orientados a la guerra y no a la paz, demasiadas armas mágicas fabricadas en lugar de arados para la cosecha, demasiado miedo en lugar de placidez… Cada plegaria matizada por el temor a la destrucción (y debes admitir que en el último decenio han sido muchísimas) fue un granito de arena que se acumuló en el borde de

la moneda, hasta hacerla girar. Toda la urdimbre está contaminada por esa macabra influencia, y no tardará en manifestarse de una manera definitiva y total en el plano físico.

»Y cuando eso suceda… oh, jo jo, mejor que encuentres otro lugar hacia el que dirigir tus súplicas, acrol, porque en el seno de tu dios solo hallarás muerte.

Un silencio pesado cayó sobre la caravana. Todos los hermanos habían oído el intranquilizador augurio, y me miraban con expectación. Esperaban que yo le contestara en el acto, anulando todos sus razonamientos con un argumento simple e irrefutable. Pero no lo tenía. No había forma de demostrar que lo que Yara estaba diciendo era falso… solo tener fe en que así fuera.

Y fe, precisamente fe, era algo que a los clérigos de Exerpes les sobraba.

—¡Ja, ja! Es la mentira más barroca y mejor apuntalada que he escuchado jamás, te lo concedo —admití—. Pero no deja de ser un embuste. Mira, dentro de poco alcanzaremos las murallas de Velmisia, y sabrás que el alto estáter Impéragon, nuestro máximo líder, está preparándose para un acontecimiento muy especial. Por primera vez en siglos, las estatuas de la catedral de Exerpes han llorado sangre. Ocurrió justo antes de mi partida hacia el Este. —Le dediqué una sonrisa prepotente—. Es signo de que nuestro dios obrará un prodigio como hace eones que no se ve en este mundo. Por eso estamos tan felices, tan colmados de dicha. Y por eso sé que te equivocas.

La cara de Yara se demudó de terror. Su pelo capturó un fino haz de luz que atravesó las nubes y osciló como una llama.

—¿¿Es cierto eso, no me mientes??, —gritó—. ¡Locos, ni siquiera veis los más obvios augurios aunque los tengáis delante de las narices! ¡Ese acontecimiento, si finalmente tiene lugar, acarreará vuestra destrucción y la de toda Inuria, no una bendición masiva!

Su miedo parecía auténtico. Era la primera vez que la veía así desde que la capturamos en Kátobras, sacándola a la fuerza de su escondite de pescadores de cangrejos y remolleros [10]. Eso me hizo vacilar, pero solo durante un brevísimo instante, una cantidad de tiempo que casi ni existió. Luego mi confianza en Exerpes se hizo otra vez fuerte.

—Ten fe, y todo se arreglará —le recomendé.

Ella sacudió la cabeza con pesar.

—Tu fe no es más que una paradoja suspendida en esa difusa línea que separa la parodia del horror. Pronto te darás cuenta, aunque para entonces ya será demasiado tarde.

No le hice más caso. Me centré en el viaje hasta que al fin pudimos divisar la capital desde un altiplano. Una oleada de orgullo me atravesó entonces el pecho, pues hasta la cínica y burlona bruja se quedó sin aliento al contemplar, por vez primera, la ciudad más prodigiosa del universo.

2

El viento se había llenado de partículas flotantes aquella mañana.

Allá donde Dunn mirara veía nubes de pétalos procedentes de los cercanos sotobosques. El viento los despojaba de sus hojas marchitas de color rosa palo y las hacía volar como ráfagas de copos de nieve, moteando los campos de maíz. Los granos de los dorados tallos no habían sido recolectados aún, aunque ya se adivinaba actividad de guadañas en las granjas.

El bárbaro procuró evitarlas en su carrera, así como cualquier otro asentamiento civilizado. Hacía cuatro días que no descansaba, bajo la consigna de seguir siempre hacia el Oeste, siempre en busca de las carreteras más aptas para carromatos. Seguramente los captores de Yara las habrían elegido para desplazarse.

Siguiendo una pista empedrada que bordeaba los maizales, se había desviado bastantes millas hacia el Noroeste, esperando siempre que tras el siguiente recodo vería aparecer la silueta del carro-jaula, cosa que aún no había ocurrido. Había pasado demasiado tiempo bajo el yugo de la magia y abandonado en la fosa de Arkawa, y le habían ganado mucho terreno.

Robó un cesto de manzanas a unos campesinos y se sentó al abrigo de un serbal a comérselas. Los frutos del serbal participaban del amarillo que auguraba su pronta madurez, pero aún no eran aprovechables. Mientras masticaba en silencio, la mirada del

bárbaro se perdió en el infinito, hacia el sol poniente.

Se sorprendió cuando le asaltó un recuerdo de juventud que había enterrado tras años y años de ignorar lo que le había convertido en el hombre que era. Cuando acabó la guerra, tras la caída de Pridd, su pueblo se retiró a su isla a vivir. O más bien a subsistir. Los vranoi se entregaron a un proceso endogámico de procreación cerrada, de autocomplacencia y victimismo soterrado que hacía muy fácil el vivir, y aún más el disfrutar de cada día. Si uno no le pedía a la vida más que una sucesión de días fáciles y apáticos, sin más aliciente que dejarse llevar por el embrujo del alcohol y saquear los poblados vecinos (como le pasaba a Dunn cuando se encontró por primera vez con los clérigos, borracho como una cuba y tirado en el fondo de una trampa), alcanzar las metas era una hazaña al alcance de cualquiera.

Desprovista de dificultad, la vida también parecía carecer de sentido.

El recuerdo que le llegó de pronto pertenecía a aquellos meses que pasó lejos de su pueblo, vagando por los arrozales y las marismas, convertido en… otra cosa. Algo (no alguien) que había sobrevivido a las batallas para las que fue requerido, y que, habiendo perdido lo poco que le quedaba de humanidad, erraba por el mundo convertido en un azote al que todos deseaban destruir.

Dunn se estremeció. Hacía años, sí, años que no recordaba la pavorosa sensación de ser más que un guerrero pero menos que un hombre. Un ser que podía ser calificado fácilmente de bestia invocada desde el más allá, y que, habiendo perdido todo aquello que justificaba su existencia (el odio, la guerra, la muerte y la devastación), carecía de motivos para vivir. Las imágenes de aquellos días eran aterradoras incluso para él, instantáneas de sentimientos más que de recuerdos organizados, que lo llevaban a caminos desérticos, a cuevas solitarias bajo la lluvia, a los campos donde él mismo lideró matanzas sin nombre.

El alcohol había mantenido alejados esos sentimientos desde entonces, formando una presa que ahora se resquebrajaba, dejando pasar las imágenes más dolorosas. Porque Dunn trascendió su condición humana gracias al hechizo de Yara, y se convirtió en la bestia sagrada, el Antauros, aunque la prenda a pagar fuera su alma. Su cuerpo mutó, haciéndose más grande y terrible; recordó la

sensación de poder extremo que llenó sus brazos, el dolor de sus mandíbulas al desencajarse cuando los colmillos de sable se abrieron paso a través de la carne, la inclinación en el peso y el equilibrio del mundo cuando su estatura aumentó medio metro y sus espaldas crecieron otro tanto.

Antes un hombre, ahora una bestia mítica. Los ancianos hablaban de un rasgo de los antiguos guerreros legendarios, los padres de los vranoi, que podían entrar en una especie de trance que los convertía en instrumentos de la Furia. En expresiones vivas de la locura de la guerra.

Lo que Dunn no sabía (hasta que lo averiguó experimentándolo en sus propias carnes) era que esa furia incontrolable, esa demencia salvaje en la que entraba el guerrero antiguo para matar más y mejor, no era un rasgo exclusivamente mental. No es que se limitara a volverse loco como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza capaz de nublar su juicio: también había cambios físicos. Los espíritus totémicos que canalizaban esa Furia mutaban el cuerpo del bárbaro, volviéndolo monstruoso y sobrecogedor. El Antauros era la última forma conocida de los antiguos berserker, pero se contaba que en tiempos pasados hubo muchas más.

La noción del poder extremo era simplemente embriagadora, el saber que podía enfrentarse a mil enemigos sanguinarios y aplastarlos con la simple fuerza de sus manos, de las garras que habían crecido al final de sus dedos. Pero era un poder inútil, ya que el precio a pagar era perder casi por completo la mente que lo guiaba. El Antauros era una máquina de matar perfecta, aunque estúpida, y cuando las batallas pasaron y los enemigos se acabaron… los mismos poderes que lo habían creado intentaron destruirlo.

Dunn tenía recuerdos muy borrosos, velados por cendales de sangre, en los que sus propias manos (¿eran sus manos?) arrancaban los miembros y sacaban las tripas de los soldados, mientras sus quijadas se lanzaban contra la blanda cota que protegía sus cuellos y la arrancaban de un mordisco, junto con la mitad del hombro y algunas vértebras. Lo más terrible de todo era la felicidad que acompañaba a esos recuerdos… la placidez total que experimentaba mientras asesinaba. Un gozo que colmaba cada rincón de su alma y que se hacía más y más potente a medida que

los cadáveres formaban montañas a sus pies.

Regresar de todo eso y volver a ser humano no resultó un camino fácil. Costó muchísimo esfuerzo y un gran dolor, una dura prueba que acabó pagando… su propio hijo.

Sus párpados cayeron uno sobre el otro como planchas de metal, duras y cortantes. Apenas se coló por medio un pensamiento, un sacrificio para aplacar al espíritu que había poseído al Antauros. Y ese demonio cruel llamado Yara… maldita fuera por siempre, de todos a cuantos podía haber elegido, de todos los sacrificios que podía haber hecho… escogió nada menos que el de un tierno infante. El hijo pequeño de Dunn.

Consiguió su objetivo, sí, pues el Antauros al fin descansó poniendo fin a la sangría, retrotrayéndose para siempre al interior del cuerpo de Dunn. Pero el coste…

El bárbaro enterró la cara entre sus manos. Él había participado en la humillación de Yara. Lo había hecho a gusto, a sabiendas de que se estaba haciendo justicia, aunque sus leyes no le permitieran arrancarle el corazón y comérselo delante de sus propias narices, como ella había hecho con el niño. El castigo que le infligieron antes de expulsarla, aunque atroz (la sujetaron por varias partes mientras lo hacían, como si solo la violencia de sus uñas, dientes y lenguas pudiera satisfacerlos) no fue ni una milésima parte del que merecía.

El hogar al que uno pertenece, a veces, es el sitio donde más daño es capaz de hacer.

Si hubiera sabido antes que estaba viva, y que se escondía tan cerca de su aldea, entre los pescadores de cangrejos…

Dunn escupió el corazón de la manzana. Se acabó, no quería seguir por ahí. Esa parte era la más horrible, la que más cicatrices le dejaba en el corazón. Cerró su mente como pudo a esos recuerdos, a lo que pasó cuando el Antauros al fin encontró el camino a casa. Y también a lo que le haría a Yara cuando la rescatara de sus actuales captores. ¿Le gritaría unas cuantas verdades a la cara? ¿Le haría pagar todo lo que sin duda le debía a sangre y fuego, a azote y látigo? ¿O se limitaría a mirarla con tranquilidad felina y dejar que ella se explicara?

Y lo más importante de todo: ¿cambiarían algo esas explicaciones en su modo de sentir aquella tragedia?

Por un instante se acordó de Vorty, la pequeña, deforme y sabia Vorty. La única amiga que se había ganado llamarse por ese nombre que había encontrado en su aventura. Y sintió nostalgia. Deseó que no hubiese muerto, consumida tanto por el avance de la plaga como por la necedad que reinaba en aquel imperio de necios. Ella era vidente, tenía poderes, y tal vez pudo ver lo que les esperaba antes de despedirse por última vez. A lo mejor, deseó en secreto, se encontraría con ella, convertida en espíritu animal, cuando su alma cruzase la gran barrera. O quizás Vorty estaría velando ahora por él, a su traviesa y pizpireta manera, convertida en la sombra de un águila en la mañana o en el canto de un petirrojo al atardecer.

La visión del pájaro que se le acercaba le ayudó a centrarse en la realidad. Primero fue una mancha negra en el cielo, entre las nubes de copos rosáceos. Cuando se acercó adquirió no solo forma, sino también familiaridad.

Dunn había visto antes a aquel cuervo.

El animal dio una pasada por encima de su cabeza, reconociéndole. Eran pocos los hombres capaces de distinguir emociones en la cara de un animal, tan distinta de la humana, aunque fuese un animal parlante. Pero aun así Dunn pudo reconocer una tremenda desgana en el pájaro por cumplir la misión que le había encomendado su amo.

Tras varios planeos largos, el cuervo se decidió a aterrizar.

—¡Ggrraaacckk! ¡Tú, malandrín!, —le chilló—. Homicida de volátiles, no creas que he olvidado lo que me hiciste. ¡Me mataste! ¡Me expulsaste a la tierra neblinosa con gran dolor antes de que mi tiempo aquí concluyera! ¡Si no tuviera que entregarte un mensaje de vital urgencia, te sacaría los ojos!

El bárbaro se limitó a contemplarlo en silencio, mordisqueando la fruta.

El cuervo trinó, hastiado.

—¿Es que no vas a preguntarme siquiera de qué se trata?, —graznó—. La dama me dijo que cuando lo supieras, toda tu misión cambiaría. ¿No te interesa?

Otro mordisco. Dunn escupió la nuez contra el pájaro, que aleteó disgustado.

—¡Ggrraaacckk! ¡Está bien, señor persuasión, te lo diré! Una mujer de siniestros poderes me encomendó que te dijera una simple

palabra: ¡Dunn! ¿Es tu nombre, verdad?

La expresión del bárbaro cambió, endureciéndose. Pero siguió inmóvil y escuchando.

El cuervo continuó, posado en una piedra que se alzaba en el trigal:

—Dunn, así te llamas… Soy aquel que sobrevuela por encima de los destinos y los fulcros en las vidas de los hombres, y lo veo todo. Para mi ama seré ojos y oídos, pero a ti te haré otro favor: la bruja me ordenó que te guiase hasta un templo donde los clérigos guardan una reliquia que por derecho pertenecía a tu pueblo, pero que tras la última batalla no quisieron devolveros. ¡Ggrraackck! ¡Traición, pero también sabiduría! El pueblo dominante no quiere que sus aliados, por muy en deuda que estén con ellos, esgriman armas que algún día pudieran ver trocadas sus lealtades…

»Y menos cuando hablamos de una hoja carnicera, aquella que fue llamada la *Insaciable*, la espada del mismísimo rey Pridd.

Esta vez sí que logró una reacción en el bárbaro. Las cejas de Dunn salieron repelidas de sus párpados, y sus pupilas se contrajeron hasta parecer dos alfileres.

El animal extendió un ala en dirección Norte.

—¡Por allí se halla, tesoro esquilmado en el campo de batalla, custodiado por monjes ladrones! Hay un lugar, un monasterio bien vigilado y protegido por magias poderosas, en cuyo corazón se esconde esa hoja de desdicha, el acero de Pridd… ¿Quieres ir a buscarlo? La bruja aseveró que te sería muy útil en…

La mano de Dunn se cerró en torno a él, aplastándolo. Al cuervo casi se le salieron los ojos de las órbitas, y se le desprendieron varias plumas.

—Yara —dijo el bárbaro.

El animal sacudió su cabecita entre estertores.

—¡Buf! ¡Buf! ¡Su… suéltame… fui convocado para ayudarte, bestia, animal! ¡Burro! —Los dedos se contrajeron con más energía. El cuervo empezó a sentir el familiar desentrelazamiento de las hebras mágicas que conformaban su cuerpo material—. ¡Argh, está bien, suéltame! ¡Si quieres te guiaré hasta ella, antes que nada!

Dunn se puso en pie y se trabó el kubra alrededor del cuello. Cogió la espada corta que había robado a los guardias de Dygor y esperó a que el animal le guiara hasta Yara.

El cuervo voló hasta las ramas más altas del serbal y le gritó:

—¡Palurdo, maníaco! ¡Cateto incivilizado! Eres terco como una mula. Debería abandonarte a tu suerte… a pesar de que veo perfectamente por dónde circulan las hebras de tu destino. ¡Estoy posado más alto que tú, con ojos más preparados que los tuyos, y las veo! Ahora podría guiarte hasta la dama, cierto, ¿pero no sería más juicioso ir preparado? Ella me dio una orden no exenta de sabiduría. Vas a enfrentarte a muchos clérigos antes de poder siquiera llegar hasta donde está Yara. ¿Y lo harás con esa chatarra herrumbrosa?

Dunn miró su espada. La verdad es que no parecía gran cosa. Ni siquiera estaba correctamente equilibrada entre el pomo y la hoja, pues si la sostenía recta y en equilibrio sobre su palma, tendía a caer de frente y un poco de costado.

Mala arma. Mal augurio. Cuánto habría dado por tener su cabeza de martillo de piedra, y un asta de madera donde engarzarla.

—A mí me da igual si acabas ensartado en un poste —confesó el cuervo—. Lo digo en serio. Pero tengo que obedecer y llevarte hasta esa reliquia. Si me sigues, conseguirás un arma digna de tu fuerza, que no se romperá cuando la blandas contra los escudos de los clérigos. ¡La ira de Pridd, nada menos! ¡Su cruel sacramento, la *Insaciable*! ¿Vas a dejar que los de Exerpes la retengan como botín de guerra?

El bárbaro no reaccionó durante un rato, en lo que nefandos pensamientos circulaban por sus sienes. El fantasma de un destino incontrovertible (tan axiomático, a su modo de ver, como la propia realidad) planeaba sobre su futuro.

Una decisión logró tomar, empero. Y además una muy juiciosa, pues sin decirle nada al cuervo echó a andar rumbo al Norte.

Hacia el monasterio de Krussak.

El nombre de Yara no se había borrado de su mirada; es más, lo tenía más grabado a fuego que nunca. Pero el cuervo tenía razón: aún quedaba por derramar mucha sangre y causar grandes estragos. Y ningún artesano podía hacer bien su trabajo si no contaba con las herramientas adecuadas.

Suroist-Hamfaaita (Sufijo:…enderezada con los dientes)

1

El noreste del mesianado era una sucesión de formas redondeadas, colinas seguidas de desgastadas sierras habitadas por los fantasmas de civilizaciones extintas, cuyas huellas llegaron a perdurar más que el idioma de las gentes que las dejaron. Entre ellas caminó Dunn, con aspecto de oso si alguien le veía desde lejos, protegido por su capa, la melena negra siempre al viento, sus piernas siempre veloces en persecución del cuervo que lo guiaba.

Mientras el sol envejecido caía como el engranaje de un astrolabio, y una fina llovizna oscurecía el pelaje de los perros que vagaban en manadas en busca de carroña, Dunn pasó por en medio de una hilera de estatuas. Eran reyes del pasado, o eso proclamaban sus crudos mentones y sus erosionadas mitras. Sin embargo, el tiempo había desgastado tanto sus figuras que apenas parecían torsos humanos, solo muñones cuyos rostros apenas lograban fijar el origen de su dolor milenario.

Las dejó atrás sin preocuparse por su suerte, de si habían hecho grandes cosas en la vida o si merecían que su nombre se borrara de los anales de la historia, como el de tantos otros. No entendía la necesidad del hombre civilizado de grabar en piedra tantos recuerdos, tantos nombres y hazañas que ya habían sido borrados por el viento. Como vranoi, no vivía para el ayer, ni para el mañana; solo para el momento presente, que se le entregaba al hombre para hacer cosas que ya no tendrían sentido cuando él se marchara.

Esa era su única verdad. ¿Estatuas que glorificaran su figura? ¡Para qué! ¿Estelas que cantaran su nombre desde ábsides de mármol? ¡Jamás!

Cuando su tiempo pasara, y la savia de la vida ya no bombeara más de su gastado corazón, que nadie perdiese tiempo

recordándole. Que aquellos que le sucedieran empleasen bien sus días en ganarse sus propios méritos, para que así los espíritus los reconocieran en el otro lado, y no sintieran vergüenza.

El sol era un hematoma en el horizonte cuando avistó el monasterio. Krussak era su nombre, o eso le había dicho el fastidioso cuervo. Era un edificio de piedra bien construido, de gruesos muros y saeteras escuálidas, proyectado más hacia el conflicto que hacia los tiempos de paz. Un complejo bucle de vigas de madera entraba y salía de sus muros como pespuntes de una hilandera, confiriendo más resistencia aún a las paredes.

No era un monasterio, sino una pequeña fortaleza, donde el rostro hierático de Exerpes vigilaba desde cada punto cardinal.

—¡Ggrraacckk!, —graznó el pájaro, posándose junto a Dunn—. Tanta seguridad es necesaria, sí, cuando se quieren proteger botines de guerra. Ahí dentro está la espada de Pridd. La pregunta es, bruto cavernícola: ¿cómo sortearás esas defensas para ir a cogerla?

En ese momento, un contingente de cien jinetes apareció en lontananza, dirigiéndose en una pulcra fila hacia el monasterio. Estaban bien armados y sus corazas brillaban lustrosas incluso a la luz del poniente, lo que revelaba que era una tropa de élite. Se notaba que eran hombres acostumbrados a cabalgar en apretada formación hasta que el fragor de la contienda deshacía su estricto orden.

El cuervo los identificó con facilidad:

—¡Los hijodalgos de Vurha! Ggrraackkk… mal presentimiento, sí, muy malo. Lanzas entrenadas, invencibles a caballo, imparables en su carga. Blikka se llama su capitana, una mujer que ha aplastado sin piedad muchos cráneos de hombres. Seguramente buscan descanso, pues siempre en movimiento están. Hemos escogido un mal día para venir…

Dunn se tumbó en la hierba, observando las evoluciones de aquel destacamento de caballería. Incluso él había oído rumores sobre los hijodalgos, y sobre lo eficaces que eran en combate. Conformaban uno de los cuerpos de élite más afamados de Inuria, y eran llamados a cabalgar en primera línea allí donde se desatara una crisis. Siempre. Y en cada ocasión lograban regresar a casa con pocas bajas que contabilizar.

Pero su poder se basaba fundamentalmente en el caballo, en la

velocidad y la fuerza de penetración de su montura. Mientras tuvieran sitio para maniobrar y coger velocidad, tenían prácticamente asegurada la victoria. Ahora bien, pensó frotándose el mentón: si ese espacio desapareciera, o tuvieran que cabalgar por un terreno donde el simple hecho de caerse de la silla implicase la muerte…

Dunn se quedó rumiando esos pensamientos hasta que el manto de la noche se desplegó por la tierra. No había lunas en el cielo, sino un tapiz de negras nubes que le robaban a la vista cualquier noción de distancia.

Bien. El bárbaro sintió que estaba de suerte.

Le hizo un gesto al cuervo para que atrajera la atención de los guardias mientras él se acercaba, sigiloso como una comadreja, al muro exterior. No le costó mucho conseguirlo. Una mortaja de tinieblas se había cernido sobre los campos, envolviendo aquella indecorosa desnudez de pobreza geográfica.

Dunn avanzó con la espalda pegada al muro hasta que localizó una posible entrada: un ventanuco lo suficientemente grande como para que cupiera un cuerpo humano (incluso uno tan ancho como el suyo), a una altura de trece codos. El problema era que no había forma de alcanzarlo sin una cuerda o herramientas de escalada. La solución estaba, o eso creyó, en la unión que formaba la media columna decorativa que remataba la siguiente esquina. En ese ángulo podía clavar su espada corta, usándola como peldaño para subir hasta la ventana. El problema de ese plan era que implicaba quedarse sin arma, porque después le sería imposible recuperarla.

Bah, se dijo. Ya habría muchas más armas dentro, y alguna lo suficientemente digna de la que apropiarse.

Dicho y hecho, el arma quedó encajada en el ángulo de argamasa con un fuerte empellón, aprovechando el momento en que los centinelas patrullaban por la zona más alejada. Dunn cogió carrerilla y, de un poderoso salto, salió impulsado primero hacia la espada, que soportó su peso, y de ahí hacia atrás y arriba, hasta un punto en que sus dedos encontraron un saliente. Resopló por el esfuerzo, y sus músculos le dolieron por la tensión, pero al cabo de unos segundos ya estaba dentro del edificio.

El hematoma del sol desapareció por completo, tragado por las montañas.

Aquella cara le estaba mirando con intenciones aviesas.

Cuando se tranquilizó y logró racionalizar lo que veía, se dio cuenta de que era una estatua. Si bien una imagen no posee sus propios motivos, no es aviesa ni malintencionada, aquella sí que parecía haber absorbido los sentimientos desagradables de su escultor: una gárgola con cara de dragón y alas de murciélago, que estaba puesta allí, como abandonada, vigilando el pasillo.

Dunn la rebasó con cuidado, acordándose de la advertencia del cuervo: «Hay un lugar, un monasterio bien vigilado y protegido por magias poderosas, en cuyo corazón se esconde esa hoja de desdicha, el acero de Pridd»…

¿A qué se habría referido en concreto cuando dijo lo de magias poderosas? Porque los dones que Exerpes concedía a sus clérigos eran como para tenerles respeto, pero la imaginación de un ladrón podía volar muy alto, y ninguna amenaza conjeturada se quedaba corta.

El silencio era sobrecogedor, como si allí no viviera realmente nadie… o todos hubiesen hecho voto de silencio. Sin embargo, sí que se oía algo de fondo, muy débil. Una voz, tal vez. Dunn siguió avanzando en esa dirección.

El pasillo desembocó en una cámara revestida con cristales iluminados de naranja, tersos y suaves, como si les hubiese crecido un falso vello de melocotón. En el centro de la sala discutían dos personas, la líder del destacamento de caballería (¿cómo la había llamado el pajarraco, Blikka?) y otra mujer. Esta última vestía según los cánones de algún alto cargo eclesiástico, con una expansiva túnica que parecía una vidriera pintada, pero hecha de seda; un tahalí repujado de joyas sobre el hombro en el que dormía una daga; y una melena roja recogida con una lazada llena de diamantes. En comparación, la frugal armadura de Blikka, aunque bien limpia para la ocasión, parecía un insulto al buen gusto.

El ambiente parecía caldeado entre ambas mujeres. La actitud de Blikka era de avergonzada sumisión, como si estuviera al servicio de la clériga y sintiese traerle malas noticias. Dunn se esforzó por entender lo que decían, aunque le costaba. ¡Maldito lenguaje erudito, tan lleno de palabrejas con demasiadas sílabas! ¿Por qué aquella gente no aprendía a hablar normal?

—¡… por eso te advertí que lo de Prognos iba a ser una metedura de pata!, —le gritaba en ese momento la clériga a la guerrera, estirando al máximo su cuello estilizado. Parecía tener más de cincuenta años, pero su pose y su voz eran las de una joven en la flor de la vida—. En menudo lío me has metido. A ver cómo lo arreglo sin asustar más a la liebre de lo que ya está.

—Pero, yo creía… eliminamos la amenaza, ¿no?

—Sí, claro que la eliminaste, ¿pero a qué precio? —La clériga desparramó sus dientes perfectos en una sonrisa de barracuda—. La consigna era no llamar la atención. El alto estáter está demasiado aterrado por los augurios como para que encima esté dirigiendo su atención hacia nuestras actividades. No quiero tenerlo encima como un buitre.

—Lo siento, árzigol Sorshen. Me he extralimitado.

La vieja rio, llevándose una cajita de rape a la nariz.

—Oh, yo no lo llamaría así, de esa manera tan suave. Extralimitarse es condenar equivocadamente a la horca a un campesino, o al destierro a un pequeño terrateniente falsamente acusado. Vosotros arrasasteis esa maldita aldea hasta los cimientos. ¿Es que no quedó nadie con vida para contarlo?

—Comprobé que el mal estaba muy extendido. La plaga roja había convertido el pueblo en un pozo de putrefacción —se excusó Blikka, con asco—. Y no era la misma versión de la plaga que ya habíamos limpiado en otras aldeas. Esta era distinta, más persistente. Más… fea.

Los ojos claros de la árzigol relampaguearon, dilatados por lo que inhalaba. Se sentó en una silla hecha de cristal, pero no un cristal virgen, sino taraceado como una pieza de marquetería.

—Lo sé, he oído hablar de ella —masculló—. Esto confirma mis peores sospechas. Pero ese estúpido de Impéragon jamás se dejará convencer para interrumpir las ceremonias finales. —Luego, tras darle unas cuantas vueltas a un plan de acción, ordenó—: Regresa de inmediato a Velmisia. Quiero que tus hombres estén allí por si se desata el caos con el último ritual, el milagro de la sanación de los enfermos. Ojalá Exerpes me oiga y sepa poner freno a toda esta locura… —Hizo un gesto de protección en el aire, tan complejo que a Dunn no le dio tiempo a seguirlo—. Pero sinceramente, lo dudo. Ya hace muchos años que no me hace el menor caso.

Blikka hizo una genuflexión y dejó la sala, su casco de jinete encajado marcialmente en el regazo.

Dunn se alegró. Si aquello significaba que los jinetes guerreros se iban del templo, su trabajo sería mucho más fácil.

Dejó que se lo tragaran las sombras otra vez, aunque no sin antes echarle una última mirada a la clériga. ¿Fue real lo que creyó ver entonces o solo un truco de la luz? Porque de ser verdad, en el último latido antes de que él desapareciera en la penumbra, la árzigol pareció alzar la vista para mirarlo. Directamente, como si ya supiera que había un intruso en el templo y que les estaba espiando.

Por si acaso, el bárbaro aceleró sus movimientos, buscando por todas partes con gran premura. Si la espada estaba por allí, tendría que ser en un lugar bien custodiado. O quizá estuviera a la vista, si es que realmente la tenían como un botín de guerra. Una alhaja que contemplar de vez en cuando para azuzar los dormidos orgullos.

Sus pasos resonaron veloces y gatunos en la solería.

2

Negro sobre negro, noche sobre noche. Un trapo oscuro frente a un mantel de obsidiana. Y aun así, le localizaron como a una mancha de aceite fluyendo sobre la panza grasienta de las nubes.

El cuervo hizo un quiebro en mitad del viento para esquivar una flecha que le lanzó uno de los centinelas. Las carcajadas de los hombres ulularon en las almenas, apoyados los pies contra los voledizos, engarfiados sus dedos en las plumas de las saetas. Estaban apostando entre ellos, divertidos, a ver quién le acertaba primero al pájaro. Por lo que este creyó entender, había unas pintas de hidromiel en juego.

Furioso, el cuervo descendió de la manera más errática posible, procurando no hacer espirales largas y variando de dirección cada pocos segundos, para que ninguno de los tiradores pudiera predecir su trayectoria. Maldiciendo en lenguas que pocos humanos recordaban, localizó una entrada segura (la boca abierta de una gárgola con cara de pocos amigos) y se lanzó hacia allí en picado. Los últimos segundos fueron aterradores: las flechas dejaron siseos de muerte al atravesar el viento a poquísima distancia de su cola.

Una de ellas incluso le hizo saltar violentamente tres plumas, justo en el instante en que un «¡¡¡Ggrraaaaccckkkkk!!!» subrayó el momento en que el plumífero desapareció tragado por la gárgola.

Arriba, los frustrados tiradores soltaron unas imprecaciones. Les habría gustado guisarse a aquel bicho para la cena.

El cuervo frenó a trompicones dentro del conducto de cerámica, fraccionando una graciosa maldición en otros tantos golpes contra el tubo:

—¡Ay! —Golpe—. Me cago… —Golpe—. En los… —Golpe—. Antepasados… —Golpe—. Egregios… —Golpe—. De vuestro… —Frenada brusca—. ¡Linaje! ¡Ouffff!

Sacudió su cabecita puntiaguda para alejar a esos otros volátiles que daban vueltas en torno a sus ojos. Cuando se hubo librado de ellos, examinó el tubo: era largo y estrecho, pero acababa en un orificio por el que se vertía el agua de lluvia desde otras terrazas. El aire acanalado traía desde algún lugar lejano unos cánticos, una especie de coro.

El cuervo maniobró velozmente a través de ese espacio vacío y se coló, antes de que lo vieran los hambrientos guardias, por el ventanuco de una habitación. Solo entonces respiró tranquilo. Nadie se había percatado de su maniobra.

Otra vez le tocó volverse un pequeño torbellino de imprecaciones y maldiciones, bastante desagradable en su lenguaje, mientras planeaba por los pasillos y se escondía a la menor señal de movimiento detrás de cornisas y artesonados. Le costó bastante tiempo dar con algo tan grande y amenazador que solo pudiese ser el bárbaro, y hasta entonces lo único que pasó por su mente fueron quejas por su mala suerte y excusas peregrinas que poderle dar a su nueva ama. Oh, no, mi señora, fue imposible localizar a ese engreído burlón del vranoi. ¿Ah, que cómo sé que es un engreído? Eh… ¿no todos los vranoi lo son? Ah, que vos pertenecéis a esa raza también. Esto, pues…

No iba a colar. Lo mirase por donde lo mirase, estaba atrapado por un juramento formulaico a la persona que lo había invocado, y no podía escaquearse tan fácilmente. La dama le había ordenado que guiase hasta ella a aquel bruto, y por los dioses que lo iba a intentar, aunque le costara las plumas. Haberse negado sería como ir en contra de su propia existencia.

Se escondió al ver pasar a unas acólitas de bajo rango, mujeres vestidas de sarga gris que parecían barrer el pavimento con sus faldones a medida que caminaban. Tras ellas quedó entreabierta una puerta; parecía un acceso importante, pues estaba esculpida con la forma de un viejo que desmigajaba pan sobre palomas de piedra. Sin pensarlo dos veces, el cuervo se coló como un tornado por ella antes de que la cerraran.

Lo que había al otro lado le hizo exhalar un graznido de la sorpresa.

A la árzigol Sorshen su hogar no le transmitía fealdad. Todo lo contrario, estaba encantada con todas aquellas bóvedas de arista con arranques volados, los huecos de luces y los enmarcados de alfices. Adoraba las ventanas geminadas y conservaba más de un buen recuerdo acontecido al abrigo de sus arcos.

Era cierto que resultaba demasiado barroca para las tendencias que en ese momento imperaban, pero ella sabía que, al fin y al cabo, la finalidad de la arquitectura era sobrevivir a las tendencias, estar ahí eternamente contra viento y marea, y contra todo tipo de opiniones.

La dama se sentó en su tocador y comenzó a deshacerse el peinado. No era una maniobra fácil: mientras sus manos iban y venían entre bucles y tirabuzones, dejó que su mente vagara. Lejos, en otra ala del templo, continuaba celebrándose la ceremonia de investidura de nuevos acólitos. El coro estaba inspirado: entonaba una canción sencilla en clave mayor que podría haber sido confundida con la melodía de una caja de música.

Sorshen recordó la reunión de la Comunión y las conclusiones que habían sacado. Sus consejeros seguían insistiendo en una postura derrotista frente a la plaga roja, pero no se podía esperar otra cosa de unos viejos que seguían ostentando el cargo porque llevaba incluida la desagradable cláusula de «vitalicio».

Odiaba esa palabra. Siempre había pensado que la habilidad que una persona demostraba para desempeñar tal o cual labor era dependiente de la edad, así como de otros factores sociales y mentales. Cuando esos factores variaban, lo más lógico sería sustituir a la persona por otra más apta. En el mundo utópico que ella concebía no había espacio para los regímenes absolutos. Era un

sueño, y Sorshen lo lamentaba… pero a veces, en la soledad de su alcoba, se entretenía pensando en una sociedad donde los títulos no se heredaran siguiendo la problemática vía de la sangre.

Un ruido la alertó. Era un aletear de alas, como si un pájaro grande se hubiese colado por los canalones. Dejó el peine sobre la cómoda. La brisa que entraba por una ventana mecía una cortina, y esta rozaba un jarrón. ¿Sería ese el origen del sonido? No estaba demasiado segura…

Una gran estatua de Exerpes, con sus dos rostros surgiendo de un mismo hemisferio como caras de una moneda, vigilaba una especie de expositor de reliquias. Al cuervo le asustaron aquellas caras, el contraste que había entre ambas, pues la principal tenía el color del mármol y conservaba una expresión serena, hierática, con una especie de afectación solemne y taciturna. Sin embargo, la de atrás, la que estaba girada contra la pared… era un rostro horrible, representado como un humano sin piel, solo con un mapa de músculos que enmarcaba una boca con dientes afilados y unos ojos como carbunclos. Era un rostro perverso, henchido de un hambre insana y caníbal.

El pájaro esquivó un estremecimiento. ¿Era así como percibían aquellos fanáticos a su deidad?, se preguntó. ¿Acaso Exerpes no era una potencia única, como muchos creían, sino una metáfora de la dualidad maniqueísta de la vida, el bien contra el mal? No era un dios, entonces, sino una encrucijada. Una decisión representada bajo signos antropomórficos.

Una decisión que el cuervo esperó que fuera la correcta. Él no conocía esas esferas superiores de dioses y enigmas indescifrables. Provenía de las tierras de la Niebla, más allá de las fronteras del Sueño, donde habitaban los espíritus primordiales… y allí las cosas eran mucho más simples, y más puras. Por norma general no había códigos morales (una invención humana, a fin de cuentas) que se pudieran aplicar a los principios rectores del mundo. Las cosas eran o no eran, y punto. Allí las deidades no establecían por mero capricho los criterios básicos, sino que los heredaban.

El cuervo examinó la sala. Bajo la estatua se alineaban diversos objetos sagrados, algunos metidos en vitrinas, otros directamente a la vista y al alcance de la mano sobre peanas de mármol. Junto a

gavillas de diagramas que parecían contener diseños de máquinas innombrables, descansaban relicarios enmohecidos, monedas acuñadas al revés, cuadros mustios, un curioso puñal de cobre y latón y coronas sucias de antiguos reyes. Parecían objetos cargados de valor sagrado para aquellas gentes.

Sin embargo, había uno que no entraba en ninguna de las dos categorías: se trataba de un arma, una espada ancha de diseño primitivo y filo mellado, con una pezuña de cabra como pomo y tiras de cuero (¿animal o humano?) entrelazadas en el mango. A su lado descansaba la vaina, dos delgadas valvas de cáñamo forradas con piel de cerdo y corzo, con el pelo peinado hacia la punta de la hoja. La espada estaba encerrada tras un cristal y asegurada con argollas de hierro a un poste, como si fuese un animal salvaje que en cualquier momento pudiera despertarse e intentar escapar.

Pero eso no fue lo que más llamó la atención del cuervo, sino un detalle del metal: estaba lleno de pequeñas muescas parecidas a medias lunas, sobre todo allá donde la hoja perdía su rectitud y se combaba en suaves ondulaciones. Era como si la espada se hubiese doblado varias veces, combándose tras violentísimos golpes, y aquellas extrañas muescas (siempre cinco o seis de ellas juntas, agrupadas en semicírculo) hubiesen sido usadas para enderezarla.

¿Pero qué clase de artilugio de herrero podía dejar marcas así?

En ese momento se escuchó un ruido, y el pájaro, alertado por unos pasos que entraban en la sala, salió volando hasta esconderse tras la estatua del dios. Las plumas se le erizaron del miedo, pues el único escondite disponible era la oquedad del cuello, bajo el rostro demoníaco de Exerpes. Pero hizo de tripas corazón y se quedó allí hasta ver quién era el intruso.

Para su sorpresa, fue Dunn quien entró en la sala. Su porte y sus gestos indicaban sigilo, la presunción de que nadie sabía que estaba allí y que así debería seguir. El ladrón se acercó al expositor de reliquias, un rocío de sudor asomando a sus mejillas. Las ignoró todas menos aquella espada deteriorada. En sus ojos se leía la admiración (el sobrecogimiento, quizás) de saber qué era lo que tenía delante y cómo había llegado hasta aquel lugar. El cuervo conocía a Dunn desde hacía muy poco, pero aquella era la primera vez que veía una emoción tan sincera aflorar a sus ojos.

Extendió una mano hacia la vitrina, para forzar los candados y

abrirla… pero entonces se escuchó la voz de la árzigol:

—Espantosamente fea, ¿verdad?

El bárbaro se giró en redondo, dispuesto a enfrentarse a cualquier amenaza. Pero allí no había guardias armados, ni centinelas apuntándole con ballestas de mano. Solo estaba la mujer anciana, envuelta como un sueño en una dalmática blanca y con un birrete azul sobre la frente. Sus ojos de hielo se clavaron sin el menor parpadeo en los del intruso. No parecía tenerle miedo.

—Una vez escuché la historia de esa espada —prosiguió la mujer —. Era un relato horrible plagado de sangre y desgracias. Un caudillo de tu raza la portó en combate, causando grandes estragos tanto a hombres como a espíritus, pues se dice que este filo impío es capaz no solo de hender la carne, sino también la esencia espiritual de las cosas. Mata la vida, pero también mata la muerte, a los espíritus.

Al oír esto, el cuervo tuvo que contenerse para no gritar. ¿Una espada capaz de herir a entidades espirituales? ¿Pero qué loco hechicero había creado semejante aberración?

—También se cuenta que, de tanto usarla para aplastar enemigos —continuó la árzigol—, la hoja terminó doblada varias veces y hubo que enderezarla con los dientes. No había otras herramientas en el fragor de la batalla. —Deslizó un dedo sobre el reflejo en el cristal de las muescas—. Esos que ves son los testimonios de los dientes de Pridd, los mordiscos salvajes con los que puso recta otra vez la hoja para que pudiera seguir matando. Nos dicen muchas cosas, estas marcas… incluso que no era un hombre que se cuidara de mantener sana su boca. —Sonrió—. Probablemente el mal de Verges[11] lo habría desdentado mucho antes de alcanzar la senectud.

El bárbaro juntó las cejas, en expresión interrogativa.

—No eres hombre de muchas palabras, ¿eh?, —dijo la anciana —. Es igual, dicen de mí que tengo verborrea de sobra para suplir a muchas personas. Me llamo Sorshen, la *árzigol* Sorshen —recalcó—. La máxima autoridad en este templo, versada en los misterios de las cuatro fuerzas elementales. Fuego, agua, viento y tierra corren por mis venas. Y tú eres un vulgar ladrón, un exiliado de tu raza que ha venido a llevarse algo que dejó de perteneceros hace mucho. Pues no lo harás, eso te lo prometo.

Dunn permaneció inmóvil, estudiando a la anciana. Incluso él sabía que allí había mucho más de lo que parecía a simple vista. De la mujer emanaban oleadas de fuerza arcana, como si poderosos embrujos la protegiesen. Era como si antes de entrar en la sala hubiera invocado sobre sí decenas de hechizos, intercalados de símbolos de protección y blandas flagelaciones de ensalmos y maleficios. Todo ello podía respirarse como un aura malsana a su alrededor.

Su mano se posó con delicadeza en el hombro del bárbaro, acariciándole la piel.

—Supe que vendrías a mi morada algún día —susurró—. Me lo dijo una voz en un sueño. También me advirtió que serías peligroso, y que vendrías a traer la ruina sobre esta casa. Pero eso no sucederá, pues nos amparamos bajo su égida. —Hizo un gesto indolente hacia la estatua—. ¿Y sabes qué? Tenía curiosidad por verte en persona, por saber cómo eras. En el sueño tenías el aspecto de un toro, grande y negro, poderoso y maloliente. Una fuerza de la naturaleza, un animal hecho para dar embestidas feroces y fecundar a golpe de rabia y bruscas arremetidas. Uhm… —Lo examinó de la frente a los dedos de los pies, tasándolo como a una res que estuviese a punto de comprar—. ¿Pero eres un toro de verdad, bruto, o solo lo pareces?

Los redondos ojillos del cuervo se dilataron al ver el prodigio que estaba teniendo lugar allá abajo, en el solado, pues a cada paso, a cada movimiento felino de su cuerpo, el aspecto de la anciana parecía cambiar. Ora se perdían las arrugas que marchitaban su carne, ora se alisaba su rostro, ora recuperaba su cabellera el rubicundo esplendor de antaño. Ante los atónitos ojos del cuervo, la mujer rejuveneció muchas décadas, convirtiéndose en una moza de apretadas carnes y redondeadas exuberancias que se enroscó como una anaconda en torno a Dunn.

Este la miró con desprecio, pero no la apartó. Parecía estar preso del hechizo de su voz, o quizá simplemente no deseara marcharse. No todavía. Las manos de Sorshen, aterciopeladas como una noche de invierno, recorrieron el mapa de cicatrices de sus pectorales y se detuvieron en las fuertes cordadas de músculos de su cuello.

—Sí, eres sin duda un semental —dictaminó, contenta—. Quieres la espada, ¿verdad? Quieres que alguien te ofrezca una

opción para recuperar el respeto de antaño. Bueno… tal vez yo estaría dispuesta a dejar que te la llevaras, pero por un precio…

Sorshen embutió las haldas de su traje entre las protuberancias de sus muslos, y alzó el pecho como ofreciéndose. Exponiéndose al intruso. Nadie más estaba mirando, salvo el atónito cuervo, o eso parecía a tenor de la quietud, del silencio, de la solemnidad de aquella sala donde estaba teniendo lugar un acto tan profano enfrente mismo de una colección de objetos sagrados. Dunn se convirtió en manos y espaldas, en piernas y lenguas… y le hizo daño cuando tuvo que hacérselo y fue tierno y respetuoso cuando ella se lo pidió. Y cuando al fin entró recto y duro dentro de ella, no pudo evitar lanzarle una mirada cínica a los relicarios. Un destello de desdén religioso que refulgió en sus pupilas y en las gotas de sudor que poco a poco bañaron su cuerpo a medida que los jadeos dejaron paso a los gritos, y los muslos de la sacerdotisa le apretaron más y más y más y más hasta hacerle daño.

El bárbaro la agarró por los pechos, los retorció y los mordió, le dejó marcas que tal vez ni siquiera la magia borraría, y ella pidió más. Sorshen tomó el mando y lo cabalgó como a un corcel en mitad de la doma, se lo llevó a las mesas de mármol y lo obligó a poseerla entre los dorados tesoros de la orden. Chilló, le clavó las uñas en las nalgas hasta hacerlas sangrar, se abrió completamente y le descubrió todos sus tesoros. Él le arrebató algo más que la dignidad (quizá la textura de sus pezones, el sabor de su lengua, la nada mística humedad de sus muslos), y luego se lo devolvió multiplicado por cien. Al final de todo hubo una explosión, una lluvia sacrílega de plata blanca sobre la sacerdotisa y las reliquias… y una marea de silencio. Un tumor de quietud. Una elipsis cortante entre el éxtasis y el arrepentimiento.

Cuando Sorshen se apartó de él era anciana de nuevo, pero en sus labios se leía la misma desafiante satisfacción de minutos antes, cuando el disfraz de la juventud esculpía su cuerpo.

—Me has dado la hiel de tu vida, tu poderío y vitalidad —dijo con una risa malévola, más de bruja que de hechicera. Dunn la contemplaba acostado sobre la mesa de exposición, que ahora parecía un altar de sacrificios—. Te has ofrecido a ti mismo como ofrenda para el holocausto, necio. Ahora entrégame tu hombría, y el ritual estará completo. Dame tu sangre berserker…

La mujer le sujetó el pene con fuerza, resbaladizo como estaba por las capas de semen y de fluidos femeninos que lo bañaban, y trazó un arco rojo con un puñal que también estaba sobre la mesa. Aquel llamativo puñal de cobre y latón que destacaba por su vulgaridad entre tanta riqueza.

El cuervo chilló de dolor, un dolor que sentía en sus propias carnes aunque fuera ajeno.

El puño de la sacerdotisa se alzó con su premio.

LIBRO SEGUNDO

ENTRE BOSQUES DE AFILADO BAMBÚ

Donde un prodigio resulta tener letra pequeña
Una civilización se enfrenta con sus viejos fantasmas
Y un héroe se mezcla con almas y con fuego para
Transmutarse en metal.

Astrundômaangard
(La ciudad planetarium)

1

Como había previsto, la simple visión de Velmisia, la ciudad de los mártires y los santos, la ciudad más prodigiosa del universo, iba a causar una gran conmoción en Yara. Nadie que no estuviera acostumbrado a la presencia imponente de las grandes urbes podía resistir una primera visión de la capital y no quedar patidifuso, simplemente aplastado por su magnificencia.

La ciudad había sido proyectada por el Primer Profeta, el hombre (¿o mujer?, lo cierto era que su sexo no había trascendido a la historia, por lo que solía ser más una convención que un hecho) que presenció los milagros originales de Exerpes y nos entregó sus leyes en silabarios de ónice. Aquel profeta era además astrólogo, y cuando fundó la ciudad, lo hizo respetando las sagradas leyes de la astrología, pues pensaba que así sus habitantes estarían más cerca de comunicarse con los cielos.

Velmisia era una urbe muy grande, la mayor que nadie hubiera conocido hasta nuestra época. Más de quince mil almas apretadas en un espacio circular entre murallas y ríos que formaban anillos concéntricos, con la majestuosa catedral de Exerpes en el centro. Pero lo asombroso no era eso, sino que aquellos ríos eran en realidad canales artificiales construidos siguiendo un patrón astrológico: ocho anillos de agua para las ocho esferas en que se dividía el firmamento, por los que navegaban sin pausa unos palacios flotantes que representaban las casas cabalísticas mayores.

Esos palacios pertenecían a las mejores familias de la ciudad, muchas de las cuales habían colocado en el poder a altos estáteres antes de la llegada de Impéragon. Era una auténtica delicia para los sentidos verlos bogar en ciclos infinitos, arrastrados desde la orilla por ingentes reatas de bueyes. Junto a ellos, las húmedas catacumbas de las moragas, llorando morrenas de serrín y tripas; los

edificios elegantes con revoques de yeso que parecían esculpidos por la mano de un pastelero; las casas de citas donde los más estrafalarios personajes ejercían de cicerones; y la miríada de templos menores y lugares de oración, que no permitían que ninguno de los habitantes de la ciudad olvidase que estaba pisando suelo sagrado.

Nuestros caballos chacolotearon por el empedrado a medida que se aproximaban al gran complejo de la catedral. Aún en construcción (y ya por varias generaciones), este edificio era una pequeña ciudad en sí mismo, pues además del templo agrupaba en un solo conjunto edificios administrativos, cuarteles, residencias de lujo para los clérigos y protegidas bóvedas del tesoro.

Nos dispensaron una cálida bienvenida antes de conducirnos ante el mismísimo alto estáter. Impéragon, nombre que había adquirido en el momento de su envestidura y que ya le había hecho olvidar el antiguo, se encontraba realizando uno de los complejos rituales del Antecomiun[12].

Al entrar en el enorme paraninfo de las estatuas (las mismas que habían llorado sangre antes del inicio de mi misión, dando cuerpo al primer aviso) nos sorprendimos al ver en qué estado se hallaba el estanque de agua sacra: una tupida red de fibras de seda formaba un tapiz que no dejaba ver el líquido. Cientos, quizá miles de insectos lo habían tejido pacientemente durante meses, formando capullos de mariposas muertas sobre una tablazón. Después de hervir los capullos para eliminar los cadáveres, los monjes destinados a tal tarea habían retirado la tablazón para que la fina capa de hilos se mantuviera erguida sobre el estanque. Era como ver un tul blanco de gasa, tendido como una carpa por encima de aquel líquido por el que ahora buceaba un hombre.

Su silueta nadó hasta el centro del estanque. Miró hacia arriba, al tul que tendría que tocar y romper si quería salir sin ahogarse… y dudó. Solo fueron unos instantes, pero pareció que las dudas le carcomían, pues estaba allí, indeciso, sin atreverse a rasgar el tendal de seda. Sin salir a coger aire. Pero tendría que hacerlo quisiera o no, porque ya llevaba mucho tiempo allí abajo, sumergido, y según mis cálculos ni el hombre con mejores pulmones podría regresar a la orilla sin ahogarse.

Me sentí increíblemente honrado al poder asistir a este ritual en

concreto, uno de los más enigmáticos que nos habían legado los profetas. Lo llamábamos… la indramorfosis.

El hombre sumergido reunió el valor suficiente como para buscar el aire que ansiaban sus pulmones. Se impulsó hacia arriba con la cabeza por delante, sin manos que apartaran la seda, sin dedos que la desgarraran. Y así, cambiando un tipo de asfixia por otro, el cuerpo del alto estáter salió caminando del estanque por sus escaleras interiores.

A medida que avanzaba, más y más fibras se iban arremolinando en torno a su cuerpo, hasta que lo enredaron por completo, haciéndole parecer un capullo de mariposa gigante. Larvas de insectos muertos lo vistieron hasta que ni el más mínimo pedazo del cuerpo le quedó a la vista. Solo sus ojos, enmarcados por la henna negra que teñía el resto de la piel, buscaron su paso a través de los pegajosos hilos.

Y se clavaron en mí.

Hinqué una rodilla en el suelo, con lo que el resto de mi séquito (y también mi prisionera) se vio obligado a hacerlo. Todos nos situamos por debajo de la altura de Impéragon, para que este, al vernos, nos juzgara dignos de seguir en su presencia.

—Esta mañana seleccioné nueve versos de los libros sagrados del Antiguo Origen —dijo el alto estáter, rasgando él mismo las largas faldas de hilo animal para acabar de enrollárselas en las piernas—. Todos salvo uno son prescindibles para entender lo que has venido a decirme, Donnegar. ¿Quieres saber cuál es?

—Sí, mi señor.

—De nada sirve dejar tu nombre escrito en las estrellas si nadie que venga detrás de ti puede leerlo. Los mensajes deben ser claros para que trasciendan las generaciones, sin que el declive de las mismas pueda afectarles de otra manera que no sea fortaleciéndolos. Esto es lo que he aprendido hoy, mi querido Donnegar: que más vale un augurio simple y contundente que pueda entender un niño, a mil esquelas que den trabajo a filósofos durante un siglo.

De fondo vibró el sincopado lamento de un kena[13], que informó de la entrada de unas vestales. Sus bellos rostros estaban decorados con tatuajes que se ramificaban como venas. Avanzaron de puntillas con sus pies desnudos hasta el estáter y le aplicaron

unos ungüentos por todo el cuerpo. Yo sabía que su utilidad era la de afianzar la tela a la piel para que el capullo no se le cayera durante al menos una semana. Lo que saldría después de debajo… solo Exerpes lo sabía. Aquel ritual estaba estrechamente ligado con la proximidad del milagro, con su incuestionable inminencia, por lo que no era posible predecir qué efectos tendría sobre Impéragon.

El estáter se apoltronó en un sofá de plumas de avetoro y nos permitió acercarnos. Tiré de los grilletes de Saphantos, que le había puesto a Yara antes de entrar. No la tenían demasiado aturdida, aunque sí lo suficiente como para que no se le ocurriera intentar nada.

—¿Esa mujer es el regalo que me traes?

—Lo es, mi señor. Una bruja vranoi, la última de su tribu. Posee el don de encadenar a los espíritus.

Los ojos de Impéragon se afilaron imperceptiblemente. Sus pupilas brillaban como gemas engastadas en cuero.

—¿Y por qué me la presentas encadenada, Donnegar? ¿No necesita acaso de toda su voluntad para forjar el arma definitiva, la que portaré en la batalla?

—Eh… sí, eminencia. Pero pensé que así sería más dócil. Yara, que así se llama, es fiera como una gata indómita. Quién sabe lo que podría intentar al estar cerca de vos.

El estáter se regodeó en la idea.

—Pero Donnegar… ¡si es nuestra invitada, no nuestra prisionera! ¿Qué podría querer hacerme? Venga, libérala. Es de buen gusto tener modales corteses con los invitados, lo cual es difícil cuando los mantenemos al extremo de una cadena.

—Como deseéis.

Los guardias de la sala, que se mantenían en un discreto segundo plano confundidos con las cariátides de la columnata, percibieron el peligro. No abandonaron sus posiciones, pero clavaron los ojillos nerviosos en Yara cuando aparté de sus muñecas los grilletes de Saphantos, y la bárbara poco a poco fue recobrando el tesón.

Decir que estaba furiosa sería la sombra de un eufemismo. Pero aun así se mantuvo serena. Me lanzó una mirada de odio, para después concentrarse en el hombre cubierto por hilos de insecto.

—Te doy la bienvenida a mi humilde hogar, Yara —dijo Impéragon—. Y te pido que disculpes a mi hombre de confianza por

haberte tratado de esta manera tan ruda. Corren tiempos aciagos, y a veces hasta a los más sabios les cuesta diferenciar aliados de enemigos, ¿no crees?

—Lo que creo es que discrepamos en la idea de lo que es «humilde» —murmuró ella, tasando la amplitud y el barroquismo de la sala.

—¡Ja, ja! Buena respuesta. Sí, es verdad, mis predecesores construyeron un pequeño mundo de fantasía a su medida en el que poder encerrarse. Yo nunca estuve de acuerdo con tanto boato, pues me eduqué en la cultura de la humildad de los clérigos de bajo rango… y de hecho intenté deshacerme de él en cuanto subí al poder. Limpiar estos fríos salones de tanta escoria de mármol y tanta imagen pétrea. —Parecía una fanfarronada, pero me di cuenta de que Yara percibía una amarga sinceridad en la voz del estáter. La franqueza del que antaño luchó por ideales que le vendieron sabiendo que eran una utopía—. Pero el consejo de sabios no me lo permitió. Esas viejas alimañas me sugirieron melifluamente que no lo hiciera. Me explicaron que los lujos y la ostentación tienen una importancia capital en el mantenimiento de una ilusión de fuerza con respecto a nuestros enemigos. Ningún culto rival nos tomaría en serio si viviésemos en cabañas miserables para ejemplificar los ideales de pobreza que tanto alabamos. Y vendrían una y otra vez para intentar aplastarnos. La mejor defensa que tenemos contra los intentos de invasión es mostrar un grado de riqueza sin igual, para que parezca que también nos sobra el dinero para contratar ejércitos.

Yara parpadeó, aturdida por el directo de franqueza de nuestro líder. No se esperaba ni remotamente algo así. Durante todo el viaje, y desde que le dije que iba a presentarla al cabecilla de la fe en persona, se lo había imaginado como alguien con una arrogancia tan grande que elevaría barreras físicas, reales, a su alrededor. El típico engreído con ínfulas de semidiós que ni siquiera viviría en el mundo real, sino en uno figurado a la medida de sus necesidades (¿acaso había algún gurú en el mundo que no se comportara así, aunque no se hubiese conseguido una feligresía de devotos?).

Y sin embargo, el estáter la había desarmado nada más llegar con una visión tremendamente amarga y realista de la religión, de los juegos de poder de la curia, de las verdades que otros se

empeñaban en disfrazar de mentiras.

—Sin embargo, los enemigos siguen estando ahí, aunque no los podamos ver —continuó Impéragon—. Están por todas partes, incluso dentro de las fronteras del mesianado, esperando que llegue su momento para golpear allá donde más nos duele. En los cimientos de nuestra fe, en las pruebas que tenemos de que todos estos sacrificios, todas estas pantomimas, no han sido en balde. Ahora que nuestro dios nos ha avisado de que va a obrar un prodigio, la necesidad de protegernos es mayor que nunca. Dos avisos quedan, y después un milagro como jamás se ha contemplado en el mundo. Es motivo suficiente, como comprenderás, para recelar de todas esas amenazas que existen por ahí fuera.

—Hace tiempo que a los izghar del Oeste no los mueven vientos de guerra —dijo Yara—. Vuestro pueblo, con *ayuda* del mío —subrayó esa palabra— les causó una derrota tan aplastante que ni siquiera han tenido tiempo de procrear de nuevo.

—Los vigilantes fronterizos no opinan lo mismo. Los bárbaros se remueven inquietos en las profundidades de las tierras marchitas. Saben que algo importante va a ocurrir, lo intuyen desde hace tiempo… y es de esperar que intenten algo a la desesperada antes de la siguiente calenda. Las estaciones se mueven deprisa, y los calores y fríos que afectan a los animales también. ¡Pero no solo tengo el ojo puesto en ellos!, —rio—. El mundo está lleno de enemigos, solo hay que saber dónde mirar. Hay docenas de sectas, algunas escindidas incluso del cuerpo canónico de Exerpes, que ansían nuestra ruina. Cualquiera de ellas podría estar conspirando para asesinarme. Por eso necesito protegerme.

Yara torció el gesto.

—Y ahí es donde queréis que entre yo, a pesar de que me habéis secuestrado.

—Sí, lamentablemente nuestros métodos han tenido que ser un poco… expeditivos. —El estáter me lanzó una mirad de reproche—. Justificados por la premura, creo. Donnegar dice que sois la última bruja vranoi. ¿Es cierto?

—No. Hay otras, pero jamás las encontraríais a tiempo. No si queréis que vuestra herejía se cometa antes de la próxima calenda.

—Eso suponía… —barruntó, ignorando el insulto que ella había deslizado—. Bien, deseo que te pongas a trabajar de inmediato.

Serás mi invitada personal a partir de ahora, no una prisionera. Como tal, gozarás de una serie de privilegios y de una libertad relativa. Muévete por la catedral todo lo que quieras, desplázate a tu gusto; ninguna puerta te será vedada. Así podrás empaparte de la gloria de Exerpes que aquí se respira.

—¿Y si me niego? Lo que me estáis pidiendo, vuestro perro lo sabe bien —dijo, y me miró de soslayo— es un crimen para los de mi condición.

La momia de hilo de insecto se puso en pie. Su estatura seguía siendo menor que la de Yara, aunque su aspecto aterrador e irreal lo compensaba. Hasta yo me pregunté si sus padrinos en la ceremonia de investidura habrían elegido ese nombre para él, Impéragon, presintiendo la fuerza de carácter que alguna vez tendría, o si él mismo la habría desarrollado para estar a la altura de su nombre.

—Lo harás si no quieres que tome severas represalias sobre tu pueblo —dijo Impéragon, muy serio—. El destino del mesianado está en juego, y no toleraré el menor ápice de desobediencia por parte de mis súbditos. Incluso de aquellos a los que les cuesta admitir que lo son.

—Sobreestimáis el apego que le tengo a «mi pueblo»…

El estáter zanjó la conversación con un gesto.

—¡Llévatela! Donnegar, te encargo su custodia. Hazla entrar en razón y que se ponga a trabajar de inmediato. No tenemos tiempo que perder. Necesito un arma digna de mi porte para el momento en que se obre el milagro.

Mi frente estuvo a punto de dejar una impronta de sudor en el suelo, de lo profunda que fue mi genuflexión.

Saqué de allí a la insolente bárbara y la escolté en persona hasta que cruzamos la Puerta de los Tilos, que conducía a las residencias para clérigos e invitados. Nos detuvimos junto a un ventanal desde el que se disfrutaba una amplia vista de la ciudad, mientras los edecanes le buscaban alojamiento a Yara.

Me apoyé en el alféizar del ventanal. A lo lejos, las sombras de los palacios flotantes caían rectas sobre el contorno de los canales. Las aguas parecían calmadas, aunque el viento soplaba efímeros diseños sin significado en su superficie.

—Te empeñas en seguir con tu insolencia hasta el final, pero

acabarás colaborando —le advertí—. Sé escrutar las emociones en la gente, y por mucho que lo niegues, noto que estás preocupada por lo que dijo Impéragon. Tu pueblo te importa, por muchas cosas horribles que te hayan hecho.

Yara supo mofarse de eso con una sola mueca.

—Me subestimáis. Todos. Subestimáis lo que me hicieron.

—El estáter sabe que puede emplear la magia para subyugar tu voluntad, no en vano es el elegido de Exerpes. Pero te ha concedido la gracia de dejar que elijas por ti misma, una dádiva que no es habitual. Fabricarás un arma para él como nunca se ha visto antes, usando como materia prima el martillo de piedra que ese bruto que nos perseguía robó de tu aldea —le ordené—. A él encadenarás un espíritu, lo doblegarás y le darás forma. Harás que nuestro líder sea invencible, y con ello garantizarás la paz y la seguridad para tu propia tribu.

—Te odio. —Lo dijo en un tono sorprendentemente despreocupado—. Tu capacidad de mancillar incluso lo que está más allá de tu alcance me fascina, acrol.

—Gracias, es un cumplido. Ahora ponte a trabajar. A pesar de lo que dijo el estáter sobre tu «libertad», te pondré una escolta que te mantendrá vigilada y te guiará cuando estés lista a la fragua. Allí darás rienda suelta a tu arte.

—Sigues sin creerme cuando te digo que mientras más uséis los dones de vuestro dios para la guerra, más los estaréis corrompiendo, inclinando su balanza hacia el lado de la oscuridad. Por fortuna, ahora que estamos aquí, en el epicentro de vuestra fe, me será más fácil demostrártelo.

—¿Sí?, —dije con sorna—. ¿Y cómo?

Yara se apoyó en el balcón, mirando hacia fuera. A la urbe. Una amplia panorámica nos permitía distinguir casi la totalidad de sus barrios, desde los más prósperos a los más deprimidos (de cuyo número, muy pequeño, nos sentíamos especialmente orgullosos; que la inmensa mayoría de los habitantes de Velmisia pertenecieran a una acomodada burguesía, huyendo de los extremos de pobres y ricos, era un triunfo de nuestro modelo).

Recorrió con la vista las cuatro esquinas de la ciudad, lugares donde hasta la influencia foránea de los peregrinos había acabado por convertir en vernácula su arquitectura. Yo no sabía qué estaba

haciendo, pero lo intentaba con tanto ímpetu, con tanta concentración, que la dejé llegar hasta el final solo para ver qué conclusión sacaba.

—¡Allí! —Señaló uno de los barrios pobres, pegado a la muralla de poniente. Unos pájaros trazaban círculos sobre esas calles, sobrevolándolas con una danza errática. Parecían carroñeros que practicaran quiebros y picados sin propósito alguno, más que el de sostenerse en una misma corriente de aire—. Está sucediendo ahora mismo. ¡Si te das prisa lo verás con tus propios ojos!

—¿El qué?

—La prueba de que tengo razón sobre que vuestra preciosa magia se está pervirtiendo.

No quiso decir más. Ni falta que hizo, porque los edecanes y los guardias acudieron para llevársela a sus aposentos. Sin embargo, yo me quedé con un malestar incómodo e ilocalizable en el bajo vientre. Como si sus palabras (que sabía bien que eran mentira) me hubiesen dejado un poso de duda que no podía ignorar.

¿Y si estaba en lo cierto, y algo estaba pasando allá abajo, en los barrios pobres? ¿Y si eso que ocurría era algo que las autoridades querían ocultar durante la mayor cantidad de tiempo posible, para no manchar la imagen de nuestra fe ahora que estaba en su momento de mayor gloria?

No, era imposible. Impensable. Inconcebible. In…

Echándome el sayo al hombro, salí del palacio y me encaminé en aquella dirección. Si Yara se había burlado de mí, al menos tendría pruebas para luego castigarla a gusto.

El poso de inquietud, por desgracia, no desapareció en ningún momento.

2

Los guardias (se sorprendió al ver que uno de ellos, posiblemente su jefe, era nada menos que el sobrino de Donnegar, Eivas) condujeron a Yara hasta unos aposentos que parecían pintados en telas, pues estas colgaban de las paredes y el techo como si el mismo aire estuviese hecho de seda.

Dentro había cinco vestales que Yara intuyó que estaban a su

servicio. Los hombres armados se quedaron fuera, cerrando a cal y canto la puerta, dejándola abandonada con las chicas sin nada más en común que el mutuo azoramiento. Eran cándidas jovencitas que hacían de la hermosura un arte, y que parecían vivir en el lado del mundo que no tenía nada que ver con lo que había más allá de la puerta: la insidiosa presunción de planes secretos, de astutas maniobras amparadas en una paciencia letal, y de traiciones en la oscuridad.

Allí dentro reinaba la luz, y la belleza, y Yara pronto se sintió embriagada por todo ello. ¿O eran acaso los inciensos que dibujaban ideogramas de humo afrutado, que tenían algo adictivo?

Para su sorpresa, las chicas le pidieron que no hiciera nada, sino que se limitara a estarse quieta, de pie, lo más inmóvil que pudiera. Luego la despojaron de todas sus vestiduras, sucias por el polvo de los caminos. Por unos minutos, en lo que le preparaban una tinaja con agua y unos braseros, Yara permaneció completamente desnuda ante ellas. No le importaba lo más mínimo, era vranoi, pero se sintió intrigada por la situación.

Las jovencitas tomaron esponjas suaves como canciones de copos de algodón, las empaparon en una mixtura de aceites, y empezaron a lavar metódica y dulcemente el cuerpo de Yara. No se dejaron nada atrás, ni sus axilas (que depilaron con finos cuchillos de hoja curva), ni su vello púbico, que también redujeron a la mínima expresión. Cuando Yara les preguntó por qué hacían eso, le dieron una peregrina excusa a propósito de unas enfermedades venéreas. Ella jamás había sufrido tales dolencias, ni ninguna vranoi que conociera, pero las dejó hacer pacientemente. Incluso tuvo que contener una risita cuando las chicas le perfumaron sus partes con alcanfor y esencia de rosas. Seguro que las damas de alta cuna de aquella ciudad se alcanforaban hasta el recto, para endulzar sus flatulencias.

El baño, eso sí, tuvo el mismo efecto que un pequeño milagro. Cuando su cuerpo se deslizó por la curva de bronce de la tinaja, y el agua cálida y humeante de esencias la cubrió hasta la línea de los pezones, fue como entrar en otro mundo. Como sumergirse de nuevo en la placenta y en los líquidos divinos de la madre. Yara dejó escapar un gemido de placer y se quedó placidamente dormida, mientras las chicas le arreglaban las manos y le peinaban

su ensortijada cabellera durante horas y horas y horas…

Cuando despertó, no solo parecía otra persona, sino que se *sentía* otra persona.

Ya estaba otra vez vestida, con una túnica semitransparente de henequén que se mantenía siempre en el atrevido reino de la insinuación, pero sin llegar a mostrar nada. No llevaba prendas debajo, por lo que sus pechos colgaban libres y se balanceaban al moverse, igual que los de las jóvenes vestales. También olía distinto, sin el sustrato animal que la anclaba a la tierra, pero tampoco de manera tan artificial que le resultara desagradable. Más allá de la ventana, el cielo empezaba a clarear con una alborada inminente.

«Vaya, así que esto es a lo que llaman refinamiento», pensó con una mueca. «Creo que podría llegar a acostumbrarme, aunque parezca una marioneta pintarrajeada de hollín [14] …».

Se miró al espejo. Por los espíritus, ¿qué habían hecho con su pelo? Desde luego, alguna de aquellas pobres chicas se había dejado literalmente los dedos desenmarañando aquel caos y convirtiéndolo, haz por haz de cabello, bucle rebelde a bucle rebelde, en algo fácil de peinar y de retorcer en aquellas trenzas tan hermosas. Yara se sintió… perpleja, ante su propia belleza. Nunca se había visto así, ni sabía que tenía ese potencial.

Sacudió la cabeza, enfadada. No, no iba a dejarse engatusar por el boato ni las apariencias de la civilización. Sabía que subyaciendo a aquel lujo había estratos podridos. Y además, por mucho que la trataran bien, era una prisionera. Jamás se sentiría a gusto, ni aunque la tratasen como a una princesa, pues solo conseguiría ser la esclava más feliz del gineceo.

Ni todo el lujo del mundo valía el precio de su libertad.

Dentro de poco la bajarían a las fraguas, para que mancillara con sus propias manos el antiguo tesoro de su tribu, el Martillo de los Osarios de Piedra. Si había que creer las palabras de Donnegar, Dunn lo había robado para usarlo como arma, eso estaba claro, pues era de los pocos objetos mágicos que poseía el pueblo vranoi (por no decir el único, pues desde que desapareció la espada de Pridd, *Insaciable*, tras su último combate, a los vranoi apenas les quedaban reliquias).

Lo que los sicarios de Exerpes no sabían era que aquel martillo ya estaba encantado; ya tenía un espíritu dentro, aunque jamás obedecería a nadie que no tuviera sangre pura corriendo por sus venas. Y lo malo de las reliquias era que no se podían desencantar sin destruirlas. ¿Aceptaría el orgulloso Impéragon esa realidad, o montaría en cólera al enterarse?

Si supiera al menos lo cerca o lo lejos que estaba Dunn… Aunque no viniera a rescatarla, sino a asegurarse de que estaba muerta. O aunque viniera a llevársela para matarla él mismo, le daba igual. Necesitaba confiar en que había un elemento, un factor impredecible y externo a todo aquel caos, que irrumpiría en el momento menos pensado para hacer polvo los planes de Impéragon.

Lo decidió. Ya no podía dejarlo pasar más tiempo. Necesitaba invocar al cuervo para que le contara cosas. «Sé mis ojos y oídos», le había ordenado. Ya iba siendo hora de que cumpliese con su obligación y le refiriese paso a paso cómo había sido la odisea de Dunn, y en qué punto se encontraba en aquellos momentos.

—Ven —susurró.

Un carillón de campanas entonó un himno belicoso desde el bosque de torres de la catedral, como si el propio Exerpes se hubiera sentido ofendido por la llamada a aquellas magias espirituales en su propia casa.

Först Ebendumm / Gaisst
(Cuatro elementos / Fantasma)

1

El dolor fue el bálsamo que le aisló de todo aquello.

Dunn estaba tumbado contra la mesa de las reliquias, mirando estúpidamente el charco de sangre que convertía en una mancha negra su entrepierna. Junto a él, a no se sabe cuántas leguas de distancia, una anciana de pie se reía de su trofeo, un trozo de carne goteante que sostenía en sus manos.

Era su pene, su virilidad. Se lo había extirpado cuando estaba aún caliente, dolorido por el ímpetu con que había invadido inmisericorde el monte de la sacerdotisa. Ardiendo todavía con los latidos de esa frenética comunión, el miembro temblaba como un gusano entre los dedos de Sorshen.

—*¡Gasht sibblava!* —gritó ella en la antigua lengua de la magia, alzando el premio a los cielos como una evidencia—.
¡Sy'b
jakhiajuu dlorray esfigynfa!
¡Seddhy'h!

Se escucharon pasos apresurados por el corredor, botas llenas de urgencia más que de pies que se acercaban a ver qué había pasado. Guardias, lanzas, escudos, dolor y muerte. Todo eso se acercaba por aquel pasillo a toda velocidad. El bárbaro estaba tardando en reaccionar ante todo ello, como si estuviese conmocionado… así que el cuervo se arrojó de cabeza desde su escondite, dispuesto a espabilarlo. No sabía cómo podría hacerlo, ni siquiera si era posible (el dolor de la castración pronto lo sumiría en una especie de ahogo tumescente, un trance destinado a alejarlo de la realidad mientras su cuerpo hacía lo posible por cerrar la herida).

No había garantías de que funcionara, pero lo iba a intentar.

El pájaro convirtió su vuelo en un graznido amenazador lleno de

picos y garras, odio y heridas. Cayó sobre la sacerdotisa, picoteándole ferozmente los dedos, y entre gritos de dolor logró arrancarle su premio. El pene de Dunn estuvo durante unos segundos colgando de su pico, en lo que remontaba el vuelo y lo arrojaba al exterior de la sala por el mismo tragaluz por el que él había entrado.

Sorshen ladró de rabia, vocalizando el comienzo de un hechizo que habría sido mortal para el cuervo. Pero no llegó a completar la frase.

Otro cuerpo, más grande, se le echó encima propinándole un fuerte empujón. La árzigol rodó por el suelo hasta la esquina, justo al lado de la puerta por donde estaban a punto de entrar sus hombres. Aturdida pero capaz de actuar, pudo ver cómo el bárbaro rompía la vitrina que guardaba la espada, la arrancaba literalmente de su prisión de argollas y huía como la enfebrecida víctima de un ciclón.

—¡Id tras él, no dejéis que escape!, —les gritó a los guardias—. ¡Me ha violado! ¡Traedme su cabeza!

Dunn apenas oía los bramidos de los hombres, que se impartían órdenes unos a otros como si no hubiese cadena de mando, solo sentido común. El dolor de su entrepierna, evidencia de su castración, crecía como un fuego alimentado por hierba seca. La sacerdotisa le había amputado el miembro de un solo tajo, preciso y competente; el tajo de alguien acostumbrado a realizar sacrificios en altares de sangre. Aún le dolía, y lo sentía como si todavía estuviese allí, pero el lacerante dolor le confirmaba que ya no había nada colgando sobre sus testículos, solo un tocón de árbol.

Entonces sintió aquel peso familiar en la mano, el contacto apaciguador de una espada. El metal que sería su mejor amigo. Y se sintió mejor.

Un borrón negro pasó volando a poca distancia de su frente.

—¡Ggrraaacckk!, —le chilló el borrón—. ¡Vamos, idiota, no te quedes ahí! ¡Espabila, que vienen a por tu cabeza!

El mundo adquirió detalles precisos en la vecindad del bárbaro, y solo ahí. Las perspectivas lejanas estaban vacías de contenido, reducidas a geometrías básicas. Podía caminar por ellas como a través de un sueño burlón y escurridizo, pero al poco de pisarlas se desvanecían. Era como tambalearse al límite de un océano de

arenas movedizas.

Vio unos bultos que cargaban contra él y supo que no auguraban nada bueno. Cuando entraron en la burbuja de estabilidad de su visión, tomaron la forma de unos clérigos armados hasta los dientes, con intenciones ciertamente aviesas. Ya se lo había advertido el pajarraco. Él solo reaccionó.

Uno de los manguales que portaban los enemigos salió disparado y repiqueteó contra el suelo. Un plano gris acero había partido en dos aquel ensueño, cercenando de paso la mano del clérigo. Ese plano era el filo de la espada de Pridd, *Insaciable*, que había empezado por su cuenta y riesgo a dispensar muerte.

Dunn dejó atrás las dudas y se dejó llevar por lo más precioso que tenía en aquel momento: su odio. El impulso ciego de la furia le hizo arrojarse como una jabalina contra el muro de escudos de los clérigos, tumbándolos por pura inercia. Sus brazos, aferrando la pezuña de cabra del mango, volteaban la espada sobre su cabeza para que ganara impulso y se estrellara contra la piel de hierro de los guardias. Daba la impresión de que solo un hachazo podría hacer una muesca en su compacta musculatura.

Las cotas de malla que asomaban por debajo de los sobrevestes se partieron; no podían resistir una acometida de tal magnitud. Los hombres retrocedieron, alejándose de la muerte que los llamaba desde aquellos ojos enloquecidos… pero la muerte no les dejó escapar. Dunn los persiguió, acorralándolos contra el fondo del pasillo.

Recitando una poesía hecha de movimientos y golpes, de tajaduras y cortes (una endecha para su propia sed de sangre), los convirtió en despieces vacunos.

—¿Ya has terminado de divertirte? ¿Te gusta considerarte mejor poeta que guerrero?, —graznó el cuervo, con muchísima prisa—. ¡Venga, medio hombre, que aún tienes que escapar del templo! ¡No te distraigas con pasatiempos!

El bárbaro dejó atrás la montaña de cadáveres despiezados y siguió al plumífero, que lo llevó por pasillos y habitaciones hasta el gran salón de ceremonias, al que accedieron a través de una balconada. Era una sala tallada enteramente en mármol noble, con tragaluces encastrados en una cúpula, desde los cuales se conflagraban haces de luz del día como estelas invertidas de barcos.

Esas estelas caían sobre un estanque de agua pura, donde cabían varias personas para hacer ritos de afusión [15].

Saltando por encima de la balconada, Dunn cayó junto al estanque. Desde esa posición, la perspectiva rellenaba de profundidad unos caracteres inscritos en la pared, haciéndolos visibles. Decían así:

> Allá donde el Tiempo teje sus juramentos
> Ante la dallada prole y el eterno enramado
> Los prodigios sucederán a los augurios
> Los sabios suplantarán a los necios
> El fiel perderá su equilibrio
> Y una de las caras se arrastrará para nacer a la quebrada.

Nada más terminar de leerlo, Dunn oyó una risa malévola.

—¡Basta ya de correr!, —gritó la árzigol, consiguiendo que todo se paralizase tras su orden. Estaba asomada al balcón que daba a la sala, con varios escoltas a su diestra. Miró al bárbaro con absoluto menosprecio—. Hasta aquí llega tu saga personal, ladrón. Te atreviste a desafiarnos nada menos que a nosotros, a los elegidos de Exerpes. Ya me has entregado tu hombría a cambio. Ahora me entregarás tu vida.

Fue solo cuestión de alzar una mano. No hubo sortilegios formulaicos ni gestos ni ningún otro vehículo de manifestación de la magia. Solo su voluntad, pura y simple.

Dunn se puso en posición de espera, con las piernas abiertas y ligeramente flexionadas, la espada agarrada con ambas manos en perfecta vertical junto a su cabeza. Cualquier cosa podía suceder, y eso era lo malo: que cuando se jugaba con los embrujos el mundo se volvía letalmente impredecible.

Hubo un murmullo en el agua del estanque, a su espalda. Ondas concéntricas, procedentes de diminutos torbellinos, se juntaron en un solo vórtice más grande que la suma de sus partes.

El bárbaro sintió, más que escuchó, un murmullo cercano. Provenía de algún lugar junto a su oreja, pero era tan sutil que más parecía una vibración que un sonido. Le entraba por los dedos más que por los oídos.

Miró a la espada. Era ella, que se relamía de gusto por el placer de la batalla. Demasiado tiempo presa de la inactividad, demasiados

años pasando hambre y sed en aquella vitrina. Necesitaba una dosis de sangre urgente para paliar su inanición.

Dunn sonrió. Aquel metal había sido fabricado por y para su pueblo, no cabía la menor duda.

—Los cuatro elementos naturales corren por mis venas —rio la árzigol, mientras su propio cuerpo empezaba a metamorfosearse. Pero en esta ocasión no se estaba vistiendo con las falaces sedas de la juventud, sino con algo infinitamente más peligroso. Algo que hizo que las cejas de Dunn se arquearan del asombro—. Dicen que tu pueblo cuenta también con buenos elementalistas en su folclore, vranoi… Vamos a ver si son rivales para el poder de Exerpes.

El bárbaro no tuvo tiempo de contemplar el final de la transformación, porque a la orden del segundo brazo de Sorshen, que se elevó imperioso… una cosa enorme se alzó desde las profundidades acuáticas del estanque. En realidad no surgió de ellas, porque aquella cosa *era* ellas.

Un largo tentáculo de agua cobró forma en largas y giratorias espirales, alzándose hasta besar el techo del salón. Era una serpiente marina pero no hecha de carne, sino de agua, lo cual pudo atestiguar la cabeza cónica y arabesqueada de espuma que la remataba.

Esa cabeza sin ojos, adornada con crestas espumosas que parecían garfios, contempló un segundo al bárbaro (con ese fanfarrón aire de superioridad que siempre tienen los prodigios) antes de arrojarse sin miramientos sobre él.

Arriba, posada en uno de los nervios de piedra que sostenían la cúpula, la silueta del cuervo tembló de miedo.

El bárbaro solo se permitió una fracción de segundo para asustarse. Luego tuvo que saltar para salvar la vida. El tentáculo se estrelló contra las baldosas, astillándolas y levantando algunas por los aires. Una grieta corrió como un relámpago hasta la propia pared de mármol del estanque y la fisuró. La criatura estalló literalmente en una densa nube de burbujas, para recomponerse a continuación. Tres cabezas de agua reunieron en sí mismas todas las partículas, se entrelazaron y fundieron la una con la otra y volvieron a formar el tentáculo original.

La risa de Sorshen, deformada por un timbre no humano, reverberó en los encofrados.

—¡Ja, ja! ¡Corre, medio hombre, corre para salvar la vida! Aunque no creo que te sirva de nada…

La sacerdotisa le salió al paso al bárbaro, y este pudo contemplar en toda su horrorosa magnitud lo profundo que había sido el cambio: si bien Sorshen había invocado a las aguas para que animaran aquella monstruosidad, para sí misma reservó otro elemento natural, uno que no podía ser más opuesto.

El fuego.

La árzigol se había transmutado en una especie de elemental ígneo con forma humana, en el que aún se adivinaban los rasgos más sobresalientes de su cara (aquella nariz ganchuda, por ejemplo, o el perfil sesgado de los ojos). Todo lo demás eran bloques de piedra ardiente, viscosa y heterogénea como materia derretida, que hacía fluir arroyos encendidos hasta sus pies. Ni siquiera tenía que acercarse a los objetos para hacerlos arder, pues el aura de calor que emanaba de ella ya prendía en llamas las telas y otros materiales blandos.

Al caminar hacia Dunn iba dejando manchas negruzcas en las baldosas. El elemental de agua la esquivaba conscientemente, a sabiendas de que no debía tocar a quien lo había creado.

El bárbaro corrió hacia la única salida visible, una puerta grande de contorno hexagonal, pero al chocar contra ella rebotó como un guiñapo. Estaba cerrada desde fuera y era dura como la piedra. Por allí no iba a poder escapar.

La serpiente de agua fluyó, más que avanzó, abriéndose en dos riachuelos para esquivar a la árzigol. Pasó alrededor de ella sin tocarla, mientras Sorshen caminaba con parsimonia, y se unió en un único tentáculo que amenazó de nuevo al bárbaro. Este golpeó con su espada, acertando al elemental con una explosión de gotitas… y con un efecto sorprendente: el tentáculo *sintió* el golpe, retorciéndose de dolor.

Eso detuvo por un momento a la árzigol, que miró hacia él, anonadada. Entonces recordó las propiedades mágicas de aquella espada, capaz de herir lo sobrenatural además de lo físico, y su nivel de preocupación subió. Podría ser que el combate estuviera un poquito más igualado de lo que estimó en un principio.

Aun así, no pensaba darle cuartel.

Dunn observó a sus dos enemigos, cómo giraban a su alrededor

intentando cortarle cualquier salida. El miedo reptó y se enroscó en su interior, pero trató de ignorarlo. No había tiempo para temer, solo para sobrevivir. Él también se había dado cuenta de la reacción de la bestia ante el contacto con su nueva espada, aunque se temió que harían falta muchísimos tajos para derrotar a semejante monstruo, tal era su enorme volumen (y la total ausencia de puntos vitales que golpear). Y no tenía ni las fuerzas ni el tiempo para eso. Su propia sangre seguía manando a chorros piernas abajo. Tenía que dar con una solución alternativa, y *ya*.

La serpiente se encumbró sobre él, descargando golpes y creando seudópodos de agua con los que flagelarle. Sorshen se unió a la refriega, intentando golpear con sus manos ardientes al bárbaro. Los tres se convirtieron en vértices de una lucha coreográfica: Dunn y elemental y sacerdotisa entregándose a un baile estudiado, tan instintivo como marcial, donde esperar el momento oportuno y guardar las distancias era tan importante como asestarle un golpe mortal al enemigo.

El cuervo lo contemplaba todo desde las alturas, impotente: veía a su amigo (por llamarlo de alguna manera) en inferioridad de condiciones, mientras sus atacantes lo agobiaban más y más. La agilidad de piernas del bárbaro y su increíble capacidad para esquivar golpes lo habían salvado hasta ahora, pero bastaría con que cometiera un error, uno solo, para que esa danza se viniera abajo.

Entonces, el cuervo se fijó en algo muy raro: había agua en la cara de Dunn, pero no procedía del cuerpo de la serpiente. Aquel líquido tenía una tonalidad distinta, y una fluidez más lenta.

Eran lágrimas.

Eso lo desconcertó. ¿Acaso había visto alguien llorar a un vranoi alguna vez en la historia? ¿Podría ser que la inminencia de la muerte fuese demasiado, incluso para una máquina de guerra como él? ¿O quizá… quizá fuera otra cosa, algo más retorcido?

El cuervo usó su habilidad de mirar lejos, a través de los campos del destino y de la magia, y lo entendió. Si su pico le hubiese permitido imitar aquel curioso rasgo expresivo humano, la sonrisa, la habría empleado. Porque se dio cuenta de que Dunn sabía que estaba lejos de su casa, a punto de fenecer en un duelo con todas las posibilidades en contra, ante enemigos que le superaban

ampliamente en poder y maldad, y que jamás volvería a ver a la poca familia que le quedara en su isla ni a sus amigos. Moriría de una forma horrible y sería escupido, más que escoltado, a las moradas inclementes de sus dioses.

El bárbaro estaba llorando de felicidad.

En ese momento, Dunn vio la abertura: una leve tendencia en Sorshen a dejar que la inercia arrastrara más de lo normal su brazo tras cada golpe. Tal vez no estuviera acostumbrada al peso de su nuevo cuerpo, y le costara recoger hacia dentro sus brazos una vez los proyectaba. Pero fuera lo que fuese, era una oportunidad.

La dejó acercarse más de lo que resultaba prudente, haciéndose el despistado. La serpiente ensayaba golpes de barrido con el lateral de su cuerpo, que Dunn tenía que esquivar o bien saltando, o bien taladrando un paso a su través con el filo de *Insaciable*. Dándole la espalda a la sacerdotisa, le hizo creer que no la consideraba una amenaza tan formidable como el monstruo, por lo que podía dejarla de lado.

Sorshen mordió el anzuelo.

Convencida de que aquel iba a ser el fin, renovó su ataque tanteando un único golpe brutal contra la espalda del bárbaro. Concentró los puños en una sola masa ígnea de lava derretida, la alzó, y la descargó con todas sus fuerzas sobre Dunn.

Pero resultó que este ya no estaba allí.

El bárbaro acopló un giro a una esquiva, agachándose por debajo de los brazos de Sorshen al mismo tiempo que rotaba sobre sus pies y echaba el codo hacia atrás. Esto hizo que la embestida de la mujer pasara por encima de su cabeza, sin tocarlo, mientras él le encajaba un golpe justo en la barbilla. Dunn gritó de dolor antes de oler la carne quemada de su brazo, pero consiguió lo que quería: desestabilizar a la árzigol, que empezó a caer hacia su costado como una estatua separada de la peana.

Un tintineo cambió radicalmente la orientación del combate: el que produjo la espada de Dunn al caer al suelo. No la había perdido; la había desechado, porque necesitaba ambas manos libres para hacer lo siguiente.

Sabía que le iba a doler, y mucho, pero aun así lo intentó. Con un grito de ira, cogió a la árzigol desde abajo y la levantó en peso. El burbujeo de la carne de sus manos al asarse no hizo sino

infundirle aún más determinación: caminó unos pasos con la chillona de Sorshen sostenida en peso, con partes de su cuerpo derramándose en gotas flamígeras sobre su cabeza y hombros…

… Y la lanzó al estanque, a la fuente misma de donde salía el cuerpo de la sierpe.

Lo siguiente fue un volcán encontrándose de pronto con la fuerza apaciguadora del mar. Sorshen volvió a chillar, esta vez de dolor extremo, cuando su cuerpo de llamas intentó sobreponerse a la fuerza de marea del monstruo que ella misma había creado. Por desgracia para ambos, los dos poderes estaban muy igualados; tenían un mismo origen y una misma intensidad… y lo único que consiguieron fue anularse el uno al otro.

La serpiente se retorció de dolor intentando mantenerse fría y húmeda, mientras las explosiones de gas hirviente la despedazaban desde su misma base y convertían el cuerpo de Sorshen en un montón de rocas muertas.

Fuego contra agua, ninguno ganó. El que venció fue el aire. Una nube de vapor marcó la tumba de la árzigol y de su criatura, llenando el volumen de la sala e impidiendo que los guardias (que seguían observándolo todo desde la balconada) supiesen lo que ocurría durante unos largos minutos.

Cuando el vapor de agua al fin se disipó, y los clérigos recuperaron la visión, casi se cayeron sobre sus posaderas: no había huellas de la serpiente, solo quedaban los restos carbonizados de su amada árzigol en medio del estanque. Y tampoco había el menor rastro del bárbaro, de su espada robada o del extraño pájaro que lo acompañaba a todas partes.

Habían huido del templo.

2

Unas millas al oeste del templo había una laguna, sobre cuyas aguas flotaba una fosforescencia vaporosa y perturbadora. El bajo sotomonte hacía que las sombras se difuminasen a carboncillo, de modo que solo los mayores arbustos vigilaban la ribera.

Allí se paró Dunn. Allí fue donde se le agotaron las últimas fuerzas y no pudo seguir corriendo. El pájaro se posó junto a él

cuando cayó cuan largo era, jadeando como un salmón arrancado cruelmente del río por el anzuelo. Aún estaban demasiado cerca del templo como para sentirse seguros, pero era imposible continuar.

—¡Ggrraacckk!, —graznó el ave, pero en voz baja, aclarándose la garganta—. Eres el ser más valiente y estúpido que he conocido en mi vida, bruto. La dama hizo bien en mandarme a buscarte. ¡Ggraacckk! El problema es que así no sobrevivirás mucho tiempo… Necesitas un sanador.

Dunn se había llevado las manos a la entrepierna, pero eso no iba a mitigar el dolor. Se destrabó el kubra y lo rasgó por la base, sacando largas tiras de piel adobada con las que se fabricó una especie de cinturón. No, entendió el cuervo, no era un cinto, sino una especie de vendaje para sus partes íntimas que rodearía la cintura pero luego taparía la zona por debajo.

Sin embargo, con eso no bastaría. La herida había dejado de sangrar por sí sola, pero haría falta cauterizarla o se volvería a abrir en cuanto el bárbaro decidiera echar a correr de nuevo. Además, tal y como estaba ahora, era muy vulnerable a los efluvios nefandos que corrían por el viento[16].

—¡Ggraacckk! Fuego, el fuego es bueno… necesitamos hacer fuego —sugirió el cuervo.

Dunn le mostró sus manos: tenía la piel calcinada, llena de costras de carne apergaminada que parecían licuefacciones de grasa en una sartén. Soportar todo aquel dolor debía de suponer para él un auténtico infierno, pero apenas se le notaba. Su semblante había adoptado un estado de crispación constante, eso sí, como si se encontrara al límite del sufrimiento que podía aguantar en un solo día.

Pero había triunfado. Se había llevado del templo de Exerpes la reliquia de su pueblo, y tuvo tiempo además para impartir un poco de justicia. Aquella maldita súcubo ya no seduciría a nadie más con sus malas artes.

El problema era… que él tampoco lo haría.

«Medio hombre», le había llamado ella. Y tenía razón, eso es lo que era. Los vranoi no iban desnudos a todas partes por capricho: era una reafirmación de su poderío, de su identidad. De los principios primarios que los conectaban con la madre tierra. Un guerrero vranoi estaba orgulloso de mostrarle sus atributos al

enemigo antes de matarlo, para que supiera de dónde procedía toda aquella terrible fortaleza. Era una fuerza puramente sexual, ni más ni menos, tan básica y primordial como los cuatro elementos que regían el mundo.

Ahora, esa fuerza se había extinguido, aunque Dunn sabía que la amputación acabaría cicatrizando y que sus músculos seguirían (no todos) tan vigorosos como siempre. Pero ya no podría pasear nunca más desnudo por su aldea, orgulloso de su esencialidad, satisfecho de su poderío. Las hembras ya no se lo disputarían, ninguna le daría un vástago para reemplazar al que Yara le había arrebatado, tan joven que ni siquiera había tenido tiempo de ganarse un nombre. No podría mofarse de sus futuras víctimas en el campo de batalla, ni aparecería en los sueños de ninguna otra sacerdotisa representado como un toro.

Era solo un medio hombre.

Maldito fuera Exerpes y sus malas artes, malditos sus ministros y sus sacristanes, sus acólitos y sus nuncios. Proseguiría con su viaje y, en cuanto acabase lo que había venido a hacer, les daría su merecido a todos. Durante un rato se concentró solo en eso, en su sed de venganza, sacando energías de ella.

Luego pensó en el revolcón que había disfrutado con la sacerdotisa, y sonrió. Había valido la pena, por los dioses, aunque hubiese acabado de manera tan espantosa.

Yara habría sabido reconocer esa mirada, y habría elevado la vista al cielo murmurando: «Hombres…».

—Venga, ponte en pie —aconsejó el cuervo—. ¡Ggrracckk! Tengo que cumplir la segunda parte de mi misión, la de llevarte hasta… oh, no… ¡ahora no!, —se asustó.

El bárbaro lo miraba con asombro, mientras el pájaro parecía retornar a ese estado de etereidad del que había nacido. Pero no se desvaneció del todo, sino que, como si algo o alguien lo llamara desde una distancia inconcebible, se convirtió en un ascua de luz y salió disparado rumbo al Suroeste. Justamente en la dirección donde se suponía que estaba Velmisia.

Dunn tomó conciencia al poco rato de que se hallaba completamente solo, cosa que no le molestó. En el fondo lo prefería, por mucho que Yara hubiese enviado al pelmazo del cuervo para guiarlo hasta la espada. Ahora tendría que llegar hasta donde

estuviese ella por sus propios medios, haciendo averiguaciones… pero cualquier dificultad añadida era preferible a tener que soportar la verborrea del pajarraco un segundo más. Si no le doliera tanto la entrepierna…

¿Qué haría cuando tuviese ganas de orinar? ¿Se convertiría algo tan simple en una tortura? ¿Le dolería tanto que preferiría contenerse hasta reventar?

Entonces vio el destello.

Unos fuegos fatuos, que parecían alimentarse de las extrañas propiedades de la luz sobre la superficie de la laguna, se acercaron a él y se combinaron en uno solo. Era una llamita que, bajo aquel cielo raso, ardía con su propio fuego esmeralda.

El fenómeno se acercó a la orilla y se transformó en otra cosa. Más que emitir una energía propia, parecía reflejar el brillo de las estrellas del firmamento, como si fuera un espíritu al que le hubieran dado permiso para bajar al mundo y traer un mensaje de luces.

Dunn alzó la vista. No, no había estrellas que deletrearan con centelleos sus nombres milenarios. Ni siquiera tenía claro si era de día o de noche.

En ese momento, no supo por qué, se acordó de unas palabras cargadas de poesía que Vorty había compartido con él en Arkawa:

«¿Crees que el cielo puede ser así de cruel, extranjero? ¿Crees que esos puntitos blancos son en verdad almas que arden en la lejanía, torturándose por sus pecados? ¿O son los ojos de los dragones del vacío, que nos vigilan esperando que llegue el día en que todo el mundo se duerma a la vez, el día en que no quede nadie vigilando, para bajar y devorarnos?».

Dragones del vacío…

El fuego fatuo se transformó en un lince (¿o era tal vez un armiño?), esculpido en una fosforescencia blanca. Como un fantasma, voló hasta Dunn y le lamió las heridas. Una ola de calor embriagó al bárbaro, pero no era un calor malo, tumescente, sino algo aplacador; algo que se llevaba lejos el sufrimiento y dejaba en su lugar una sedante paz. La entrepierna dejó de dolerle; la herida siguió allí pero pareció tener cien años, o mil. Se convirtió en el recuerdo de algo que pasó hacía mucho tiempo y que ya estaba superado. Sus manos también recuperaron la suavidad.

El lince se alejó, los cepillos de pelo de sus orejas dejando estelas de luz en el aire. Todo esto lo vio Dunn con sus propios ojos, que descansaban dentro de las oscuras cavidades que coronaban sus pómulos. Aún no sabía si creérselo o no (podía estar delirando en un sueño febril, a un paso de la muerte…) pero lo cierto era que se sentía bastante mejor.

«Magia sanadora, como la de las brujas vranoi. Como la de Yara», pensó. Y no andaba errado.

El lince hizo un alto antes de desaparecer. Se dio la vuelta y sonrió. Fue una sonrisa dulce y nostálgica, pero para entonces ya no era un animal, sino una figura humana. La de una mujer diminuta que había declarado su amor por él en una ocasión, y que, en su lecho de muerte, llegó a preguntarse si cuando llegara a la Tierra de la Niebla sería paloma, lince o armiño.

Vorty.

La ilusión duró apenas un parpadeo. Cuando el maravillado Dunn se puso en pie, descubriendo que realmente había desaparecido el dolor (o al menos él ya no lo percibía), el fantasma desapareció. Sus ojos pudieron entonces enfocar el camino que quedaba a su espalda, y que llevaba a unas colinas lejanas donde se alzaba un torreón.

¿Acaso Vorty había regresado para salvarle la vida? ¿O solo intentaba decirle algo, ponerlo en el buen camino para que pudiera cumplir su misión?

Sin pensarlo dos veces, el bárbaro cogió la espada y se echó a correr por aquella senda, la que había sugerido Vorty. Y le dio gracias en silencio, desde lo más profundo de su corazón.

«No serás paloma ni armiño», pensó, «sino espíritu de luz cuando mueras. Una estrella que cayó a la tierra».

Siguió corriendo hasta que su silueta se perdió en el horizonte.

Raaka Tode'llisius
(La cruda realidad)

1

Los tullidos, con su manera de andar laboriosa, me cerraron el paso un par de veces. Los harapientos, a los que ciertas sustancias prohibidas les habían dejado una suerte de residuo dentro de los huesos, incurable y doloroso, me miraron con tirria, culpándome porque no hubiese ningún remedio para su desdicha. Las rameras de gineceo barato sugirieron cosas solo a medias, arrugando su estridente maquillaje. Los niños, duchos en más artimañas a estas alturas de las que requería su edad, calibraban mis pertenencias con avaricia. Pero todos se acababan apartando al reconocer mi librea, nada menos que la de un clérigo de batalla. Iba solo, y desarmado, y aun así nadie se atrevería a meterse conmigo en aquel barrio pobre.

Las callejuelas estaban sembradas de una oscuridad ajena al día y a la noche. Deambulé entre esquinas virueladas por el guano de las aves del lago, y pisé en los polvorientos adoquines que no se cambiaban desde hacía décadas; casi me recordó al suelo cubierto de arena de algunas ciudades del desierto que había visitado en mi juventud. Zagales de aspecto desnutrido me miraban desde almiares de caña de bambú, mientras sus padres hacían negocios apáticos con otros de su condición.

Hacía muchísimo que no me internaba en aquellos lares. Me sorprendió la ausencia de los olores que definían a los barrios más ricos, y su sustitución por otros de origen innombrable. La gente parecía vivir aquí a hurtadillas, siempre observando de reojo, siempre acechando, como si el peligro pudiera llegar desde cualquier lugar y en cualquier momento. Y yo me pregunté: ¿esto es vivir, acaso? ¿Por qué los nuestros (los míos) no hacían nada para mejorar esta situación tan lamentable?

¿Tenía razón Yara, en el fondo, y esa apariencia de riqueza

extrema que nos protegía de las invasiones nos impedía gastar el dinero en las cosas realmente urgentes?

Alcé la vista al cielo. El torbellino de pájaros que señalaba el lugar indicado por Yara estaba justo sobre mi cabeza. Me llamó la atención que estuviera compuesto por aves de muchas especies distintas, raras de ver por aquella época: las aves clásicas del lago se mezclaban con esmerejones, azores, cernícalos, ventiscas de milanos grises impulsados por grasientas alas y escuadrones de torvos alcotanes de larga cresta. Era como si una llamada extraña los hubiese convocado a todos allí, sacándolos de sus rutinas estacionales.

Observé con interés una casa de adobe, de aspecto tan funcional que parecía muy pobre, donde estaba pasando algo: una gran cantidad de personas se agolpaba en puertas y ventanas, mirando hacia dentro. Lo que había en sus caras estaba tan próximo al miedo como a la curiosidad. Del interior de la casa llegaban gritos apagados y lamentos.

Me abrí paso entre la chusma. A pesar de mi avanzada edad (avanzada para los cánones de un soldado), mi corpulencia bastaba para doblar el perímetro pectoral de cualquiera de ellos. Se apartaron como una marea hasta que me dejaron ver lo que sucedía justo en el centro de la casa:

Decenas de velas de sebo hacían lo posible por iluminar un poco la estancia, sin conseguirlo más que a medias, como si la penumbra fuera un medio denso como el agua e hiciera lo que se le antojara con la luz.

Había un chico en un catre, un mestizo de etnia indefinible y no más de dieciséis años. Tenía espumarajos de rabia canina en la boca y las muñecas lesionadas por la fuerza con que le apretaban unas cuerdas. Alguien lo había atado concienzudamente al catre. No me costó averiguar el porqué cuando le miré las marcas de la piel.

Eran cicatrices sortílegas, de una vileza interna inconmensurable. Cicatrices de posesión demoníaca.

Me envaré. Al lado del catre, un clérigo bastante mayor de la orden de los exorcistas se hallaba de rodillas, rumiando letanías en un ciclo sin fin. De sus ojos manaba sangre. En el suelo estaba acostado su tradicional ayudante, otra persona de fe blindada aunque más joven y fuerte que él. Parecía muerto.

—Por la gloria de los cielos… —exclamé, lanzándome a socorrerlos. El anciano estaba al límite de sus fuerzas; en la mano sostenía un libro de oraciones, el sagrado *Bast Mulá* o tratado de los exordios, la principal herramienta que usaban los de su orden para destruir demonios. Las hojas parecían parcialmente quemadas por un fuego.

La turba entró en una especie de trance a nuestro alrededor, entonando cánticos a medio camino entre lo herético y lo sagrado, entre el desafío y la súplica. El joven mestizo de la cama se quedó mirándome fijamente, con la intensidad y paciencia de una cobra.

—¡Hermano!, —le grité al exorcista, sacudiéndole por los hombros—. ¡Soy el acrol Donnegar! ¡Miradme! ¿Cómo os llamáis?

El anciano me agarró la mano con la fuerza de una tenaza. En su piel, allí donde se le veía latir el pulso, lucía quemazones idénticas a las de su libro.

—¡Ex… execración y condena! ¡Maldiciones, el cielo está cuajado de maldiciones!, —balbució, ignorando mi pregunta—. La… la magia que usé para curar a esta pobre criatura… —Señaló al mestizo. Sus ojos estaban grises, conmocionados—… La magia de la bondad solo le acarreó… tormento…

Se le cerraron los ojos; le temblaban los párpados. Cayó laxo entre mis brazos, no supe si muerto o inconsciente.

Y entonces llegó hasta mí aquella risa.

Era difícil imaginársela como tal cuando su sonido no se parecía a nada que pudieran emitir gargantas humanas. Más bien sonaba como a un derrumbe, una avalancha lejana y reverberante cuyo eco hubiese pasado por un tamiz de alimañas y por una herida abierta, infestada de pus.

—¿Quién eres?, —le pregunté, olvidando impostar la voz—. ¿Qué les has hecho?

Una voz gutural salió de la garganta del muchacho, sin moverle la lengua ni los labios:

—Ya lo sabes, Donnegar… Puedes imaginártelo. Y yo sé quién eres tú. Conozco tu nombre verdadero…

Un temor visceral se apoderó de mí al oír aquel sonido perverso. Tanto fue así que me elevé cuan largo era, símbolo santo en mano, y volqué sobre la criatura toda la ira de Exerpes:

—¡Doblégate, monstruo, sal ahora mismo de ese cuerpo!, —

chillé con todas mis fuerzas. El símbolo chispeó con un haz dorado bajo mis dedos—. ¡¡En esta hora maldita yo te expulso y te destruyo, abominación!!

Entonces ocurrieron varias cosas, todas desagradables.

La primera, que el terror anidó en los rostros de los curiosos que me rodeaban, llevándolos un paso más allá del pánico. Leí en ellos una advertencia, como si de todas las cosas que yo podría haber hecho, o de todas las que ya se habían intentado, aquella fuera la peor.

La segunda, que la realidad cambió a mi alrededor.

Un velo de sombra cayó sobre lo que ya era lóbrego como un mausoleo. La multitud intentó salir de allí en desbandada, pero algo se lo impedía. Había algo que tiraba de sus sombras y entumecía sus músculos, pegándoles las babuchas al suelo. Un soplo de aire que no provenía de ninguna parte hizo rehilar las velas, llevándose por delante la mayoría de los fuegos. El muchacho me enseñó los dientes, lápidas de marfil enmohecido. La baba que rezumaba por aquel orificio al que apenas se le podía llamar boca se volvió purpúrea. Un púrpura enfermizo y ponzoñoso, de gangrena, que venía a ser la primera señal de que todo iba mal cuando alguien se infectaba de la plaga roja.

Y me di cuenta, con absoluto horror, de cuál era el foco de toda aquella magia perversa.

Mi símbolo sagrado de Exerpes.

El disco de metal con los emblemas de mi dios (el dios de bondad en el que siempre había creído, en el que siempre había confiado para que me protegiera) se calentaba paulatinamente bajo mis dedos. Pronto estallaría en llamas, o esa impresión me daba. Cada recoveco en la talla de las runas que lo decoraban estaba subrayado con un hálito rojo, como si una llamarada infernal se estuviese abriendo paso desde dentro, derribando barreras con su combustión metafísica.

No podía creer lo que veía. La magia sanadora era el origen de aquel mal: el clérigo exorcista había intentado usarla para curar a aquel muchacho, y lo único que había conseguido era infectarlo todavía más. Yo mismo pronuncié el sagrado nombre de Exerpes para que me ayudara, invoqué con todas mis fuerzas los dones de la luz… pero lo que respondió a mi llamada fue algo mucho más

inicuo y malvado.

Afortunadamente, había otras maneras de purgar aquel mal.

Tiré el símbolo al suelo, como si estuviera maldito, y aferré el cuello de aquel pobre chico con mis manos. Apreté y apreté sin misericordia, todo lo que sabía que podía estrujar hasta quedarme a solo un paso de romperle la nuez. La cosa que había dentro de él se retorció, gimió y me insultó, sabiendo que si acababa con el cuerpo que le hacía de recipiente tendría que retornar al abismo infecto del que había surgido. ¿Que también se llevaría el alma de aquel muchacho, arrastrándola a la condenación? Pues sí, pero el impulso asesino que latía en mis ojos debió de convencerlo de que no me importaba. De que iba a llegar hasta el final costara lo que costase.

Y le engañé.

El muchacho soltó una exhalación agónica, casi mortal, pero no sucumbió. En lugar de eso, las cicatrices se desprendieron de su piel y se elevaron flotando en el éter, como si aún estuvieran inscritas sobre la superficie de un cuerpo. Solo que nadie podía ver ese cuerpo: era un volumen invisible de aire, tatuado con mil suturas sangrantes.

Mis ojos se abrieron como platos al ver elevarse al conjunto de cicatrices, delimitando el volumen que ocupaba el demonio. Y actué de la forma que me habían enseñado: retrocedí hasta donde descansaba el cuerpo del joven ayudante exorcista, y agarré con decisión su pequeña maza ritual.

El demonio se rio de mí, pues creyó tener delante a un infeliz que intentaba cosas a la desesperada, ataques físicos que a un engendro como él no le causarían el menor daño. Pero su rostro invisible debió de cambiar, demudándose, cuando mi otra mano arrancó unas páginas de versos sagrados del *Bast Mulá* y las aplastó contra el romo metal del arma. Ahora ya no golpearía solo con inercia, fuerza y metal, sino también con plegarias, invocaciones benignas y jaculatorias.

Soltando un alarido de furia, golpeé el volumen de aire que ocupaba la cosa.

Hubo una explosión, una ráfaga insonora de fuego azul.

La gente se tiró al suelo, la mayoría creyendo que ya estaba muerta. Sus gritos estaban llenos de dientes.

Pero no, lo único que había fenecido era aquel engendro, del

que solo quedaban raspaduras quemadas en el aire; suturas que caían lentamente al suelo como favilas de una hoguera, atestiguando que su esencia vital se había desvanecido. Los símbolos sagrados de Exerpes recuperaron su color característico y su temperatura normal.

Cien ojos estaban clavados en mí, como si demandaran respuestas urgentes. Entre ellos los del anciano exorcista, que había despertado. Pero yo no sabía qué decirles. No había respuestas para nadie, ni siquiera para mí.

Salí huyendo de aquella casa, corriendo a todo trapo hacia la catedral. Dejé al anciano clérigo abandonado allí, con el cadáver de su ayudante, sin que me preocupara lo más mínimo su suerte. No había tiempo para pensar en ellos. Debía informar cuanto antes al alto estáter de lo que había pasado, pues el más hondo pavor se estaba instalando ya en mi alma.

Recordé la advertencia de Yara e intenté negarla tres veces, para así reafirmar mi fe.

No lo conseguí.

2

Noche.

Las lunas que paseaban por el firmamento estaban congeladas cada una en una fase distinta, con diferentes grados de sonrisa. Todas ellas, sin embargo, parecían sonrisas crueles.

Dunn arribó a las cercanías de la torre de lord Vseval convertido en una sombra más. La examinó desde lejos, preguntándose por qué el espíritu de Vorty le había sugerido este camino en lugar de otros más alejados de la civilización. Por qué había querido que se acercara tanto a la obra del hombre en vez de limitarse a vagar entre la naturaleza, a salvo de miradas.

La torre era un dedo de piedra congelado en una gesticulación obscena. Diminutas luces rutilaban por el contorno de sus muros, alumbrando los paseíllos de los centinelas. Dada la antigüedad de aquellas piedras, y el desgaste de la argamasa, Dunn tuvo la impresión de que solo la voluntad de los dioses o algún alarde descomedido de ingeniería la mantenían en pie.

Pero estaba habitada, de eso no cabía duda. Y por lo que estaba pasando en uno de los patios largos que la flanqueaban, ninguno de sus habitantes dormía aquella noche.

Delante del riachuelo que bordeaba la torre, cuyas aguas estaban tan tranquilas que no parecían estar fluyendo, sino tirantes como una sábana de metal, se abría un patio sin muros. Era una especie de campo de justas donde se congregaba una pequeña muchedumbre.

La gente se agitaba, encolerizada por algo; no eran la placidez ni las ganas de festejar las que gobernaban sus vidas esa noche. Una antorcha parecía la abeja reina a la que todos los demás zánganos de luz seguían. Dunn se acercó todo lo que pudo a la orilla, escondiéndose como una tortuga bajo los tonos mate de su kubra, para distinguir mejor quién portaba esa antorcha.

Se trataba de un anciano giboso y de gestos exagerados, dominados por la locura. La clásica persona que en la tribu de Dunn respetarían por su sabiduría… pero que tampoco dejarían moverse sin vigilancia por el bosque, no se fuera a caer y se partiera por accidente algún miembro. Entre los vranoi se respetaba a los ancianos, pero tampoco se les tomaba muy en serio.

Aquel viejo, sin embargo, ostentaba el mayor de los cargos presentes, pues todos le rendían pleitesía. Había algo extraño en el cuadro: el revuelo no giraba en torno a él, sino sobre dos personas jóvenes, una mujer embarazada y el que por los gritos y los intentos de protegerla parecía su esposo. Ambos estaban siendo arrastrados hasta uno de los extremos del campo, sufriendo empujones, insultos y escarnios, y eso que también iban ataviados con ropas nobles… aunque extrañamente recargados de flores.

¿Por qué los insultaban? ¿Por qué el señor de la plaza parecía tan enfadado con los jóvenes, hasta el punto de incitar violentamente a la turba contra ellos?

Hacía mucho que Dunn se había resignado a no intentar comprender a aquellas gentes. Esos juegos de poder, costumbres o como quisieran llamarlo se escapaban a sus sucintas entendederas. Mas no le importaba. Allá cada uno y el grado de complejidad y de maledicencia con el que quisiera vivir su vida. El mundo era muy grande y cabía de todo, desde gente sencilla que no se metía en aquellos berenjenales, hasta reyezuelos que sacaban a sus iguales de

casa por la noche y los cargaban de cadenas.

Hubo un momento en que la joven preñada (y bien preñada, a juzgar por la burbuja tan enorme que se le adivinaba bajo la ropa) tropezó y cayó de rodillas. Imploró piedad, pero el anciano no se la concedió.

—¡… y no se te ocurra suplicar perdón a estas alturas, pues no existe misericordia capaz de redimir tu pecado!, —fue la frase que el viento trajo hasta el bárbaro—. No habrá clemencia para los que pacten con las fuerzas oscuras para salvaguardar sus fines, ni aunque los disfracen de bondades…

—¡Por favor, señor, os lo suplico!, —rogó el joven que estaba junto a ella, también de rodillas—. ¡Es mi hijo, y vuestro nieto! ¡Sangre de vuestra sangre! ¡No le condenéis por nuestros errores!

El anciano lo miró con las escleróticas ensanchadas y veteadas de rojo. En su voz había un tono enfebrecido y salmodioso, como si en lugar de un juicio estuviera conduciendo una liturgia.

—¿Mi nieto? ¿Mi nieto, dices? ¡Una aberración, eso es lo que es! Y si no os lo creéis, mirad, ¡mirad todos el estigma de la perversión que ha surgido sobre este vientre impío!

Agarró sin miramientos a la joven y la puso en pie, desgarrando sus faldones. Unos trozos de tela cayeron al suelo, dejándole al descubierto el vientre y algo que Dunn no pudo distinguir desde tanta distancia. Pero parecía, a juzgar por cómo lo señalaban y le dirigían gestos obscenos, una especie de tatuaje. Los demás habitantes del torreón no paraban de corear una palabra que para el bárbaro carecía de significado: *¡Ur, ur, ur, ur…!*

La siguiente escena de aquel teatro del absurdo: el anciano, agotado por tanta pasión volcada en su discurso, trepó usando una escalera hasta un asiento elevado, desde donde dominaba todo el campo de justas. Estaba sobre una torre con forma vagamente humanoide construida a base de escudos, tablones, vigas y mucho mortero de cal que debía de pesar al menos un buen par de koros[17]. Más que una torre de vigilancia del perímetro (para eso estaba el torreón grande en sí mismo), a Dunn se le antojó el capricho de un hombre que no se considera a bien con sus dioses, y que en un arrebato ordena edificar semejante ídolo para rendirles pleitesía.

A los pies del lord, los guardias armados agarraron a la joven y

la separaron unos veinte codos de su marido, el cual se desgañitaba entre llantos pidiendo perdón. Pero nadie le hacía caso. La turba, compuesta por los guardias y lo que parecía la servidumbre del torreón (más algún que otro noble venido de haciendas cercanas para presenciar el espectáculo, cuyas mujeres vestían la mínima cantidad de ropa para que no hubiera malentendidos respecto a su profesión), entonó otro eslogan:

—¡La flecha de la esperanza! ¡La flecha de la esperanza! ¡La flecha de la esperanza!

Del cuarto de guardia salió otro guerrero, el más corpulento que sin duda había en los alrededores, pues les sacaba una medida larga (en todas direcciones) a cualquiera de los otros. El gigantón portaba un arco ya tensado y una aljaba con un puñado de flechas. Cogió con brusquedad el brazo del joven esposo, lo estrujó para hacerle daño y que abriera la mano, y depositó en ella el arco. Luego tiró a sus pies los proyectiles.

Lo que vino a continuación fue lo que realmente le demostró a Dunn que aquella gente estaba loca.

El gigante se acercó a la embarazada, agarró un disco ceñido por una cincha y se lo colgó del cuello. El disco, que semejaba una diana para tiro con arco, quedaba justo a la altura de su vientre.

—Por favor, no… yo no he hecho nada malo, solo he salvado la vida de mi hijo —lloró la joven, con lo cual solo consiguió inflamar aún más la ira del viejo.

—¡Basta! —Descargó un tajo al aire con la mano—. Has pactado con poderes impíos a cambio de la vida de tu hijo. La bruja nos previno de que al regalo envenenado de los espíritus le precedería una marca, ¡y tú llevas esa marca! ¡Estás tan maldita como el niño, merecéis morir los dos!

La joven gimió, cayendo de rodillas, pero el gigante la puso sobre sus pies de nuevo antes de apartarse.

—De esta noche, sin embargo, no saldrá el rumor de que no soy un hombre magnánimo —siseó el viejo, desde su elevado solio—. Conoces mis leyes, Dryana, y tú también, Seóhn. Quien desobedece tan categóricamente mi voluntad solo tiene una manera de salir de aquí, y es enfrentándose a la prueba del arco. Si le he ofrecido esta dádiva a miserables ladrones de la peor calaña, a pordioseros y asaltantes de caminos, ¿cómo no iba a ofrecérsela también a mi

hija? —Pronunció esta última palabra con repugnancia, como si tuviera que masticarla para poder tragársela—. *Dry*, aunque mi alma aúlla de dolor, no me queda otro remedio que hacer esto para purgar la maldición que habéis desatado sobre mi casa. Seóhn, puedes empujar a tu esposa fuera de este campo, y también de mi ira. Empieza.

Dunn empezaba a entender varias cosas. El porqué de las flores que recargaban los vestidos de los jóvenes, por ejemplo: seguramente los habrían obligado a contraer nupcias apresuradas esa misma madrugada, como parte del juicio al que los estaban sometiendo. ¿Para que la madre o el niño no murieran siendo ilegítimos, y no manchasen aún más sus apellidos? Quién sabía…

El aterrado Seóhn miró a un lado y a otro, buscando apoyos que se convirtieron en caras ladeadas y ojos esquivos. Nadie iba a ponerse de su lado aquella noche, tal vez ni siquiera los dioses. Así pues, resignándose, puso el arco en posición vertical y eligió una flecha.

Dunn contempló, más fascinado que horrorizado (porque al fin y al cabo nada de aquello iba con él, y por raras que fueran las costumbres de los nobles, allá ellos con sus asuntos), cómo el joven tiraba con dedos que eran puro temblor de aquella cuerda, apuntaba lo mejor que sabía a través del velo de lágrimas que le empañaba la vista, y dejaba escapar la primera flecha.

El dardo voló, rehilando como un soplido afilado de viento. Pasó a bastante distancia del cuerpo de su amada, desapareciendo en la oscuridad que llenaba el fondo del campo.

El viejo lord resolló como un cerdo con asma.

—Te advierto que solo tienes diez intentos —le recordó—. Si tras el último tu querida ramera no ha salido del campo de justas, le pediré a Ruwaldi que me traiga en persona su cabeza.

El gigantón le dedicó una sonrisa, volteando su hacha de tres filos curvos. Llevaba la mitad de la cara cubierta por una capucha negra, como un verdugo al que solo le diese vergüenza a medias mostrar su cara.

Con temblores e hipidos de pánico, Seóhn eligió otra flecha.

En la cabeza de Dunn anidó una premonición: supo, de manera clara y diáfana, que tenía ante sus ojos una de esas encrucijadas del destino, quizás espoleada por el fantasma de Vorty. Y que,

dependiendo de la decisión que tomara, todo su futuro iría en una dirección o en otra.

Cuál de las dos direcciones sería la buena, resultaba imposible saberlo.

Viime Dolow
(La flecha de la esperanza)

1

Mis botas debieron de resonar como un huracán a medida que iba abriéndome paso por el complejo. Acababa de venir de las dependencias nobles de la Puerta de los Avellanos, donde me había entrevistado con el alto estáter. Podría decirse que el balance no solo no me había dejado satisfecho, sino que salí de allí infinitamente más preocupado que antes. Por eso caminaba deprisa, ansioso por contarle mis sospechas a alguien. Delante de mí apareció la Puerta de los Tilos, donde se encontraban los aposentos de Yara.

Fue allí donde tropecé con mi sobrino.

—¡Tío! Ejem, quiero decir, acrol… —Tosió, cuadrándose. Junto a él estaba la escolta que mantenía bajo constante vigilancia a la bruja—. Qué alegría veros. Me disponía a bajar a la vranoi a las fraguas, para que empiece a preparar sus sortilegios.

—¡Eivas! —Me detuve en seco—. ¿Quién te ha dado esa orden?

—Pues… el consejo de sabios, señor. Al parecer hay cierta prisa en comenzar con los procesos previos a la forja del arma.

Negué rotundamente con la cabeza.

—No. Vas a postergar esa orden.

—¡Pero…!

—Hazme caso, es de vital importancia que aguardemos hasta corroborar unas cuantas cosas. Albergo ciertas sospechas que… en fin. Será mejor que no te preocupes todavía por esto. Necesito que mantengas la cabeza despejada. —Le puse las manos en los hombros, en señal de confianza—. Entraré para hablar con ella. Vigila que nadie nos moleste, no importa cuánto tiempo pase ni quién ordene llamarla. Hasta que yo no salga de ahí, tú no permitas que se abra esta puerta. ¿Comprendido?

El joven liva intentó protestar (no era habitual que un mando

contradijera las órdenes del consejo, ni siquiera uno tan elevado como yo), pero la convicción de mi voz aplacó todas sus dudas. Cuando hablaba en ese tono, ya fuera con él o con cualquier otra persona, lo único que estaba claro era que nada en el mundo me iba a hacer cambiar de idea.

—Sí, acrol. —Me franqueó el paso a la estancia. La puerta se cerró detrás de mí con un quejido de madera.

Las vestales se asustaron al verme entrar con ese porte, con esa mirada agresiva. Parecía que hubiera cruzado aquella puerta para matar a alguien, en lugar de para hablar. Y puede que así fuera, aunque desde luego no era a Yara a quien quería ver muerta, sino al conjunto de mis dudas. A mi abatimiento.

—Salid —ordené. Al minuto estábamos a solas, la bruja y yo.

Salió de la parte de atrás de la habitación, apartando con gracia unas sedas. Fue al verla cuando me olvidé por un instante del temor que estrangulaba mi alma, pues el ser que tenía delante no se parecía en nada a la gata salvaje que había hallado en Kátobras. Era otra persona, otra mujer, con la cara lavada, el cabello rutilante de joyas y dejando un sugerente rastro de perfume con cada movimiento. Casi me pareció mentira que unos vestidos y un cambio de peinado pudiesen obrar un milagro semejante.

Yara estaba inconmensurablemente hermosa. Llegué a pensar que no había conocido mujer más bella en toda mi vida, y aunque la materia prima estaba allí desde el principio (esa cara bien esculpida, esos pechos turgentes, esas manos finas pero a la vez capaces de sostener espadas, esa forma de mirar que compendiaba tanta sabiduría de la vida), el arte de las vestales había quitado toda la paja.

Yara sonrió al percibir mi desconcierto. La verdad es que me hizo sentir incómodo.

—¿Nunca habías visto a una salvaje disfrazada, Donnegar?

—Si eso es un disfraz, muchos hombres rogarían por que no te lo quitases nunca. Pero no he venido para decirte lo guapa que estás —añadí, severo.

—Ya lo sé.

Intenté conservar la compostura durante más tiempo, seguir siendo el férreo hermano de batalla que mantenía las distancias con quienes estaban por debajo en el escalafón. Pero no lo conseguí.

Estaba exhausto, harto de tanta pantomima y de tanta pose. Los malos pensamientos bullían en mi cerebro, y necesitaba expulsarlos.

Me dejé caer en uno de los cojines y cogí un pichel de estaño, con la tapa engoznada. La promesa del cálido líquido de su interior pronto se desvaneció, cuando comprobé que solo era agua.

—Mierda. ¿No bebéis nada que pueda inflamar el corazón de un hombre?

—Para eso nos bastamos nosotras. —Sonrió, ofreciéndome un escorzo de su figura en el que destacaba la redondez de un pecho. Sabía que estaba jugando conmigo, burlándose de mí, pero estaba tan agotado que no me importó—. Fuiste a la ciudad baja, ¿no es cierto? Y lo viste.

—Sí, lo vi… —gruñí—. Eso es lo que más me duele, que al final voy a tener que admitir que algo de lo que decías era cierto. Una pequeña parte.

—¿Solo una pequeña parte? Bueno, supongo que con eso basta.

—¿Para qué?

—Para hacerte comprender que estáis condenados si seguís por ese camino.

Iba a replicar cuando un paño de seda se movió sobre la mesa. Si aquel leve temblor no lo hubiese agitado, ni siquiera habría reparado en él, lo habría tomado como un elemento decorativo más: una tela que estaba tapando algo para que no estuviera a la vista.

Ahora que lo vi moverse, sin embargo, pensé que el bulto que había debajo estaba vivo, y que merecía la pena echarle un vistazo.

—Ningún gato se deja tapar de esa manera —dije, apartando de un tirón el paño.

Me esperaba muchas cosas, pero jamás aquello.

Era un cuervo, pero no uno cualquiera, sino aquel que había invocado en Kátobras para que siguiera a Eivas. Lo supe nada más verlo. Era idéntico en su negrura a cualquier otro cuervo del mundo, pero aun así lo supe; aún quedaba vivo algún trazo del vínculo arcano que nos había unido.

—¿Pero qué…?, —exclamé. Por un segundo olvidé todas mis cuitas y me quedé mirándolo—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo es posible?

—¡Gggrraacckkk! ¡Mi antiguo señor, mi antiguo señor!, —se

entusiasmó el pájaro—. ¡Albricias!

Yara hizo pucheros, como si la hubiese cogido in fraganti en una travesura.

—Vale, yo lo invoqué, usando los rescoldos de tu hechizo —admitió—. No debería sorprenderte tanto. Las vranoi entendemos mucho mejor que vosotros el mundo de los espíritus.

—Eso es verdad… pero ahora lo que me preocupa es todo lo que no sé de ti. —La miré atravesado—. Lo que nos has estado ocultando.

—Uf, son demasiadas cosas. Aunque me pusiera a contártelo, tardaría toda una vida. Y no tenemos una vida, ¿verdad?

—No… —Mis hombros perdieron la horizontalidad—. Lo cierto es que no.

Paseé nervioso por la habitación, rondando de aquí para allá como una fiera enjaulada. Intenté ignorar los graznidos del pajarraco, que no paraba de decir que tenía hambre y que quería que lo soltásemos un rato por encima del mercado para acechar a la volatería viva.

Yara me miraba más con compasión que con suficiencia, a pesar de que se había demostrado que era ella quien lo había visto venir. Observó en mí una vejez prematura, más profunda que la que mostraban mis arrugas. El paladín había sucumbido ante el feligrés asustado, y lo detestaba.

—¿Por qué nadie me lo dijo, por qué? Es imposible negar que hay gente que ya lo sabía —cavilé—. Era obvio: ministros, altos consejeros y personas así. La gente con visión global. Pero ninguno quiere hablar conmigo. Es como si… les diera miedo admitir que está sucediendo, no vaya a ser que tengan que hacer algo.

Yara disimuló una sonrisa.

—Ignorar lo que no nos gusta del mundo puede llegar a convertirse en un arte, en una estrategia de supervivencia. Mi pueblo sabe mucho de eso.

—Hace un rato intenté contárselo a Impéragon. De sus dependencias vengo, precisamente. —Enterré la cara en las manos —. Pero no me escucha. No quiere oír nada de lo que le digo. —Recordé al alto estáter, a la momia de hilos de insecto que me había recibido. Cuando se lo conté todo, en arrebatada confesión, lo único que supo hacer fue balancearse de un lado a otro como un niño

pequeño, mientras repetía una y otra vez: «Confiad en el pastor, él es quien posee la vara; confiad en el pastor, él es quien posee la vara; confiad en el pastor, él es quien posee la vara…»—. ¿Cómo se puede estar tan ciego? Es como si ya no viviera en esta realidad, sino en una especie de ensueño. ¡Solo piensa en completar los rituales, como si… como si nada más importara en el mundo!

—Acabas de llamar ciega a la máxima autoridad de tu Iglesia.

La miré con ojos desorbitados. Sí, lo había hecho. Y ni me había dado cuenta.

—¿Qué te ha estado contando el cuervo?, —le pregunté, inquieto—. ¿Qué ha visto para ti?

—Cosas sobre mi pueblo. Me ha dicho que todos están bien, siguen arrocinados en Madhen. De hecho, solo uno se atrevió a salir en mi busca, pero no llegó muy lejos.

—Échame la culpa —admití—. Ahora, sin embargo, ya no estoy tan seguro de que fuera una buena idea. Maldita sea —estrellé mi puño contra la otra mano—, si tuviera más información…

—Donnegar… ¿puedo llamarte así? El mayor error que podemos cometer es creer que llegaremos a entenderlo todo. —Yara suspiró, sentándose a mi lado—. Desde cómo funciona el mundo a cómo funcionamos nosotros. Pero la vida es un enigma, una gigantesca broma que podría no tener sentido. Esa es una de las primeras cosas que aprendes cuando te sumerges en los misterios de la Tierra de la Niebla. El más allá, los caminos del sueño, las praderas de los espíritus… no importa cómo lo llames. Al final solo es otra cara de la existencia, de la chispa vital de todo lo que existe, tenga o no conciencia de sí mismo. Si le preguntas a un espíritu por el sentido de la vida, obtendrás una carcajada a cambio.

—¿Qué quieres decir con eso, que no debemos preocuparnos? ¿Que da igual cómo salgan las cosas, o qué errores cometamos, porque todo el universo es una titánica broma?

—No, evidentemente posees una voluntad y una inteligencia que te han regalado al nacer para que las uses —matizó ella—. Tienes el deber, ya que *vives*, de intentar cambiar el mundo para que se amolde al ideal de felicidad con el que sueñas. El problema es que esa búsqueda de los ideales a veces solo lleva a la destrucción. Un hombre sabio me dijo una vez que el camino de la perdición está lleno de buenas intenciones, y puede que tuviera razón.

—Creo que esto va más allá de una simple cuestión filosófica. ¡Aquel pobre chico estaba infectado por la plaga roja! La baba púrpura, las cicatrices… —Me estremecí—. También diste en el clavo en eso: el origen de la plaga estaba en nuestra propia magia de sanación, no en maldiciones ancestrales de los izghar. Es un efecto colateral de su pudrimiento.

—«Los prodigios sucederán a los augurios…» —barruntó Yara.

Me volví hacia ella.

—¿Dónde has oído ese verso?

—Eh… no lo sé, me ha venido a… No, espera, sí que me lo cantó alguien. Fue tu sobrino, Eivas, mientras me llevaba encadenada. ¿No formaba parte de una profecía, o algo así?

Asentí lentamente.

—Sí. El texto completo es:

> Allá donde el Tiempo teje sus juramentos
> Ante la dallada prole y el eterno enramado
> Los prodigios sucederán a los augurios
> Los sabios suplantarán a los necios
> El fiel perderá su equilibrio
> Y una de las caras se arrastrará para nacer a la quebrada.

—Creo que se está haciendo realidad, pero no de la manera como habíais previsto —dijo Yara—. Podríais haber interpretado mal esa profecía.

—Podríamos, sí… ¿Pero qué significa? Durante años, nuestros mejores filósofos trabajaron por separado cada verso, indagando en su significado. «Allá donde el Tiempo teje sus juramentos»… eso jamás supimos lo que significaba —admití—, pero la prole dallada sin duda es el pueblo de Exerpes. Segar la hierba con el dalle es lo mismo que… —Me detuve. De repente, todas las interpretaciones positivas que había hecho durante años de esas palabras fueron sustituidas por otras más perversas, y a su modo más coherentes—. Segar la hierba con el dalle…

—¡Ggrraccckkkk!, —chilló el cuervo—. ¡Los prodigios sucederán a los augurios!

—Eso también está ocurriendo —dije, cerrándole el pico con dos dedos—. Tres avisos antes del milagro. Tres advertencias. Lo que aún no he podido averiguar es quién será ese fiel que dicen que

perderá su equilibrio… ¿Se refiere a un creyente que verá tambalearse su fe? ¿Una persona de confianza que de repente se destapa como traidor?

Yara tensó los labios, comprendiéndolo.

—No, ¿es que no lo ves? No se refiere a un ser humano. Ese «fiel» no es un creyente, ¡sino el fiel de una balanza, su punto de equilibrio!, —exclamó—. También ese verso se está haciendo realidad: la balanza entre las dos caras de Exerpes ha perdido su armonía, está cayendo más de un lado que de otro. La magia se está volviendo exclusivamente malvada, perdiendo su faceta luminosa, porque esa es la cara de Exerpes que se está haciendo fuerte.

Mis ojos se volvieron redondos del pasmo.

—Entonces, el último verso… —Me tembló la voz—. «Una de las caras se arrastrará para nacer a la quebrada». ¿Va a ocurrir, habrá una encarnación? ¿Pero de cuál de los dos lados del dios, y en qué quebrada?

Ninguno de los dos supimos responder a eso.

Me asomé a la ventana. El anillo de pájaros sobre el barrio pobre había desaparecido, igual que todo rastro de lo ocurrido. Las casas de lenocinio, donde los alcahuetes diplomados facilitaban intercambios sexuales entre quienes tenían el deseo y quienes soportaban la necesidad, tenían sus contraventanas cerradas, indicando que el negocio se paralizaba durante unos días.

Ahora sabía que habían sido ellos… no, nosotros; debía emplear la palabra correcta: «nosotros». Los que lo habíamos tapado todo, los que echábamos paletadas de arena sobre la ponzoña para que no oliera mal. Los agentes de los altos mandos, los que estaban al tanto de lo ocurrido y querían mantenerlo en secreto.

Habrían hecho desaparecer probablemente al mestizo, a toda la gente que había visto lo ocurrido e incluso a la casa en sí. No me extrañaría que hubiesen deportado al pobre clérigo exorcista, y enterrado en un lugar discreto el cadáver de su ayudante.

Me sentí, por primera vez en mi vida, como si formase parte de un fraude.

—¿Pero por qué ocultarlo?, —me desesperé. Tenía la piel de los nudillos blanca de la fuerza con que parecía estar apretando algo que no existía. Mis dudas, tal vez. Era mi manera de tomarme las cosas a pecho—. ¿Por qué no hacerlo público y encararlo de frente,

como hacemos con todos los problemas? ¿Por qué no tratar de solucionarlo?

—Se puede solucionar una puerta trancada, o una silla rota. Se puede solucionar una disputa entre hermanos e incluso un conflicto entre países. Pero cuando el problema radica en lo más básico, en lo primordial, entonces nadie se atreve a tocarlo. Tienen demasiado miedo de que, en caso de ser verdad, su mundo tan bien construido se trastoque y se venga abajo.

La miré. A pesar de que las palabras que salían de su boca eran aterradoras (porque podían contener la cruda realidad), seguía estando increíblemente hermosa, allí sentada, esperando pacientemente mi veredicto. Me recordó a mi primera esposa, que Exerpes la tuviera en su gloria… Pero no. Pensándolo bien, aunque ambas eran igual de guapas, no se parecían en nada. Yara tenía esa presión volcánica interna, ese ramalazo de bestia salvaje que mi esposa jamás habría tolerado. Ella fue lo más parecido a la dulzura hecha carne que jamás pisó el mesianado. Yara era una tigresa acechando bajo los velos de una dócil cortesana.

—¿Cómo se puede poner en duda la pureza de un dios? Y lo más importante: aunque lo hicierais, ¿cambiaría algo de lo que está pasando?, —se preguntó la bruja—. Si la voluntad del Exerpes bueno se ha trastocado por la del Exerpes tenebroso, ¿crees de verdad que algún simple humano, o un mundo entero de ellos, podría oponerse?

—No, supongo que no.

Medité durante un rato, en silencio. Luego dije:

—Hay que impedir que los ritos del Antecomiun se lleven a cabo. No sé si eso solucionará algo, porque si nuestro dios quiere de todos modos realizar su milagro, no somos nadie para impedírselo. Pero al menos podríamos, no sé… ¿llenarle un poco de piedras el camino?

Era perfectamente consciente de que lo que estaba diciendo era un disparate. Por fortuna, Yara no se burló, sino que siguió mirándome con esos ojos enormes y comprensivos. Dándome ánimos.

Creo que fue justo en ese momento cuando empecé a enamorarme de ella.

—¡Gggrrraacckk! ¡Cuidado, nos reclaman!, —avisó el cuervo.

Tocaron en la puerta. Fui a abrir.

Era Eivas.

—Acrol, la orden de escoltarla a la fragua es… no se puede posponer más. Proviene del mismísimo alto estáter. Impéragon lo ordena.

—De acuerdo. Danos un segundo, nada más.

Y le cerré la puerta en las narices, para no darle tiempo a replicar. Yara se levantó y se alisó los pliegues de la túnica. Iba descalza, igual que las jovencitas que la cuidaban.

—¿Qué vamos a hacer?, —me preguntó.

—Tengo que obligarles a abrir los ojos, bien al estáter o bien a los sabios. Para que estén preparados para lo peor si llega el milagro y no es lo que esperábamos. —Suspiré—. Pero esto sería extralimitarme mucho en mis funciones, pasando por encima de las cabezas de los más altos cargos de la Iglesia. No sé si seré capaz de hacerlo. Seguro que estoy condenando mi alma solo por pensarlo.

—… O puede que de esa forma «los sabios suplanten a los necios» —sonrió Yara.

—Parece tan fácil cuando lo dices… Maldita sea. Lo más sensato será probar uno de los frutos del Árbol de Fuego, por mi cuenta y riesgo, aunque me estaré jugando el cuello.

—¿El Árbol de Fuego? ¿Qué es eso?

—Uno de los pilares de mi fe. Se dice que cuando Exerpes acabó de modelar el mundo con sus manos, observó su obra y de lo bella que le pareció derramó cinco lágrimas, una por cada sílaba que contenía el nombre auténtico del planeta. De cada una de esas lágrimas, cuando golpearon la tierra, nació un árbol del color del fuego. Tenemos uno de esos árboles aquí, en la catedral: si me trago uno de sus frutos de sabor desagradable, haré una especie de viaje que me dará pistas sobre el futuro. Impéragon es quien debería asumir esa responsabilidad, pero no se atreve.

—¿Por qué no?

—Porque los frutos son venenosos en última instancia, y solo hay una ínfima posibilidad de que quien los coma sobreviva a la experiencia. En la historia de nuestra religión hemos perdido a varios líderes así.

—De acuerdo —convino Yara, como si no acabara de decirle que con toda seguridad iba a perder mi vida—. ¿Y yo?

—Tú haz lo que debas. Empieza el ritual del arma si te lo piden, pero por lo que más quieras, asegúrate de que la magia que invocas no es… que no será…

—Igual que la tuya —comprendió—. Tranquilo. Yo jamás sería capaz, ni tengo potestad para ello, de pedirle a tu dios que me concediese su don. La única magia que verás salir de mi alma será totémica, no divina. Al menos por ese lado puedes estar tranquilo. Aunque jamás haré lo que me pedís, eso de encadenar un espíritu. Antes moriría.

—Lo comprendo. Oh, y gracias —añadí. Lo cual englobaba muchas cosas.

2

La niebla salió de la nada para tejer un sudario asfixiante y ahogar el estrépito del gentío. La gente que contemplaba el espectáculo. La misma gente que hasta hacía unas horas adoraba a *Dry* como a una hija, a Seóhn como a su príncipe y al niño que estaba por nacer como a la futura esperanza del baronío. La misma gente que ahora reclamaba una insensata justicia de flechas y abortos.

Seóhn ya había desperdiciado cuatro intentos, y esa niebla no se lo ponía más fácil. Las tres primeras flechas habían surcado el aire en parábolas demasiado excéntricas, o demasiado planas, y se las había tragado la noche. La cuarta hirió a *Dry* en un brazo, dejando un trazo rojo dibujado en el aire por unos segundos. No era un corte serio, pero ella dejó escapar un grito desgarrador, como si le estuviesen amputando el brazo. No estaba acostumbrada a sentir ningún tipo de dolor, sino a vivir entre embelecos.

La quinta saeta, por fortuna, se clavó donde debía, aunque la alegría del joven duró poco. Su nueva esposa encajó el disparo en el vientre, en una esquina de la diana, pero la inercia de la flecha fue casi la misma que la de un martillazo. Dryana vació sus pulmones en un quejido sordo, se dobló sobre la barriga y casi cayó al suelo. El gigante Ruwaldi tuvo que volver a ponerla de pie, de mala gana. Dos riachuelos de lágrimas se derramaban por la cara de la joven,

una mitad de dolor, la otra de angustia.

Lord Vseval estalló en aplausos, subido a su alto solio en la cúspide de la estatua. Desde allí gozaba de la mejor vista.

—¡Bravo! Buena puntería, jovencito. Ya conoces las reglas, *Dry*: debes retroceder diez pasos. —Soltó el característico balido que tenía por risa. Esperó a que su súbdito colocase a su hija en posición y añadió—: Aunque, para serte sincero, no creo que con las pocas descargas que le quedan al inútil de tu marido puedas alcanzar el extremo del campo. Ah, y recuerda que si alguna de ellas no se clava en la diana, no daré por válido el tiro.

Se oyeron carcajadas de fondo, salpicando el gentío. Muchas de aquellas cabecitas miraban con ojos horrorizados lo que estaba pasando, pero incluso a ellas se les notaba esa sed de sangre, esas ganas de purgar lo maléfico que Vseval les había inculcado. Una perversa magia flotaba en el aire e inducía esa clase de pensamientos en todos ellos, aunque nadie pudiera señalar su origen.

Los clérigos de Exerpes que residían en la torre (y que habían sido enviados por Donnegar para ayudar en el parto, unos días atrás) llevaban horas perdidos en sus letanías, bendiciendo una y otra vez aquellos dementes juegos.

Fue el señor del torreón, precisamente, el primero en notar que algo iba mal.

Empezó cuando el desgraciado Seóhn agarró la siguiente flecha, y estuvo luchando contra sus propios temblores hasta encajar pluma y cuerda. Sabía perfectamente que, aunque diera de lleno en la diana, el golpe podría matar al bebé, pero no le quedaba más opción que continuar. Si se negaba, el hacha tricéfala de Ruwaldi degustaría la sangre de ambos.

Vseval aplaudía como un niño medio tonto que le riera la gracia a un bufón. El metal de los medallones de Exerpes que tenía colgados del cuello servía de soberbio espejo a los etéreos rayos de luna.

Sus aplausos murieron poco a poco, como una canción que se apaga, cuando el lord sintió el temblor en el andamiaje.

Miró extrañado hacia abajo, a la intrincada red de vigas de madera y escudos ganados en olvidadas victorias, que sus carpinteros habían claveteado en forma de estatua. Era un ídolo

concebido para darle gracias a Exerpes por tantas bendiciones, y para suplicarle, de paso, que les librara de la maldición. Su hija había cometido un error terrible confiando en la magia impía de la bruja, y los había condenado a todos. Exerpes odiaría su linaje y solo les dispensaría desgracias a partir de entonces, como a aquellos que se entregaban a la pendencia y al oprobio… a menos que hicieran algo para demostrarle su devoción. La idea era quemar el ídolo esa misma noche, después de zanjar el asunto del bebé, metiendo unas cuantas reses dentro de la pira.

Eso agradaría al dios; el aroma de los sacrificios siempre apaciguaba los epicúreos apetitos de los dioses.

Pero nada de lo anterior explicaba por qué el ídolo se tambaleaba, amenazando con tirarlo a él fuera de su trono.

Nadie más parecía haberse dado cuenta de lo que pasaba. Todos, desde su guardia personal hasta el último de los espectadores, estaban concentrados en los disparos de Seóhn. Vseval miró hacia abajo, preocupado, intentando distinguir algo en la base del ídolo. La niebla y la temblorosa luz de las antorchas convertían la negrura bajo el andamio en una nube de carboncillo gris.

Pero sí que distinguió algo.

Supo que era un cuerpo humano porque era fácil reconocer la familiar silueta de dos brazos y dos piernas. Pero si la veía así, de manera tan nítida, era porque estaba tumbada en el suelo, perpendicular a él. Y si el hombre estaba tumbado, era porque estaba muerto. Ningún guardia se echaría a dormir en una noche como aquella.

Alguien se le había acercado por detrás y lo había quitado de en medio con un golpe contundente. Ese mismo alguien que Vseval distinguió entre las vigas de madera. Ese mismo alguien que, plantándose lo más firmemente que pudo sobre ambas piernas, tenía sus musculosos brazos encajados como palancas bajo la viga principal, y estaba haciendo fuerza para tratar de levantarla en peso.

Ese mismo alguien que iba a tirar el ídolo abajo, sobre las mismísimas cabezas de los guardias.

Dunn no se había enfrentado nunca antes en su vida a un desafío como aquel, pero intentarlo le pareció lo más sensato dadas las

circunstancias. Era la única oportunidad que tenía de desembarazarse de un plumazo de la guardia armada de aquel tipejo.

Estaban casi todos formando una fila que seguía la pared del recinto, vigilando las salidas. Si lograba tumbar de costado el enorme ídolo, caería sobre sus cabezas y los aplastaría como un martillo divino. Pocos se librarían, y los que sobrevivieran, atrapados entre la maraña de tablones y vigas, no serían capaces de darle persecución una vez se llevara al joven arquero y a su esposa. Ya le había echado el ojo a las caballerizas.

Porque eso era lo que quería Vorty, ¿verdad? Que rescatara a esos pobres desgraciados por algún motivo que solo ella entendía.

Resopló. Como volviera a ver a ese intrigante fantasma, se aseguraría de cantarle las cuarenta antes de que desapareciera de nuevo.

En el centro del campo de justas, un Seóhn en las últimas, tanto mental como físicamente, tensó la cuerda de su décima flecha. No quedaban más dentro del carcaj. No más oportunidades. Frente a él, a veinte pasos, su esposa le miraba con ojos consternados, consciente del espantoso destino que le esperaba en cuanto él dejara volar la flecha. El universo mismo se había quedado paralizado en mitad de un latido.

Dryana se agarró el vientre con ambas manos, suplicando a todas las deidades que conocía, e incluso a las que no, clemencia por la vida del niño que estaba allí dentro.

Entonces, los titánicos brazos del bárbaro se tensaron, sus músculos duros como cuerdas de acero, sus venas saliendo de la piel como gusanos, sus ojos inyectándose en sangre por la presión que obligaba a ejercer al resto del cuerpo sobre aquel enorme andamiaje. Y el ídolo se tambaleó.

La última flecha voló dejando una cicatriz lineal en la bruma; Dryana cerró los ojos y sintió un martillazo en el vientre. Con gran dolor se combó sobre sí misma y cayó al suelo. Lo que salió de su boca fue un apagado «Ah…».

La flecha había dado en el blanco con la mínima fuerza necesaria como para clavarse, lo que equivalía a que le hubiesen dado un puñetazo. Con los ojos desencajados del dolor, sin embargo, *Dry* pudo ver algo asombroso: precedido por un alarido

de pánico que procedía de su cúspide, el enorme ídolo se inclinó de costado y cayó cuan largo era, una escoba que barría un amplio volumen de niebla, un titán al que le hubiesen amputado las piernas. Aquel alarido tenía el inconfundible timbre de lord Vseval, quien, durante los tensos segundos que duró el desplome, y con la razón paralizada por el miedo, reaccionó agarrándose al trono como si evitando salir despedido pudiera hacerse menos daño.

Evidentemente, no fue así.

El ídolo golpeó el suelo justo sobre la línea de soldados, matando menos de los que Dunn había esperado. Solo la mitad de ellos sucumbieron a semejante cataclismo, que emitió una nota poderosa y contundente, un estampido con una ensordecedora resonancia de catedral.

Se hizo el silencio. La gente contemplaba atónita lo que había pasado (incluyendo los guardias supervivientes) como si fuera un sueño, una pesadilla colectiva que de algún modo hubiese invadido la realidad en aquella noche de portentos. A todos les pitaban los oídos y les temblaban las piernas. La gran mayoría ensayó signos religiosos con los dedos.

Cuando los animales de las caballerizas lanzaron sus relinchos, todo el mundo reaccionó a la vez: la servidumbre para gritar aterrorizada, los nobles visitantes para esconderse tras sus siervos y salir de allí cuanto antes, los guardias de lord Vseval para buscar frenéticamente los restos de su amo y comprobar si estaba vivo. Lo primero que advirtieron, sin embargo, fue que el ídolo había caído oblicuamente, o bien al desintegrarse se había expandido hacia los lados, dividiendo el campo como un muro infranqueable.

A este lado estaba la gente. Al otro, los protagonistas del teatro del absurdo.

El gigante Ruwaldi se había quedado aislado también al otro lado del muro, junto a *Dry*, Seóhn… y la persona que contra todo pronóstico había tumbado al coloso. Ahora la vio con claridad, una forma oscura y compacta saliendo de la masa en suspensión de polvo. Un hombre que sacudía los brazos para relajar sus músculos tras el descomunal esfuerzo.

Una sonrisa de ansiedad asesina definía su feo rostro. Ruwaldi reconoció a un igual, a un guerrero nacido en algún olvidado campo

de batalla que solo hallaba el éxtasis y la autorrealización en caóticas vorágines de muerte.

Se puso en posición de combate, enarbolando su hacha a dos manos. El contrincante sostenía cogida del revés, con la empuñadura en el envés de la mano y la hoja paralela al brazo, una espada con el filo lleno de mordiscos.

El gigante, a pesar de que no era vranoi y que su único vínculo con ellos era el deseo de matar a cuantos más mejor, se quedó patidifuso al reconocerla.

No tuvieron la descortesía de intercambiar fútiles amenazas. Con dos gritos gemelos de furia, que habrían avergonzado a los leones de las llanuras y a los osos de los collados, se lanzaron el uno contra el otro como dos montañas andantes. Ninguno poseía armas sutiles, de formas rápidas y esgrima burlesca, sino grandes amasijos de metal diseñados para barrer y aplastar, para machacar y cortar. Así que no intentaron convertir el duelo en una danza de bailarines blindados, sino en una colisión de mamuts.

Dunn invadió primero el radio de amenaza del arma enemiga e instigó el primer golpe, fijándose de dónde provenía, qué arco describía en el aire. La masa indistinta de guadañas que conformaba la cabeza de aquel hacha apareció por la derecha, de abajo hacia arriba, para no dejar ningún espacio bajo la curva por el que su enemigo pudiera colarse con una voltereta. Era una maniobra inteligente y bien medida, pues la única opción que dejaba era el retroceso. Además, Ruwaldi no se había extralimitado con la fuerza que imprimió al golpe, pues reservó buena parte de ella para matar la inercia y recuperar cuanto antes el asta para cubrirse.

La lucha se convirtió en una sucesión de embestidas que generalmente acababan con el hacha arrancando una explosión de esquirlas de los restos del ídolo; con Dunn golpeando ferozmente (aunque con más velocidad que fuerza, para que la primera fuese a la vez amenaza de corte y sustitución de un escudo); y con golpes traicioneros de piernas y puños que buscaban desestabilizar equilibrios, más que hacer daño. Ninguno peleó con honor, sino empleando las técnicas más sucias que conocían. Aquel combate no se ganaría con nobleza, con voces de capitanes clamando espléndidas como trompetas de plata, sino con sudor, peste y rabia.

Hubo un momento en que la hoja de Dunn tocó el mástil del

hacha de Ruwaldi y lo acompañó hasta la mitad de su longitud, hasta un punto en que el guante cobrizo del otro hizo de guarda. Ese paseo arrancó una nube de chispas que iluminaron sus rostros, dos caras desencajadas de rabia que por un instante se acercaron tanto la una a la otra que pudieron olerse el aliento.

Permanecieron allí, inmóviles, empujando con todas sus fuerzas para encontrarse solo con un muro imbatible. Ruwaldi fue quien antes conoció el miedo, pues ahora que los tenía pegados a su cara, halló en los ojos de Dunn una cualidad inhumana, el fuego apenas contenido de algo que hacía décadas que no se paseaba por esta tierra.

La rabia de Dunn, lenta y tractiva como una galerna que se lo lleva todo por delante, sacudía su cuerpo con espantosos escalofríos.

De fondo, Seóhn fue a recoger del suelo a una aterida *Dry*. Se la llevó a las caballerizas y, sabiendo que solo disponían de minutos (o segundos) antes de que el resto de la guardia sorteara los escombros, eligió un rocín y la montó a ella primero. Sin silla, no había tiempo para eso; en su lugar destrabó de la pared una de las mantas que protegían a los animales del frío nocturno y la echó por la grupa.

Con un enérgico «¡Hey!» clavó sus tacones en los ijares del rocín y salieron disparados hacia la noche. De reojo vio cómo dos montañas de músculos luchaban como si al perdedor lo fueran a filetear para dárselo de comer al otro. No se detuvo. No sabía quién era aquel energúmeno que les había ayudado, ni por qué estaba peleando. A lo mejor ni siquiera tenía nada que ver con ellos. Podría ser un asesino contratado para matar a su suegro… cosa que a todas luces había conseguido.

Se olvidó de él y guio al caballo hasta la salida trasera, por donde huían los reos que lograban sobrevivir al cruel jueguecito. Ninguno lo había conseguido, por lo que tenía entendido, por eso no estaba seguro de si la puerta estaría abierta o no.

Lo estaba. Al menos había que dar las gracias a Vseval porque, dentro de su mundo retorcido y sus desalmadas aficiones, tuviera un mínimo sentido del respeto por las reglas.

Mientras el rocín de los amantes desaparecía en la noche, la brutalidad del duelo entre los colosos se recrudecía. Ruwaldi, perdida su hacha porque los espadazos le habían quebrado el

mástil, abrazó al bárbaro y empleó sus dientes para morderle la oreja, arrancándole de cuajo medio pabellón auricular. Dunn chilló de dolor, echó la cabeza hacia atrás y convirtió su frente en un martinete, golpeando la nariz del otro hasta que descorrió un auténtico crespón de sangre frente a sus ojos. Ciego, el gigante intentó engancharlo con un abrazo de oso que le habría partido la columna, pero Dunn dio unos pasos atrás, ejecutó un salto para voltear la espada sobre sí mismo y la descargó en un tajo tremendo sobre el muslo de su adversario.

Ruwaldi intentó seguir moviendo esa pierna, a pesar de que ya no le funcionaba, pero fue inútil. El tajo de Dunn había convertido en cuerdas deshilachadas demasiados tendones. Palpó el suelo hasta encontrar la mitad delantera de su hacha, la elevó en el aire en busca de venganza…

… Y no pudo seguir, pues la hoja de Dunn recuperó la inercia del anterior golpe para ensayar una estocada oblicua, de abajo hacia arriba, que lo desjarretó abriéndolo en canal.

Ruwaldi dejó escapar un último soplido más desde el bazo que desde los pulmones, y emuló al ídolo de su amo, cayendo cuan largo era sobre el barro.

Dunn retrocedió entre jadeos, derramando una suerte de espumarajos por la boca. Se miró los brazos y vio algo que le asustó: no eran extremidades de hombre, sino troncos cordados de lianas con las venas a flor de piel y un mapa de tendones que desde luego no encajaba con el género humano. Fue a morderse el labio por la angustia, pero una longitud no prevista de sus colmillos le truncó el gesto.

Su cuerpo había cambiado, la ira lo había hecho mutar físicamente, no solo psicológicamente. El terror atravesó el alma de Dunn como un puñal, trayéndole imágenes dormidas de antiguas catástrofes, fragmentos de recuerdos de aquellos días en que, como avatar de la Furia, recorrió el mundo dispensando crueldad y muerte.

No quería volver a eso. Nunca jamás, ni siquiera por encontrar a Yara. Lo malo era que cada vez que se dejaba arrastrar por ese impulso vitriólico y homicida, por esa furia ciega que nacía en su interior y lo convertía durante un rato en una máquina de matar… se detenía cada vez más cerca del abismo. Algún día no lograría

pararse a tiempo y se precipitaría por él.

Lo peor era lo que sabía que estaba esperándole al final de esa caída, al fondo de ese abismo, para darle la bienvenida. El espíritu del Antauros, que continuaba durmiendo en su alma, uno de sus ojos ya medio abierto.

Acongojado, el bárbaro salió corriendo hacia el fondo del campo, hacia la misma puerta que había atravesado el rocín segundos atrás. Vio sus siluetas haciéndose pequeñas más allá del río, y decidió ir con ellos. Las flechas de los centinelas caían como una llovizna a su alrededor. Esa noche las lunas se hicieron viejas antes de tiempo, y no iluminarían más la tierra.

Era turno de Vorty para explicarse, si es que se dignaba.

El abismo estaba ya tan, pero tan cerca…

Anusstka Ilyobria
(Los frutos del fuego)

1

Una sensación de fatigado peligro, de opresiva y fatal predestinación, fue la que me acompañó cuando entré en la Cámara del Fuego Sortílego para ver el árbol. Tuve que sortear muchos controles y presentar varias veces mis credenciales como sacerdote de Exerpes y milurión de sus ejércitos, porque ni siquiera a mí se me franqueaba el paso con facilidad. No allí dentro. No con aquel tesoro en riesgo.

La sala era redonda y estaba coronada por un haz de nervios de piedra, que visto en perspectiva adquiría la redondez y opacidad de una cúpula. Había estatuas de jade por todas partes, representaciones de los mártires de la fe. Eran hermosas, y solemnes, pero a mí se me antojaban espectros que desbordaban la complejidad de mis recuerdos.

Y el árbol.

Estaba allí, en el centro de la gran bóveda, un cedro cruzado con un abeto con la fuerza de un roble y la altura de un aliso. Una planta con flores que nunca dejaban de arder y un tronco que parecía inmune a una carbonización de milenios. Desprendía un tremendo calor que llegó hasta mí en oleadas, en cortinas fosforescentes que lamían las estatuas como si cada una se estuviera sometiendo a un juicio, esperando su fracción de eternidad.

El Árbol de Fuego, la lágrima viva de Exerpes.

Había alguien más arrodillado junto a sus raíces.

Al principio pensé que se trataba de un cadáver, quizá un jardinero que se había acercado demasiado hasta que una lengua de llamas lo convirtió en una brasa. Porque era una figura pintada de negro carbón, humeante, encorvada sobre sí misma e inmóvil. Los restos de alguien asesinado por las llamas de la fe.

Pero no; a pesar del color carbón y del hollín, estaba viva. Y,

cuando se dio cuenta de que no estaba sola, me miró.

Una sonrisa fue lo primero que obtuve de ella.

—Ah, Donnegar, mi hombre de confianza —dijo el alto estáter Impéragon—. Acércate, por favor. Ven a disfrutar del martirio ígneo conmigo.

Obedecí, aunque no estaba en mis planes aproximarme tanto al origen de las oleadas de calor. El estáter y yo éramos los únicos seres vivos que había en la sala, me atrevería a decir que a todos los niveles en que la palabra «vida» era concebible.

Me arrodillé junto a él. El capullo de fibras de insecto que lo cubría aún estaba allí, aunque medio achicharrado por las llamaradas. Las partes que seguían enteras parecían haberse fosilizado. La piel de Impéragon estaba expuesta al aire, otra vez, y aún seguía teñida del henna ritual… aunque lucía ampollas que erupcionaban como volcanes aquí y allá. Era lo que me esperaba a mí de permanecer mucho rato en la sala.

—¿Crees que elegimos nacer, Donnegar? ¿O estamos condenados a ello desde que alguien nos concibe como mera… ya sabes, posibilidad?, —preguntó el estáter.

Medité bien la respuesta. Tan cerca de aquel milagro vivo, de aquel árbol, parecía que solo había espacio para la filosofía.

—Creo que siempre hay elección. Incluso a ese nivel tan metafísico. Nuestro dios es una elección en sí mismo.

—Es verdad. —Apretó los dientes cuando otra oleada de calor nos bañó. Yo sentí como si me estuvieran colgando todo el cuerpo en el espetón de una hoguera, era horrible. Por fortuna solo duró unos segundos. Impéragon, por el aspecto que tenía, debía de llevar horas allí dentro, martirizándose con devoción—. Exerpes es una elección viva, la mejor de todas. Había un verso en los primeros manuscritos sagrados que se eliminó por considerarse políticamente incorrecto. Decía así: «Las entrepiernas fundidas del dios se balancean al compás del latido del mundo». ¿Lo habías oído alguna vez, Donnegar?

—No, mi señor. Pero me sorprenden sus connotaciones sexuales, como si se insinuara que… Exerpes copula consigo mismo.

—Ese es uno de los grandes misterios —asintió el estáter—. Hay quien piensa que las dos caras de Exerpes son de diferente género, una hombre y la otra mujer, y que copulan sin cesar en los confines

del tiempo. Los frutos de tan incestuosa unión son las estrellas del firmamento, como si en lugar de tener hijos pusiera millones de huevos.

—Es una leyenda… intrigante.

—Sí, pero el verdadero quebradero de cabeza de los filósofos no es averiguar si es cierta o no.

Arqueé una ceja.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es?

—¡Saber cuál de las dos caras, si la bondadosa o la malvada, es la masculina!, —rio Impéragon, al tiempo que otra oleada nos sacudía con lametones de ascuas. Estaba empezando a hartarme de aquello. Tenía una misión que cumplir, aunque… ahora que el propio Impéragon estaba presente, podría ser él quien…

—¿Vais a comeros los frutos sagrados, los que inducen visiones del futuro?, —le pregunté a quemarropa.

Su silencio meditabundo no me gustó.

—Si en un arranque de furia instigado por la locura cortase mi propio cuello con una daga, no sería menor crimen que ese, Donnegar. ¿Arriesgarías la vida del patriarca de tu Iglesia por obtener pistas sobre nuestro porvenir? ¿Tan fácilmente decapitarías al mesianado? —Suspiró—. Este prodigio que tenemos delante, con toda su parafernalia de efectos y fenómenos, no es sino una puerta. Un umbral que conduce al futuro, aunque a un alto precio…

—Es vuestro deber, pues, cruzarlo. Sois la cabeza y el corazón de la Iglesia de Exerpes en este mundo. Solo vos tenéis garantías de sobrevivir a tal prueba, porque el dios os protegerá. El país *necesita* que lo hagáis —insistí.

Impéragon me miró bajo su mortaja de hilos. No parecía contento con lo que le estaba sugiriendo.

—No te faltan dientes, Donnegar, y eso me gusta. Alguien tiene que ser transportado por esos frutos al vestíbulo de la revelación, en efecto —murmuró—, pero no debo ser yo. Al menos, no yo solo.

Lo miré de reojo.

—¿A qué os referís, mi señor?

—Ah, Donnegar, siembre supe que un destino más importante nos unía, a ti y a mí. Sé por qué has venido a esta sala, en este día aciago: querías dar el paso definitivo, someterte a la prueba de fuego. ¿Tengo razón o no?

—No puedo negarlo.

—¡Pues hagámoslo! Dicen que esos frutos son venenosos, pero teniendo otra alma pura a mi lado para protegerme, las posibilidades de sobrevivir a la prueba son muchísimo más altas. Tú mismo lo dijiste: el dios me protegerá. A lo mejor eres tú el instrumento de ese milagro, y por eso has coincidido aquí conmigo.

Asentí, despacio. Me estaba metiendo por mi propio pie en una trampa, pero al fin y al cabo era lo que había venido a hacer. Lo que jamás imaginé era que iba a tener como compañero de viaje al mismísimo estáter.

—Tenéis razón, es lo más juicioso, mi señor. Comamos los frutos, participemos juntos de los misterios… y que la bondad de Exerpes nos ayude.

Jubiloso, Impéragon abrió la mano y me mostró lo que llevaba un rato largo escondiendo: un puñado de semillas del árbol. Despedían un brillo dorado y una especie de sonido agradable, como pájaros despidiendo con aflautados coros al astro rey.

Volcó la mitad de ellas en mi mano y se metió las otras en la boca.

—Venga, pues: hablémosle en persona a Exerpes de nuestro desempeño como heraldos de su mandato. Pidámosle consejo, pues solo él sabrá decirnos lo que ha de venir.

Y se tragó sin masticar los frutos, semejantes a nueces enanas.

Hice lo mismo, rezando porque aquello fuera una buena idea. Cuando Impéragon dijo que se sentía bien por tener un alma pura a su lado para «protegerlo», en realidad se refería a que, de haber muerte, prefería que fuese otro quien se inmolara en su lugar.

No tardé ni un minuto en experimentar las primeras visiones.

El viaje de Donnegar:

Al principio fue una sensación de estar cayendo, aunque no sabíamos hacia dónde. Las sombras se alternaban con luces sin fundamento real. Esquemas de líneas mágicas componían murales inspirados por las pesadillas de un demente. Caímos…

Impéragon no era él, sino una especie de avatar con forma de culebra voladora. Yo mismo tenía la forma de un ofidio, aunque mis escamas eran de otra tonalidad. Volamos a gran velocidad sobre vanguardias de zonas etéreas y retaguardias

de masa física, internándonos en un sueño. Dejando aparte toda la carga mitológica del hecho, ya era una experiencia inconcebible. El espacio había mutado a nuestro alrededor para parecerse… a otra cosa. Era como si el tacto ya no tuviese sentido, y todo se diluyera en una ausencia, un vacío.

De fondo había un tremor que se filtraba dentro de nuestros oídos, una miasma antiséptica que acechaba sigilosamente bajo un permafrost de vacío. Antinatural. La palabra retumbaba en mi cabeza. No parecía un entorno concebido para albergar ni vida humana ni de cualquier otro tipo, solo algo hecho para contenerse a sí mismo. Para *ser*, más allá de opiniones humanas o celestiales.

Si la caída a través de las realidades ya me había parecido chocante, con sus horrendas demostraciones de la futilidad del sentido común, si sus asertos no bastaban no ya para explicarlo, sino tan siquiera para definirlo… el lugar a donde fuimos a parar iba más allá de todo eso. Era más una convención que un entorno, una parada brusca en la comprensión de lo posible donde las distinciones entre el arriba y el abajo eran bagatelas tan poco importantes como una broma de mal gusto.

Sombras de entidades titánicas se derramaban sobre nosotros siendo mucho más que eso, pues la ausencia de luz implicaba su sustitución por otra cosa. Las sombras eran caricias y mensajes, respuestas a preguntas disparadas hacia mi cerebro que precedían a las preguntas.

Territorios de pensamiento sin lógica. Aromas percibidos como cambios en la mecánica celeste. Fábulas sobre visitas al inframundo de héroes legendarios que jamás fueron contadas.

Y algo que me hizo abrir los ojos. Voces humanas en la distancia.

Estábamos de pie en un campo fértil, mirando hacia poniente. Ya volvíamos a tener aspecto humano otra vez, o esa impresión me dio. Delante de nosotros tenía lugar una escena que resultaba difícil asimilar en todos sus detalles: largas columnas de seres humanos, agotados tras lo que parecía un largo viaje, habían llegado por fin a un emplazamiento que colmaba sus expectativas. Un lugar donde se podía sembrar y recoger con seguridad lo sembrado, y que no era coto de depredadores.

Aquellos emigrantes, procedentes (no sé cómo lo supe, pero lo supe) de tierras más frías e inhóspitas, plantaron

tiendas sobre las ruinas de una antiquísima ciudad que en tiempos se levantó allí mismo, junto a la cuenca de un lago seco. ¿Velmisia?, me pregunté. ¿Cuánto nos había hecho avanzar la droga divina hacia el futuro?

En segundos creció ante nuestros ojos una comunidad próspera, con todo lo que el hombre necesita para definirse a sí mismo. Poco a poco se fueron añadiendo capas de complejidad a esa estructura, a esa forma de vivir: de la ganadería básica y la trashumancia a la siembra y la recolección, de ahí a los oficios y de estos a la civilización y la cultura. En el cielo apareció una gigantesca sombra que vigilaba igual que nosotros lo que pasaba a ras de suelo; una sombra que me estremecí al reconocer como el ojo divino de Exerpes.

Vi cómo se alzaban ciudades, y cómo los hombres se preguntaban por los misterios de aquello que no podían comprender y que, desde el alba de los tiempos, se englobaba en el significado de la palabra «magia». Esas preguntas dieron lugar a un culto que se parecía muchísimo a lo que nosotros teníamos en nuestra época, una religión basada en los prodigios que eran el pan de cada día de aquella sociedad protegida por sus dioses. Pero había algo distinto, me di cuenta enseguida…

Los sacerdotes que canalizaban aquellos hechizos estaban exentos de cualquier don parecido a lo que llamábamos «moral». La magia que invocaban no era ni buena ni mala, no estaba dividida en absolutos. Un conjuro podía ayudar a nacer a un niño mientras desataba una desgracia sobre su familia, y otro podía proteger a un guerrero en una contienda reservándole un destino funesto cuando esta terminara. Bien y mal estaban combinados en una mixtura, no había distinción de juicios ni de consecuencias. Era una magia completamente neutra.

Pero los sacerdotes no estaban contentos con esa neutralidad, ni ellos ni su pueblo. La gente necesitaba fiarse de algo, confiar en que la ayuda de su dios llegaría sin apuñalarlos por la espalda. Por eso la fueron estudiando y desmenuzando en sus partes más pequeñas, hasta que descubrieron que había leyes tras ella, y que esas leyes se podían manipular.

Dividieron la magia en dos partes, positiva y negativa: una para la paz y otra para la guerra, sin saber que la sombra que los vigilaba, el ojo del dios, estaba sufriendo las

consecuencias; se dividió en dos mitades no idénticas pero sí complementarias, y chilló de dolor. Un dolor lacerante e infinito que llevó a la creación de dos entidades con conciencia propia donde solo debió haber una. Dos caras de la moneda. Un ser bicéfalo.

La escena del futuro lejano cambió para centrarse en lugares y épocas que conocíamos mejor: la nuestra, y el bosque de bambúes que rodeaba Velmisia. Allí fue donde vimos una copia de esa Sombra Primigenia, de ese ojo de Exerpes, que se arremolinaba como una nube de tormenta. Lo hizo sobre un lugar donde una parturienta acababa de dar a luz una aberración. La Sombra, que hasta ese momento era doble (tal y como habíamos contemplado en la anterior visión), volvió a unirse de nuevo y entró dentro de aquel bebé. Lo que sería dividido por la ambición de los hombres volvería a unificarse en una sola cosa, y usaría a ese niño como vehículo para el cambio.

Entonces lo entendí todo, y dejé escapar largos ríos de lágrimas que fluyeron por mis mejillas. Lágrimas de pena, de zozobra y desazón. De comprensión tardía.

Porque ahora conocía el porqué de todo.

Desperté, llevándome a Impéragon de vuelta al mundo real.

El alto estáter abrió los ojos, desorientado. Estábamos de regreso en la cámara del Árbol de Fuego, cada cual en su propio cuerpo. Las mentes no habían equivocado el camino de regreso, y se habían metido cada cual en su recipiente.

Pero de los dos, solo yo estaba llorando. Solo yo lo había entendido.

—¡Majestuoso!, —exclamó Impéragon, poseído por un éxtasis profético—. ¡Así que eso es lo que nos espera! ¿Pero quiénes eran esos emigrantes, ese pueblo primitivo? ¿Y por qué no conocían los dones de Exerpes hasta que fundaron su ciudad? ¿Son nuestros archi lejanos descendientes, acaso?

Negué con la cabeza, taciturno.

—No, mi señor. Me temo que no lo habéis comprendido.

Ese comentario consiguió irritarlo.

—¿Cómo te atreves, Donnegar?, —imprecó—. ¿Osas insultar mi inteligencia, acaso, o es el lazo que me une con nuestro dios lo que criticas? —Su mano me tomó por la mandíbula con enfado, como si

fuera una marioneta o un esclavo—. ¿Es que quieres morir?

—Lo que más deseo ahora mismo es morir, correcto. Pero no de la forma que vos imagináis —dije, consternado. Necesitaba salir de allí y respirar aire puro o me volvería loco. Aun así, aguanté lo suficiente para decírselo—: Lo que habéis visto no es el mañana, mi señor, sino el ayer. Un pasado remoto en el que nuestros ancestros fundaron lo que, con el tiempo, sería la más majestuosa ciudad del universo. Erigida, por lo visto, sobre los huesos marchitos de otra que la precedió. Seguro que si ordenáis excavar lo suficiente bajo los cimientos de la ciudad actual, hallaréis esas viejas rocas.

»Nuestros predecesores tuvieron la culpa. Ellos dividieron la magia en dos partes, y con eso, incomprensiblemente, consiguieron partir en dos mitades a nuestro dios. De alguna manera las potencias y los cultos que les rinden pleitesía (y el uso mismo de sus dones divinos por los simples humanos) están inextricablemente ligados. El cambio de unos afecta a la metamorfosis de los otros. Eso es lo que significa la visión, mi señor. No lo que va a ocurrir, sino lo que ya ocurrió.

Impéragon se alejó a trompicones del Árbol de Fuego, buscando algo de frescor que le permitiera pensar con claridad. Él también empezaba a darse cuenta de la verdad.

—No… no puede ser. ¿Y… y ese último fragmento, ese bebé nacido entre bambúes…?

—Creo que eso no pertenece ni al futuro ni al pasado, sino que está sucediendo ahora mismo —arriesgué—. Exerpes se ha fusionado de nuevo en una sola entidad, con lo que cambiará la naturaleza misma de la magia. Y ese bebé es la clave.

2

Seóhn y Dryana cabalgaron durante horas, alejados de los senderos y siempre con un ojo puesto a su espalda. Habían encontrado la fuente del riachuelo y la habían sobrepasado, bordeando densos cañaverales de un ocre quemado. Antes de que se dieran cuenta estaban metidos en lo que los campesinos llamaban «la gran selva de bambú», que rodeaba la capital.

Los delgados árboles alineaban las marcas de sus troncos como

si fueran uniones de hueso, elevándose hasta alturas inconcebibles. Formaban una empalizada que, sin apenas sensación de profundidad, si uno la miraba de frente no mostraba ningún hueco entre las cañas, ninguna forma de pasar.

Todos decían que era un bosque mágico, ya que el bambú no crecía de forma natural en esas latitudes. El suelo estaba revestido por una alfombra de panojas ramosas que crujía bajo las pisadas del caballo, igual que aquella vez que los vientos trajeron una plaga de langosta que dejó las ciudades alfombradas de insectos muertos.

El doliente gemido de la joven advirtió a su marido que ya no podía aguantar ni un minuto más. Dejaron que el animal pastara a su antojo mientras ellos se acomodaban sobre un montón de hojas.

Dry, con la cara devastada por las lágrimas, le dijo a Seóhn:

—Ya… ya viene… pero algo va mal…

—No digas eso, mi amor —tembló más que habló. Estaba más aterrorizado ante la idea de ejercer de comadrona que cuando se encontraba a merced del hacha de Ruwaldi—. Todo saldrá bien, ya verás.

Las uñas de ella se le clavaron en el brazo.

—¡No! No lo entiendes, el bebé viene… pero siento que no es como debería. Algo… algo malo está pasando…

La joven abrió las piernas, pero no se quedó acostada, sino que se puso en cuclillas. Era la forma como parían las mujeres del campesinado, y como le habían enseñado a ella las matronas de la corte. Tú simplemente despéjale el paso, dale gravedad y empújalo, que él caerá, le dijo la vieja comadrona Infhesda, la misma que había atendido a su madre y a su abuela… aunque claro, eso fue antes de verla como un rostro más en aquel gentío vociferante que pedía la muerte del niño.

¿Qué les había pasado a todos?, por Exerpes; ¿cómo habían llegado a perder la cordura de esa forma tan radical y espontánea? Su padre no era tan buen orador, no los habría convencido a todos (ni él mismo habría caído en ese pozo de locura) si no hubiese algo detrás.

—¡¡¡AAAHHHH!!!, —fue su alarido desgarrador, acompañado por un torrente de líquido que le inundó las enaguas.

Seóhn se puso pálido, al borde mismo del desmayo, pero siguió agarrando su mano. Él mismo se dio cuenta de que eran las uñas de

Dry, y el dolor de tenerlas clavadas hasta la corva blanca, lo único que lo mantenía despierto.

—¡YA VIENE!, —gritó Dryana, y a la mierda con el sigilo y la discreción. Que les oyeran en medio bosque si querían, o más allá de las fronteras del mesianado, pero necesitaba desahogarse. Su cara era un rictus comprimido de tensión, un solo músculo abotargado, un par de mandíbulas incrustadas una en la otra que tiraban del resto de la piel (ojos, nariz y cejas incluidos) en la misma dirección. *Dry* estaba tan roja que parecía que alguien hubiese metido velas en su garganta. El Ur que había vaticinado Yara, y que se retorcía como un tatuaje vivo en la piel de la chica, humeaba con energías arcanas.

De pronto, todo acabó.

Entre las piernas de la muchacha había una cosita cubierta de sangre y sustancias indefinibles, unida todavía a *Dry* por una especie de puente. Un puente que latía y por el que aún circulaba el icor de los dioses. Esa cosita temblaba de frío, así que Seóhn la recogió a toda prisa y la acunó entre sus brazos. No cesaba de mirarla, atónito.

Era la cosa más hermosa que había visto en su vida, y eso que, en efecto, todo su ser, toda la sabiduría instintiva de la especie, le advertía que había algo mal en aquel bebé. Algo que no era natural.

Se dio cuenta de qué era con un escalofrío, pero no antes de percatarse de que alguien los espiaba.

Seóhn se levantó de golpe y fue a buscar inútilmente al cinto su daga. Era un arma más ceremonial que ofensiva, pero a él le gustaba llevarla porque tenía la guarda incrustada de pedrerías. Había sido un regalo de su padre por unos esponsales a los que al final no le habían invitado… un regalo que ahora debía de descansar probablemente en el suelo del campo de justas, al lado del cadáver de lord Vseval.

La cosa era que estaban rodeados de foresta, no había manera de pedir ayuda, alguien que podría ser amigo o enemigo los había encontrado… y él estaba desarmado y con un bebé en los brazos.

—¡Piedad, no hemos hecho nada!, —le suplicó a la corpulenta sombra que se adivinaba entre el enrejado de bambúes—. Mi mujer está moribunda, por lo que más queráis, ayudadme…

Entonces lo reconoció. Supo quién era la sombra. ¡El bárbaro

loco que había tirado abajo el ídolo! Pero… ¿por qué los había seguido?

Seóhn contuvo un escalofrío cuando el gigante interceptó un rayo oblicuo de luna. Sus rasgos eran algo menos que humanos y más que bestiales, pero ya no estaban tan cambiados como hacía unas horas. Como si su cuerpo entero fuera una ampolleta que pudiera crecer y mutar cuando estaba furioso, llenándose de malformaciones rubescentes, el guerrero recobraba con el tiempo un aspecto más tranquilizador.

Lo que apaciguó a Seóhn, convenciéndolo de que el bruto no quería hacerles daño (comérselos a él y al bebé, violar a su mujer cuando aún tenía el útero abierto o quién sabe qué más salvajadas que pasaron en un segundo por su cabeza), fue su mirada. El bárbaro respiraba ruidosamente, su pecho arriba y abajo con una cadencia, como si hubiese venido tras ellos corriendo… pero su mirada estaba en calma, sosegada. Era otra vez dueño de sus actos, y miraba al bebé como si nunca hubiese visto algo tan prodigioso, igual que Seóhn.

Aunque no hablaron, entre ellos se creó una especie de conexión, un diálogo silente lleno de acuerdos tácitos. Como que el bruto se quedaría a su lado hasta que los tres estuviesen a salvo de las patrullas del torreón. Como que los ayudaría a hallar un sitio seguro donde esconderse y luego proseguiría con su búsqueda, para contarle a Yara que aquel milagro había tenido lugar.

Porque no había otra forma de llamar a la presencia de aquel bebé que había nacido muerto.

Y que, aun así, seguía respirando.

Baamb’a wariossguilt-utha (La Batalla de la Catedral de Bambú – primera parte)

1

—¡Mi señor, esperad, no sabéis lo que estáis haciendo!, —le grité al alto estáter mientras lo perseguía por los pasillos.

Hecho una furia, Impéragon se volvió hacia mí encarnado en un dedo tieso y dictatorial.

—Vuelve a decir eso, Donnegar, una sola vez más, y perderás para siempre tus privilegios —me amenazó.

Hice una profunda reverencia y relajé el tono. Tenía razón, ningún sacerdote debía hablar jamás de esa manera a su líder espiritual, fueran cuales fuesen las circunstancias. Y menos en medio de pasillos atestados de gente.

—Pido disculpas y me humillo ante vos —dije, suavizando la voz—. Es que… siento con todo mi corazón que la decisión que estáis tomando es errónea. ¡No es eso lo que Exerpes quiso decirnos!

—¿Ah, no? ¿Y qué es? —Siguió caminando con paso vivo, rumbo a sus dependencias personales—. Iluminadnos, ya que vuestra sapiencia sobrepasa incluso la mía, acrol.

Tragué saliva. Ese paso al plural mayestático solo significaba malas noticias. Le dijera lo que le dijera, y presentase el argumento que presentase, Impéragon jamás me creería. Se había posicionado sobre el significado de la visión y lo que debía hacerse para contrarrestarla, y no había forma humana de hacerle cambiar de opinión.

Pero aun así, lo intenté. Yo tenía poco que perder; el mundo, demasiado.

—Eminencia, el niño ya habrá nacido, de eso no cabe la menor duda —argüí—. Probablemente contendrá en su interior las dos caras de Exerpes: será bueno y malo a la vez, una aberración y un

milagro, todo junto y en armonía. Encarnará lo peor que seamos capaces de imaginar mezclado con lo más sublime. ¡No debemos matarlo, porque como encarnación de Exerpes que es, eso solo traerá nuestra ruina!

Impéragon entró en sus aposentos, se deshizo del resto del capullo y se sumergió desnudo en una bañera perfumada. La henna salió de su piel en lágrimas aceitosas, descubriendo el tono sonrosado que había debajo.

Yo también entré en la alcoba, pero permanecí en posición de firmes en una esquina mientras sus sirvientes personales lo aseaban. Al lado del bacín de las abluciones nocturnas había una serpiente constrictora que me miraba con cara de pocos amigos.

—No me puedo creer que seas tan ingenuo, Donnegar. —El estáter chasqueó la lengua con desencanto—. La visión no significa eso. Lo sé porque soy la máxima autoridad de la Iglesia y tú un simple acrol. La interpretación correcta es la siguiente: Exerpes nos ha advertido de un terrible peligro que se cierne sobre su culto en este mundo. Hay un niño que es el mal encarnado; nada hay de bueno o de divino en su interior, solo perfidia, corrupción y muerte. Y quiere que vayamos a destruirlo, es más que obvio. ¡Hay que acabar con esa abominación antes de que crezca y adquiera la plenitud de sus poderes!

Apreté los dientes con tanta fuerza que me sangraron. Si no tuviera que contenerme y pudiera soltarle todo lo que pensaba…

—Con la mano en el corazón os digo que esa interpretación es errónea, mi señor. —Temblé—. Os lo juro por lo que más amo y respeto, que es mi devoción por Exerpes. Sé que lo que él desea es que protejamos a ese niño, porque es su nueva encarnación en este mundo. ¡Es el milagro que estábamos esperando! Si le damos muerte será el fin de nuestra civilización, porque el vínculo con la divinidad quedará arruinado.

El estáter barrió el aire con una mano.

—Basta. He tomado una decisión y no la discutiré con nadie, menos aún con un simple general. Prepara al ejército, Donnegar, y deja de ahondar en tu impertinencia. En cuanto yo esté listo, partiremos al lugar del bosque que nos mostró la visión. Allí estará el niño, estoy seguro.

Bajé la cabeza, resignado. No había nada que hacer.

—Sí, estáter. ¿Debo movilizar a toda la legión?

—No, no creo que haga falta. La ciudad debe permanecer defendida. Llama a los hijodalgos de Vurha, y a su comandante, esa mujer… —Chasqueó los dedos, no recordaba el nombre—. ¡Blikka! Se llamaba así, ¿verdad?

—En efecto, mi señor.

—Perfecto. Nos acompañarán y desempeñarán la desagradable labor una vez estemos allí. Por cierto, ¿qué hay de esa bruja, la vranoi? ¿Ya ha encantado un arma digna de mi temple?

—Ayer fue llevada a las forjas, como ordenasteis —susurré—. Supongo que habrá empezado con sus rituales.

—Baja a comprobarlo en persona. Por tu bien y el de ella, espero que todo esté acabado antes de que partamos a nuestro encuentro con la historia.

Me disponía a obedecer cuando un griterío indistinto y sobrecogedor llegó desde la calle, trepando por el ala oeste del palacio. Los criados se asustaron, pues eran una gran cantidad de gargantas las que soltaban exclamaciones de asombro y de miedo, invocando a las fuerzas sobrenaturales para que los protegieran.

Extrañado, me acerqué a la ventana para averiguar a qué venía tanto estrépito. Y cuando miré al cielo y también dejé escapar un juramento, aferrando de manera instintiva el puño de mi mangual, Impéragon salió del agua y vino a ver qué pasaba.

Se quedó de piedra cuando sus ojos recorrieron un cielo completamente despejado, sin la menor nube en cientos de millas a la redonda, pero del que caía una auténtica tempestad de rayos. Era un aparato eléctrico como solo se daba en las peores tormentas, con relámpagos que alanceaban la tierra dejando caminos de ozono, chispas de fulgor que herían la vista y fenómenos de luz actínica. El problema era que todo eso se generaba de la nada, estallando en breves pero intensos ciclos de rayos que no habían salido de ninguna nube, que no habían conocido lluvia ni arcoíris.

Era una tormenta de relámpagos en un cielo limpio. Miles de dedos se alzaban en las calles, apuntando hacia arriba con pavor; toda Velmisia se había convertido en un puercoespín de manos.

Impéragon, erguido frente a la ventana como Exerpes lo trajo al mundo, me miró con una especie de pensativo deleite. Y dijo:

—¡La tercera señal! ¡Es la tercera señal! El milagro está a punto

de ocurrir. Yo tenía razón, nuestra misión está clara. Marchemos, Donnegar, encaremos de frente el futuro, y que viva por siempre la gloria de nuestro dios.

—Mantened viva la llama —completé, siguiendo la fórmula tradicional del saludo, y salí de los aposentos. Atrás quedó el hombre a cuyas órdenes había dedicado hasta ese momento mi vida. El hombre al que siempre había considerado infalible, porque confiaba en que tuviera un contacto directo con el más alto poder. Atrás quedaron todos mis desengaños.

Delante, la única posibilidad de darle un vuelco a aquello antes de que acabara en tragedia.

Yara.

2

Amanecía. La luz se arrastraba entre los bambúes como licor derramado de un vaso. Dryana se encontraba un poco mejor, pero no quería coger en brazos al bebé. Había algo en él que le infundía un intenso pavor.

Seóhn, que no paraba de arrullarlo inútilmente para que dejase de llorar, se lo imploró una última vez:

—Por favor, mi amor, por lo que más quieras… solo te pido que lo cojas. Una vez nada más. Sostenlo entre tus brazos y verás que…

—¡Ni hablar!, —se estremeció ella—. Esa cosa no es mi hijo.

—Yo lo vi salir de tu vientre.

—¡No salió! Lo expulsé, lo eché fuera. —Los ojos enloquecidos de *Dry* miraban al niño como si fuera una serpiente a punto de morder—. Lo vomité. Ese… ser, está muerto. ¿No lo ves, Seóhn? ¡Está muerto!, —chilló.

El joven se sentó a su lado para calmarla, pero ella retrocedió. Unos pasos por detrás, el coloso que les había seguido desde el torreón de Vseval, el que había matado él solito a medio destacamento y al gigante Ruwaldi, los observaba impertérrito. Su cuerpo ya había recobrado un aspecto humano normal, sin deformaciones grotescas inducidas por la furia. Era feo, con ese rostro desagradable de bárbaro primitivo, pero en su mirada había

un sosiego y una paz que ya habrían querido poder disfrutar los amantes.

Seóhn miró a su bebé, y lloró por su extraña suerte.

—Sí, está muerto —admitió—. Su corazón no late, no corre sangre por sus venas. Tiene la piel fría y la cabecita se le está poniendo azul. Pero míralo, está respirando, y llora porque tiene hambre. ¿Sabes… sabes qué es lo que creo?

—Qué —rezongó ella, hecha un ovillo.

Su marido dejó caer una lágrima, en la que se pudo ver un reflejo invertido del bebé.

—Creo que este niño murió por los golpes que te infligí durante el maldito juego de flechas de tu padre. Pero que aun así tenía tantas ganas de salir a conocer a su madre, a la mujer que le dio la vida… que aquí está. Muerto pero vivo, deseoso de sonreír y de besarte en cuanto aprenda a hacerlo. —Miró a su esposa—. Dime, *Dry*, pero piénsatelo bien antes de decirlo, ¡piénsatelo muy bien!: ¿qué hay más hermoso en el mundo que las ansias de un niño por abrazar a su madre, unas ansias tan enormes que doman incluso a la muerte?

El bebé abrió sus ojitos el ancho de un cabello, buscando lo que el instinto le decía que debía estar ahora mismo pegado a su boca (un pecho enorme, con un pezón gigantesco del que brotara la vida, y que tendría que estar ya entre sus famélicos labios). Y *Dry* no pudo más. Esa tentativa de mirada al mundo, de muda interrogación, la desarmó por completo.

Cogió entre sollozos a su primogénito, que estaba frío como una piedra, y se lo llevó al pecho para darle calor. El bebé buscó por puro instinto su camino y al momento el llanto se había aplacado, sustituido por la succión ansiosa del seno de la madre.

Dry pensó que no había visto ni sentido nada más hermoso en toda su vida.

—Estoy aterrorizada —canturreó en voz baja, como si fuera una nana demente—. Pero por ti lo daré todo, mi bien. Por ti aceptaré los horrores más obscenos, y las verdades más cruentas, si con eso consigo tu amor y tú compartes el mío…

Seóhn se abrazó las rodillas, aliviado.

—Es la nana más terrorífica que he escuchado en mi vida —confesó—. Pero no creo que lo que nos llegue de él sea malo. Todo

lo contrario. Arnius ha obrado un milagro para poder estar contigo, y eso es una muestra de bondad.

Dryana dio un respingo.

—¿Arnius?

—Sí, así se llama —dijo Seóhn—. Igual que mi padre, ¿aún no te lo ha dicho?

Ella le acarició con ternura una mejilla, mientras el bebé, prácticamente dormido, seguía mamando.

—Sí, me lo ha dicho… Arnius, bienvenido…

En ese momento, el bárbaro se tensó. Había alzado el mentón como un perro siguiendo un olor en el aire. Su mano izquierda acariciaba la pezuña de cabra de *Insaciable*, que descansaba sobre su hombro desnuda, sin vaina.

Seóhn se puso en pie. El rocín también se agitaba inquieto, como si únicamente los animales y los brutos descomunales presintieran la amenaza.

—¿Qué ocurre, amigo? ¿Nos han encontrado?

Dunn le dijo una simple palabra, demostrando que sabía hacer algo más que gruñir:

—Protege. —Señaló a la madre y al niño. Luego se internó en la foresta, ágil y silencioso como un gato montés. Pareció como si un pájaro gigante se lo hubiese llevado entre sus garras, del silencio que rodeó su desaparición.

Seóhn se quedó mirando atónito a *Dry*, y, señalando el lugar por donde se había ido el bárbaro, exclamó:

—¡Habla…!

3

Mi viaje de descenso a las fraguas, situadas en la misma vertical que la cámara del árbol pero en los sótanos más profundos, se me antojó una metáfora de mi propio descenso a las tinieblas. Así me sentía: extraviado, asustado, indeciso, solo… Por primera vez en mi vida no sabía qué hacer. Estaba totalmente desamparado: mi dios era más que nunca una incógnita, el guía espiritual que me iluminaba se había vuelto loco de tanto martirizarse, y el férreo

andamiaje de mi fe se tornaba en frágil castillo de naipes.

Pero al menos estaba seguro de una cosa, y era que Exerpes ya había obrado su último milagro. Y no era el que Impéragon esperaba.

Las fraguas parecían cámaras incompletas, elipsoides fraccionales con nueve o diez segundos de arco de menos. Y estaban atestadas de gente. Bajo techos tan menudos que no permitían que nadie se alzara por encima de sus obligaciones, trabajaban orfebres, armeros, herreros, artífices, plateros, clérigos, arcanistas y artesanos, todos ellos inclinados sobre los hornos, tallando y calibrando sobre las mesas. Allá donde relucía el producto de una fundición (metales y hechizos), había un experto mirando con lupa y decidiendo si el pedazo de materia era una portentosa casualidad surgida del sustrato más burdo, o algo sin valor.

En medio de todos ellos, en el centro simétrico de la sala, estaba Yara.

Tenía los brazos alzados y abiertos en V, como si les diera la bienvenida a etéreos torbellinos que se concentraban en el objeto que tenía delante: la cabeza de martillo de piedra que pertenecía a su pueblo. Los clérigos observaban a la vranoi con asombro (y con un temor reverente que ninguno confesaría) mientras hacía brillar las runas, destejía sortilegios y usaba las hebras para coser y bailar su propia tarantela de hechizos.

La tensión demostró ser demasiada para ella, pues cayó al suelo agotada mientras la magia se solidificaba en torno al arma. Por lo poco que yo sabía de la magia espiritual, la ceremonia aún andaba por la mitad. Lo cual no iba a gustarle nada al estáter.

La senté en un taburete. Al verme la cara, entre cortinas de sudor, me reconoció y me dedicó una sonrisa.

—Ah, Donnegar, pensé que jamás llegaría el rescate.

—Rescatar es una palabra con demasiados matices.

—Eso me temo… Estos locos quieren que siga con el encantamiento —protestó—, a pesar de que les he informado de los riesgos. Me ordenan que atrape la esencia de un depredador, una cobra o un tigre, lo más agresivo que encuentre, y la encierre dentro del martillo. Pero ya hay un espíritu ahí dentro, al que habría que expulsar primero… y eso podría destruir toda la esencia mágica del objeto. ¡No me escuchan!

—No eres la única a la que le pasa. —Reduje la voz a un murmullo. Intenté aislarme todo lo posible de miradas y oídos ajenos, llevándome a la bruja a un rincón y medio ocultándonos en las sombras. Una vez allí me abrí completamente ante ella, sin tapujos—: Yara, me estoy arriesgando mucho al decirte esto, pero quiero que sepas que se está cometiendo una atroz herejía, y que no tiene que ver contigo ni con los espíritus. Es Impéragon; se ha vuelto loco.

Bajo su atónita mirada le conté lo que había pasado, la visita al árbol, la visión, la reacción del estáter, nuestra charla posterior… todo. Los intervalos de su respiración se hicieron más largos a medida que Yara llegaba a una comprensión total.

—¿Qué piensas hacer?, —preguntó.

—Impedirlo como sea. No puedo dejar que se cometa ese infanticidio. Pero para ello necesito tu ayuda. Sé que tienes motivos de sobra para odiarme, pero aún más odiarías en lo que se convertiría el mesianado si Impéragon y sus locos sacerdotes rompen el vínculo con Exerpes. —Los dos asumimos que me excluía a mí mismo de ese grupo. De fondo, los responsables de vigilar a Yara me miraban mal. Había que continuar con los rituales ya mismo y no perder el tiempo con charlas misteriosas. Seguramente informarían de todo esto a sus superiores—. El país se sumirá en el caos, la magia se convertirá en algo perverso y ni siquiera la isla de Madhen estará a salvo de la corrupción. Tarde o temprano, Impéragon ordenará tomarla por la fuerza, aniquilando lo que queda de tu pueblo.

—Pero… esto es una locura. ¿Piensas enfrentarte tú solo al ejército? —Me miró con suspicacia—. ¿Acaso no eres tú uno de sus comandantes, de hecho?

—El alto estáter está preparándose para tomar el mando de la legión en persona. Eso me relega a mí a un papel muy inferior, aunque me alegro. Así podré actuar sin que me estén mirando. Pienso ir a ese lugar en el bosque, donde se supone que la visión emplazó al niño, y encontrarle antes de que lo haga Impéragon.

—¿Y después? ¿Qué harás, llevártelo al confín del mundo, a las tierras de los izghar? ¿A los países inhóspitos de más allá del mar?

Encogí los hombros.

—Si ese es mi destino, bienvenido sea. Todo con tal de que el

estáter no lleve a cabo su estúpida misión. Él cree que podrá hacer las paces con su religión después de haberla azotado y marcado con un hierro candente, pero se equivoca. No podemos ni…

No pude acabar la frase, pues una ensordecedora trompetería nos puso a todos los que estábamos en la fragua los tímpanos a temblar. Eso solo se hacía cuando se recibía la visita de alguien enormemente importante, alguien que casi nunca ponía sus benditos pies allá abajo.

Impéragon entró en la sala seguido por su cortejo, más de una veintena de altos cargos entre los que yo debería hallarme, pero que tampoco me echaban de menos. Sabía que ahora era persona non grata por haberle llevado la contraria al estáter, y en el fondo me alegraba.

El administrador jefe de la fragua elevó la cabeza de su mesa ante semejante visita. Entornó sus ojos miopes detrás de un berilio pulido que usaba de monóculo, y corrió a postrarse a los pies de Impéragon. Este iba ataviado para la guerra, con una magnífica armadura completa forjada en aleaciones de oro y bronce, con un *thorax* que reproducía con gran realismo la musculatura del torso, un plaquín y un escudo cónico con un guarda nariz. No costaba imaginar lo inmenso que estaría a caballo, listo para que algún pincel inspirado lo retratara en pose heroica.

—¡Mi señor! ¡No esperaba veros aquí abajo, si lo hubiera sabido con antelación…!

—Tranquilo, Vorjahs —dijo el estáter, mientras nos localizaba a Yara y a mí con la vista—. Solo será un minuto, no te robaré más tiempo. Donnegar, ¿ya está terminada mi arma?

Me cuadré, rehuyendo su mirada.

—Señor, la bruja me ha informado de que aún no está lista. Pero…

—No hay peros que valgan. —La voz de Impéragon soltaba chispas—. Te dije que lo quería terminado antes de partir. Esta minucia no puede retrasar mi encuentro con la gloria.

Para sorpresa de ambos, y mientras yo buscaba a toda velocidad una excusa, fue Yara la que intervino:

—Lo que pedís es un imposible, y muy peligroso tanto para el arma en sí como para su portador —dijo con firmeza—. Además, no existe en el mundo un depredador tan despiadado como el que

pedís. Ningún animal conocido le prestará tal ferocidad al arma, de modo que sea capaz de destruir enemigos como quien siega maíz.

Impéragon se acercó a ella, desafiante. Cogió una jarra que le pasó uno de sus siervos, en la que burbujeaba un líquido ambarino muy caliente, y se lo tomó de un trago. Era otro de los rituales previos a la batalla, probar la finísima miel de Calasebos, extraída del tamariz y de los frutos del tamarisco.

Con la lengua pastosa, le dijo a Yara:

—¿Y si no buscases en el mundo animal para encontrar el espíritu que demando? ¿Y si quisiera que mirases en otra dirección más… virgen?

A Yara se le afilaron los ojos.

—¿Qué insinuáis, estáter?

—Es fácil de suponer. Si no crees que los espíritus animales puedan darme lo que busco, la energía y la ferocidad indispensables para forjar el mejor arma de la historia… entonces es que no es de naturaleza animal el espíritu que debes buscar.

A Yara le tembló todo el cuerpo, de la cabeza a los pies.

—No podéis hablar en serio… —siseó.

—Claro que puedo. —El estáter se plantó delante de ella, con un porte altivo a la vez que afable. Era unos centímetros más bajo incluso con las alzas de sus botas de monta. Yara, que sostenía con terquedad su mirada, estaba aterrada—. ¿A vosotras las brujas nunca se os había ocurrido hacerlo? ¿Nunca os habéis planteado encadenar el espíritu de un hombre a un arma, en lugar del de una bestia? Al fin y al cabo, el ser humano es el peor depredador de la creación. Nadie sino él conoce los matices del sufrimiento hasta el punto de convertirlo en una obra de arte. ¿O es que alguna ley celestial no escrita lo impide?

—No… no se puede, la magia no está hecha para eso. Lo siento.

—Embustera. —El estáter sonrió—. Veo en tus ojos de zorra rebelde que me estás mintiendo. —Me hizo una señal—. Donnegar, partiremos inmediatamente en el palacio rodante. Lleva a esta zorra a sus calabozos y que acabe allí el ritual. Si no lo consigue antes de que lleguemos a nuestro destino, clavaré su cabeza en una pica.

—¿El palacio rodante? —Me sorprendí—. ¿El mausoleo de su abuelo?

—Sí, nunca lo hemos movido de Velmisia, pero cuando él murió

me dijo que llegaría la fecha en que sería necesario que volviese a navegar por las dunas y los montes. ¿Qué mejor momento para hacer realidad la profecía? —Nos dio la espalda, despreciativo, y se dirigió a la salida seguido por su cortejo—. Seguro que algún adivino habrá anunciado hoy nuestro fatídico hado a partir de las entrañas de las víctimas sacrificadas. No le demos el placer de permitir que nos llegue sin resistirnos.

Ya se iba a marchar, dejando tras de sí un puñado de solemnes palabras. Viendo en esta mi última oportunidad, le informé:

—¡Mi señor! Ya he hablado con Blikka y sus hijodalgos; os esperan formados en el patio de armas. Tardaréis, aun así, un par de buenas horas en sacar el palacio de vuestro antepasado de su cuna de piedra. Sugiero que enviemos un explorador al bosque para que nos vaya despejando el camino y nos evite dar más vueltas de las necesarias. Un hombre de la más absoluta confianza.

Impéragon lo valoró durante unos instantes, y asintió.

—Me parece buena idea, acrol. Elige tú mismo a ese hombre, así responderás por él. Por cierto, bruja. —Miró de reojo a Yara—. Si te falta materia prima a la hora de elegir un huésped para el martillo, las cárceles de Velmisia están llenas de almas en pena de la peor calaña que puedas imaginar. Asesinos, homicidas, violadores, séptimos hijos e incluso algún que otro genocida. Elige bien, porque quiero que me tiemble en las manos de la furia cuando la enarbole…

La guardia personal del estáter, y no yo, se encargó finalmente de cumplir sus órdenes, a pesar de las protestas de la bruja. Se la llevaron a las celdas de aquel singular artilugio, un palacio del tamaño de un edificio de tres pisos que tenía un tren de ruedas acoplado a su panza, como si fuera una gigantesca carreta. Se asemejaba a los palacios flotantes que giraban por los canales emulando casas zodiacales, pero pensado para desplazarse por un terreno llano. Visto desde lejos, recordaba a una inmensa tortuga llena de balcones y chimeneas.

Había sido una locura de su abuelo, que nunca fue alto estáter pero llegó a aproximarse bastante al cargo. Hacía más de una generación que no se movía de su nido de piedra, erigiéndose como uno de los muchos monumentos al pasado glorioso de Velmisia. Pero ahora Impéragon quería usarlo de corcel para marchar a su

gran victoria. Era una maniobra muy bien pensada, porque una hazaña así encajaría perfectamente en las trovas de los bardos.

Ocupado como estaba en todos esos menesteres, Impéragon no vio partir al explorador, que salió espoleando a su caballo a la mayor velocidad que este era capaz de dar. Era un solo hombre, como le había prometido: el de mayor confianza que pude encontrar, pues se trataba de mí mismo.

Vestido como un guardabosques más que como un general, salí al galope de Velmisia sin dejar ver mi rostro. Poca gente reparó en mí, y desde luego nadie se molestó en detenerme. De esta manera ganaría unas cuantas horas en lo que Blikka y su amo llegaban a la foresta, y podría buscar con tranquilidad al niño.

¿Existiría de verdad, o todo esto no era más que una trágica broma del destino? ¿Estaba Exerpes burlándose de nosotros, mandándonos visiones que tenían más que ver con nuestros sueños personales y nuestros anhelos que con la realidad?

No lo creía. El niño había nacido, confiaba en ello con toda mi alma. Existía. Y de alguna forma, sabía que me estaba esperando.

La mañana de aquel nuevo día se marchó de puntillas, entre silencios que precedían al estallido del huracán.

4

Dunn, con su vista de águila, vio abrirse las grandes puertas de Velmisia y salir de ellas a un único jinete. Una mota de polvo en el horizonte que poco a poco, a golpe de ijares y de fusta, se fue haciendo más grande. Aquel pobre animal estaba siendo espoleado hasta un límite que resultaría mortal, pero a su jinete no le importó. Tenía demasiada prisa. Había demasiado en juego.

El bárbaro se bajó del árbol que le servía de atalaya. Sabía que aquel iba a ser el terreno donde se mediría con los hombres de piel de metal… cosa que le confirmó otra mota de polvo que, esta vez desde el cielo, supo encontrarlo antes que nadie.

Dunn se sorprendió al reconocer a cierto pajarraco que no le caía muy bien.

—¡Ggrraacckk! ¡Bruto, animal, bestia parda!, —graznó el cuervo —. ¡Pero qué ven mis ojos! ¿Vengo para traerte un mensaje de mi

señora y te encuentro aquí, holgazaneando? ¿Es que no sabes que un contingente de caballería viene en esta dirección para cazaros, a ti y a ese bebé? ¿Y tú te entretienes haciendo el mono?

El pájaro, que ya sabía a lo que se exponía, no se acercó al bárbaro cuando le dijo todas estas cosas. Se mantuvo en una rama alta, a salvo de la fea costumbre de aquel musculoso brazo de agarrarle por el pescuezo.

—Yara viene con ellos, la traen esposada a un cometido falaz —continuó—. Quieren que encierre un alma humana en una masa de piedra. ¡Ggrraacckk! Oh, poderes ignotos que gobernáis nuestros destinos, ¿hasta dónde llegará la locura del hombre?

Dunn meditó sobre aquellas palabras. Así que le traían a Yara hasta sus mismos brazos. Eso lo cambiaba todo, incluyendo la manera de enfrentarse a aquel problema de disparidad de fuerzas: muchos contra uno solo, lanzas contra espadas, caballos de cuatro patas contra presas de dos. En condiciones normales, cualquier estratega le habría jurado por sus ancestros que no había forma de ganar. Ningún soldado de a pie podía resistir la carga de una caballería bien organizada, como bien aprendió el desdichado de Pridd en su época.

Pero no todos los terrenos favorecían a los caballos.

Miró a su alrededor, a la empalizada de bambúes, a sus troncos finos pero tenaces, segmentados como tiras de hueso. Y se le ocurrió una idea. Volteó a *Insaciable* en amplios molinillos, golpeando los troncos a gran velocidad y justo por las uniones de hueso, de manera que quedaban cortados pero no caían. Seguían de pie, cercenados pero verticales, apoyados unos en otros y formando un puzle que solo engañaría a la vista hasta que un viento fuerte lo derribara.

Él no era un estadista sagaz ni un pensador ingenioso. No tenía una mente proyectiva ni una memoria analítica. Su corazón grande y sencillo no lidiaba con aprietos ni refutaciones. Ante sí solo tenía el esplendor de las líneas rectas, tendidas en una radiante claridad hacia la idea de victoria. Fue en esa sencillez, en esa claridad, donde Dunn halló fuerzas. Fue de ella de donde drenó blancas visiones cual materia solar empolvada de oro; visiones de triunfo donde solo había derrota, visiones de venganza donde solo quedaba rendición, de libertad donde solo se prometía esclavitud. Y así, con

serena expectación, henchido del silencioso entusiasmo de luchar y morir por sus ideales, le tendió una trampa al enemigo.

Siguió cortando y cortando, cientos y cientos de troncos, hasta que pasaron varias horas y algo grande y robusto (como una casa, no, como un palacio con ruedas) salió de la ciudad escoltado por una hilera de jinetes.

Mi animal cayó rendido del agotamiento cuando llegué a la zona del bosque que había visto bajo el Árbol de Fuego. La reconocí, pues había en ella ciertas claves geográficas que resaltaban por sí solas: jorobas de copas de bambú que parecían camellos alineados, un valle excavado al fondo en cuyos cauces se agazapaban aldeas (demasiado lejanas como para pedirles ayuda, por desgracia), y un promontorio cubierto de foresta que parecía la frente de un simplón. Bajo él, una larga y espesa quebrada llena de bambúes, flanqueada por piedras tan antiguas que el viento las había erosionado hasta darles formas graciosas.

Sí, no cabía la menor duda: me hallaba en el lugar correcto. Si los sueños son deidades, entonces aquel me había guiado hasta el sitio donde se resolvería la gran encrucijada de mi vida.

Espera… ¿había dicho quebrada?

Con un escalofrío, recordé las estrofas sagradas de la profecía:

> Allá donde el Tiempo teje sus juramentos
> Ante la dallada prole y el eterno enramado
> Los prodigios sucederán a los augurios
> Los sabios suplantarán a los necios
> El fiel perderá su equilibrio
> Y una de las caras se arrastrará para nacer a la quebrada.

—«Y una de las caras se arrastrará para nacer a la quebrada…» —repetí en voz alta. ¡Claro! Era demasiada casualidad que una visión divina hubiese encaminado mis pasos hacia un enclave, y que en él hubiese además aquel accidente geográfico.

«Allá donde el Tiempo teje sus juramentos». El tiempo es erosión. Y el idioma en el que habla, el lento desgaste del mundo. Esas piedras de formas graciosas lo atestiguaban.

Eran los dos únicos versos a los que les faltaba adquirir significado (al menos para Yara y para mí), y acababan de hacerlo.

Me alejé del pobre caballo, abandonándolo a su suerte. No podía llevármelo a rastras, y él desde luego no volvería a levantarse, así que recé por su alma, le di las gracias por su servicio, destrabé de las alforjas las armas que me había llevado de Velmisia (un arco largo compuesto, una arbalesta [18] de doble disparo y mi preciado mangual, todo con su respectiva munición) y me fui. La quebrada, silenciosa como un cadáver, me aguardaba.

En otros tiempos, cuando yo era niño, solía frecuentar corrientes de agua revuelta con sedales y cebos, en busca de salmones de flancos plateados. La paciencia era la virtud clave. Me recordé a mí mismo que sabía cómo manejar aquella situación, que aun en la ausencia de un plan tenía la suficiente experiencia en combate como para improvisar algo sobre la marcha. No había llegado a milurión de Inuria anquilosando mis huesos y mis mientes detrás de una mesa.

Me interné en la foresta procurando hacer el menor ruido posible, aunque era muy difícil: había una alfombra de hojas que celebraba cada uno de mis pasos con una fiesta de crujidos.

No tardé en darme cuenta de que a aquellos troncos, los de los delgados bambúes que me rodeaban, les pasaba algo raro. Me acerqué a uno y lo examiné con la vista. Parecía haber sido cercenado por un filo rápido y tajante, algo tan veloz que en lugar de tumbar el tronco lo había dejado apoyado sobre sí mismo. Miré hacia arriba y vi que la espesura algodonosa de las copas contribuía a este efecto, ya que los bambúes se entremezclaban rama con rama, como dientes de león adheridos por sus globos blancos.

—«Ante la dallada prole y el eterno enramado…» —musité. El eterno enramado del bosque. La dallada prole… guadañada como espigas de maíz y cortada por la mitad…

Iba a acariciar uno de los cortes con un dedo cuando una voz me detuvo.

—¡No lo toques! ¡Lo arruinarás todo!

Di un respingo y me coloqué en posición de combate. Pero la persona que había aparecido entre los tallos no suponía una amenaza. De hecho, ni siquiera iba armada.

Me quedé asombrado al reconocer su cara, a la que no conseguí ubicar de ninguna manera lógica en aquel paraje.

—¡Seóhn!, —exclamé, aturdido—. ¿Qué diablos haces aquí? ¿Y

tu prometida, no está en…?

—Ahora es mi esposa, no mi prometida —puntualizó con voz triste—. Nuestros esponsales se llevaron a cabo bajo presión y bajo las amenazas de mi padre. Fueron los peores y menos apasionados que seguramente se recuerden en este país.

—Pe… pero… no lo entiendo. ¿Amenazas? ¿Por qué?

—Es una historia muy triste, y además larga, acrol. Lo siento, pero debéis marcharos. Y no se os ocurra tocar ninguno de esos troncos, o él se enfadará.

—¿Quién?

—El hombre furioso.

Sudé. Todos aquellos datos intentaban encajar en mi cabeza rozándome el cráneo con sus aristas y haciéndome daño. Era como intentar meter a presión, dentro de una caja, un montón de piezas de puzles que no se correspondían y esperar que la imagen final tuviera sentido.

¿O sí lo tenía…?

Abrí mucho los ojos al entrever, allá a lo lejos, una explicación. Un motivo para la presencia de aquel joven que debía haberse encontrado a salvo a leguas de distancia, un joven que bajo ninguna circunstancia se habría separado de la mujer que amaba. Una chica que, la última vez que la vi, estaba a punto de dar a luz.

—Por los dioses… —me estremecí, comprendiéndolo todo. *Dry*. Su hijo. El bebé que según la visión habría nacido en esta quebrada. La maldita profecía.

—Idos, aquí no tenéis nada que hacer. Por favor —dijo Seóhn, haciendo el amago de marcharse.

Sin embargo, no se lo permití. Exigía unas cuantas respuestas.

—¡Espera! Chico, explícame ahora mismo lo que está pasando. ¿Dónde están tu esposa y tu hijo? ¡Necesito verlo, ver al bebé! ¡Es una cuestión de vida o muerte!

Me dedicó una mirada turbia.

—Vida y muerte, sí… Ambas a la vez, hermanadas. No sabéis lo cerca que está esa definición de la verdad.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué…?

Algo salió bruscamente de las sombras, algo enorme y peludo. Un oso, fue lo primero que me dijo mi cerebro, interpretándolo con un disparo de adrenalina. Pero no, aquella cosa andaba a dos

piernas. E iba armada con una tremenda hoja de metal, una espada mandoble que sostenía con una sola mano.

—¡Tú! —Le señalé con un dedo tembloroso—. ¿Cómo escapaste de Arkawa…?

Su respuesta fue un contundente golpe con la parte plana de la espada que me desarmó, literalmente. Tiró mis armas por el suelo y me dejó de rodillas, viendo puntitos de colores. Su mano se cerró como una tenaza en mi garganta.

—¡No!… aggffsss… —me ahogué—. ¡No me mates! ¡Por favor! ¡Necesitas mi… mi ayuda! ¡Ellos vienen!

Seóhn me estudió con cara de pocos amigos.

—¿Ellos? ¿Qué «ellos»?

—El estáter Impéragon junto a un destacamento de caballeros de élite —gemí, con el único hilo de aire que atravesaba mi aplastada tráquea—. Vienen a por… a por el niño…

—Suéltale, por favor —le pidió el joven noble al bárbaro. De mala gana, el bruto me dejó caer (no supe hasta ese momento que me tenía levantado en el aire) y se puso a inspeccionar el perímetro —. ¿A por mi hijo, decís? ¿Es a él a quien quieren? ¿Por qué?

—Agggfffsss. —Me froté la enrojecida garganta—. Sí, Impéragon en persona lo busca para matarlo… cree que así impedirá un funesto vaticinio y la progresiva corrupción de la magia, pero se equivoca. A ese niño hay que protegerlo de todo mal, es mi máxima prioridad. Es un avatar de Exerpes, ¿sabes lo que eso significa?

Seóhn asintió con lentitud, los ojos inflados de pánico.

—Creo… que sí.

—Pues dime dónde os escondéis. Apenas nos queda tiempo para idear un plan de resistencia antes de que lleguen los soldados.

Seóhn apuntó con un dedo tembloroso al bárbaro.

—Me parece que él ya tiene uno —murmuró, su cabeza puesta en otra parte. Yo le entendí: no todos los días se entera uno de que su primogénito es la siguiente encarnación de su dios.

Miré al bárbaro.

Y juraría, aunque pudo ser un espejismo, que le vi sonreír.

5

Un cielo bajo tamizaba con sus nubes una luz agostada y peculiar, agrisando los rostros muertos de las colinas. En dirección al bosque, allá donde todavía era terreno despejado, robado al bambú por los surcos de los sembrados, se movía un coloso: un gran bloque erizado de chimeneas y con un aspecto vagamente similar al de un caparazón de tortuga, que era arrastrado sobre sus enormes ruedas por recuas de bueyes, dejando una polvareda detrás.

Los campesinos se alzaban de los surcos para ver pasar aquella maravilla, combustible para sus anécdotas familiares durante generaciones. Muchos reconocían los estandartes del mesianado ondeando orgullosos en su tejado, otros pensaban que era un monstruo que había salido del abismo para devorarlos. De ese día quedarían muchas canciones, que tendrían su origen no en austeros anales sino en romances populares.

A todos esos campesinos, puntitos esparcidos por los arrozales y las plantaciones de grano, los contemplaba Impéragon con un aire de mesiánico compromiso. No sabía por qué, pero estaba envanecido por su propia aura de heroísmo y tenía la imperiosa necesidad de que le adularan. Por eso mandó llamar a la vranoi.

Los clérigos la subieron de las fraguas, menos impresionantes que las de la catedral de Velmisia pero, aun así, útiles. Bastarían para que ella completara el trabajo.

—¿Cómo va, ya has terminado de crear mi arma divina?, —le preguntó cuando estuvo junto a él, en el palco de observación. Había como diez o doce guardias detrás, prestos a destripar a la bárbara si intentaba la más mínima cosa contra él.

—Si no hacéis más que interrumpirme, jamás podré acabarla.

Impéragon rio, ufano, y se arrebujó en su preciosa capa. Era una bellísima pieza entre púrpura y gris cobalto, rematada por un ribete de un azul casi negro.

—Quería compartir este momento —dijo el estáter—. Uno sabe que está en la antesala de la gloria cuando hasta el vuelo de los pájaros le resulta profético. Quiero que sepas que cuando concluya con este cometido, lo celebraremos. Será un motivo de alegría para todos los pueblos que engloba mi mesianado, sin distinción de credo, raza o ideología. Todos serán invitados a compartir el regocijo.

—Sois increíblemente generoso, señor.

—Ordenaré a los panaderos que cocinen obleas del tamaño de plazas públicas, ya sabes, de esas con formas sagradas y simbólicas, y dejaré que cada ciudadano de cada calle se lleve su parte a casa. Mandaré traer vino dulce de palma y todos conocerán a qué sabe cuando se mezcla con miel de Pénades. Nadie pasará hambre mañana, porque será el día de la gloria de Exerpes. El día en que será recordada mi hazaña.

—Si la vida dura nos ha enseñado algo a los vranoi, mi señor —dijo Yara—, es a no vender la piel del ciervo antes de cazarlo.

Impéragon simuló sorpresa.

—¿No crees que estoy predestinado a hacer esto? ¿De verdad? ¡Pero si me lo han dicho las estrellas! ¡Lo vi en las llamas del árbol sagrado! Esto sucederá sí o sí, pequeña salvaje —sentenció—, y tú serás testigo. Tú y mis ancianas madres.

Yara miró atrás, al interior de la estancia, y sintió una desagradable sensación en el vientre. Una especie de asco indefinido, pues allí estaban sentadas las «madres» del estáter, viejas consejeras que en realidad no tenían ninguna consanguinidad con su familia, pero que habían sido adoptadas por su sabiduría. Sus velos violetas les pendían como densas telarañas sobre los enjutos miembros.

—Parece una procesión de fantasmas…

—No seas insolente, niña. Les debes el respeto de la edad, aunque no te fíes de sus vaticinios. Ellas me han asegurado que hoy saldré victorioso; lo han leído en los posos de caldo y en el guano de las aves.

Yara alzó una ceja.

—¿Una vieja decrépita hurga en las lentejas y en la mierda de pájaro y vos os proclamáis vencedor del universo?

Impéragon soltó un resoplido.

—Lleváosla para que concluya su tarea —ladró a sus hombres—. Donnegar tenía razón en una cosa, bruja: tienes un don natural para sacar de quicio a la gente.

—¡Mirad, mi señor!, —gritó un vigía desde un balcón superior —. ¡Allí!

Todos se volvieron hacia donde él señalaba, un lugar donde un sendero talado se abría paso hasta el interior del bosque. Los troncos de aquella catedral de bambú yacían caídos a lo largo de

una línea recta que subía hasta una colina. Era como una flecha artificial que indicara un lugar.

Yara contuvo el aliento al reconocer al hombre, solo uno, que allí les aguardaba.

Dunn.

Baamb'a wariossguilt-dwotha (La Batalla de la Catedral de Bambú – segunda parte)

1

Dicen que los dioses solo posan sus ojos en la tierra cuando hay una gran hazaña en perspectiva, de esas que serán recordadas para siempre aunque deban tomar la forma de canciones o poemas. Si ese mito es cierto, entonces no solo Exerpes, sino todas las demás deidades que se apretaban en los panteones del cielo, debían de tener sus pupilas clavadas en aquel bosque, ese día.

Pues no era solo que fuera a demostrarse que los imperios podían aplastar a los que se atrevían a alzarse contra ellos, daba igual el tipo de rebelión que fuera… sino que iban a utilizar la peor de las estrategias posibles, la menos honorable. La que ponía el número por encima del individuo, la superioridad tecnológica por encima de la moral, y el interés de la mayoría por encima del de unos pocos que tampoco importaban demasiado.

Quizá Impéragon tuviera estos pensamientos en mente cuando ordenó a los hijodalgos cargar contra aquel simple hombre. O quizá solo tuviera ojos para su propia figura erguida en lontananza, en ese rincón del horizonte donde se vislumbran los sueños de grandeza, y eso le cegase. Pero lo cierto es que no pensó en las consecuencias, solo en las ganancias, y no le importó que sus hombres fueran a caer en una trampa.

Al fin y al cabo, por sofisticada que esta fuese, ¿qué podía hacer un hombre solo contra muchos?

Blikka, primera jinete de los hijodalgos, alzó su estandarte como si le dedicara aquella victoria a su dios y espoleó su montura contra el bárbaro. A muchos les sorprendía el tamaño de su escudo de pavés, madera y lona trenzada de casi dos metros de largo, diseñado para detener flechas más que espadas. Su tamaño

resultaba incómodo para usarlo en una melé, pero ella sabía que su utilidad era otra bien distinta. El estandarte en sí mismo era un arma, pues la punta acerada se convertía al desplazarse a la horizontal en una lanza, una aguja mortal que en aquellos momentos apuntaba al pecho del bárbaro. A la espalda, además, llevaba cruzado su esplendoroso (y profusamente decorado) espadón de paladín.

En cuanto su caballo cruzó la frontera del bosque, su marcha se hizo un poco más lenta, pues no era lo mismo cargar en terreno llano que en una senda deforestada, por limpia que la hubieran dejado. Aun así, Blikka sabía que sus monturas eran capaces de galopar por los terrenos más escabrosos imaginables; de hecho, era uno de los ases en la manga de su destacamento. El enemigo subestimaba sus posibilidades con un «no podrán emplear los caballos aquí, este terreno es impracticable, tendrán que dar la vuelta». Y ese solía ser su último error. Porque en parte gracias a los conjuros de los clérigos y en parte por su propio entrenamiento, eran la única compañía de lanceros del mundo capaz de arremeter en medio de un bosque y hacer que pareciera que no había árboles.

El bárbaro aguantó hasta el último segundo, impertérrito. Blikka llegó a pensar que era una estatua pintada en lugar de un ser humano, de la tranquilidad con la que veía acercarse su propia muerte.

Con la capitana al frente, su lanza-estandarte cargada de velocidad y muerte, los hijodalgos formaron una fila y penetraron sin amilanarse en el sendero. Si había enemigos escondidos a ambos lados, tratando de emboscarlos, se iban a llevar una sorpresa, pues Blikka se guardaba una señal tras la cual los jinetes se abrirían en abanico, peinando la zona en una carga brutal.

Por desgracia para ella, no tuvo tiempo de dar esa señal, porque algo salió de la espesura apuntando a su corcel con una arbalesta.

Yo no había comprendido del todo el plan de Dunn, si es que tenía uno, pero decidí obedecer sus indicaciones. No había tiempo para más, pues mi mente analítica estaba empezando apenas a valorar los pros y los contras del combate cuando los vimos aparecer en el horizonte. Un jinete al principio, sobresaliendo de la

línea de un altiplano. No parecía una amenaza, pero cuando ese jinete torció para seguir por la Vía Arqueménida en dirección a nosotros, se añadió otro que le seguía, y otro, y otro, y otro más. Cuando formaron una hilera de caballeros y apareció tras ellos la mole del palacio rodante, supe que no tenía tiempo para elaborar planes. Solo de prepararme para la batalla.

Permanecí oculto tras una roca hasta que la líder de los jinetes cargó sin miedo contra Dunn. Yo sabía que iban a actuar así, pues era costumbre de los paladines el no mostrar miedo jamás, ni aunque supieran que se estaban metiendo de cabeza en una trampa. Eso formaba parte de su oficio, y de su leyenda. Cuando acababan los combates y seguían en pie, habiéndose impuesto a cualquier maniobra sucia del enemigo, los relatos que contaban sobre ellos quedaban justificados.

Por eso esperé pacientemente con mi arbalesta, dos saetas en dos cañas, una encima de la otra. Y cuando Blikka se puso a tiro, me alcé del escondrijo y disparé la flecha inferior hacia su montura.

Para quien no haya visto jamás dispararse una arbalesta, diré que es una sensación impactante. El arma se sacude con una vibrante explosión, la liberación de esa enorme cantidad de energía comprimida en las cuerdas y en un arco de madera tan duro que hacen falta dos poleas para doblarlo. Cuando la saeta voló, peinando hacia atrás sus plumas por la presión del aire hasta que tocaron el astil, había una sentencia de muerte escrita en su destino. En este caso la del caballo de la paladín de Exerpes, que la recibió en pleno cuello. ¡Dios bendiga mi puntería! El animal dejó escapar un sonido atroz que apenas se parecía a un relincho, y cayó hacia delante, en barrena.

Blikka hizo gala de años de entrenamiento y experiencia en otras batallas, pues sin pensarlo saltó de la montura, proyectándose hacia un lado para que el cuerpo del animal, convertido al girar sin control en una avalancha de carne, no la aplastara. No me entretuve ni medio segundo en comprobar si había sobrevivido a la caída o no, porque ya estaba apuntando con mi otra flecha al segundo jinete.

En una carga siempre hay que disparar a las monturas, nunca a los jinetes. Son blancos mucho más grandes y fáciles de acertar, y si la primera cae, una reacción en cadena hará que las de atrás

conviertan su marcha en un verdadero infierno. Eso fue lo que ocurrió, sobre todo al no tener que perder tiempo en recargar mi segunda saeta y, por lo tanto, darles tiempo a comprender lo que estaba pasando.

Acerté en el otro caballo, el del lugarteniente de Blikka, que estaba allí más para cubrir el flanco de su ama que para matar enemigos. Pero él no tuvo tanta destreza como la capitana, o tanta suerte: también saltó hacia un lado, con la mala fortuna de aterrizar sobre uno de los troncos partidos de bambú. Ese caballero desmontado averiguó lo afilado que queda el bambú cuando se lo cercena de un tajo, con la caña formando un óvalo con una punta capaz de perforar el metal.

Su torso quedó empalado en una explosión de sangre. La primera baja del día, aunque no la última. Retrocedí a toda prisa echándome hacia atrás, prácticamente acostado, y planté mis botas en el arco de madera de la arbalesta. Era la manera más rápida de recargarla, con los pies haciendo de cuña mientras mis manos daban vueltas a las manivelas de la culata. Los carruajes elásticos tiraron hacia atrás de los dos arcos, volviendo a ponerlos en posición de «listos». Ya solo quedaba meter nuevas flechas en las cañas de tiro.

Dunn, sin embargo, no esperó a que yo estuviera preparado para hacer el siguiente movimiento.

Su plan original era llevarlo a cabo con el canto de su espadón, pero en lugar de ello lo clavó momentáneamente en el suelo, levantó con sus poderosos brazos uno de los árboles talados y, como si voltease una larguísima lanza, golpeó a los demás árboles. Árboles que, pese a que estaban cortados, aún seguían de pie en un frágil equilibrio.

El golpetazo desencadenó una caída de naipes (en este caso, troncos) que se propagó con rapidez en todas direcciones: cientos de árboles se desplomaron solemnemente, tirando unos de otros gracias al entramado de sus copas, que los unía como una imbricada alfombra de medallón. Ante los perplejos ojos de los hijodalgos, el bosque a su alrededor se deshizo en pedazos, abriéndose en un claro que un segundo antes no existía.

Los bambúes se aplastaron formando una masa no demasiado compacta, pero que no superaba en ningún lugar la altura de una

silla de montar. Y sobresaliendo de ella por cientos de lugares, los tocones partidos en tajos oblicuos. Oblicuos como el sablazo de un hombre que corta de arriba hacia abajo, o viceversa, pero nunca paralelamente al suelo. Oblicuos como los centenares de óvalos afilados que de repente erizaron la tierra.

Los hijodalgos los contemplaron con terror, pues aquellos tocones eran agujas letales que prometían amputaciones, desgarros y empalamientos a poco que cualquiera tuviera la desgracia de caerse de su silla. Miraron al bárbaro, que en ese momento recuperaba su espada, y se preguntaron qué clase de magia habría podido talar así media hectárea de bosque.

Sin embargo, el pavor no les duró mucho: eran soldados de élite, al fin y al cabo, curtidos en centenares de batallas, y aunque habían perdido de vista a su capitana, se recuperaron de inmediato. Los más cercanos a Dunn se abalanzaron sobre él, y yo fui testigo, mientras recargaba mi ballesta, de cómo el bárbaro se aprovechaba de los amasijos de tocones para cubrirse y esperar a que cargasen contra él. Los caballeros se veían obligados a disminuir la marcha en la nueva configuración del terreno, a pesar de toda la pericia y los encantamientos que los ayudaban, y ahí era donde la espada dinástica de los vranoi se abría camino.

Insaciable fulguraba con un resplandor carmesí, hinchándose de energía y volviéndose más afilada a medida que la rabia de su amo se descontrolaba. Un tajo brutal y uno de los caballeros pasaba de largo dejándose atrás sus tripas. Otro, y las patas de un caballo quedaban lisiadas mientras su jinete iba a reunirse con un destino horrible en el mar de tocones. Los escudos de pavés cubrían completamente el flanco de un jinete, protegiéndolos tanto a él como a su bestia, pero cuando el bárbaro confiaba más en la potencia del golpe que en la capacidad de penetración de su espada, interponer paveses no servía de nada: los hombres eran arrojados fuera de la silla por la contundencia del mazazo, logrando un aterrizaje digno en contados casos, una carnicería de sangre y vísceras en la mayoría.

Algunos le arrojaron sus lanzas desde lejos, pero Dunn no conocía la frase «permanecer inmóvil»: no era un guerrero sino una mancha en movimiento, un borrón fugaz que se movía como una gacela saltando de tronco en tronco, yendo directamente a por sus

enemigos cuando estos no se dignaban a acercarse. Fue así como le vi acortar distancias con un hijodalgo (al tiempo que mis flechas silbaban y mataban a otros dos), derribarlo por el prosaico método de darle un puñetazo a su caballo y, prescindiendo de la espada, impartir justicia después.

Reconozco que me asusté al verlo, pues pensé que Dunn iba a ser piadoso con aquel caballero, rompiéndole el cuello y otorgándole una muerte rápida. Pero no fue así. Le cogió la cabeza entre las manos y de un fuerte tirón se la desencajó de las vértebras, sí. Pero luego empuñó su espada y empezó a trocearlo.

Esa no era forma de morir para un soldado, ni siquiera sabiendo que estaban bajo el influjo de la magia corrupta. Pero oh, ahí estaba ese brillo cruel en los ojos de Dunn, esa mirada demente, ese impulso homicida. Estaba dejándose caer hacia lo que los de su raza llamaban «el éxtasis del hacha», o la rabia, o el beso del Tótem de la Furia, o como demonios lo llamasen. A cada segundo que pasaba era un poco menos humano y un poco más animal. Yo había oído hablar de esa clase de trances, incluso los había visto en algunas de las cargas de mi juventud (como aquella cuyos recuerdos compartí con Ronco, el pescador de Kátobras). Y sabía lo peligrosos que eran, porque en los casos más extremos, cuando los guerreros sucumbían por completo a la llamada de la bestia… a veces no paraban de matar nunca, ni siquiera cuando ya se habían acabado los enemigos.

Iba a desplazarme hasta donde él estaba para intentar aplacarlo, cuando una figura se alzó de la masa de troncos a pocos pasos de mi posición. Era Blikka, que me miraba con asombro infinito, como si de todas las traiciones de que era capaz el género humano, la única que no esperaba ver fuera un acrol de Exerpes en el bando enemigo.

2

Yara fue llevada a empujones hasta la fragua, donde el calor (tanto físico como de los sortilegios dejados en un *impasse*) hacía burbujear el aire. A su lado esperaba Eivas, protegiendo en todo momento el martillo. Vestía una levita de solapas agresivas sobre la

cota de malla, aunque las perneras cortas hacían que, de rodillas para abajo, sus piernas parecieran desnudos trozos de mármol. Aún no había visto a su tío cometiendo traición en los campos.

—Vamos, acábalo de una vez, bruja —le ordenó, acariciando el pomo de su mangual—. El estáter tiene una cita con la gloria.

Yara no se dignó a responderle. La puerta se cerró a su espalda, recogiendo el charco de luz que había derramado previamente en el vano. Los dos se quedaron solos. Sabían que en el exterior pasaba algo, que había combates, pero la falta de ventanas los aislaba completamente.

La mujer puso los ojos en blanco, viendo sin ver, sintiendo sin sentir, tocando sin tocar, escuchando lo inaudible con los sentidos de su alma. El frío, amistoso, la abrazó y no pudo menos que encogerse. Se imaginó un cielo que retenía un tono enfermizo que pintaba de verde las nubes.

Sintió llegar las energías de la Tierra de la Niebla, poderes y voluntades que solo ellas, las mujeres que mantenían en vigor el pacto ancestral con los espíritus, podían manipular. Aquello no era magia divina, no tenía nada que ver con lo que hacían los clérigos: cada encantamiento era un pacto de sangre, cada hechizo las consecuencias de un juramento.

Eivas la miró, estupefacto, mientras ella se convertía en un sueño sensual con vientos etéreos que hacían flamear sus ropas, palabras de ignoto origen que salían de sus labios y cuerdas de luz que se le trenzaban en las uñas. Esas cuerdas abrieron el corazón del martillo, amarraron al espíritu animal que ya ocupaba ese lugar y lo estrangularon para matarlo, para borrar su esencia de manera definitiva.

Yara derramó una lágrima, pues aquello iba en contra de todo en lo que creía y que había jurado proteger. Pero no tenía otro remedio. No, si quería salvar al mundo de aquella locura, de lo que estaba a punto de desatarse.

El espíritu se desvaneció, su huella borrada para siempre de los anales de la eternidad. La bruja gimió mientras, con sus manos, trenzaba las hebras mágicas para dejar el alma del martillo abierta para recibir a otro ser; su cuna lista para albergar otro tipo de energía. Ella se convirtió en una isla inclinada y lista para zozobrar hasta el océano.

—Ya está… —Cayó de rodillas. Su rostro estaba desencajado de lágrimas—. Ahí tienes tu monstruosidad. Llévasela a tu amo.

—Gracias —sonrió Eivas, eufórico—. Serás recompensada por esto, bruja. Tal vez hasta te concedan la libertad por tus servicios.

—Libertad… me pregunto cuándo perdió su significado esa palabra.

En el bosque, ajenos a cuanto pudiera estar ocurriendo en el interior del palacio rodante, Blikka y yo llegamos al límite de lo que podíamos sostenernos mutuamente la mirada. En la mía aún quedaba un rescoldo de la piedad por los que sabía que eran mis compatriotas, a los que debía combatir por un desgraciado desenlace de los acontecimientos. En la suya se podían freír chuletas de buey.

—¡Traidor!, —me gritó, dándome en las narices con los barrotes de una celda mental y haciendo girar en la cerradura una enorme llave. Jamás atendería a razones, no después de haber perdido, a estas alturas, a la mitad de su destacamento. Por eso cargó con rabia contra mí, su larga espada con runas de plata en la hoja y oro en la empuñadura. Había perdido el pavés, aunque de haberlo tenido seguro que lo habría descartado, pues era imposible moverlo con soltura entre tanto tocón.

Su espada segó el aire frente a mi cara, rozando mi armadura (una cota ligera que llevaba bajo el disfraz de montaraz) y haciendo temblar su hilera flexible de laminillas. Me cubrí como pude con la arbalesta, que quedó hecha trizas por los mandoblazos feroces de Blikka. Pese a que hice todo lo que pude por mantener la distancia, su acero mordió en tres sitios mi peto y mis grebas, dejando hilos de sangre. Solté un gemido de dolor que compendió el daño de todos esos pequeños tajos.

Le tiré a la cara los restos de la arbalesta, que desvió sin esfuerzo, y busqué frenético el cordel que desenganchaba mi mangual. Al segundo lo tuve en la mano, pero era un arma pequeña, que apenas bastaba para desviar la terrible contundencia de sus golpes. Una espada de hoja ancha se comportaba a todos los efectos como un martillo de guerra cuando entraba en combate, machacando y aplastando más que rasgando y cortando. Era un utensilio más contundente que perforante, y con esas propiedades

era con las que estaba jugando Blikka.

—¿Por qué no imploras a Exerpes?, —me chilló, acumulando estocada sobre estocada—. ¿Por qué no le pides que te ayude en tu traición, hereje?

Eso era lo que quería, comprendí: que invocase la magia divina. Pero si lo hacía, estaría un paso más cerca de su lado de la contienda que del mío. Habría sido fácil invocar un hechizo de protección para desviar su acero, o uno de ataque para que los fuegos de la fe consumieran su alma y me dieran ventaja. Pero no; si quería salvar a Exerpes tenía justamente que prescindir de su ayuda, ahora que la magia apestaba a gangrena y podredumbre. Hasta que no se volviera pura de nuevo no podría usarla, o contaminaría mi alma.

—¡Llama… a tu dios!, —me exigió la paladín, arrancándome de las manos el mangual de un sablazo (la cantidad de años que nos separaban contaban mucho, sobre todo a la hora de medir nuestras fuerzas). Lo seguí con la vista, viendo impotente cómo trazaba círculos hasta desaparecer en la hierba. Cerca de donde cayó estaba Dunn, repartiendo muerte a diestro y siniestro… pero aun así luchando lejos de mí y en solitario.

Entonces comprendí lo desesperada que era realmente nuestra situación: no solo éramos muy pocos luchando contra muchos, sino que además cada uno de nosotros libraba su propia guerra. Solo y desamparado. No nos habíamos puesto de acuerdo en una estrategia, no teníamos un plan de contingencia por si las cosas empezaban a ponerse feas. Ni siquiera sabíamos en ningún momento dado dónde o qué estaba haciendo el otro, ni si necesitaba ayuda.

En resumen, combatíamos como bárbaros, cada uno en solitario y a su ritmo. Como estaban acostumbrados a hacerlo los vranoi. Guerreros aislados dentro de una turba, animales sin rostro ni pensamiento que golpeaban sus escudos una y otra vez provocando al enemigo.

Estos eran los poetas del desastre, comprendí: componiendo sátiras de destrucción, eligiendo aliteraciones de horror, métricas de asesinatos y odas de sangre. Y todo ello mientras agarraban por las trenzas y poseían sin piedad a la musa del odio. En esto nos habíamos convertido nosotros. En esto me había transliterado yo.

Nuestras fuerzas estaban divididas como cabellos en una trenza. Ahora que necesitaba urgentemente la ayuda de Dunn, ¿cómo hacérselo saber? Y aunque lo hiciera, ¿llegaría a tiempo para evitar que Blikka me ensartase con su hoja?

La respuesta, obviamente, era no. Nuestras posibilidades de victoria se evaporaban a cada segundo. Miré a Dunn y vi que, de tanto aplastar, sajar, cortar y seccionar, se le había doblado la espada en un ángulo obtuso. Pero en lugar de descartarla y recoger otra cualquiera de sus enemigos muertos… hizo algo que me dejó boquiabierto: la mordió y, con un gruñido lobuno, la enderezó con los dientes.

Bueno, pensé, tal vez tuviéramos una oportunidad de sobrevivir. Una muy pequeñita.

—¡No lo haré!, —respondí a las bravatas de Blikka. Era un intento a la desesperada, pero si tantas ganas tenía ella de hablar, a lo mejor postergaba un poco mi final—. ¡Impéragon os ha engañado! Blikka, escúchame, te lo ruego: ese niño al que intento proteger *es* Exerpes. Si lo matas cometerás el más aborrecible de los crímenes. ¡Estarás asesinando a tu propio dios!

Blikka embrujó mis ojos con el odio que manaba de los suyos. Alzó la espada para cortarme literalmente en dos trozos, mientras chillaba:

—¡¡Impéragon es la auténtica encarnación de Dios!!

Con la última sílaba, una punta de metal penetró profundamente en la carne, desgarrándola, haciendo una fiesta de líquidos y tendones y silenciando todos los ruidos del mundo. Alcé instintivamente una mano como pidiendo clemencia. ¿Solo «como»…? En realidad mi valentía se había esfumado al contacto con semejante horror. En ese momento supe con total y preclara certeza que iba a morir. Y por algún motivo no sentí miedo, solo una extraña paz, una resignación que nacía de esa certeza.

Cerré los ojos, creyendo que el dolor subsiguiente sería tan intenso que inflamaría todos los nervios de mi cuerpo, transportándome a la otra vida en una cuna de agonía y padecimiento. Pero no, el dolor no llegó. Porque no fue mi cuello el que derramó aquel torrente rojo, sino el de la propia Blikka.

Ella aún tuvo fuerzas para bajar su arma con cierta puntería, pero retrocedí a cuatro patas como una liebre cobarde y me escapé.

Por los pelos. Cuando alcé la vista y vi lo que había pasado, el aire que llevaba un buen rato conteniendo en mis pulmones y que era una masa ardiente escapó.

La moldura del cuello de su armadura había sido traspasada por una punta de lanza, de la que colgaba el estandarte de los hijodalgos. Las manos de Dryana la habían alzado para hundirla en la nuca de la paladín, a traición y sin avisar, trayéndole el desastre entre charcos de algo denso y carmesí. Blikka cayó hacia delante cuan larga era, quedando su cuerpo oculto por la hojarasca.

Dry escupió:

—No le harás daño a mi hijo, puta.

Entre jadeos, recogí su espada enjoyada del suelo y miré a mis salvadores: Dryana y su marido habían aparecido como por ensalmo, tras arrastrarse con la cabeza agachada entre los tocones. Y me habían salvado sin honor, usando técnicas de guerra sucia indignas de un acrol… pero a las que ahora daba las gracias más que a nada en el mundo.

—¿Qué… qué demonios hacéis aquí?, —jadeé—. ¿¿Y el niño??

—Está bien, no te preocupes. Lo está cuidando el pajarraco —dijo Seóhn. Entre él y su mujer me ayudaron a salir del claro, poniéndome a salvo entre la espesura. Mis heridas necesitaban urgentemente un vendaje—. Escondámonos. El cuervo ha visto lo que va a pasar en el futuro cercano, o eso dice el muy charlatán, y no es agradable.

Lo miré consternado.

—¿Qué no es agradable? ¿En comparación a lo que ya ha ocurrido?

Señaló al bárbaro. Me volví hacia él justo a tiempo de ver cómo lo acorralaban a traición en un cerco, usando los caballos… y cómo los hijodalgos que quedaban lo ensartaban como a un cerdo con sus picas.

3

Eivas ayudó a cargar la pesada cabeza de martillo junto con otro clérigo: entre los dos la llevaban sin tocarla (porque se consideraba

que ya era otra vez un objeto sacro, digno únicamente de las manos del estáter), agarrando una tela por las puntas. Un tercer hombre portaba el que sería el astil del arma, un largo mango de madera profusamente tallado con runas y símbolos arcanos, que tenía su propia parcela de historia en los anales del mesianado.

Tras ellos caminaba Yara, aislada por un muro de silencio.

La comitiva llegó hasta el palco desde donde Impéragon observaba la batalla. En sus ojos llegó a haber preocupación, incluso una chispa fugaz de miedo, cuando el bárbaro derribó él solo a la mayoría de los caballeros. Pero la alegría volvió a conquistar aquellos finos labios, curvando hacia arriba su sonrisa, cuando los jinetes acorralaron a Dunn.

—Mi señor, el arma sagrada está preparada —dijo Eivas, con un orgullo que trascendía su propio corazón.

El estáter la tocó con solemnidad. Era como acariciar un sueño que se hubiese vuelto tangible a fuerza de desearlo.

—Por fin… —musitó—. Tantos años esperándolo, y por fin está aquí. Mi destino glorioso… —Miró a la bruja—. ¿Lo has conseguido? ¿Pudiste encerrar dentro el espíritu de una persona?

Yara asintió, taciturna.

—La del peor asesino que encontré vagando por la Tierra de la Niebla —aseguró—. Una bestia, un monstruo deleznable. Ahora es vuestro esclavo.

—Maravilloso… Veamos, pues, de qué es capaz el espíritu humano cuando se le fuerza a matar por una causa noble.

Impéragon aferró el mango de madera y lo incrustó con fuerza en el hueco del martillo. El arma quedó completa, aunque resultó ser tan pesada que ni siquiera el estáter podía levantarla. Yara dibujó una mueca despectiva cuando, al tratar de sostenerla en alto, se le escapó de las manos y dejó una marca en el suelo del palco. A ninguno de los vranoi, ni siquiera al más pusilánime, le habría pasado eso.

Impéragon detectó ese desprecio y lo combatió con un bofetón, con su guante metálico, en plena cara de la bruja.

—Ni se te ocurra juzgarme como si fueras alguien superior a mí, zorra salvaje —gruñó—. Puede que Impéragon no sea el hombre que requiere esta almádena[19], pero sí lo será el caudillo de Exerpes en el que me convertiré. Pues es su voluntad la que estamos

cumpliendo hoy. Es su voluntad la que nos empuja… a eso.

Yara también lo vio. Fue testigo de cómo los caballeros rodeaban a Dunn y, sin misericordia, lo ensartaban con sus picas. Los largos palos se incrustaron en su cuerpo, haciendo polvo sus músculos y sus huesos, convirtiéndolo en un muñeco de trapo que alzaron entre todos, vitoreando.

El corazón de Yara se cuarteó en mil virutas.

Los vítores arreciaron. Y no era para menos: casi tres cuartas partes de los hijodalgos yacían entre charcos rojos en los tocones, junto a sus monturas. De la capitana no se sabía nada, aunque todos rezaban porque aquel destello de plata que se adivinaba en la linde del claro, tumbado inerte en el suelo, no fuese ella.

—¿Lo ves? —Impéragon sonrió—. Nada escapa a la voluntad de Exerpes.

—¿Tú crees?, —murmuró Yara, clavando sus uñas en la barandilla del palco—. A mí me parece que este espectáculo aún no ha acabado. Solo estás presenciando un breve descanso.

—¿Por qué lo dices, bruja? ¿Qué te hace pensar eso?

Ella no contestó, solo tuvo que esperar unos segundos. Porque ya sabía lo que venía a continuación. Y era la mayor de todas sus pesadillas.

Los vítores de los caballeros se extinguieron cuando aquel muñeco destrozado, aquel peso muerto que colgaba de sus lanzas, sufrió una convulsión.

Ellos habían visto muchos cadáveres, y sabían que algunas formas de morir no eran del todo expeditivas: podían dejar pequeños reductos de rabia en los músculos, una suerte de memoria fugaz de la debacle que hacía que algunos hombres temblaran cuando sus corazones o cerebros ya habían dejado de funcionar. Algunos incluso habían oído hablar de víctimas de la guillotina cuyas cabezas seguían lanzándole actos reflejos al mundo.

Pero lo que le estaba sucediendo al cuerpo del bárbaro no tenía nada que ver con un reflejo.

Primero se encogió, tembloroso, resbalando con un sonido chirriante por las lanzas hasta que se desprendió y cayó sobre la hojarasca. Luego se agitó, cada vez con más violencia, succionando hacia dentro las heridas como si la propia piel pudiera tragárselas y

deglutirlas. A continuación, su cuerpo empezó a crecer, aumentando de tamaño a ojos vista, y también a mutar. Y todo ello ante los aterrados ojos de los hijodalgos, que no sabían cómo reaccionar. Una fría garra de pánico les comprimía los testículos. Hasta sus bestias de monta intuían el peligro que estaba por desatarse, y piafaban nerviosas.

Impéragon lo contempló desde lejos, igualmente descolocado por todo aquello. Y quiso saber:

—¿Qué es eso, qué le está pasando a ese hombre?

Yara le contestó con un estremecimiento:

—Lo habéis desatado una vez más. Al fin lo habéis conseguido. —Suspiró—. Que vuestro dios os acoja en su seno, si es que le queda algo de piedad para con sus fieles.

—¿El qué? ¿Qué hemos desatado?

Las mandíbulas de Yara crujieron por la tensión.

—El Antauros.

En el claro, una bestia legendaria se alzó de las ruinas de lo que antes fuera un ser humano. Era el doble de alta que un hombre y lucía una piel correosa, agrietada como cuero mal curado. Pero lo menos tranquilizador en su figura no era eso, sino sus proporciones: antinaturales, simiescas, hinchadas y repletas de músculos hasta el extremo de lo grotesco, rematadas por manos de dedos largos y acabados en uñas que parecían estiletes. Sobre las ciclópeas espaldas, anchas como las de un gorila blanco, un delta de músculos sin lógica sostenía una cabeza deforme, estirada en distintas direcciones (huesos y todo) por la furia. Una furia que prendió fuego a unos ojos enloquecidos, que solo podían ver las atrocidades que estaba a punto de cometer.

Uno de los caballos relinchó y lanzó al suelo a su jinete, para salir huyendo después. Un caballo que se suponía entrenado para la guerra desde que era un potrillo, por lo que nada, ni los sonidos más espeluznantes ni las imágenes más atroces, podría espantarlo. En teoría. Pero aquel corrió, alejándose como alma que lleva el viento del mayor demonio que sus ojillos negros hubiesen contemplado jamás.

El jinete tuvo suerte al caer, no se rompió nada ni se ensartó en los bambúes. Pero deseó que algo así hubiese ocurrido cuando la sombra del monstruo cayó sobre él.

Sus compañeros giraron involuntariamente las cabezas para no ver lo que Dunn hizo con él. Solo entrevieron, de reojo, que el mundo en un radio de tres metros se convertía en una tormenta de gotitas rojas. Después, un alarido, un rugido descomunal que provenía de unos pulmones como jamás habían chillado sobre aquella tierra. Una onda de sonido casi física que peinó hacia atrás las crines de los animales y les trajo un hedor pestífero, a rabia mal digerida.

La bestia se abalanzó sobre los pocos hijodalgos que quedaban. No les concedió cuartel.

El alto estáter observó todo aquello con la cara hecha una máscara de porcelana, pálida y descompuesta. Sí, ahora recordaba haberla visto antes, a aquella abominación… no en persona, por supuesto, pero sí en cuadros, en murales y tapices, donde antiguos artistas de la época de su padre habían intentado volcar en una paleta séptuple los horrores que presenciaron. Aquellos tapices hablaban de un azote que se expandió por el mundo, veinte años atrás, cuando tanto Dunn como Impéragon eran meros chavales ansiosos de fama. Un castigo procedente del mundo espiritual al que costó muchísimo volver a encerrar en la botella.

Lo que Impéragon jamás imaginó era que la botella pudiese ser el cuerpo de aquel bárbaro.

—¿Él es… es…?

—Lo fue entonces, y lo es ahora —asintió Yara—. Dunn entregó su alma para salvar a nuestra tribu, la cambió por otra cosa más… oscura. Era apenas un niño en aquel entonces, pero ya era mi esposo. Yo era una niña también.

Todos en el palco se volvieron para escuchar su relato, incluso los clérigos que montaban guardia al fondo del pasillo.

—Le insté a que no lo hiciera —recordó con tristeza—, pero los dos sabíamos que no había candidato mejor. Él era el mejor de los guerreros jóvenes, y al mismo tiempo el más inocente. Hacían falta ambas cosas para que el sacrificio surtiera efecto. La última noche antes del ritual me dejó embarazada, un último acto de amor… y luego la debacle. Los espíritus plantaron en su interior la semilla del Antauros, que causó tantos estragos como un pequeño ejército. Él solo. Luego le dimos caza como a un animal, hasta que lo matamos. O mejor dicho… —De fondo, las cabezas y los torsos partidos por la

mitad de hombres y caballos seguían volando por los aires, a medida que la bestia se acercaba al palacio—. Hasta que lo dormimos.

—Que Exerpes nos proteja… —masculló Eivas, retrocediendo. El monstruo combatía, sí, pero también se desplazaba incesante en una dirección que tenía muy clara.

Hacia ellos.

—Os protegeré —dijo el estáter, agarrando con ambas manos su mazo—. ¡Yo soy Exerpes!, —chilló, y de un prodigioso salto se plantó en el campo, justo enfrente del Antauros.

En una cosa al menos tenía razón Impéragon, pensé cuando le vi hacer eso: que aquel día iba a haber prodigios, y que nosotros seríamos testigos de excepción.

Estaba tumbado entre los bambúes, a salvo de miradas indiscretas pero dominando a la vez lo que ocurría en el claro, mientras Seóhn y *Dry* me vendaban las heridas. Creo que todos, tanto nosotros como los que viajaban en el palacio rodante como los campesinos del resto de la región, nos quedamos paralizados y en completo silencio durante unos minutos. El tiempo suficiente para que ocurriera el milagro. Para que el estáter se ganara su puesto en la historia.

Aún hoy en día lo recuerdo como si fuera un sueño: Impéragon plantado allí, al límite del claro, alto y bello en su armadura reluciente. El líder con el que yo siempre soñé, el campeón al que vi defender mi religión a través de estatuas y lienzos. Poderoso e imparable, defendido por toda la magia de mi dios. Y enfrente, una bestia sacrílega, un espanto surgido del abismo más oscuro y perverso de la Tierra de la Niebla. El mundo de los sueños… y de las pesadillas.

Impéragon portaba el martillo que en otro tiempo había sido patrimonio de los vranoi. Pero ya no lo arrastraba por el suelo dejando surcos; sus músculos habían sido potenciados por toda la magia de combate que fue capaz de reunir, por todos los encantamientos que podía aguantar una persona sin estallar en mil pedazos. Invocó como parangón de Exerpes un torbellino de energías arcanas, y todo ello lo almacenó en su interior para usarlo en un solo combate, en una única contienda: la que estaba a punto

de escribir su nombre con una rúbrica de oro en las leyendas populares.

Contuve el aliento cuando los dos parangones, cada uno de una versión de la realidad, de un lado opuesto de la magia, se situaron frente a frente. Y se lanzaron una última mirada. El monstruo valoró al paladín, y este hizo lo propio.

Un latido después, se lanzaron de cabeza y arrojando espantosos alaridos uno contra el otro.

En realidad, transcurrió otro latido más y todo hubo acabado.

No sé si el resultado de aquella lucha me dejó decepcionado, si era lo que esperaba o no… pero lo cierto es que solo hubo dos golpes simultáneos. Los dos inmisericordes y descargados con precisión. Ambos dieron en el blanco. Ambos resultaron mortales.

La garra del Antauros cayó sobre Impéragon y lo reventó en mil pedazos, como si en lugar de un ser de carne y hueso fuese una estatua de cera. El cuerpo del estáter estalló, literalmente, liberando toda la magia obscena comprimida en su interior; hubo una gran explosión, una campana de luz y sonido que peinó hacia fuera los árboles del límite del claro. Aun después de que se esfumase, todavía estuvieron lloviendo pequeños pedacitos sanguinolentos del estáter durante diez minutos por toda la zona.

Pero él no fue el único que desapareció.

Del monstruo tampoco había rastro. Se había volatilizado, no dejando ni siquiera una mancha en el suelo, unas gotas de sangre sobre las briznas de hierba. Nada. Había, simplemente, desaparecido.

Cuando una figura llegó caminando lentamente desde el palacio unos minutos después, adiviné el porqué de todo aquello.

La figura era Yara, la bruja, y nadie la seguía ni la tenía atada. *Dry* fue a recoger a su bebé, pero Seóhn y yo salimos de la espesura y nos reunimos con ella en el centro del claro, donde solo quedaba un recuerdo de la espantosa lucha: el martillo mágico.

—¿Qué ha sucedido?, —le pregunté.

Ella recogió el martillo del suelo. Lo enarbolaba con sorprendente facilidad.

—Le mentí a Impéragon. En realidad no encerré ningún alma humana en el interior del arma, sino que dejé el hechizo justo a punto de concluir. Preparado para que absorbiera el primer ente

mágico con el que se topara.

Acaricié la rugosa superficie del martillo. Algo vibraba lleno de ira en su interior.

—Al golpear al Antauros, Impéragon lo encerró en su interior… —comprendí.

Yara asintió.

—Y allí estará hasta que se reencarne de nuevo. Pobre Dunn. —Ella también acarició la piedra, pero con unos sentimientos muy distintos a los míos. ¿Eso que brillaba en sus ojos era el destello de una lágrima, o la luz del sol me jugaba una mala pasada?—. Pobre esposo mío… al final recorriste toda la senda completa de tu ruina y de tu fortuna. El círculo completo.

—¿Por qué no te han seguido?, —preguntó Seóhn, mirando con resquemor el palacio. Esperaba que en cualquier momento se abrieran sus puertas y una tropa bien armada se nos echara encima.

—Tranquilo, nadie saldrá de ahí —dijo Yara—. Impéragon absorbió su fuerza vital a través de sus plegarias cuando se lanzó al combate. Era un cabrón egoísta, dispuesto a sacrificar a sus propios hermanos para salir airoso. Incluyendo a su sobrino —dijo con desánimo.

Yo sacudí la cabeza. No había tiempo para lamentaciones, ya lloraría la muerte de Eivas y de los demás dentro de un día o dos. Estábamos bailando sobre la tumba del cabecilla de mi país, su más temido rey. Aunque ahora no hubiese nadie aquí para llorarle, o para buscar pruebas de su muerte, pronto lo habría. Esto se convertiría en un enjambre de clérigos de aquí a nada, por lo que más nos valdría estar lejos.

—¿Qué hacemos con él?, —le pregunté a Yara, señalando el martillo.

—Nos lo llevaremos. Y a *Insaciable* también; son nuestros, al fin y al cabo. Pero no será lo único…

Dry estaba saliendo en ese momento a campo abierto con algo en las manos: un bulto envuelto en telas que se movía, feliz, ajeno a las preocupaciones del mundo.

Lo miré durante unos instantes, pensando en los sacrificios que habían hecho falta para salvar a aquel precioso niño, y los que aún estaban por venir. Pero no me importaron, porque si yo tenía razón (y creía con toda mi alma en que eso era posible), en aquel bebé

estaba la llave del futuro. El fin de la dicotomía entre bien y mal, magia positiva y negativa, defensores y antagonistas. Aquel bebé era la clave de un mundo unido y en paz, que no estaría exento de desgracias, eso seguro, pero que podrían afrontarse desde una perspectiva totalmente nueva y fresca.

El bebé hipó y nos abrió sus manitas, como si quisiera trasladarnos su sensación de tranquilidad. Todo estaba bien, en su sitio. Su madre estaba con él. Él estaba con nosotros. Yo había girado mi llave y me hallaba en el umbral de su vida, sin atreverme a entrar.

¿Acabábamos de salvar al mundo o de condenarlo? ¿Nos esperaría una era de paz y prosperidad, o la tiranía monoteísta que había vaticinado Impéragon? ¿Había sido buena idea mezclar blancos y negros absolutos en escalas de grises…?

No tenía esas respuestas. Y siempre he preferido callar a equivocarme, así que me cargué el martillo a la espalda, apunté con la vista hacia el Este y abrí la marcha.

Solo había un sitio a donde podíamos ir hasta que el niño creciera, un lugar donde se mantendría oculto de los espías del mesianado, aunque a Yara no le gustase para nada la idea.

Nos costó que nos recibieran con los brazos abiertos en la isla de Madhen. De hecho, no fue eso lo que pasó, aunque salimos todo lo bien parados que podía esperarse de la empresa. No nos rajaron el vientre ni nos echaron para comer a los lobos, lo cual me dejó bastante satisfecho.

Yara me contó la historia completa: cómo ella, una bruja agraciada con la bendición de los espíritus (la más fuerte y sincera que ninguna vranoi hubiera disfrutado hasta entonces), se dio cuenta de que podía invocar al Antauros, y lo asumió a pesar de que al final habría un pago. Siempre había una retribución, más cruel mientras más grande fuera el favor que se pidiera a cambio. Yara pensó que el precio sería su propia vida, y estaba dispuesta a pagarlo si Dunn y su bebé sobrevivían para ver un nuevo amanecer, libre de enemigos.

Lo que nunca imaginó fue que el precio a pagar sería su hijo.

Los espíritus son burlones, se ríen igual que las fuerzas primordiales a las que representan del sino de los hombres. Dunn se

pasó la vida persiguiendo a Yara, su antigua esposa (incluso participó en su humillación y casi asesinato), porque creía que había entregado al bebé en sacrificio para aplacar al Antauros. Pero estaba equivocado.

Fue él quien lo mató.

Yara jamás se lo dijo, prefirió guardarse dentro el dolor y la rabia porque sabía que algo así destruiría a Dunn; mataría lo que quedaba de su alma y liberaría de nuevo a la bestia. No podía permitir que algo así ocurriese. Ya había habido demasiado sufrimiento.

El día en que llegamos a Madhen y nos entrevistamos con el nuevo jefe de la tribu, creí que nos iban a matar, sobre todo al ver que ella estaba de vuelta. Pero no lo hicieron. La actitud de los bárbaros cambió al ver al bebé de *Dry*; de alguna manera intuyeron que era un espíritu tremendamente especial el que había bajado a la tierra para encarnarse en él (¿bueno o malo, ángel o demonio?, tampoco ellos lo sabían). Y supieron que su futuro estaba íntimamente ligado al de nosotros cuatro. Así que nos dejaron vivir, y nos dieron cobijo. Una tormenta se acercaba, la de la reestructuración del mesianado y su régimen totalitario, con las guerras que ello traería y las disputas entre familias, razas, credos y pieles.

Nosotros queríamos estar a salvo de todo eso.

Yara fue escoltada en persona por el jefe hasta el interior de la aldea, algo inaudito (sobre todo porque la acompañaba un molesto cuervo que no paraba de parlotear). Yo me quedé un instante más en la playa, mirando al Oeste, al pueblo de Kátobras, donde toda aquella historia había empezado, y muy por detrás, a las nubes que teñían de gris el horizonte. Vi que algunas de ellas cerraban una franja azul de cielo, la última que quedaba, y sentí una profunda pérdida, como si me hubieran arrebatado algo para siempre.

De aquel horizonte plano podían venir mil terrores en nuestra busca dentro de poco.

Balanceé el martillo con el espíritu del Antauros, de Dunn, que siseaba ávido en su interior, y pensé con una mueca feroz:

—Que vengan.

LIBRO TERCERO

EL ESTANQUE DORADO

Donde unas estacas se rompen y son repuestas,
la profecía de un niño resulta ser más
difícil de descifrar de lo que se esperaba,
y un duende dibuja dos pechos.

Kendraussgarf
(Filos rotos)

1

Madhen, se llamaba la isla, y Madhen era el nombre que yo había oído en las canciones de los bardos. Las que hablaban de los días en que orgullosos países como el nuestro se alzaron en armas para proteger su cultura de los ejércitos del sur, de sus dioses primitivos y sus horribles costumbres. Los Días de la Furia, los llamaban, y aunque poco había quedado de ellos más allá de la métrica de los juglares (unas gestas que podían ser medio exageración, medio mentira), demasiadas fosas comunes daban fe del sufrimiento de nuestra gente. Miles murieron entonces, sombras temibles surgieron de oscuros baluartes, y riachuelos rojos corrieron durante meses por valles que antes habían estado secos. El arpa cantó, sí, pero también la espada, y la lanza, y el martillo y el escudo.

Esa no es mi historia, sino la de hombres y mujeres mucho más importantes que yo. Pero de algún modo siento que puedo aportar mi granito de arena. Aquí va:

Nacido Sterbhos, que viene a significar algo así como «el quinto hijo no deseado que de todas formas no se puede evitar», pronto quise cambiarme ese nombre por otro que sonase más digno. Mi madre me lo puso a sabiendas de los pesares que mi nacimiento traería a su vida, pues mis cuatro hermanos mayores ya le causaban suficientes problemas, y el oficio de una campesina no da como para alimentar tantas bocas. Sobre todo cuando su esposo ha muerto en la guerra y ella carga con un estigma de «mujer fácil» que atrae a tantos hombres como repele maridos.

Pero allí estaba yo, suelto en aquel mundo despiadado, y algo tenía que hacer. A algo tenía que dedicarme. Para desgracia de mi madre, que esperaba que la compensara por tantas penurias con un oficio bien retribuido, resultó que mis inclinaciones caían más por

el lado de los versos que de las azadas, y mis dedos pronto se acostumbraron a rasgar cuerdas y laúdes antes que rastrillos. Vamos, que me hice juglar, lo que me condenó a una existencia de vagabundeo y de hambre. Pero estaba contento. Prefería entrar en las posadas con el laúd al hombro y la expresión famélica, con barro en las suelas y ojos capaces de suplicar hasta con lágrimas si era preciso, que dejarme la espalda en los surcos de labranza.

Afeminado, fue la última cosa bonita que me llamó mi madre antes de cerrarme para siempre la puerta. Ahí te quedas, puta desgraciada, susurré yo. Y enfrenté el camino. Un camino que sabía que no tendría fin.

La profesión de juglar está vista con desprecio por la gente decente, y no se lo reprocho. Somos más bandidos que poetas, más caraduras que nobles. Bajo cien disfraces cae nuestra apariencia, y cuando el sayo no nos cubre y nos hace parecer pordioseros, quienes nos ven nos confunden con asaltantes de caminos, pedigüeños capaces de vender a su madre a cambio de una pata de cordero, o simples borrachines.

Bien, no seré yo quien niegue esas acusaciones. Al contrario, las confirmo con el valor de ley que me dan mis cientos de kilómetros recorridos a pie, y las mil tabernas que he llenado con mi insulsa música. ¡Ja! Me río de quienes consideran que los poetas deberían estar en la corte de los reyes: ojalá fuese así, pero me temo que esos son unos pocos afortunados que han levantado las faldas adecuadas (o bajado los calzones precisos) para ganarse tal laurel. Yo, por el momento, me enorgullezco de que lo más asqueroso que por ahora haya entrado y salido de mi boca, con ritmo cadencioso, sean mis monodias.

Los bardos aprendemos nuestro oficio de otros bardos, igual que los herreros necesitan ser entrenados por colegas de su profesión. Nadie nace sabiendo. Normalmente, tenemos un pequeño repertorio de canciones que intenta cubrir todas las demandas posibles del público: baladas para las noches despejadas, algún que otro canto pastoral para cuando los pueblos entran en sus fiestas populares, varias *laudes* religiosas (que se pueden adaptar sobre la marcha a cualquier fe cambiando unas pocas palabras clave), loas al Impéragon, muchas trobadas graciosas sobre cuernos e infidelidades (esto es lo que más nos demandan, y lo que más risas y monedas

nos granjea a cambio)… y un solo canto largo, pues la memoria no da para más, que hable de alguna guerra del pasado con héroes de nombres tan olvidados que si nos equivocamos al pronunciarlos, nadie se da cuenta.

Ese es el oficio del bardo. Los más afortunados de entre nosotros, los poquísimos que tienen talento, son los que componen trobadas nuevas. ¡Menuda hazaña! Yo no he compuesto una canción original en mi vida; a lo sumo he hecho algunos arreglillos a baladas populares o a canciones que he robado de otros. Pero para componer desde cero hace falta un talento que no tengo. Ni yo, ni la mayoría de mis colegas. Por eso, aunque ninguno lo admita en voz alta, hacemos honor a la principal regla de nuestro oficio, la que llamamos jocosamente «la rapiña».

Consiste, *grosso modo*, en enterarnos de en qué lugares van a actuar los más afamados de entre nuestra ralea, y asistir de tapadillo a sus representaciones. Nos disfrazamos y entramos con sigilo en el local, o posada, o auditorio (si podemos permitirnos pagar la entrada). Una vez allí, camuflados entre el público, aprestamos el oído. Nuestro objetivo es retener las melodías y, si es posible, también los versos, para hacer nuestras versiones en secreto. Vamos, lo que se dice robarles impunemente su trabajo. ¿Pero quién se va a dar cuenta? Si un juglar pasa por un pueblo y actúa en una taberna, nadie le va a decir que esa canción ya la han escuchado en boca de otro. Y si se lo dicen, ¿qué más da? El mundo es muy grande, y que dos juglares coincidan en el mismo gallinero, cual gallos de pelea, es extremadamente difícil.

La historia que hoy os quiero contar empieza justamente durante una de mis sesiones de «rapiña», en una ciudad llamada Zindabria, situada a medio camino de la Vía Arqueménida, en el camino que lleva a la fastuosa Velmisia.

No había cumplido aún los veinte inviernos (o quizá sí; vayan ustedes a saber si podía fiarme de mi madre cuando me dijo en qué semana del año nací), cuando mis pasos me llevaron hasta esa pequeña ciudad fortificada. Estábamos en pleno otoño, pero el frío ya adelantaba la siguiente estación, y resultaba peligroso andar por los caminos. Las nubes de tormenta se estaban arremolinando como una promesa de muerte, allá en las grises distancias, cuando mi compañía y yo vimos un cartel que señalaba la proximidad de la

urbe. En aquellos días me adosaba como una garrapata a cualquier caravana que encontrase, o a filas de peregrinos, y les cantaba a cambio de comida. No era un mal trato, salvo cuando el aire de las colinas me dejaba afónico. Un bardo sin voz no come.

Zindabria era ciudad de comercio, y por lo tanto también de ladrones. Allá donde el dinero cambia de manos, hay ojos avizores y puñales ocultos bajo las túnicas, por eso siempre tuve mucho cuidado con dónde y con quién me metía. La posada que me ofreció cobijo se llamaba «la Garza Desnuda», y me atrajo justo por ese adjetivo: la palabra «desnuda» traía a mi mente el recuerdo de las mujeres que me habían hecho a mí hombre, de los enredos en los que me vi envuelto con ellas y de cómo me desenredé. Cual polilla atraída por la llama, me puse la capucha y entré al familiar ambiente de hedores de cerveza, humo de pipa y cien conversaciones entrecortadas.

Lo primero fue comprobar si en aquel lugar había tarima para los bardos. Sí que la había (y dos chimeneas, una a cada lado de la estancia, que repartían bien su calor), pero no estaba ocupada por uno de mi calaña, sino por una bailarina: una beldad que exhibía su arte ante las babas de decenas de paisanos. Tardé en encontrar un butacón libre, junto a una de las mesas, pero cuando un campesino se levantó con aire de estar tan borracho que no llegaría ni a la puerta, me deslicé como una culebra y ocupé su sitio antes que nadie. Ignoré las miradas de odio, y concentré mi interés en la bailarina.

Cuando entré ya se había deshecho de tres de sus siete velos, y aunque esperar que debajo no llevara nada era una tontería, al menos disfruté del suave contoneo de sus caderas, y del tintineo de los anillos cosidos a la prenda que le sujetaba los pechos. Cada giro de aquella cintura era como una vuelta del sol sobre los horizontes, y cada aleteo con el que sus brazos imitaban el vuelo de una paloma, un motivo de sonrisa para sus admiradores. La chica tenía elegancia en sus movimientos, eso nadie lo negaba, ni siquiera los palurdos que solo tenían ojos para la rotundidad de sus senos.

—¡Eso es, muévete, zorra!, —la insultó un tipo de la esquina. Me fijé en él: su descaro no se ganó la reprimenda de ningún paisano, sino más bien risas cómplices, pues era un gigante. Un mercenario norteño de los valles de Nímeda, a juzgar por su rubicunda melena

y su no menos dorada barba. Por muy soez que fuese su lengua, nadie osaría replicarle—. ¡Agita esas caderas y da saltitos, para que te tiemblen las tetas!

Su propia risa le provocó estertores, y acabó lanzando media jarra de cerveza sobre otro que tenía al lado. Este no se quejó, sino que le rio la gracia y se limitó a cambiarse de butaca. El bruto siguió riendo, bebiendo e insultando a la muchacha, la cual prefirió ignorarle.

Me fijé entonces en otras dos personas que, al igual que yo, procuraban pasar desapercibidas. El no desprenderse de la ropa de viaje, ni dejar que se les viera la cara fácilmente, invitaba a pensar eso. Estaban sentadas cerca de la tarima: uno era un hombre delgado y giboso, y llevaba puesta una especie de sayo verde. El otro parecía mucho más corpulento, tanto como el gigante rubio, y estaba en el otro extremo del salón, cerca de una de las chimeneas. Sus ropas recordaban también a las tierras bárbaras del norte, pues llevaba una camisola de piel de reno y unos pantalones velludos, así como botas gruesas. No prestaba atención a la bailarina, encorvado como estaba sobre su tazón de sopa. Su espesa melena castaña le caía como un trapo sucio sobre la comida.

Aquel tipo grandote no parecía uno de los míos, pero el otro… ah, al otro lo calé enseguida. Los bardos nos reconocíamos mutuamente por la economía de movimientos, por la expresión de hambre; por cómo mirábamos los espectáculos con un aire analítico, como si los estuviésemos desgranando en nuestra mente en sus partes fundamentales.

Me senté a su lado.

—Cómo se menea la moza, ¿eh?, —le comenté. Y antes de que tuviera tiempo de lanzarme una mirada iracunda, le convidé al hidromiel que estaba tomando, dejando caer una moneda en la mano del camarero. Con eso me gané si no su amistad, al menos sí su tolerancia.

—¿Quién eres, amigo?

—Uno de los tuyos —dije en voz baja, sin apartar la vista de la bailarina. Ya solo le quedaban dos gasas muy etéreas—. Me llaman Kieran el Menor, rey de las trovas y los salteadillos. Para servirte, hermano.

—No soy tu hermano, y si tú eres el rey de las trovas, yo soy el

árzigol Sorshen.

Le reí la ocurrencia. Ya había visto su pequeña libreta de notas, unos trozos de pergamino mal cosidos que pretendía esconder en su regazo. Seguramente estaría llena de puntos y rayas, o de como quiera que aquel hombre convirtiese la música en símbolos. Cada uno teníamos nuestro propio código.

—¿A quién has venido a rapiñar? ¿Quién actúa aquí esta noche?

—¿No eres tú?

—Ya me gustaría. —Observé el tamaño de las bolsas de los paisanos, y de los mercaderes que abarrotaban el salón. Y me deprimí—. Ojalá me dejasen el proscenio para mí solo esta noche; esas bolsas parecen atiborradas.

—La mitad se lo va a llevar esa moza, en cuanto nos deje ver cómo se le marcan los pezones como espolones de barcos contra el sujetador —gruñó—. Y la otra… supongo que será para Glizando.

Parpadeé al oír ese nombre. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Glizando el Ciego? ¿El bardo del poema de Madhen?

—El mismo. Dicen que nos va a cantar una versión totalmente nueva. —Sus ojos destellaron con una cólera sepultada, cocida a fuego lento. Me enseñó la punta de un puñal que escondía bajo la saya—. Óyeme, buitre: como se te ocurra birlarme esta canción, te rajo, ¿me has entendido?

Asentí poniendo mi cara más profesional de inocencia.

—Por supuesto, amigo. Te lo prometo.

—Ya, claro… Que los nueve infiernos se te traguen, sanguijuela. Ojalá una lamia seque tu lengua y los dedos se te partan por siete sitios.

Era un antiguo mal de ojo de los juglares, que no merecía mayor atención. Le ignoré y seguí bebiendo, mirando cómo la bailarina acababa su danza y nos regalaba el premio final. Tal y como mi «amigo» había augurado, la delgada cinta de yute que le cubría los pechos podía ocultarlos a la vista, pero no disimulaba aquellas dos puntas de lanza que amenazaban con traspasarlos con la fuerza del acero velmisio. Los pezones salían tan hacia fuera que hasta arrojaban sombra a un lado. La lluvia de monedas que le cayó fue espectacular.

—¡No te vayas, mozuela!, —gritó el hombretón de antes, con la barba hecha un estanque de tanto derramar hidromiel sobre ella—.

¡Todavía te queda ropa, gánate nuestro dinero! ¡Vamos, sé valiente, enséñame esas dos ubres de loba!

Ofendida, la joven recogió todo el dinero que pudo del suelo, usando un cuenco hecho con sus sedas, y desapareció tras el escenario. El gigante rubio le dedicó un ademán obsceno y siguió despotricando.

El dueño de la posada se subió a la tarima y, mirando con mal disimulado desprecio al rubio, presentó al siguiente artista:

—Damas y caballeros, la Garza Desnuda tiene el privilegio de contar esta noche con la voz y el arpa de uno de los más afamados aedos que han caminado jamás por nuestra tierra.

Me puse derecho. Ahora venía lo que a mí me interesaba.

—¡Reciban con un cálido aplauso al hombre que glosó las miserias de la guerra de los inurianos, al hombre que balanceó en rimas la caída de las antiguas civilizaciones, y el triunfo final de Exerpes! ¡El sin par, el legendario… Glizando el Ciego!

La gente estalló en aplausos. Hasta yo junté mis palmas, cosa que no suelo hacer con respecto a ninguno de mis colegas. La recaudación final de un número depende del volumen de la ovación, y no voy a incrementarlo a menos que me lleve comisión. Pero esta vez sí que aplaudí, ansioso: ¡Glizando el Ciego! Aquel hombre realmente era una leyenda. El juglar (a veces lo llamaban aedo, porque era analfabeto) más viejo de todos. El que recuerda canciones que los demás hemos olvidado, y los hechos a los que hacen referencia. Y el único de nosotros que compone música desde cero, a base de pincharle en el culo a su musa, cuando la cabeza de los otros juglares no es más que un erial reseco.

Tuvieron que ayudarlo a subir, y le pusieron una banqueta. Parecía tener mil años, aunque se aguantaba derecho. Sin embargo, a pesar de las arrugas y de la vejez que tiraba hacia abajo de sus huesos, el hombre no tenía pinta de desvalido. De hecho, en sus bigotes de comadreja se vislumbraba una astucia observadora, y una torva sugerencia de prepotencia tiraba hacia abajo de la curva de su boca.

Le pusieron un arpa en las manos, se aclaró la garganta y dijo en un susurro:

—La saga de los reyes bárbaros.

Empezó a pulsar las cuerdas. Un escalofrío me recorrió la

columna. Y presté atención, vaya que sí, a pesar de la amenaza de mi colega.

Alargó el poema unas diez o quince estrofas, que se estaban grabando a fuego en mi cerebro. En ellas narró hechos asombrosamente cercanos en el tiempo, de hacía solo cinco años, cuando hubo una cruenta batalla entre las huestes de Velmisia y una criatura mítica, el Antauros. Nada menos que el alto estáter Impéragon, soberano del mesianado de Velmisia hasta su muerte (acontecida en la batalla que describía el aedo), participó en aquel lance. Pero lo que más me sorprendió, a mí y al resto de la concurrencia, fue que la canción no pretendía alabar las hazañas del estáter por encima de cualquier cosa. Ni tampoco retratarlo como una figura divina, que si cayó en buena lid fue en acto extremadamente heroico y rodeada por coros celestiales. No, aquí el viejo estaba cometiendo un delito de lesa verosimilitud, y cantaba los hechos como ocurrieron en la realidad. ¡Algo inaudito, que podía dar con sus huesos en las mazmorras de la capital, si se descuidaba!

Esto no nos convenía, a mi amigo el del puñal ni a mí. No podíamos aprendernos de memoria un cantar de gesta herético, aunque… sí que podíamos retener la melodía. Y qué hermosa era, por Exerpes.

Me fijé en que el otro hombre corpulento, no el rubio maleducado, sino el gigante de cabello castaño de la chimenea, había dejado de comer. Se secó los dedos, grasientos por la comida, en el pelaje de un perro que dormitaba a su lado, y clavó los ojos en el aedo. No se estaba perdiendo una palabra de lo que cantaba, pero no tenía la pose de disfrute del resto de los paisanos, sino que estaba tieso como una estatua. No estaba gozando de la música, sino analizándola, igual que yo. ¿Me habría equivocado y sí que sería un juglar, solo que con brazos tan musculados que parecían capaces de estrujar una ballena?

Glizando acabó con una sorpresa: al final de la última estrofa, que llegaba hasta donde la gente conocía más o menos la historia de la batalla, dijo:

—Y ahora, la continuación…

Y siguió cantando. Todos nos quedamos sorprendidos, pues si bien sabíamos que (si la rumorología popular era cierta) la batalla

concluyó con la muerte del estáter y el alma del Antauros encerrada dentro de un martillo, no sabíamos cómo continuaba la saga.

Mis oídos no salían de su asombro. Así que tras la batalla de las catedrales de bambú, el traidor que había sido un alto clérigo de Velmisia y que se había llevado el martillo recaló en la isla de Madhen. Allí donde aún vivían los clanes bárbaros. Si lo que contaba Glizando era la verdad, el arma descansó allí durante un año, hasta que fue robada por seguidores del culto de Ark, un malvado dios que pertenecía al panteón de Exerpes, pero que trabajaba en contra de la vida y del orden natural, no a su favor. Un viejo enemigo del dios del Sol en los jeroglifos.

Escuchando la balada, nos enteramos de que los arkitas habían huido con el martillo a los pantanos del oeste, donde supuestamente tenían su templo. Allí el aedo jugaba con la idea (su musa, a través de él, era la que imaginaba) de que intentarían liberar el espíritu del Antauros de su prisión de metal. El martillo sería destruido y el alma del berserker rescatada, para que pudiera hacerse carne de nuevo. Pero algo sucedió en contra de los deseos de aquellos fanáticos.

El martillo fue destruido, sí, pero cuando el guerrero se hizo carne otra vez, alguien atacó el templo. En la canción fue una sola persona, una ladrona de acreditada ferocidad llamada Damantis la Negra, personaje real y bien conocido por estos lares. Pero yo sospeché que en la realidad habría estado secundada por toda su banda; un solo guerrero, por osado que sea, no ataca en solitario un templo henchido a rebosar de fanáticos.

Glizando no reveló sus fuentes, pero afirmó que la historia era cierta, y que desde entonces la encarnación física del Antauros (un bruto del este conocido por el nombre de Dunn), vagaba suelto por el mundo. Y nadie sabía qué había sido de él, o de Damantis.

El ciego necesitó ayuda de dos personas para levantarse, el posadero y la danzarina, que se había cambiado y ahora parecía una camarera. Le ayudaron a bajar de la tarima y lo sentaron frente a la barra, donde le esperaba una tisana de corteza. Parte de su salario. Yo me disponía a acercarme para presentarme y decirle cuánto me había gustado la balada, cuando alguien gritó:

—¡Embustes!

La voz fue tan atronadora que se hizo el silencio en la posada.

Cien ojos se volvieron hacia el rubio, el cual, medio borracho, repitió:

—¡Todo eso son mentiras, embustes de la peor calaña! Ni el estáter Impéragon hizo eso que le atribuye la canción, ni fue asesinado de manera tan ignominiosa. ¡Hereje, haré que te cuelguen por esta difamación!

La gente empezó a salir en tropel de la posada, viendo lo borracho que estaba el gigante y cómo, además de a su obscena labia, había echado mano también de su arma, un espadón que descansaba contra la pared. Dentro del local solo quedamos el posadero y la danzarina, el ciego (que volvía su cabeza en todas direcciones como un pájaro, como si sus oídos intentasen hacerse una idea de la situación), el otro bardo, el bruto de pelo castaño de la chimenea, y yo. Supongo que mi «colega» se quedó por la misma razón: curiosidad, y el interés por saber cómo acababa aquello para usarlo en una trova.

El rubio, con la cabeza quieta en medio de largas trenzas que pendían como maromas, se acercó al aedo con pasos pesados, de elefante.

—Viejo asqueroso, vas por los pueblos esparciendo estas blasfemias y crees que no te pasarán factura, ¿no es así? Pues oye mi nombre, porque necesitarás saberlo para componer una oda en el agujero en el que te pudrirás el resto de tu vida: es Molock. Molock de Irlundia. Así suena el nombre del fiel servidor del Mesianado que silenciará para siempre el veneno que sale de tu boca.

El posadero no llegó a caer de rodillas, pero sus piernas se arquearon como si esa fuese su intención.

—P… por piedad, mi señor, os lo suplico —gimoteó—. No quiero violencia en mi local. Perdonadnos si hemos ofendido de algún modo vuestro oído, él con sus versos y yo ofreciéndole el palco. No sabíamos que estaba prohibido cantar sobre estos temas…

—¿Prohibido?, —eructó, más que dijo, el mercenario—. ¡Os atrevéis a afirmar en voz alta que el estáter fue un cobarde que se escondió tras sus tropas, que no se enfrentó en persona al Antauros, y que cayó con ignominia de un solo golpe en la batalla, y a ti no te parece inadecuado! ¡Debería matarte por tu impudicia, pobre barrigón, y quemar este local hasta los cimientos! Aunque no antes

de divertirme un poco con tu hija, claro… —Miró lascivamente a la muchacha, que retrocedió espantada—. ¿Qué me dices, preciosa? ¿Harías un baile de esos de los velos en privado, solo para mí? Bajo mi calzón tengo algo que podría competir en tamaño y gloria con las almádenas de los titanes.

Yo estaba congelado, igual que el otro juglar. Ambos sabíamos que si nos atrevíamos a respirar siquiera, podríamos atraer sobre nosotros la desgracia, así que era mejor intentar pasar por muebles.

El rubio, sin miramientos, agarró por el escote la camisa de la joven y tiró hacia abajo, rompiéndola. Su torso quedó al descubierto, con los pechos bien formados que habían preferido jugar a la sugerencia durante su danza. Los miré, pero la brutalidad de la situación no me dejó disfrutarlos, a pesar de que eran justo como me los había imaginado: tersos y redondos, con sus picos rosados estirados hacia afuera como si un bebé hubiese estado alimentándose del sagrado icor materno durante horas.

El posadero quiso interponer otra queja, pero el brazo del bruto se estrelló contra su cabeza y lo envió un par de metros hacia atrás. Fue a caer sobre una mesa que aún no habían recogido, tirando lo que quedaba de los platos hechos de pan y las jarras por el suelo. La bailarina gritó y fue a esconderse detrás de la barra, tapándose sus vergüenzas.

—Huye si quieres, conejito, en seguida voy a por ti. Pero antes… —Molock se apartó las cuatro trenzas rubias de delante de los ojos para mirar directamente al viejo. Se plantó delante de él, un elefante parado ante una diminuta liebre que no podía correr—. Tú. Sí, tú. —Le tocó el hombro—. Viejo asqueroso. Estoy hablando contigo. Vas a decirme ahora mismo quién te contó esa historia, y dónde están los restos del martillo. Hay gente que pagaría un buen precio por ellos.

Glizando tartamudeó unas frases inaudibles. El gigante le pinzó un brazo entre dos dedos y apretó con fuerza. Casi oí crujir el delicado hueso.

—¡No… no lo sé!, —aulló el pobre aedo—. ¡Por favor, no me matéis! La historia me la contó Damantis; son sus palabras las que yo traduzco a versos…

—Vaya, la reina de los ladrones en persona, ¿no? ¿Y dónde está ahora? ¿A dónde se fue después de confiarte a ti, una momia

decrépita, semejante secreto?

—Os juro que no lo sé —gimió el anciano—. Por la luz de Exerpes…

El rubio alzó su espadón con una sola mano, como si pensara cortar de raíz aquellos lamentables gimoteos, cuando un ruido lo interrumpió. Nos volvimos para ver de dónde procedía, pues había sonado como un taburete que se arrastrara por el suelo.

En la chimenea, el otro hombretón se había aburrido de su plato de gachas y se había puesto en pie. No estaba armado, y se tambaleaba peligrosamente como si su equilibrio dependiera de una cogorza que habría tumbado a cinco hombres. Borracho como una cuba, estrelló la jarra contra la barra.

—Posadero, más cerveza. No aguada.

La situación me provocó hilaridad. Quise decirle que el hombre por el que preguntaba estaba tumbado a sus pies, inconsciente, y que incluso había hecho el amago de sentarse sobre él como si fuera un taburete. Pero no dije ni hice nada.

—¡Digo más cerveza!, —gritó.

El rubio le apuntó con la punta de la mandoble.

—Oye. Tú, imbécil. Tienes exactamente el tiempo que tardo en completar esta frase para salir cagando leches de este sitio, antes de que te corte las ganas de beber por el gaznate. ¿Me has oído?

Temblé ante la inmediatez de la violencia. Estaba claro que el tipo de melena castaña no sabía en estos momentos ni quién era su madre. Y el otro tenía unas ganas de derramar sangre que le temblaban hasta los testículos. Aquello solo podía acabar de una manera.

La danzarina los miró con ojos anchos, de trucha. Los míos estaban igual, y los del otro bardo también. Los segundos pasaron casi a escondidas.

—¿No me has oído, hijo de una ramera tifoidea?, —le gritó el rubio, tan cerca de su cara que la saliva le salpicó la piel—. ¡He dicho que…!

No completó la frase, pues con cegadora velocidad, la mano del castaño (que seguía sujetando la jarra de cerámica) se despegó de la barra. Mis ojos apenas fueron capaces de seguir un movimiento tan veloz que acabó con la jarra hecha trizas contra el cráneo del rubio. Fui lento como una tortuga también con respecto al movimiento

siguiente, pues el bruto cogió lo primero que tenía a mano, y por esto se entiende uno de los taburetes, y golpeó la cabeza de Molock con tanta fuerza que el taburete se rompió en decenas de pedazos. Las astillas volaron, los clavos rajaron la piel del rubio, y este se desplomó cuan largo era.

Nos quedamos patidifusos, sin saber qué hacer. Por encima de la barra asomaban los ojos de la muchacha, tan grandes y redondos que no parecía que tuvieran cara a su alrededor. ¡Por los Dioses, qué historia! ¡Y qué pedazo de trova se podría sacar de ella! Esta vez era a mí a quien le temblaban los testículos.

El castaño recogió del suelo la mandoble: era una espada que había conocido mejores días, pero se notaba que estaba hecha de buen metal. Era un arma noble y densa, que no dejaría tirado a su portador en el campo de batalla, y que cuando se forjó gozó del amor de un buen maestro. La mente que la proyectó se había basado en los astros cuando derritió el metal, pues la guarda del mango era una sonrisa de luna en cuarto menguante, y la hoja había sido bañada en una aleación que recordaba a la plata, aunque estuviese manchada y estropeada.

Al bárbaro (pues eso es lo que parecía aquel bruto) no pareció importarle la manufactura de aquel objeto, pues no lo miró con orgullo, ni con lascivia… Tan solo lo volteó, sopesando su equilibrio, y debió encontrarlo bien afinado, porque le arrebató al rubio la vaina y se la cruzó a la espalda. Después lo levantó del suelo, un peso muerto que no debía bajar de las diez arrobas.

—¿Quién sois, mi señor?, —le pregunté mientras el bárbaro arrastraba el cuerpo de Molock hasta un rincón. No estaba muerto, solo inconsciente, aunque largos chorretones de sangre manchaban sus guedejas.

El bárbaro me miró, y estuve a punto de precipitarme por el abismo de aquellas pupilas negras como la noche. Lo que había tras ellas parecía ser una caída sin final.

—Dunn —susurró, y siguió con sus cosas, atando al rubio a una mesa.

Miré al otro bardo. Su cara competía en comicidad con la mía.

No podía ser. ¿Este hombre era Dunn, aquel del que hablaban las canciones? ¿La encarnación del Antauros en un cuerpo mortal? Desde luego, presencia tenía para ello, con aquel cuerpo vigoroso y

musculado, que si las leyendas eran ciertas, podía invocar al espíritu del Tótem de la Furia para convertirse en algo más, en una fuerza de la Naturaleza.

—¿D… Dunn…?

Quien había hecho esa pregunta era Glizando. El bárbaro acabó de atar al rubio con unas cuerdas que sacó del almacén del posadero, y se aproximó al ciego.

El aedo le cogió de la mano.

—Sí… eres tú… Damantis me habló de ti, de cómo te habías encarnado otra vez, al escapar de la prisión del martillo. Oh, hijo, qué tiempos aciagos nos ha tocado vivir… La civilización, esa enfermedad que llena de muros nuestros campos y de límites nuestras vidas, al final nos ha alcanzado.

—¿Dónde Damantis?, —preguntó Dunn. Trataba al anciano con una inusual delicadeza; con ternura, me atrevería a asegurar, de no ser porque esa emoción no parecía tener cabida en aquellas manos de hierro.

—La capturaron los clérigos del janato [20] de Bardansira, en el Este… El jan Taofestus le tendió una trampa con sus barcos y la capturó cuando vino a fondear a la bahía. Ese idiota —hizo un gesto vago hacia donde él creía que estaba tumbado el rubio— seguramente no lo sabe, porque preguntó por su paradero, pero seguro que sus hermanos de armas saben muy bien dónde tienen encerrada a la reina de los piratas, y qué están haciendo con ella ahora mismo.

Una ráfaga de cólera cruzó la faz del bárbaro, que susurró:

—Él conoce. Disimula para sonsacar información sobre el martillo… Pero no preocupar, viejo: nosotros averiguar.

El otro bardo eligió ese momento para escabullirse. Fue una pena, porque me habría gustado preguntarle su nombre (al menos, su nombre artístico). Pero debió decidir que el drama había alcanzado ya su punto culminante y, para lo que quedaba, era mejor escurrir el bulto antes de que la guardia ciudadana irrumpiera en la taberna.

Yo, sin embargo, me quedé. Lo que estaba pasando era demasiado interesante como para perderme el final. Ayudé a la joven a recomponerse un poco y a recoger a su padre del suelo, y juntos le aplicamos unas gasas calientes en la frente. El posadero

fue recuperando poco a poco el conocimiento. Y no fue el único, pues el rubio acabó despertándose también. Solo que el panorama con el que se encontró era más desalentador.

¿Han oído hablar alguna vez, estimados oyentes de esta trobada, del juego de la crimsonda? Oh, por estos lares es muy popular. O lo era, hasta que los clérigos de Exerpes lo prohibieron. Consistía en introducir la cabeza de una persona a través del agujero central de una mesa de taberna, colocada verticalmente, de modo que su cara parecía el centro de una enorme diana. Daba igual que fuese hombre o mujer, la única condición para jugar era que su cabello fuese muy largo, y preferiblemente recogido en trenzas. Estas se clavaban a los extremos de la diana, de forma que parecían los radios de una rueda de carromato. Y empezaban a volar las hachas. El objetivo del juego era arrojar hachas de mano (o en su defecto cuchillos de trinchar carne) contra las trenzas. El primero que las cortase todas sin dañar la cabeza del centro, ganaba. Esto podía ser muy divertido teniendo en cuenta que el estado normal de los lanzadores era de ebriedad absoluta, y que como veían doble, su puntería era tan buena como la de un topo en un día soleado.

Dunn hizo honor a este juego metiendo la testa del rubio por el agujero de una mesa, colocándola junto a la chimenea, y atándole bien fuerte el resto del cuerpo para que no escapase. Cuando Molock se encontró en semejante tesitura, berreó como si le saliesen serpientes por la boca.

—¡¡Bastardos, herejes, hijos de una perra sarnosa!! ¿Qué estáis haciendo? ¡Yo soy la autoridad aquí, desatadme o acabaréis colgando de una soga!

Las pupilas se le contrajeron al tamaño de alfileres (seguro que ese era el diámetro ahora mismo de sus genitales) cuando vio al bárbaro borracho que se plantaba delante de él, a unos cinco metros, y descolgaba una de las hachas ornamentales que decoraban la pared. Dunn intentaba mantenerse quieto, pero era tal el torrente de alcohol que fluía por su sangre que parecía un marinero intentando mantenerse en equilibrio sobre la cubierta de un barco, en plena galerna. Levantó el hacha y apuntó con esmero a una de las trenzas del rubio, pero el pulso le temblaba tanto que hasta se le escapó de la manos una vez, y tuvo que recogerla del suelo.

—Vejador de muchachas… —carraspeó, intentando fijar la vista a base de parpadeos—. ¿Dónde Damantis?

—Bárbaro… estás cometiendo un grave error al desafiar a un soldado santo de…

La cháchara quedó segada al instante (junto con unos pelillos de una de sus trenzas) cuando el hacha se clavó en la diana. Dunn había hecho un lanzamiento penoso: apuntaba a la trenza más gruesa, pero le dio de pura casualidad a la madera, y le hizo un corte de refilón a Molock en el cráneo.

—¡Pero qué haces, estúpido! ¡No sé dónde está esa zorra! ¿Crees que lo habría preguntado si lo supiera?

Dunn descolgó otras dos hachas diminutas de la pared, y con aire de estar más borracho que una cuba, cerró cómicamente un ojo, se pasó la lengua por los labios…

—¡¡No, ¿qué haces?!!, —chilló Molock, y cerró los ojos. Seguro que se estaba encomendando a sus dioses.

… Y el hacha, la de la mano diestra, voló. Se enterró en la madera con un golpe sordo, y logró incluso cortarle una de las trenzas al rubio, pero Dunn calculó mal y uno de los extremos del filo le rebanó una oreja.

El trozo de carne ensangrentado cayó al suelo, ante lo que el bárbaro soltó un tímido:

—Ups.

Molock se sacudió, berreó, pateó, intentó zafarse de sus ataduras, pero cuando empezaba a conseguirlo, la danzarina corrió hasta situarse a su espalda y le propinó tal patada en la entrepierna que el hombre se quedó pálido. Las fuerzas se le desinflaron junto con sus bolsitas de carne, y a mí me dieron ganas de reír. Sé que es cruel, pero la verdad es que nunca en mi vida me lo había pasado tan bien viendo cómo humillaban a otra persona.

—Continua —le dijo la joven al bárbaro, solícita. Este sonrió, y apuntó esta vez con la zurda.

—A verssh… veloshidad del vienshto… —murmuró.

Un chorro de líquido se derramó en el suelo. Era Molock, que se estaba orinando de miedo. Con voz muy aguda, de tiple, dijo:

—Es… está bien, sé dónde está la pirata… Os lo suplico, señor, perdonadme la vida y os lo diré…

—¿Dónde está? —Fue Glizando quien preguntó.

—En el puerto de Bardansira, en uno de los barcos que suele atracar en la dársena norte… —Tragó saliva—. Se llama «el *Ibis*». Su capitán es uno de mi misma hermandad mercenaria, los Hijos de la Garra Negra. Lo conocen allende los mares por el mote de «Berrick el Azote».

—El Azote… he oído hablar de él —dije yo en voz alta, lo cual quizá fue un error, porque atraje por primera vez hacia mí todas las miradas. Estaban sorprendidos, como diciendo «mira, un taburete que habla».

—¿Y qué has oído, noble bardo?, —preguntó el posadero, sujetándose la compresa húmeda contra la frente.

—Yo… eh… bueno, no mucho. Lo que se cuenta por ahí. Hay… hay alguna que otra canción que adorna alguna de sus hazañas. —Me esforcé por recordarla—. Berrick antes era corsario, hasta que descubrió que la vida de mercenario era más lucrativa, y que el mesianado era mejor pagador que ningún otro reino. Persigue a las flotillas piratas que antes eran sus hermanos de sangre, y capitán que atrapa, capitán que cuelga de su palo mayor, o que ata al mascarón de proa de su barco para que la sed y las olas acaben matándolo. Él lo llama la «mascrifixión».

La bailarina puso cara de asco, igual que su padre. Dunn, sin embargo, se limitó a alejarse medio metro más de la diana y volver a apuntar (con la zurda).

—Tiro de gracia… —musitó—. Si te corto otra trenza, te salvas.

—Espera, por el amor de Exerpes —suplicó Molock—. Oye, amigo, no sé qué quieres, pero sea lo que sea te pago el doble. ¿Es esa ramera de Damantis? ¡Te la conseguiré! ¡Berrick es amigo mío! ¡Si le pido que la libere seguro que se lo piensa!

—Damantis amiga mía. Ramera, también. —El bárbaro torció el gesto, y llevó el brazo hasta el extremo de atrás, a la pose de lanzamiento del hacha—. Pero el peor insulto que podrían hacerle es encontrar esa palabra en boca de un cerdo como tú.

Aparté la vista cuando el arma voló, para no ver el resultado. No debió ser muy bueno (al menos para Molock), pues lo siguiente que supe era que el posadero estaba sacando la fregona y el cubo de detrás de la barra para limpiar el desastre.

Viendo que todo se había resuelto, hice una reverencia y recogí mis bártulos.

—En fin, nobles señores. Ha sido una velada digna de recordar, eso tenedlo por seguro. Pero ahora, si me lo permitís, mi tiempo aquí ha acabado, y debo retirarme a un sitio tranquilo para componer una oda sobre esta magnífica noche.

Caminé hasta la puerta y me dispuse a abrirla con donaire, pero algo se clavó con absoluta precisión en el pomo: una de las hachas de mano. Me volví, lentamente, y descubrí que el bárbaro me estaba mirando con ojos de acero. Parecía habérsele evaporado de golpe toda la borrachera… si es que alguna vez la tuvo.

—Tú sabedor de historias —dijo—. Trovador listo. Me acompañarás.

Me puse tan pálido como el rubio minutos antes.

—¿Q… quién, yo? ¿P… por qué? ¿Qué quieres de mí?

—Conoces nombres, y recuerdas hechos. Y sabes dibujar los sonidos. Vendrás conmigo a Bardansira, a buscar el *Ibis*.

En algún momento se me ocurrió protestar, pero se me pasaron las ganas de inmediato. Sobre todo porque en ese instante vi lo que el anterior lanzamiento de Dunn había hecho con el cráneo de Molock. Me dieron arcadas… y prefiero abandonar ahí la descripción.

El bárbaro se despidió del ciego aedo y de los dueños de la posada, lamentando dejarles tan pringoso «paquete», pero el posadero le agradeció que hubiese intervenido para salvarlos. Y continuó fregando el suelo. Había mucha sangre que limpiar.

El bárbaro me puso una mano en el hombro, enorme como la de un gigante, y me condujo fuera de la posada. Había nubarrones en el horizonte, sobre todo hacia el noreste, donde tras muchísimos kilómetros acabaríamos encontrando la ciudad portuaria de Bardansira.

Tragué saliva, horrorizado por lo que me había tocado en suerte (¡acompañar a un bárbaro loco en una misión de rescate y venganza!), y deseé más que nada en el mundo haberme largado junto con mi colega cuando tuve la oportunidad.

¿Sería a partir de aquí mi historia personal una saga heroica… o una triste endecha?

Faa’thu
(Muelles)

1

La mansa corriente del Méledon acogía el reflejo de la luna, repitiéndolo una y otra vez en el sinuoso movimiento de sus ondas. El río circulaba por una tierra plana, desviándose en mil y un meandros y en pequeños charcos. Tal era su dispersión que parecía que jamás podría encontrar la senda hasta el océano, pero de algún modo sí que lo lograba, y nos señalaba con su dedo azul la dirección en la que se encontraba Bardansira. El gran puerto comercial. La ciudad de los antiguos piratas convertidos (por obra y gracia de la civilización) en Lores comerciantes.

El bárbaro me había obligado a viajar con él durante varias semanas, mostrándose taciturno todo el tiempo. Al principio le tuve miedo, y por eso no se me ocurrió escapar ni siquiera de noche. Pero con el paso de los días, aquel miedo se fue tornando en otra cosa: curiosidad, tal vez. Mi naricilla acostumbrada a los chismes reaccionaba ante las posibilidades de una buena historia, una tan grandiosa que podría darme de comer en las tabernas durante años, pues nadie más que yo la conocería. Solo yo podría rimarla a golpe de martillo y púa.

¿Era este de verdad el genuino Dunn, el Antauros de la leyenda? ¿El bárbaro que una vez estuvo destinado a ser jefe entre los suyos, pero al que una jugarreta del destino acabo sepultando en un lazareto y en una batalla en las catedrales de bambú? La planta la tenía, desde luego, con esas espaldas tan anchas que había que mirarlas desde lejos para verlas del todo, y esos brazos que parecían capaces de triturar piedras. Sin embargo, lo más aterrador de él no era su descomunal fuerza física, sino sus ojos… Esos pozos negros que estaban a medio camino entre los de un humano normal y otra cosa, algo para lo que aún no teníamos nombre.

¿Era un asesino despiadado, un soldado en una guerra ya

perdida entre los hombres primitivos y sus herederos civilizados? No, no parecía aficionado a la violencia por la violencia, ni encontraba placeres perversos en torturar a las criaturas más débiles… pero por lo poco que analicé de su conducta en aquellos días, era el típico ogro primitivo que aunque nunca empezaba una pelea, las terminaba todas. Y de manera contundente, además (que se lo dijeran al rubio). No sabía leer ni «dibujar los sonidos», ni quería aprender. ¿Para qué? Sus libros eran el cielo, la tierra y el agua, y las frases escritas en ellos el vuelo de los pájaros, el apresurado corretear de un zorro o el tranquilo bostezo de un castor. No necesitaba nada más. No le *definía* nada más.

A su modo era un ser tan simple y básico, que al verlo cabalgar me parecía estar echando un vistazo a las cosas que habían desaparecido hacía incontables siglos. Y eso me daba miedo, pues desde luego eran incompatibles con lo que había ahora. Yo solía tejer finísimos epigramas para denostar a gente como él… pero no me atreví a hacerlo. No solo porque mi pellejo estaba en juego, sino porque en verdad empezaba a fascinarme aquel bruto. Como personaje de un cuento.

Nos aproximábamos ya a la costa cuando señaló a las estrellas.

—¿Leer?, —preguntó.

—Sí, un poco sé… El creciente de la Azada iguala al menguante del Dragón. Ambos astros podrían formar los extremos de la cuerda que el Arquero necesita para disparar. Buena noche para los presagios.

—Presagia.

—Eh… para eso necesitarías un astrólogo, amigo mío, y yo solo soy un pobre bardo. No sé interpretar las señales.

Dunn calló, la mirada perdida en la corriente. Seguro que sabía mucho más de leer prodigios en los cielos de lo que los astrólogos actuales, con su magia algebraica y sistematizada, podrían averiguar nunca. Lo hacía con el corazón, y en virtud a una alianza entre los seres de la tierra y los misterios del cielo que ningún clérigo de Exerpes podía recordar, pues pertenecía a épocas muy remotas. La verdad parecía más fiable en sus labios, y también más fácil de entender que a la luz de los cirios de los templos, lejos de los ojos que todo lo ven y del desamparo que crecía en ellos.

No supe qué interés tenía, pues, en preguntarme. ¿Acaso me

estaba probando? ¿Quería averiguar si realmente yo servía para algo, además de para preparar la fogata y calentar las raciones?

Rogué porque si la respuesta final era negativa, no se le ocurriera poner fin a nuestra «alianza» con un tajo de esa mandoble con guarda de luna que le había confiscado a Molock.

De pronto me sorprendió con un pensamiento muy profundo, que jamás habría esperado en alguien como él:

—Los dioses escriben en el cielo cuando cae el sol. La belleza de la noche depende de lo que nos depararen esas frases talladas allá en lo alto. —Me miró—. No seremos los últimos hombres en venir: muchos más llegarán en oleadas, arrastrando consigo días y años… y algunos se sabrán de memoria tus canciones. Canta sobre mí, entonces.

Me dejó helado. Tanto que no volvimos a cruzar palabra hasta que el horizonte se llenó de crestas de espuma, y vimos cómo el mar delimitaba con sus olas el perfil de la costa. La ciudad portuaria apareció como una gema iluminada con miles de facetas, cada una de un color distinto. Me pregunté por qué aquel bruto a veces construía sentencias tan elaboradas, y otras se expresaba a base de monosílabos, como si estuviese aprendiendo nuestro idioma. ¿Era una pantomima… o su forma de ser?

Bardansira, oh, Bardansira. Ciudad de torres, de espinas, de pináculos. De gente que trocaba verdades y mentiras en torno a las profecías urdidas por las pitonisas, y que carecía por completo de un sentido de «causalidad» de la historia: los hechos no tenían ninguna influencia, no eran producto unos de otros. Las cosas sucedían porque los dioses así lo dictaban, y punto. No había la menor lógica, pues, en su percepción del tiempo. Por eso la urbe era tan caótica.

Nos fuimos directamente a la dársena norte, la que nos había indicado Molock. Estaba fuera de las murallas, lo cual nos beneficiaba, pues para cruzar aquellas puertas había que entregar las armas a cambio de un recibo, y no creo que a Dunn le hiciera demasiada gracia. Además, al verla desde lejos la reconocí: aquella esplendorosa entrada era «el arco de la muerta», llamada así porque sobre su dintel había un sepulcro. Allí estaba enterrada la quinta reina de la dinastía principal, quien había dejado un aviso escrito en piedra:

Pase bajo aqueste arco mi sucesor en el trono, y sepa que mis huesos custodian incontables tesoros. Mas de la codicia no te dejes llevar, oh rey, pues si profanas mi sepulcro movido por el rutilar del oro, una maldición te perseguirá por siempre.

Un aviso contra la codicia de ladrones y gobernantes. Curiosamente (debe ser que la superstición puede más que la fuerza de las leyes) ni monarca ni ladrón habían osado desafiarlo. De todos modos no fue ese el motivo por el que me alegré de no tener que cruzar por allí, sino porque no me gustaba el hecho de tener a un muerto sobre mi cabeza.

—No es la primera vez que visito estas callejuelas —dije mientras cabalgábamos hacia la dársena—. Aquí un vellón de oveja te enseñará más sobre la verdadera naturaleza de los hombres que mil moralejas. Y esas gaviotas… bueno, te convertirán en mejor filósofo que los toneles que encuentres a la linde de los caminos. La gente de aquí está acostumbrada a todo tipo de avenencias, incluso a hacer pactos con pájaros.

Llegamos a la rada. Ante nosotros se elevaban los espléndidos mástiles de cuatro barcos, todos del tamaño de galeones, escoltados por un centenar de embarcaciones más pequeñas. Era un despliegue impresionante de poderío comercial y talasocrático, que a Dunn no le hizo ni siquiera curvar una ceja. No se sentía impresionado por nada de aquello, solo buscaba un nombre en una amura: *Ibis*.

El tercer barco que inspeccionamos lo tenía grabado, en pan de oro y en dos caligrafías distintas, bajo el castillo de popa. Se notaba que había visto muchos horizontes, y que su quilla se había endurecido con crustáceos de cien archipiélagos. No estaba en demasiado buen estado: la mastelera mayor se le había quebrado, además del botalón de bauprés y el mástil del juanete de proa. Las excrecencias acumuladas sobre el espesor de los aparejos finos hablaban de una pintura blanca que no era más que incrustaciones de sal.

Era el juguete de Berrick el Azote, no cabía duda, un bucanero que se había labrado la fama gracias a un puñado de marineros no siempre fieles.

El bárbaro siguió cabalgando como si nada hasta la parte delantera del galeón. Una vez allí se detuvo y lo miró de reojo. Comprendí lo que estaba haciendo: buscaba cadáveres asidos al

mascarón de proa, restos de una «mascrifixión». Me adelanté también para atisbar. No vimos ningún cadáver colgado de allí, aunque sí unos grilletes que seguramente servirían para encadenar a algún desdichado. Esa crucifixión en proa, de cara al mar, era uno de los castigos más despiadados que habían imaginado jamás los capitanes mercantes. Pensar que Berrick era capaz de hacérselo a una mujer…

Dunn señaló una posada cercana al muelle, con las ventanas tintadas de calor de chimenea.

—Dormir. Esperarme.

—De eso nada —salté—. ¿Me has arrastrado hasta aquí y ahora quieres que me pierda la mejor parte? Ni de broma. —Me lanzó una mirada acerada, pero yo esgrimí a tiempo una réplica—: Además, justo en esa posada… hay un hombre que me odia a muerte y una bella mujer que me echa de menos.

Dunn se encogió de hombros y me ignoró. Que hiciera lo que quisiera, venía a ser su conclusión. Miró en derredor para comprobar que no había ojos indiscretos, ni siquiera en la cubierta del barco, y se agarró a la maroma de anclaje. Sus poderosos brazos cargaron con su peso hasta que estuvo arriba, junto a la baranda de babor. Echó un vistazo con cautela a la cubierta, y se deslizó dentro como un gato.

2

Me quedé perplejo. ¿Qué iba a hacer yo ahora? La historia de la dama desconsolada y el marido enojado era falsa, pero me quedaba la posibilidad de intentar hacerla realidad en lo que él volvía… y de paso oír el tintineo de unas monedillas al final de mis versos. ¡Pero qué cuernos, mi queja era auténtica! ¿Acaso me había dejado arrastrar por el mundo detrás de aquel bruto para que ahora me dejase tirado?

Ah, no, no contarían cosas así de Kieran el Menor, nacido Sterbhos, maestro de versificaciones amétricas. Metiendo la barriga para ofrecer un perfil más digno, me aproximé a la pasarela. Allí dormitaba un guardia aburrido que fumaba al amparo de la madrugada. Cuando me vio amagar las intenciones de subir, me dio

el alto.

—¡Eh, tú! ¿Quién va?

—Tranquilo, amigo, no soy persona peligrosa, ¿o acaso me ves como tal? Solo soy un humilde juglar que busca un sitio donde ganar algo de dinero esta noche.

—Pues vete a esa posada de allí, escoria. Seguro que encuentras mejor carnaza para tus enredos.

Aquel tipo era un sujeto amojamado cuya vista no era la más indicada para percibir lo que ocurría en las penumbras portuenses, por lo que imaginé que a Dunn le habría sido fácil darle esquinazo. Yo, por el contrario, tendría que confiar en mis fintas verbales más que en las del acero.

—De esa posada ya me han echado varias veces, y no todas por la puerta, si sabéis lo que quiero decir. Es el problema de los que nos sabemos entera la saga del gran Berrick el Azote: que aunque deseemos cantarla, no son tonadas que sean del agrado de los paisanos. ¡Es tan larga, y tan emocionante…!

Al oír el nombre de su capitán, la expresión del pirata cambió.

—¿Os sabéis la balada de Berrick el Azote?

—¡Pero por quién me tomáis! ¡Por supuesto que me la sé, de la primera hasta la última nota! Decidme, en confianza: ¿creéis que alguien de por aquí querría gastar unas pobres monedas en escucharla?

El hombre me miró con desconfianza, como si se conociera de sobra los trucos de los juglares pordioseros. Pero debió pensar que una oportunidad como aquella seguramente agradaría a su capitán, por lo que me ordenó que esperase allí, sin poner un pie en la pasarela, y fue a consultar con alguien.

Al rato regresó con una sonrisa que me dio muy mala espina.

—¡Eh, pájaro cantor! ¡Sube a bordo, a mi capitán le gustaría oír esa balada! Te vas a llevar una sorpresa en cuanto le veas —agregó, dando un tono de sagacidad a sus palabras.

Trepé por la pasarela. Casi esperé ver la cubierta alfombrada de cadáveres con la marca de Dunn, pero todo estaba en calma. Eso sí… creí percibir algo raro en los ojos de aquel marinero. Nunca he tenido mucho talento para lo sobrenatural, pero confieso que hubo algo en aquellas pupilas que… no sé, que no me sonó normal. Aun así seguí al hombre hasta el castillo de popa, donde ardían varios

faroles en sus peanas. Qué remedio me quedaba. Yo me había metido en aquel lío, solito, y solo iba a salir.

Fui conducido hasta el camarote del capitán, grande como una cuarta parte de la bodega. Era más frugal de lo que me había imaginado (por mi mente llegaron a pasar estancias palaciegas, con el botín de cien abordajes repartido por las paredes). Pero no, la estancia resultó ser bastante humilde. Y apestaba a incienso.

Había cinco piratas reunidos; el humo de los incensarios esparcía sobre ellos un color de tizne, un olor a fuego que salía de sus narices oscurecidas y de sus mejillas mal afeitadas. Bajo sus cejas se escondían ojos semicerrados, quemados por mil fuegos reales y cien mil imaginarios. Eran los bucaneros de Berrick, los más veteranos, los más sanguinarios; los que ya lo habían visto todo y podían imaginarse el resto.

Tragué saliva. ¿Boca del lobo, dijo alguien?

—Vaya, vaya, así que tenemos a todo un artista, ¿es cierto? Y que además dice saberse una canción sobre mí. ¡Qué divertido!

La voz que había hablado me sorprendió muchísimo, pero no porque procediera de la figura sentada en el gran sillón detrás de la mesa. Ni porque fuese la de una persona más joven de lo esperado (se decía que Berrick había cumplido ya su octava década de vida, y también que eso no le había hecho perder ni una pizca de su ferocidad).

No, lo que me dejó clavado fue que era la voz de una mujer.

La figura se puso en pie. Vestía las ropas doradas y rojas que la imaginación popular siempre ponía sobre Berrick, solo que le quedaban holgadas. Ella no tenía la barrigona hinchada por el alcohol del pirata, ni unos brazos de los que colgaran libras de carne fofa. Era una mujer entrada en los cuarenta, aunque ruda y juvenil en sus ademanes. Fea como un pecado, no casaba con la imagen de belleza digna de sirenas que uno esperaba encontrar en un personaje mitológico. Pero se estaba ganando a pulso esa fama, a pesar de su fealdad, pues era nada más y nada menos que Damantis, la reina de los corsarios.

La estupefacción debió descoyuntarme los huesos de la cara, porque se echó a reír. Sus hombres seguían mirándome inexpresivos. Estaban aureolados por el mismo brillo sobrenatural que creí detectar en la cubierta, solo que allí abajo era más obvio.

—¡Cántala! —Me ordenó—. Entona con tu mejor voz esa canción sobre Berrick el Azote. Así quizá tú te la aprendas también, ¿eh, Mayago?

De las sombras surgió una sexta figura, y era la última a la que esperaba encontrar en aquel lugar, aunque me lo hubiesen jurado sobre el Dáriban, el libro sagrado. ¡Se trataba del otro juglar, el mismo que había estado junto a mí durante el incidente en la posada!

Le lancé una mirada de odio, calándole de inmediato.

—Con que nada de aquello iba contigo, ¿eh, rata?

—Silencio, perro —dijo, muy solemne—. Te hallas en presencia de la capitana Damantis la Azul, señora de los océanos. Y este es su barco, el *Flecha huesuda*.

—Creí que se llamaba *Ibis*…

—Eso fue mientras Berrick lo gobernaba. Ahora que tiene nuevo capitán —sonrió ella—, es más que justo que tenga también nuevo nombre.

¿Damantis se había hecho con el bajel de Berrick, lo había matado y se había agenciado su tripulación? ¿Así de fácil? ¡Pues sí que era una persona digna de su fama! La historia se volvía cada vez más rocambolesca. Tenía que averiguar pronto lo que había ocurrido para buscarle una explicación a semejante giro, o mi público no se la iba a tragar. Y un bardo que canta canciones que nadie se cree es uno al que bañan con tomates podridos.

—A continuación intervendremos los dos en la «la canción del pirata» —dijo Mayago—. Con acompañamiento de laúd y flauta. Kieran, querido, ¿crees que podrás dar los agudos con facilidad, o bajo la tesitura?

—Soy capaz de cantar como la jodida alondra de Velmisia —siseé—. Pero espera un momento: no conozco la rima. ¿Qué ocurrió con Berrick? ¿Qué ha pasado en este barco? Si no lo sé, no podré cantarlo.

Damantis acarició un medallón que llevaba colgando del cuello. Era una piedra verde alga, que despedía un fulgor malévolo. El hilo que la sostenía parecía estar hecho de conchas vaciadas, engarzadas unas en otras como los eslabones de una cadena. Estaba manchado de un herrumbroso cardenillo, una mezcla venenosa de acetatos que solo se daba en los objetos que habían estado sumergidos mucho

tiempo.

—Cuéntaselo, juglar —susurró la capitana—. Dile cómo encontramos el tesoro de la Cueva Escondida. Tu compañero necesita héroes para su gesta.

—Muy al sur, doblando la Espira del Trueno —Mayago moduló su voz como si estuviera en un teatro—, más allá de los bajíos de Surmatra, allá donde pocos navegantes se aventuran… arrastró el viento las velas de la *Flecha huesuda*. Todavía estaba al mando de su antiguo capitán, el infame Berrick, que había puesto proa hacia lo desconocido en pos de una vieja leyenda. El tesoro de Cueva Escondida, que según las canciones había llevado al desastre a sus anteriores poseedores. Pero Berrick no le tenía miedo: estaba seguro de poder vencer el infortunio y doblegar a la mala suerte a su antojo. ¡Pobre incauto! Ni siquiera él se libró de tan aciago destino, sobre todo sabiendo que otro barco les pisaba los talones.

»¡Era el bajel de Damantis, la proclamada por todos reina pirata! Su mascarón de proa con un traidor mascrificado, su bandera teñida de un púrpura audaz. Sin miedo siguió a la *Flecha huesuda* hasta la peligrosa Espira del Trueno, donde los dioses ensayan la ferocidad de los huracanes. Ambos barcos sobrevivieron a los potentes vientos y a las murallas hechas de olas, y lograron cruzar. Más allá les esperaban mares nunca cartografiados, islas misteriosas e ignotos peligros. Quiso la suerte que la brújula de Berrick, un objeto de poder arcano construido a partir del cráneo de un bebé ahogado en mares procelosos, con mecanismos internos hechos de cabellos de mujeres violadas por tritones, le condujera hasta su destino: la Cueva Escondida, donde la leyenda situaba el tesoro.

«Nunca la vi en persona, pero hasta mí han llegado testimonios de los supervivientes, que hablan de una montaña hueca que se eleva en medio del mar. En su interior, una gruta que lleva hasta un cementerio de barcos que la marea ha arrastrado desde los confines del Globo hasta aquel lugar. Barcos hundidos, pecios corrompidos por la sal y el yodo, se amontonaban allí como lápidas de madera. —La cara y los gestos del bardo eran muy graves. Casi parecía que tuviera puesta una máscara, de esas que acaban imponiendo en un público inquieto el silencio propio de la ocasión—. La *Flecha huesuda* ancló entre ellos, y los marineros fieles a Berrick comenzaron la exploración de los restos.

»¡Oh, qué terrible batalla se desencadenó!, pues ese fue el momento que el barco de Damantis eligió para entrar en la cueva. ¡Choque de sables, intercambio de flechas, danza de los espadachines sobre las cubiertas! ¡El cadáver mascrificado gritando desde su trono, colgando del millón de años de su dolor! La suerte se tornó aciaga para los atacantes, pues los hombres de Damantis eran menores en número, y pronto perecieron. Todos menos su capitana, que se negó a rendirse y buscó algo que pudiese ayudarla en la bodega de uno de aquellos derrelictos…

Al llegar a este punto, Mayago hizo una pausa. Damantis y sus hombres cerraron filas, y no tuve más remedio que retroceder hasta que salí a la cubierta. La noche cayó sobre mí, fría y mojada, tan húmeda con el océano que había bajo ella. Damantis y sus piratas salieron en procesión a la cubierta, y a la luz que desprendía su medallón pude ver por fin las escaras, las heridas no sanadas de sus cuerpos, la mortificación gangrenosa de la carne. Y supe lo que eran en realidad: las víctimas de aquella batalla que estaba contando Mayago, que el poder del medallón mantenía presas en un punto intermedio entre la vida y la muerte. Temblé de pavor.

—Damantis reptó como una culebra hasta el interior de uno de los barcos, y encontró uno de los tesoros de Cueva Escondida —continuó el bardo, arrastrando las sílabas como si se hubiese tragado un puñado de anzuelos—. Un medallón que perteneció sin duda al dios de los mares, y que estaba custodiado por una cosa… la Cosa Tentacular de la Bodega. Fue ella quien le permitió vencer a los piratas de Berrick, y la que devoró al capitán. A cambio de tan grande favor, Damantis la sacó de allí y se puso el collar, aceptando su nombramiento como nueva dama del mar…

Sacudí la cabeza, presa del horror más absoluto. En circunstancias normales habría intentado hallar un comentario jocoso, una chanza capaz de conjurar el hechizo del miedo, pero no pude. Los piratas caídos en la batalla me rodearon. Damantis no parecía compartir su condición: aún estaba viva, pero poseída por la magia maligna de aquel objeto. Intuí que tenía otra correa de perro que estaba deseando atar a mi cuello, igual que la que sujetaba el de Mayago.

—Os lo suplico, mi señora. Yo… yo no sé nada… Me falla la voz, no tengo arte para tocar el laúd, siempre me enredo con las rimas…

Soy un fraude, por eso me han expulsado de manera ignominiosa de tantas tabernas…

Damantis rio, un sonido que sonaba a peces deglutidos por otros peces en las profundidades del mundo.

—No te preocupes, juglar. La música que quiero que toques para complacer a nuestro amo solo tiene sentido si se interpreta bajo la superficie de las olas… y no hay instrumento más afinado que unos pulmones humanos anegados.

Miré al cielo suplicando ayuda, pero la Luna miró hacia otro lado.

Los piratas alzaron sus cimitarras bañadas en óxido para matar.

Y entonces ocurrió.

Con un alarido descomunal, una cosa grande cayó de un salto entre los piratas, encaramada como estaba a una de las jarcias. La cuerda de henequén que sostenía su peso tembló cuando dejó de hacerlo, y se sacudió como un látigo.

Era un ser humano, uno muy grande pero aun así de movimientos veloces. Tardé más de medio segundo en reconocerlo, pero incluso después de saber que se trataba de Dunn, tampoco me quedé tranquilo: el bárbaro tenía *esa* mirada, la que contaban que ponían los guerreros de su pueblo cuando entraban en un trance homicida. Supe que ni siquiera yo estaría a salvo mientras se hallase en ese estado, y por eso lo primero que hice, en cuanto se desató el caos, fue buscar refugio. Me escondí tras unos barriles, temblando como una anguila.

El salto que dio el bárbaro desde la jarcia lo plantó en medio del círculo de muertos vivientes, pero no se limitó a ser solo eso: también llevó su hoja a incrustarse con todo el peso de la gravedad en uno de los cráneos. Las palabras se me parten en dos al recor / darlo: cómo aquella man / doble cercenó el cuer / po del marinero en ped / azos simétricos. Y no se quedó ahí, pues en cuanto Dunn se recobró de la inercia de la caída, empezó a trocear al resto de sus compañeros.

A la que no tocó, al menos por el momento, fue a Damantis. Esta retrocedió para ponerse a salvo. Su lengua, una lagartija pequeña y morada, correteó por sus labios.

—¡Dunn! Así que has venido a buscar a tu vieja amiga… Qué fina piel, tirante como la de un tambor, nos separa ahora del mundo

de los recuerdos. —Agarró la piedra de su medallón. Los haces de luz maligna que despedía se colaban entre sus dedos, más intensos que nunca—. Te veo filtrándote por ella como una pesadilla que creí dejar atrás… ¿Qué eres, amigo mío, qué eres de verdad? ¿Un final o un comienzo?

Dunn no respondió. Seguía inmerso en su violenta danza, mientras la espada con la guarda en forma de luna menguante se abría paso a través de tórax, gargantas y pulmones. De trampillas situadas en la cubierta, que se abrieron con bruscas explosiones, salieron más muertos vivientes. Distinguí en ellos la uniformidad de dos tripulaciones distintas, una la que había jurado servir a Damantis, otra la que había cruzado tibias bajo banderas a las órdenes de Berrick.

Ahora, todos eran esclavos de la piedra verde.

Se lanzaron en tropel contra el bárbaro, atacándole desde todos lados. Ni siquiera la descomunal fuerza de este habría podido salvarle la vida de haberse quedado allí. Su diminuto cerebro debía de retener algo de raciocinio (o tal vez actuaba por puro instinto), porque se dio cuenta de la situación y empezó a escalar mástiles arriba. Los marineros, con sus movimientos torpes, aún podían seguirle, pero más despacio.

La Luna resbaló por el filo de aquella espada, y goteó por su muñeca. Dunn seguía subiendo más y más, deteniéndose de vez en cuando para deflectar alguna estocada y cortar un par de brazos. Los marineros hacían un ruido sordo al golpear la cubierta, como sacos de carne fría, y se levantaban para seguir luchando. No les importaba el hecho de no tener extremidades, o de que les faltase media cara. El dolor no hacía mella en ellos.

Cuando el bárbaro llegó al extremo superior del mástil, hizo algo que me dejó pasmado: cortando una soga, se lanzó al vacío y penduló en un glorioso arco que lo devolvió a la cubierta. Al final de aquel arco estaba el castillo de popa, y sus faroles encendidos. Dunn cogió uno, lo rompió para que la llama quedase expuesta, y corrió por el maderamen, prendiendo jarcias y aparejos. Muy pronto el barco se llenó de fuegos que lamieron las escaleras y el mástil principal, y que se cebaron en las piernas de los zombies.

Damantis lo miró con odio.

—¡Maldito seas, animal! Quieres arruinar mi sueño, pero no lo

conseguirás. Mi amo nunca lo permitirá. —Aferró la piedra entre sus dedos, que brilló con la fuerza de un pequeño sol, como si estuviese invocando algo tenebroso. Sus facetas parecían entretejidas por arcanos símbolos que fluctuaban a la luz en retirada—. ¡Observa la majestad de
Kali-Dag,
el soberano de los abismos!

De pronto, el barco entero se sacudió. Y:

—¡Aquí viene, aquí viene! ¡Protegeos si sabéis, entregaos si queréis!

¡Kali-Dag, un puñado de sílabas primitivas dispersas como una pregunta enunciada al viento! Despertaron en mi memoria ecos de historias antiguas, transmitidas con el disimulo del hereje. El nombre, parlante quizás, de un dios de nuestros antepasados que quedó relegado al olvido porque su sola mención causaba demencia entre los hombres. Una bestia del pasado, nacida en las guarecidas oquedades de una tierra que se había consumido sola y en silencio.

Corrí hasta la baranda de babor, la que daba al muelle, con la intención de saltar. Pero mis débiles piernas jamás habrían podido cubrir esa distancia sin romperse; no eran las de Dunn. La gente de los muelles se congregaba, mirándonos con ojos fascinados. Un incendio en un barco no era cosa común, y siempre resultaba un espectáculo. Los borrachos de la taberna, abrazados a sus putas como una extensión de sí mismos, brindaban en honor al fuego.

Los maldije como los marranos que eran, e intenté saltar al agua, pero tampoco pude. No, porque en ese momento sucedió algo que me acompañará en mis pesadillas durante lo que me quede de vida.

La cubierta se partió en dos abriéndose como una costura mal hilada, desgarrándose con un bramido de tablones que se quebraban; era como si *algo* que estuviera abajo hubiese apoyado dos brazos gigantescos contra las paredes y las estuviese separando gracias a su colosal fuerza. El palo mayor cayó hacía atrás, con tan mala fortuna que impactó contra el castillo y lo hizo añicos. Los marineros sucumbieron aplastados por la botavara, que se destrabó de sus arneses y del pujamen, y recorrió la cubierta como una avalancha horizontal de madera.

Yo me libré por los pelos de semejante caos porque estaba

encogido como una hormiga en una esquina, chillando como una mujer histérica.

En un paroxismo, escuché un rugido que venía de abajo, de las tinieblas, y llegué a la conclusión inevitable: esa loca de Damantis, o lo que fuese que poseía su voluntad gracias a aquel medallón, se había traído a bordo del *Ibis* a la bestia que encontraron en Cueva Escondida. La tenían metida en la bodega, y quién sabía si lo que le daban de comer a medianoche eran bardos ingenuos como yo, o estibadores portuarios ciegos de hidromiel.

Vi a Dunn agarrado al borde de aquella costura de tablones, con los pies colgando sobre el agujero y la espada sujeta con los dientes. Damantis no se había librado tampoco, pues intentaba recular maderamen arriba. Ya no quedaba ningún subalterno suyo en pie, a excepción quizá de Mayago. El juglar, con los ojos desorbitados, se había agarrado a una soga a la que no le quedaba demasiada fuerza, pues estaba ardiendo. Si los brazos de Mayago no fallaban antes, la cuerda acabaría partiéndose.

—¡Ayúdame, hermano!, —me suplicó, al ver que yo era el único que estaba en una esquina, bien protegido—. ¡Recuerda el pacto, el honor entre artistas!

—El mismo honor del que querías hacerme partícipe cuando tenías la sartén por el mango, ¿no?, —escupí—. No te preocupes, amigo: que haré algo por ti. Te compondré una preciosa endecha para tu funeral, que hará llorar a las piedras…

El bardo gritó algo inconexo, cuando la soga se partió y cayó abajo, a las profundidades de la bodega. No llegó, sin embargo, a tocar fondo, pues algo lo atrapó al vuelo con un tentáculo.

Mi boca se abrió en una expresión estúpida, de miedo mezclado con fascinación, cuando la Cosa Tentacular salió y los incendios la pintaron de rojo: más que un ser vivo parecía un amonto de vegetación reptante, una extensión de cicuta acromegálica que prolongaba sus pulposos tallos para aferrarse a las estructuras llenas de salmuera.

¡Kali-Dag!…

y su nombre una catarsis del horror, su aceite un cáncer que mandaba por delante para colonizar las playas.

¡Kali-Dag!,

y su único ojo una imagen blanca como el hueso, un disco que

remataba un agujero festoneado de dientes que en otras circunstancias y bajo otro prisma podría haberse llamado «boca». De ella salía una lengua que era un tentáculo largo como nueve hombres, capaz de acariciar con dedos gomosos la textura de su siguiente víctima.

Ahora tenía atrapado a Mayago, y lo hizo desaparecer dentro de esa oquedad infame con un último chasquido de colmillos. Después, un torrente rojo al que siguió el silencio.

Un bardo acababa de morir, y con él todas sus canciones. A pesar de no sentir la más mínima pena por él, me entristecí.

—¡Dunn, el colgante!, —le grité, recordando las viejas leyendas —. ¡Es el cerebro extirpado de la bestia!

El bárbaro se contrajo con sus poderosas piernas, usándolas como dos resortes, y saltó hacia atrás; no a donde estaba aquella cosa, sino a donde se agarraba Damantis. Para no caer, clavó la punta de la espada a la falda de tablones desgarrados, y entabló una lucha con la mano que le quedaba libre: su enemiga, la capitana pirata. El premio: el medallón maldito.

Damantis se retorcía como una tigresa, haciendo lo humanamente posible por que Dunn no le robara su alhaja. Le daba puñetazos en la cara, intentaba sacarle los ojos con las uñas, le mordía los dedos… sin embargo, la diferencia de fuerza entre ambos era abismal. La capitana era una competente luchadora cuerpo a cuerpo, capaz de doblegar a muchos hombres si tenía espacio para maniobrar. Sin embargo, aquí las condiciones eran muy restrictivas: ella también tenía una sola mano libre, pues estaba usando la otra para agarrarse. Y Dunn, aunque no había entrado en plena furia berserker, tenía el suficiente odio líquido corriendo por sus venas como para que sus músculos gozaran de una templanza mayor.

Entonces sucedió el desastre: la lengua de la Cosa Tentacular se alargó hasta donde estaba el bárbaro y se enroscó en torno a su cintura. Dunn se sacudió, pero nada pudo hacer. El monstruo tiró de él hacia abajo, con tanta fuerza que logró que se soltara; lo último que vi de él fue que se lo tragaba la bodega de la nave, y que salía de mi rango de visión. Damantis reía como una posesa. Libre ya de su enemigo, continuó trepando por los tablones.

Ni siquiera ella dio crédito a lo siguiente que sucedió, pues

aunque un bardo (como yo) habría vestido de épica aquellos acontecimientos, logrando que hasta el más cobarde (también yo) pareciera bizarro, la realidad fue mucho más patética. ¡Pero resultó! Viendo que Damantis estaba a punto de llegar arriba, y sabiendo que si lo conseguía yo habría perdido mi única oportunidad de sobrevivir… me lancé corriendo hacia ella. Me tiré de cabeza y recorrí los últimos metros resbalando por la cubierta inclinada, más que sobre mis piernas. Lo que sucedió fue que cuando la capitana llegó arriba, a un último esfuerzo de salir de la bodega, lo que vio fue mi fea cara delante de la suya. Mirándola. Y notó mi mano, que en un tétanos de ansiedad le arrancaba el medallón.

—¡¡No!!

—¡Dunn, cógelo!, —dije yo, ignorándola, mientras se lo lanzaba.

La alhaja voló hasta la masa informe que sumaban dos cuerpos: el de la bestia nautiloide… y el de la presa que tenía atrapada y en rumbo de colisión con su boca, el bárbaro. Dunn lanzó hacia arriba una mano para intentar cogerlo al vuelo, pero fue inútil: mi lanzamiento no había sido tan bueno. El medallón cayó sobre las babosidades del cuerpo del monstruo, y allí se quedó. Sin embargo, algo de efecto sí que tuvo, pues

Kali-Dag

perdió repentinamente el interés en su cena, y fijó su único y deforme ojo en aquel objeto. Lo miraba con algo más que codicia, yo diría que con ansiedad, como el prisionero que lleva años soñando con que algún día el guardia esté tan borracho que se le caiga la llave de la celda.

¿Serían ciertas las canciones que afirmaban que aquel era nada menos que su cerebro, fosilizado en una piedra y arrancado de su cabeza por mor de una antigua maldición? ¿O esa alocada idea era una invención de un bardo que había sentido la necesidad de engrandecer la historia, para que el aplauso del público retumbase más?

Ese *impasse* no fue desaprovechado por el bárbaro, pues vi cómo cerraba los ojos, concentrándose. Bajo aquel claroscuro lunar fui testigo de un fenómeno que pocos hombres han visto nunca, y que tenía que ver con fuerzas primigenias relacionadas con el Tótem de la Furia, el salvaje dios de su raza: Dunn invocó el trance bestial que retrotraía su mente a un estadio más simple y arcaico, y sus

ojos brillaron con el fuego de la ira en estado puro; con las fuerza de los elementos; con la rabia del Antauros.

Ya no era un ser racional. No es que de normal fuese muy listo (esto lo digo ahora que estoy pasando a versos esta historia, con la perspectiva del tiempo y sabiéndome a salvo de él), sino más bien un tipo simplón. No le imaginaba yo trazando planes complejos para salir de situaciones difíciles. Pero es que aquella noche su escasa inteligencia disminuyó hasta un grado puramente testimonial, de lo cual dio fe su cuerpo.

Ante mis atónitos ojos, la bestia primigenia se alzó de las ruinas de lo que antes fuera un ser humano. Sobre las ciclópeas espaldas, anchas como las de un gorila blanco, un delta de músculos sin lógica sostenía una cabeza deforme, estirada en distintas direcciones por la furia. Una furia que prendió fuego a unos ojos enloquecidos, que solo podían ver las atrocidades que estaba a punto de cometer.

—¡Ayúdame, por Exerpes, no seas inepto!, —me pidió Damantis. Y la claridad de su voz me sorprendió, pues había perdido el deje oscuro que le insuflaba el hechizo. La locura había desaparecido de sus ojos, como si el simple hecho que quitarle el collar hubiese bastado para romper la maldición—. ¡Venga, joder, que me resbalo!

Le di la mano y la ayudé a subir. Los dos retrocedimos hasta quedarnos apoyados en la baranda de estribor. El barco, partido en dos, se estaba inundando de agua por debajo, y pronto no sería más que un pecio en el fondo del muelle.

—Tenemos que ayudarle —dijo Damantis—. Gracias, por cierto.

—¿Por qué?

—Por liberarme de esa pesadilla.

—No creo que podamos hacer nada por Dunn —rumié—, pero tampoco creo que lo necesite. Mírale.

Dunn abrió su espantosa boca, mostrando unos colmillos de un palmo de largo, y los hundió en el tentáculo que lo apresaba. La bestia rugió de dolor e intentó soltarlo, pero el bárbaro no se lo permitió: se quedó agarrado a la lengua tentacular hasta que esta lo dejó en el suelo, y entonces la rebanó de un tajo. Allá abajo, en aquella bodega, coincidían muchas fuerzas elementales, además del agua que entraba a borbotones: también estaba la cinética del corpachón del

Kali-Dag,
que se agitaba como un titán colérico. Y el Antauros, el cual, armado con la mandoble, luchaba contra las zarpas del monstruo para intentar llegar a su corazón.

Al final lo consiguió, y logró descargar sobre la piel del
Kali-Dag
uno de los más feroces tajos que he visto en mi vida. Seguro que si hubiese sido un caballo, en lugar de un
semi-dios
de las profundidades, la bestia habría quedado partida en dos. La espada abrió su piel, dejando ver lo que había debajo… y tuve ganas de vomitar. Pues en lugar de órganos cabales, corazón y tripas, lo que había era más limo. Más moho, cuajado en mucolíticas protuberancias y cordones de grasa que flotaban en una sopa templada. Ningún punto vital donde encajar el metro y medio de acero. La bestia estalló en un griterío cacodemoníaco, una voluntad descorchada tras eternidades de desolación.

Dunn se quedó perplejo, momento que aprovechó la bestia para sacudirle de lado con una de sus extremidades, parecida a la pinza de un cangrejo. El bárbaro salió volando de costado y chocó contra la pared de la bodega. He visto flechas clavarse con menos fuerza en escudos.

Creí sinceramente que estaba muerto, pero estaba subestimando el poder del Antauros. Más furioso todavía, con una ira que rayaba ya el paroxismo, Dunn se desincrustó literalmente de la pared, se encajó su propio hombro en su sitio, y, agarrando el mandoble con ambas manos, dio un salto tremendo. El monstruo abrió su amplia bocaza para recibirle…

… Pero las intenciones del bárbaro no eran esas. No sé si lo que dije antes sobre el aplanamiento extremo de la inteligencia del guerrero en trance berserker es del todo correcto o no, pero lo cierto es que Dunn no se limitó aquella noche a salir del problema arrastrándose con uñas y dientes, rompiéndolo todo y avanzando en línea recta. Lo que hizo denotó cierto grado de control sobre sus actos… o al menos, cierta imaginación.

Porque el destino final de aquel golpe de mandoble no era
Kali-Dag,
sino el medallón mágico, con su piedra fulgurante.

El instante en que el acero tocó la piedra, se produjo una gran llamarada y una explosión. La única forma que se me ocurre de describirlo es que el talismán era un contenedor trufado de magia y de maldiciones ancestrales, y que al romperlo, todo eso escapó como un torrente que lleva años intentando desafiar a la presa que lo retiene. Nos tapamos los ojos, Damantis y yo, pero aun así pude ver cómo los rayos que salían de la piedra hacían trozos lo que quedaba del barco, y barrían el cuerpo del
semi-dios
como si estuviera hecho de arena.

Un segundo después de la explosión, el galeón se colapsó sobre sí mismo, y todos nos fuimos al agua.

La gente del muelle tardó en decidirse a echarnos una mano. Tenían grabada en sus rostros la congoja que siempre produce asistir a un fenómeno sobrenatural. Al final, cuando la guardia del jan acudió con sus cascos empenachados y sus lanzas, nos ayudaron a salir del agua. Y empezó el interrogatorio.

Aquí fue donde yo hice gala de mis mejores armas, mi labia y mi poder de persuasión, que lograron convencer al alguacil de que lo ocurrido a bordo del *Ibis* no fue más que un juego de luces y fuegos artificiales. Nadie creyó la versión de los paisanos, alguno de los cuales llegó incluso a ver al monstruo, ya que casi todos provenían de la taberna, y su estado de embriaguez volvía poco fiables sus versiones. La historia que hilé cogiendo de aquí y de allí elementos de las canciones que me sabía, fue que hubo una pelea a bordo del galeón, y que algún marinero incauto dejó caer una antorcha en la bodega, donde seguramente habría muchas cajas de ceniza de Alkaerún[21] almacenadas. La consecuencia: una explosión y mucho humo. Y algunas alucinaciones, también.

Tanto Damantis como yo declaramos ante el alguacil que no había habido supervivientes; ella se hizo pasar por una honrada comerciante a la que habían enredado en aquel embrollo. Y se alegró de que en los postes de las plazas no hubiese panfletos con su perfil dibujado y un número debajo. No dijimos nada sobre el bárbaro, de cuya suerte poco sabíamos. Es cierto que esa duda me carcomía por dentro, pues había llegado a cogerle cariño. Me preguntaba si habría muerto en la explosión, igual que el

Kali-Dag.
Nada en este mundo parecía ser capaz de sobrevivir a algo así.

Por fortuna, me equivoqué. Una corona podía hacer a un rey, pero solo una canción podía forjar un mito.

Fue el propio bárbaro el que nos encontró cuando nos dejaron libres. Damantis y yo estábamos a punto de tomar caminos diferentes, yo rumbo a mis poemas y ella a sus travesías, cuando una voz nos llamó desde las sombras de un callejón. Era Dunn, que había retornado a su forma humana, lo cual no es que fuera precisamente tranquilizador.

—Ya no me debes nada —sonrió la capitana, dándole un fuerte abrazo—. Yo te rescaté a ti del templo de aquellos chiflados y ahora tú a mí. Considero tu deuda saldada.

Dunn asintió.

—No tienes barco —constató con su voz de oso.

—Es cierto, perdí mi navío y mi tripulación en Cueva Escondida, y ahora también se me ha hundido este. —Compuso una mueca de hastío—. Soy un desastre de capitana, ¿no?

—¿Buscarás otro?

Ella lo miró de reojo.

—¿Qué estás insinuando, bárbaro? ¿Que te has cansado de tus anchas praderas y quieres probar fortuna en la mar?

—Los sueños me acosan. Debo encontrar al niño. Saber qué fue de él.

—¿Qué niño?

—Exerpes.

El hombretón le pasó una mano por el talle. Damantis tenía un rostro bastante… peculiar, por no elegir otra palabra más malsonante. He dicho en alguna ocasión que era fea como un pecado, al menos para mi gusto. Pero tenía personalidad, y un carácter de loba de mar que seguramente excitaba al guerrero, así que cuando la sujetó bien fuerte, ella no se resistió. Damantis se subió a horcajadas a su cintura, como quien trepa a un árbol muy ancho, y le plantó un beso en la boca tan salvaje que pensé que la lengua iba a salirle por la nuca.

Luego, sonriendo, me miró.

—¿Y tú, juglar? ¿Qué vas a hacer, volverás a tus tabernas?

La verdad es que tuve que pensármelo un poco, pero al final

dije:

—Esos caminos ya los conozco, y esas tabernas también. No hay nada nuevo para mí en ellas. Quizá deba probar suerte en los confines del mundo, si quiero librarme de las sabandijas como Mayago y componer una trova sin parangón que nadie me copie. Además… —miré a Dunn—, ¿qué iba a hacer un pobre bardo como yo si me separo del protagonista de mi saga? ¿Qué finales iba a urdir para ti? Prefiero copiar del natural, como los pintores.

Damantis se subió bien los pantalones y dijo, adoptando el aire de suficiencia de los hombres y mujeres del mar:

—Vale, pues pongámonos en marcha entonces. Ahí delante hay un ancho mundo que explorar, y nos hace falta un barco.

Mándrassun
(Mareas)

1

Mi bisabuela, una vetusta superviviente del Diluvio, me compendió toda su sabiduría vital de más de cien años en una sola frase, y no me cobró nada por confiármela: «Cuídate el culo». Eso resumía tantas y tantas experiencias a lo largo de un siglo de sacrificios y desengaños que desde entonces lo tengo como mi axioma personal. Cuídate el culo, no dejes que nadie te engañe ni que se aprovechen de ti. Sabiduría en estado puro.

Ahora bien, si tan claro lo tenía y tan prevenido estaba… ¿por qué me metí en semejante berenjenal?

Tuve muchas ocasiones de hacerme esa pregunta a medida que navegábamos hacia el sur, rumbo a la isla de Madhen, donde Dunn había nacido. Los bardos como yo no estamos hechos a la mar, y durante varios días todo lo que salió por mi boca, incluso los pocos versos que parir pude, salieron teñidos de verde vómito. La vergüenza era mayor al ver que yo era el único bisoño al que le pasaba, pues todos los demás eran avezados marineros. Damantis había reclutado una tripulación en Bardansira y comprado una pequeña balandra de arsenal, de un solo palo, la *Tetráodon*. Dónde consiguió el dinero, no lo sé. Pero seguro que tuvo algo que ver con el botín que ella (o más bien su otro yo, el engendro poseído que había vuelto de la Caverna) se había traído de aquellos lejanos mares. Damantis lo sacó de la caja fuerte o cofre donde lo hubiese enterrado, y transformó el oro en barcos y en marineros curtidos, por obra y gracia de sus habilidades comerciales.

La nave no era muy grande, pero estaba bien aprovechada, y tenía incluso un salón de fumar encima de la sentina. Allí, yo meditaba. Meditaba sobre mi suerte y de cómo la Vida podía hacernos cambiar para enrolarnos en las más insensatas situaciones. ¿Había acaso una fuerza regidora que fuese el medio de expresión

del empuje del destino? ¿Unos dados celestes que siempre estuvieran cargados, y que les sirvieran a los dioses para hacer rodar nuestros azares por el tapete del cielo? No lo sé. Pero en aquellos días estuve más que convencido de que, dadas las condiciones correctas, la Vida se manifiesta incluso a través de elementos tan poco prometedores como un bárbaro musculoso y una marinera malcarada. La fuerza de la Vida, o del Destino, es tan indiscriminada y apremiante como un huracán de primavera, y en cuanto te descuidas hace de ti lo que ella quiere. Incluso meterte en un barco que boga rumbo a la noche, juguete de pesarosas aguas.

Un sabio dijo una vez que la «existencia es algo abstracto, una especie de vigilia que todo lo penetra». Puso ese pensamiento en un verso y un laúd anónimo lo adornó con música. Yo no podía estar más de acuerdo… aunque añadiría algo para redondear ese pensamiento: «Todo destino engendrado por sus propias condiciones no se acerca a la Vida de otra suerte que no sea una consideración de su abstracción». Y aquí empecé a necesitar ya el ron.

El quinto día trajo un mar calmo, apenas ondulado, y unas nubes amasadas allá arriba, sin viento. Nuestra embarcación había sido puesta a prueba la noche anterior por algo que no llegó a ser tempestad pero sí más que borrasca. Había dejado entrar casi un metro de agua a través de las costuras de los tablones; menos mal que estaba yo por allí, el único desocupado, para echarlo todo afuera a base de cubos y sentinazos de aguas negras.

—¡Tierra a la vista!, —anunció el vigía desde la cofia, con su tradicional grito marinero. Dejé el cubo tirado en cualquier parte y subí corriendo a la cubierta.

El picudo perfil de una isla se adivinaba tras un cortinón de nieblas. Había grandes aglutinaciones de una fungosidad marina en las millas de mar adyacentes, cercanas a ella. Hacia nosotros caían unos acantilados, toda una suerte de naturaleza muerta de color gris basalto, tan lisa que parecía la muralla de un castillo imposible de escalar. La sustancia de la que estaba hecha la niebla era tan viscosa que goteaba de nuestros remos alzados.

Cuando alcé los ojos hacia la Luna, vi que temblaba como si reflejara la superficie de unas aguas trémulas.

—Madhen —dijo el bárbaro, pero no había nostalgia en su voz.

Ni siquiera alegría. Era como si tras permanecer años alejado de su casa (físicamente o en forma de espíritu atrapado en un martillo), el hecho de volver a ella le provocase una fría indiferencia, o acaso un temor oculto.

Eso me preocupó. ¿Qué podía haber en el mundo que pudiera hacer sentir incómodo, o incluso atemorizado, a un guerrero de la bravura de Dunn? Al fin y al cabo, su padre fue tir'nahn'dews en Madhen, y allí falleció. Él podía estar atado al mismo destino y no saberlo.

Mi súbita punzada de nervios fue significativa, si se tiene en cuenta lo que ocurrió después.

—Qué perfil más abrupto de costa —dijo la capitana, de pie junto al bárbaro. Oteaba a lo lejos con un catalejo lacado—. La única rada a la que podemos acercarnos parece estar llena de pequeñas embarcaciones, de muchos tipos diferentes. ¿Qué significa esto?

En efecto, en lontananza se veía un entrante de mar que parecía ser el único acceso a la playa, pero estaba abarrotado de gabarras, chalupas, falúas, canoas e incluso balsas de troncos de improvisada factura. No era un contingente naval reunido bajo una única bandera, sino que parecía una reunión de cien viajeros procedentes de otras tantas culturas y países. Una enorme acumulación de visitantes venidos por mar desde cien puntos distintos del mundo. Damantis no había errado: ¿qué diantre significaba aquello?

Dunn lo observó con parsimonia durante unos minutos, y luego dijo una sola palabra:

—Peregrinación.

Al principio no entendimos, ni yo ni nadie de los presentes, qué quiso decir. Pero más tarde lo comprendimos, oh, sí; y todo adquirió un cómico y a la vez trágico sentido para nosotros.

—No veo banderas del Mesianado —dijo la capitana, paseando su ojo de cristal por la playa—. Qué extraño. Pero en el frente de árboles de allá arriba, muchos metros más allá de la playa, se ve un terreno calcinado. Restos de una batalla terrible. No hay nadie, ningún ser vivo, en las inmediaciones.

—Atraquemos —pidió Dunn—. Nadie nos espera, pero llegaremos.

El *Tetráodon* entró en la bahía coincidiendo con el nuevo amanecer: el oriente se estaba volviendo gris, se apagaron las estrellas y el cielo se convirtió en una claridad rosácea orlada de oro. Con las velas recogidas, nos deslizamos casi por inercia entre naves de igual o menor tamaño, buscando algún espacio libre donde echar el ancla y donde la deriva natural de la marea no empujase al resto de las embarcaciones hasta nosotros.

Incluso antes de bajar a tierra, vi que junto a la playa había un campamento hecho de chozas y tiendas de campaña, centenares de ellas, pero ninguna casa firmemente asentada. Todo tenía un aire de acantonamiento provisional, de ciudadela de quita y pon, que los visitantes de la isla se llevarían consigo cuando acabasen lo que habían venido a hacer.

Esto tenía que ser algo muy nuevo, e inusual en esta isla, pues todas las historias que circulaban sobre ella hablaban de una tribu de bárbaros locos que habitaban en las montañas del centro, y que se mostraban muy recelosos con los intrusos. Nadie se atrevía a desafiar su autoridad plantando los cimientos de un puerto comercial en su abrupta costa. Por eso me pregunté si las cosas habían cambiado tanto en Madhen que o bien los bárbaros se habían vuelto civilizados… o algo aún más terrible había acontecido durante los cinco años que Dunn estuvo fuera.

Arriamos una falúa y bajamos a tierra: yo, el bárbaro, Damantis y tres hombres escogidos. Por encima de aquella acumulación de tiendas que se abría ante nuestros ojos (y nuestras narices, porque mira que apestaba con el olor a mil humanidades hacinadas), una escalera serpenteaba colina arriba hacia la linde del bosque. Acababa en una especie de templo… o más bien, una hilera curva de columnas de piedra, que no sostenían nada salvo el cielo. Una especie de anfiteatro alrededor de algo que no alcanzábamos a ver bien desde abajo.

Cuando nuestros pies pisaron la arena, y empezamos a vagabundear entre las tiendas, la hipótesis de Dunn quedó confirmada: peregrinos. Eran peregrinos. Los diferentes grupos humanos que se amontonaban allí, juntos pero no revueltos, tenían ese aire inconfundible a fanáticos religiosos en medio de un viaje a lugares santos. Los había de todos los tipos humanos imaginables que habitaban los rincones de Velmisia, y de los reinos adjuntos al

Mesianado. Todos se traían, derramado en las túnicas que vestían o en los cánticos que entonaban, gran parte del credo que guiaba sus vidas. No faltaban, construidos de manera artesanal y precaria, los altares primitivos, los símbolos y las grafías, y los vestigios del arte pictórico de antiguos colonos.

—Solo veo símbolos de Exerpes —dijo la capitana—. No hay ninguno de otro dios. Pero hay expresiones muy arcaicas de su religión, mezcladas con otras más modernas.

—Subir —dijo el bárbaro, y señaló la larga escalinata.

La gente miraba a Dunn con recelo, pero nadie salió huyendo, ni lanzó gritos de alarma. Por allí no había ningún hombre o mujer de su raza, ningún otro bárbaro enorme con los brazos cubiertos de tatuajes. Pero al parecer, ver a uno de ellos deambulando por allí tampoco despertaba el rencor, ni el miedo. Si aquella era la isla de las tribus salvajes, ¿dónde rayos estaban?

—Mirad, un grupo de peregrinos se está agolpando en torno a la escalera —señaló Damantis—. Parece que le toca subir a su secta.

Túnicas blancas y rojas, guirnaldas de flores, ofrendas en vasijas de cerámica. Cánticos y viejas fórmulas para volcar loas a Exerpes. Empecé a entender lo que estaba pasando.

Me acerqué a Damantis y le dije por lo bajo:

—Las canciones sobre lo que pasó con Dunn en el bosque de bambú hablan de un niño que fue la encarnación de Exerpes. Un niño que desapareció. ¿Será posible que…?

Ella negó con la cabeza, no para descartar cualquier hipótesis sino para evitar prejuzgar nada. Prefería esperar a verlo con sus propios ojos, y luego sacar conclusiones. Me pareció una manera de pensar muy cabal, y propia de un capitán de navío.

Nos unimos a la comitiva y empezamos a ascender la larga escalinata, junto a ellos. Nos miraron raro al principio, pero ninguno dejó de cantar sus loas religiosas ni intentó echarnos. Si queríamos subir, allá nosotros. Cada cual era libre allí de hacer lo que quisiera, y de honrar al Dios como lo considerase necesario.

Afiné las cuerdas de mi laúd. Aquello prometía ser memorable.

Llegamos a la parte de arriba, a lo alto de la colina desde que se dominaba un amplio panorama de la ciudad, la playa y la rada llena de embarcaciones. En el horizonte, tras un ancho brazo de mar, las luces tempraneras de un pueblo que podía ser Kátobras.

Ante nosotros, la escalinata desembocó en una terraza plana que era la que rodeaban, en semicírculo, las columnas dóricas. En la parte de atrás, escondida de modo que no se veía desde abajo, había un templete de piedra blanca, poco más que cuatro paredes y un techo y una puerta central. Estaba cerrada, pero la guardaban dos mujeres vestidas con túnicas también blancas. Era todo muy frugal, muy limpio, sin rastro de la típica decoración eclesiástica, de atrevidos dibujos y figuras esparcidos por murales.

Pero lo que más me sorprendió era lo que ocupaba el centro de la explanada: un estanque circular, de aguas mansas y espejadas, pero que parecía no haber sido creado por la lluvia sino por la decantación de algún líquido relacionado con los Dioses, como el icor divino, pues las aguas no eran azules, sino de una bella tonalidad ambárica. No había nada más allá arriba: ni altares, ni lugares de ofrendas, ni estatuas representativas… nada.

Solo el estanque.

Los fieles que subían con nosotros se abrieron en círculo hasta rodear, menos por el lado del templete, aquel pozo de agua dorada. Nosotros nos mezclamos todo lo disimuladamente que pudimos entre ellos, poniéndonos en la fila de atrás (aunque para Dunn, que les sacaba a todos una cabeza, era más difícil), y observando atentamente lo que pasaba. Aquel lugar, pese a ser relativamente nuevo (el bárbaro no lo recordaba de cuando vivió en la isla), tenía una cualidad arcaica, trascendental… Esa clase de aura de los lugares antiguos en los que el tiempo ha dejado de existir por completo, y que remiten a acontecimientos ocurridos a una distancia inconcebible de nosotros.

Sonó una campana. Las canciones se extinguieron y la multitud cayó en un expectante silencio. Cien ojos se clavaron en aquel templete, hasta que ocurrió lo que estaban esperando: la puerta se abrió.

Una mujer apareció en el umbral, vestida de modo sutilmente distinto al resto de las vestales. Sus sedas llevaban pinceladas de verde y magenta, y se abrochaba mediante un cíngulo un elegante chal sobre la parte derecha del cuerpo, una escena atrapada en gasas de pájaros volando. Su pose desafiante lo decía todo. Era una vranoi de pura raza, distinta del resto de aquellas gentes como un jaguar de las gacelas. Por mucho que otros representantes de la fe

intentasen amedrentarla, y a pesar de lo escuálida que parecía, jamás cedería un ápice ante sus auras de poder.

Nada más verla noté cómo Dunn, que estaba muy pegado a mí, se tensaba como una cobra repentinamente petrificada, en tensión total. Cuando le pregunté qué le pasaba, en voz baja, él se limitó a separar los labios para que un sonido saliese por sí solo:

—Yara…

El nombre despertó ecos en mí de las antiguas canciones, por supuesto. La mujer sobre cuya búsqueda versaba en realidad la leyenda de Dunn. Otra pieza del puzle que caía del cielo, encajando en su sitio.

Visto y no visto, se obró ante mis ojos una transformación que no por menos sutil era más asombrosa: algo cambió en el rostro del bárbaro, al ver a aquella mujer, volviéndolo duro como la obsidiana de las montañas Cynrig, con la que se fabrican espadas. En sus ojos apareció un reflejo: era la silueta del templo, entallada en un amasijo de mineral traído de las montañas, aunque mucho menos solemne y recio de como lo percibía la gente.

—Fieles, hijos de Exerpes —dijo aquella mujer santa, alzando ambos brazos—. Mucho camino habéis tenido que cruzar desde vuestros hogares para llegar este día aquí, a este lugar sagrado. La esperanza ahuyentó vuestro miedo y el coraje dio alas a vuestros pies. Pues bien, yo os digo que tanto esfuerzo no fue en vano, pues lo que tanto esperáis, lo que tanto habéis ansiado, ahora se presentará ante vosotros. Humillaos, ante la encarnación del Niño Dios.

Un acalambramiento eléctrico recorrió las filas de peregrinos. Se percibió un llegar hasta aquí, un no poder esperar, un no exigir ni un ápice más de fe en el aire. Aquellas personas pusieron cara de no tener otro propósito en la vida salvo que sus existencias les hubiesen conducido a este preciso instante.

Todos se arrodillaron, en masa. Hubo un denso sonido de arrugar túnicas por el mismo sitio, justo detrás de las rodillas.

Nosotros también, por mantener un poquito más el incógnito.

Entonces aquella mujer llamada Yara, una antigua bruja vranoi, se apartó de la puerta. Y la figura de un niño de cinco años apareció en el umbral.

Incluso el imperturbable Dunn contuvo el aliento. Sí, aquel

chiquillo tenía la edad adecuada para ser el que ellos mismos salvaron de las garras del estáter, en la batalla de la catedral de bambú. Cinco años justos, el tiempo que Dunn pasó atrapado en el martillo hasta que Damantis lo liberó, más las aventuras que vivió hasta llegar aquí. Cinco años para esbozar el cuerpo de un niño pálido, con una piel desvaída, casi espectral, pero con una inmensa fuerza en la mirada. Pelo que latía de color, piel de estrella de mar y unos ojos que, a pesar de su cortísima edad, miraban con claridad desde una cara cuadrada y tranquila. La imagen de una persona sabia. De alguien que inspiraba confianza, que juzgaba lo justo y nunca imponía por capricho sus criterios. Estaba completamente desnudo, y salvo una pelusilla en lo alto de la cabeza, no tenía ni un solo pelo más en el resto del cuerpo. O si lo tenía, era tan fino y rubio que nosotros no lo apreciábamos.

Un gemido seco brotó de la multitud. Cien gargantas, cien no me lo puedo creer Dios mío tras tantas penurias al fin estoy aquí.

—Ahora, el Niño Dios elegirá —dijo Yara.

Eso desató un caos que me asustó: el respetuoso silencio de la gente se trocó en una algarabía, cuando todos, sin excepción, se pusieron a gritar «¡a mí, mi señor, a mí!», o «¡elige a este niño, gran luz del cielo, elígelo a él, lo merece más que nadie!».

Durante unos minutos, aquellos fanáticos juntaron manos en súplica y se desgañitaron para llamar la atención del niño sobre ellos, hasta que de pronto, el infante alzó muy lentamente su brazo. La algarabía cesó como por ensalmo, y el agua del estanque (este detalle fue sutil, pero no se le escapó a mis escrutadores ojos) cambió sutilmente de color, volviéndose más añil.

El alzamiento de aquel bracito pareció durar una eternidad, hasta que se puso horizontal, y señaló con un dedo a la multitud. La recorrió entera con ese dedo, sin detenerse, también muy lento. La gente lo miraba con ojos desorbitados, con los dedos encogidos en un calambre, una muda súplica. Yo, por un momento, temí que al pasar por encima de Dunn o de cualquiera de nosotros notase que algo iba mal, y se detuviese aquí. Pero no. Nos dejó atrás, y siguió de largo hasta pararse en un hombre muy mayor que necesitaba una muleta para apoyar todas sus culpas, y sus viejos secretos. La gente expulsó el aire con infinita decepción, pero nadie se atrevió a cuestionarlo.

El viejo, que no salía de su asombro, fue invitado por las otras dos vestales a colocarse frente al estanque. El niño-Dios desapareció en la oscuridad del templete, y Yara, volviendo a alzar los brazos, exclamó:

—Exerpes ha elegido un alma. Ahora, esta persona tendrá la oportunidad de medir en la balanza de los Dioses los hechos de su vida, si ha sido encontrado digno o no de ingresar en la gloriosa Corte Celestial. Que el alma elegida entre en el agua.

El anciano estaba fuera de sí de la emoción, y no podía hacer otra cosa que tartamudear. Metió un pie en el líquido, luego otro, y fue avanzando hacia el centro del estanque (que podía medir unos veinte metros), sumergiéndose en una pendiente cada vez más pronunciada, hasta que su cabeza desapareció. Sus largos cabellos blancos se quedaron un instante flotando como algas muertas, y luego fueron absorbidos hacia abajo.

Lo único que quedó del hombre fue una breve fiesta de burbujas.

Pensé que aquello iba a acabar allí, porque el silencio y la quietud se prolongaron un buen rato, sin que nada pasara. Pero tenía que haber un último acto en aquel espectáculo, un ribete final, porque la gente no se marchaba: estaban allí, sus ojos clavados en el agua ambárica, ligeramente añil, aguardando algo.

De pronto, el color del estanque varió, y no fue una transición sutil, sino muy intensa: toda la masa de agua se volvió negra bajo una marea de lobreguez, y así permaneció un buen rato. La gente soltó chillidos de pena, de dolor, de incertidumbre. Yara, como suprema guardiana de aquellos misterios, sacudió la cabeza.

—Su alma ha sido rechazada por la Corte Celeste —dijo con aflicción—. Ahora vagará eternamente por el deimoniun, el plano etéreo, buscando una salida, y no la encontrará a menos que alguien que realmente lo hubiese amado encienda una linterna.

Dicho lo cual, se giró y se dispuso a meterse también dentro del templete… cuando algo la detuvo. Debió ser un detalle que vio de reojo, por pura casualidad, o algo así de caprichoso, pero lo cierto es que se paralizó. La gente, que ya había comenzado a dispersarse, la miró extrañada. Aquel no era el comportamiento típico de la sacerdotisa.

Yara se giró hacia nosotros, mirándonos directamente. O más

bien mirando a Dunn, que se había puesto de nuevo en pie y volvía a sobresalir como una montaña de carne por encima de los escuálidos fieles. Ambos se sostuvieron unos segundos la mirada, fluctuando entre la intensidad y el estupor, mil sensaciones mezcladas en un único cóctel de sentimientos.

—¿Dunn…? —La pregunta le salió en forma de grito indefenso. Y salió corriendo (¡inaudito!) hasta lanzarse en sus brazos, perdida toda rigidez de iglesia, toda solemnidad de curia. Ambos se abrazaron como si no se hubiesen visto en toda una vida. Con el chasquido que hizo la nuez de quienes lo observaban al tragar se podía haber compuesto un sangit.

Un rato después, estábamos comiendo alrededor de una mesa, en el templete. El cielo estaba peinado a contrapelo aquella tarde. Las nubes estaban cardadas al revés, atusadas sobre una peinilla de cielo azul, como si los dioses hubiesen querido acicalar el mundo usando una herramienta equivocada.

Nuestra presencia allí tenía una cierta cualidad herética, pues había alterado de algún modo muy profundo el estilo de vida de aquella gente. En lugar de ocuparse del resto de los peregrinos que ansiaban su turno para subir las escaleras, hacinados allá abajo en el pueblo, la suma sacerdotisa Yara y sus ayudantes nos dedicaban su atención solo a nosotros. Y parecían contentas por ello, al menos ella.

—No sabes cuánto tiempo te busqué —dijo la bruja vranoi, con los ojos humedecidos, sentada junto a Dunn—. Después de que nos robaran el martillo, Donnegar y yo partimos de la isla para intentar recuperarlo, pero nos fue imposible. Los ladrones eran más rápidos y astutos que nosotros, y pronto les perdimos la pista. Lloramos, vaya si lloramos, pensando que todo se había perdido… hasta que nos dimos cuenta de que aún teníamos al niño. A Silv.

—¿Silv?, —se extrañó el bárbaro—. ¿«Veloz»?

—Ese es su nombre de madurez, se lo ganó cuando cumplió los cuatro años y cazó una liebre con sus propias manos. Se lo puso su madre. Donnegar y yo supimos que si realmente era la encarnación de Exerpes, nuestra auténtica misión en la vida era protegerle, más que ninguna otra cosa. Y aquí nos quedamos, todos estos años.

Yara escanció un poco más de vino ritual en la jarra de

Damantis. Era el licor reservado a las ofrendas, pero nosotros lo estábamos trasegando a gusto, y al menos por mi parte, apreciando en toda su valía el sabor dulzón de cada gota. ¡Dioses, qué bueno estaba!

—Muchas gracias por haber entrado en la historia de Dunn de ese modo —le dijo Yara a la capitana pirata—. Y por haberlo traído hasta aquí.

—Oh, yo fui la primera en sorprenderse cuando lo encontré en el templo de aquellos arkitas —sonrió Damantis, enseñando las encías de una manera desagradable, con los dientes amarillentos por debajo—. Él me ayudó a dar buena cuenta de los sectarios de Ark, y luego, desorientado como estaba —miró a su amigo el bárbaro de reojo— decidió unirse a mí en mis tropelías. Había perdido la memoria: apenas recordaba vagamente su propio nombre y algo relacionado con árboles de bambú, y una gran batalla. Fueron tiempos interesantes, muy intensos. —Sonrió de forma lasciva—. Durante un par de años Dunn fue mi mejor hombre, a bordo del *Tiburón Tigre*. Sanguinario como el que más pero a la vez juicioso y cabal. —No lo dijo en voz alta, pero el corolario «y un estupendo amante» quedó colgando del aire, siendo obvio para todos los que escuchábamos—. Por desgracia, nos separamos cuando me capturaron los clérigos del janato de Bardansira… El jan Taofestus me tendió una trampa con sus barcos y me apresó cuando vine a fondear a la bahía. Ese mamón. Algún día le devolveré la merced.

—Bueno, sea como sea, estáis aquí. Eso cierra el círculo, y alegra mi corazón.

Ella acarició con cariño el mentón cuadrado del bruto, el cual sonrió con una cualidad simple, inocente, como la de la sonrisa de un niño. Dunn y Yara compartían un vínculo que se avivaba a medida que los recuerdos regresaban a la mente del bárbaro. De eso me di cuenta leyendo en sus miradas, entre y bajo las líneas. Había una historia muy antigua y poderosa entre esos dos, no cabía la menor duda, mis entrenados ojos de juglar la percibieron. Habían sucedido cosas entre ellos, en tiempos remotos, cosas que habían dejado huella. Y por muchas tropelías y bandazos que hubiese dado la historia de Dunn en los últimos tiempos, los sentimientos entre la bruja y él seguían vivos, y llameando. ¿Podía llamarse amor, acaso?

¿Era capaz de amar a alguien un bárbaro hijo del Tótem de la Furia, aparte de a sí mismo? Ni siquiera yo, un vulgar juntanotas, me atrevería a definirlo de una forma tan simple.

No, allí había algo mucho más complejo que simple amor. Camaradería, hermandad, dependencia en cierto modo… No sé. Las cicatrices de mil hechos pasados eran demasiado profundas como para resumirlas en unas pocas palabras.

—¿El acrol?, —preguntó Dunn, zampándose el pan ritual de ofrendas que tenía en el plato. No lo he dicho, pero Silv, el niño, estaba sentado junto con nosotros. Ya no estaba desnudo, sino que le habían puesto unas ropas abrigadas por encima. La mujer de rubias guedejas que estaba a su lado debía de ser su madre, aunque todavía no me la habían presentado.

Me incomodaba aquel chiquillo, tan silencioso y distante. La forma que tenía de mirarnos era tan fría que no poseía ninguna lógica humana; no había calidez ni dimensiones profundas en aquella mirada. Se parecía más bien a la presencia analítica de un lobo, que te acecha desde la espesura con ojos de ónice evaluando la mejor manera de saltarte al cuello. Procuré ignorarle para no ponerme aún más nervioso.

—¿El acrol Donnegar?, —dijo Yara—. Sigue aquí, en la isla, pero raras veces viene a este lugar. —Bajó la vista, como si hablar de aquello la incomodara—. Nos peleamos. Se enfadó conmigo hará un par de años, y se fue a vivir a las aldeas del interior, con los nuestros. Con la misma gente que mató a su sobrino, por cierto, no sé cómo sobrellevará ese asunto. Hace mucho que no hablo con él.

—¿Aún quedan vranoi en Madhen?, —pregunté con un respingo, atrayendo la atención de la mesa sobre mí. Me di cuenta de que podía ser una pregunta estúpida, ya que esta isla era el hogar tradicional de esas razas que salían a cazar y arrasar pueblos cuando civilizados llegaban las constelaciones del Hambre. Pero por eso mismo me extrañaba.

Yara sonrió.

—Aquí siguen, pero rara vez se acercan a la costa. Viven arriba, en sus montañas. Nos dejan en paz, pues perciben que aquí reside él. —Señaló al niño sagrado, que seguía impertérrito, con expresión ausente. Por primera vez me pregunté si el precio a pagar por su santidad no sería arrastrar también el mal de Akunendas [22], o algo

parecido—. ¿Cómo dijiste que te llamabas, juglar?

—Kieran el Menor, rey de las trovas y los salteadillos, nacido Sterbhos. Para serviros a vos y a quien sea menester.

—Bien, un hombre de música es justo lo que necesitamos. Tal vez así, en forma de balada, podamos poner un poco de orden en esta desquiciada historia. Empezando por el asalto al templo de los arkitas y la liberación de Dunn, una historia que sinceramente me gustaría conocer. —Yara cogió la mano del bárbaro, y se la apretó con cariño. Luego miró a la corsaria, invitándola a continuar a partir de ese punto.

—Oh, bueno… —carraspeó Damantis—. No soy buena narradora de cuentos, pero si nuestro pequeño amiguete Kieran aporta la musa, yo pondré los hechos. Tuya es la responsabilidad de hilarlos convenientemente. —Me miró—. ¿De verdad queréis que os la cuente?

Todos asentimos, interesados. Habíamos acabado de dar buena cuenta de las vituallas que nos habían servido las vestales (todas sin duda destinadas a los oficios religiosos), e iba siendo hora de relajar las espaldas contra los respaldos de las sillas y encender las pipas. El cáustico hervor de la hierba de sándalo se depositaba como el buqué de un vino dulce en nuestras gargantas, a medida que nos la íbamos fumando. El fuego del hogar nos iluminaba las caras como luz de verano entre los árboles.

—Bueno, pues todo comenzó una desagradable mañana de otoño, en que el mar estaba crespo y las corrientes se confabulaban para alejarnos de las rutas que queríamos seguir con el barco… —comenzó la capitana, perdiendo la vista en las ondulaciones del humo de las pipas como si fuesen olas del océano…

Anfshai-Nodegahrd
(El hogar al que uno pertenece, pero que le han arrebatado)

1

Para que entendáis cómo funciona la mente de un marinero, primero tenéis que entender cómo funciona el mar. El tiempo en el mar no fluye igual que en tierra, no es un tiempo ordenado, armonioso, predecible… el tiempo en el océano es irracional, y tan líquido como la piel fría sobre la que se mueven nuestros barcos. La noche puede ser el preludio o la consecuencia del día, ¡de cualquier día, no del que lógicamente le corresponde!; el tiempo se eleva a la categoría de monstruo, en el sentido de horror al que no percibimos, y cuando intentamos domesticarlo por el mero hecho de comprenderlo… se convierte en una quietud detrás de la cual se agazapan la violencia y el fatalismo.

Os cuento esto porque cuando una se hace a la mar, muchas veces no sabe ni dónde ni cuándo va a volver a tocar un puerto. Y ese «cuando» lo pongo ahí en el sentido literal del término: puede que retornemos antes de habernos ido, o nunca, o en un nunca delimitado por acontecimientos donde solo la estética sea la responsable de superponer el futuro al pasado y al presente.

Teniendo en cuenta esto, podríamos decir que distintos momentos de este relato sucedieron a la vez, o tan próximos en el tiempo que se puede rastrear perfectamente la conexión entre ellos. Pero decirlo sería mentir, o deformar mucho la realidad. ¿Cómo llegamos, los tripulantes del bajel pirata *Tiburón Tigre*, a oír hablar del robo del martillo sagrado de los vranoi? ¿Fue acaso en el mismo mes, o en el mismo año, en que alguien nos contó que se había escapado de un lote de esclavos comprados por los cultistas de Ark para un sacrificio, en uno de sus templos ocultos? ¿Y que al escapar había visto el martillo y adónde lo estaban llevando? ¿Acaso tenía

los suficientes datos mi cabeza como para relacionar aunque fuese lejanamente un hecho con el otro?

La respuesta es no. No había forma humana de atar con un razonamiento lógico ambas cosas, puesto que las escuché en tiempos muy distantes y en diferentes estados de embriaguez. De modo que era difícil que una humilde capitana de corsarios como yo pudiese sacar estas conclusiones: «los arkitas tienen un objeto mágico en su poder que podría valer su peso en oro para el comprador adecuado. Yo comando una caterva de ladrones avezados en el arte del latrocinio tanto en el mar como en secano. Hay que quitarle ese martillo a los arkitas, produciendo de paso el mayor daño posible, porque esos tíos son unos cabrones asesinos de niños que hasta a mí me parecen detestables, y que deberían estar todos en el fondo de una fosa común, dentro de la cuál mis hombres y yo orinaríamos después».

Lógico, pero no obvio.

Lo cierto es que un buen día me encontré tomando esa decisión y poniendo proa hacia el puerto comercial de Tsochar, el punto de entrada a las marismas Neogi. Uno de los lugares menos saludables de todo el continente, pero precisamente por eso el tipo de sitio que los chiflados arkitas elegirían para levantar uno de sus templos. Las marismas son uno de esos lugares donde el Caos primordial campa por sus fueros, sin nadie que le ponga coto, y se permite hacer sus experimentos con la materia viva sin ningún tipo de vergüenza. Ni de medida. Ni siquiera las que de común acuerdo aportarían los otros Dioses, más cabales.

Desembarcamos en el puerto de Tsochar un día nublado, de esos que no invitan a hacer ningún augurio. Es una ciudad muy rara, por si nunca la habéis visto: una interminable sucesión de casas bajas arracimadas en torno a un vestigio de otro tiempo, los restos de un puente altísimo que un día, nadie sabe cuándo, unió dos montañas. Nadie sabe quién lo construyó, ni por qué fue derribado. Lo llaman el Puente del Ákronos. Hoy lo único que quedan son dos pilares altísimos, medio en ruinas, de más de cincuenta metros de altura cada uno, que se unen arriba mediante arcos fajonados. No hay escaleras, ni forma alguna de trepar. Dicen que una secta aislacionista vive allá arriba, en el lugar más apartado del mundo que pudieron encontrar. De vez en cuando tienden largas cuerdas

con cestas para que quienes les tengan aprecio, o simple piedad, introduzca víveres en ellas.

Otro rasgo importante de la urbe es que alberga una guarnición muy importante de hijodalgos de Vurha. Tienen un cuartel permanente dotado con muchos hombres, caballos e incluso máquinas de guerra. Supongo que será para hacer de frontera entre el pantano y sus misterios y el mundo civilizado, cuyo primer peldaño representa esa ciudad. Decidí no acercarme mucho a ellos, por si acaso.

Bajamos a tierra Yayñez Bolgron (mi lugarteniente), yo, y siete hombres escogidos. Oh, cómo de bien me caía Yayñez… era de esas personas en las que sabes que no puedes confiar, porque si pueden te la hacen, pero precisamente por eso te fías más de ellas que de nadie. Porque como objetivo principal de sus futuras traiciones, dependen de ti como si no tuvieran nada más en el mundo. Como dependerían del suministro regular de alguna droga. Y eso te hace fuerte. Refuerza el vínculo. Hablo de él en pasado, sí.

La naturaleza de mi relación con Yayñez era tan compleja con las circunstancias que nos unieron: yo como patrona, él como empleado. Pero dado que no sobrevivió a esta aventura, no creo que merezca la pena atosigaros con los detalles.

En la ciudad compramos todo lo necesario para una incursión en las marismas, menos lo más importante: un guía. Nadie quiso acompañarnos al otro lado de la frontera, donde empieza a llenarse de lodo el mundo. Y eso nos pareció extraño, pues era obvio que nuestro oro valía tanto como el de los demás. Pero había una sensación de temor en el aire, un no querer tentar a la suerte en esas zonas desoladas, donde aparte de los cultistas también podíamos llegar a encontrarnos con peligros sin nombre, como monstruos de esos que sirven para componer canciones de miedo, y sobre los tristes aventureros que se merendaron…

En fin, la cosa es que al final tuvimos que internarnos en la marisma nosotros solos. Y eso ya me produjo esa sensación de mal fario que los marineros tenemos cuando nos acecha una tormenta. Una especie de premonición del Mal Hado. Pero aun así, tomé la decisión de seguir adelante. El premio era suculento. Y si unos cultistas asquerosos podían internarse en aquellos parajes y sobrevivir, ¿cómo no iban a poder unos curtidos lobos de mar?

Pobre Yayñez, acabaste cayendo en el lado equivocado de esa respuesta.

Tres días después, hasta yo misma me estaba arrepintiendo de haber tomado esa decisión: estábamos perdidos, llenos de fango hasta las orejas y con civilizaciones enteras de mosquitos que se habían desarrollado en torno a nuestros brazos. Estaba harta. Mojada, sucia y harta, y no tenía más ganas de seguir avanzando. Allí no había sendas de ningún tipo, ni hechas por la mano del hombre ni dibujadas por la trashumancia de ganado. Si los puntos de referencia que habíamos tomado en las lejanas montañas no nos mentían (y para que no lo hicieran nos habíamos traído el angulómetro [23]), solo nos habíamos alejado unos treinta kilómetros de Tsochar. Pero para nuestros pobres pies parecía una eternidad. Las marismas son algo más que un simple pantano: son un auténtico laberinto de islas de roca sólida rodeadas por ríos de lodo y océanos de arenas movedizas. Perdí a dos de mis siete hombres en los primeros días, por culpa de esos traicioneros fosos. Luego aprendimos a distinguirlos, pero ni siquiera así estábamos a salvo.

Para colmo llovía siempre. Y cuando digo siempre es en todos los jodidos momentos del día y de la noche. La mayor parte del tiempo era una llovizna fina, moléculas de agua con tan poco peso que se podían leer los juegos del viento escritos en ellas. Pero otras veces caía tal chaparrón que hasta las orejas puntiagudas de uno de mis subordinados, que era medio duende, caían aplastadas hacia abajo. Y no había nada que pudiésemos hacer salvo seguir avanzando, arrebujados en nuestras pellizas, porque una tormenta de aquellas podía durar horas, y no queríamos perder tanto tiempo.

Otro de mis hombres murió cuando tuvimos la mala idea de tumbarnos a descansar en una colina cubierta de hierba alta. Destacaba de los calvos altozanos de alrededor, y parecía un lugar seguro y confortable, así que nos arriesgamos. Supimos que era una trampa cuando escuchamos el desgarrador grito de nuestro compañero, al que parecía que algo le estaba devorando las entrañas, oculto entre la hierba. Pero no, no era así. Mi primer pensamiento al sacar la espada fue «¡claro, estúpida, seguro que alguna criatura usa la hierba alta para ocultarse!», pero me equivoqué: en cuanto llegué corriendo al lado de mi hombre,

soltando estocadas al azar para espantar a lo que allí hubiera… me di cuenta de que no había ninguna criatura mordiéndole las tripas.

Era la propia hierba la que lo hacía.

Los tallos, de un metro o más cada uno, se combaban como serpientes y se abrían en sus extremos en hojas con dientes. Si habéis visto alguna vez una planta carnívora sabréis a qué me refiero. Solo que estos dientes no eran blandos, diseñados para atrapar moscas; por el contrario, estaban hechos de la misma materia dura de algunas cortezas, de esas que son capaces de aguantar varios estampidos de hacha. Los tallos hacían las veces de tentáculos, rodeando al pobre infeliz con la fuerza de una boa, y las bocas se colaban por debajo de sus ropas, tiñéndole de rojo la casaca.

Los negruzcos gusanos de sus intestinos ya le colgaban por fuera del cuerpo, por lo que supe al instante que el hombre estaba perdido. Pero de todos modos quise liberarle: descargué mandoblazos a diestro y siniestro, aprovechando que la hierba era dura pero no muy veloz. Tenía poca capacidad de movimiento, por lo que deduje que atraparía a sus presas al anochecer, cuando estaban dormidas sobre su blanda cama de tallos. Enroscándolas lentamente en un cimbrado letal. Pero yo no les iba a conceder tanto cuartel.

No pudimos prenderle fuego a toda la colina porque seguía lloviendo (¡menudo sistema de defensa del propio pantano!), pero al menos, los marineros que quedábamos hicimos una buena temporada de siega. Aquel día aprendimos una nueva lección: nunca busques refugio en los lugares que te parezcan más obvios, porque seguro que son una trampa.

Al día siguiente de aquel suceso hallamos el primer rastro de los arkitas. O al menos, de algo construido por manos humanas. Ocurrió mientras bordeábamos una zona especialmente inaccesible, turbosa, donde el pantano adquiría cualidades de auténtica muralla de agua. Era como un manglar sin límites que protegiese una isleta de piedra moteada por arándanos rojos, y en la que se adivinaba en la distancia una construcción, medio disimulada por los helechos.

Para cruzar al otro lado, alguien había construido un ingenioso artefacto. Nos lo encontramos por casualidad, alzado como un

vestigio de otro tiempo en medio del camino. Era una alta torre de madera, claramente artificial, que consistía en un trípode abierto por el centro, con un eje giratorio en su parte superior. Alrededor de ese eje giraba verticalmente un mástil que llevaba una soga atada a uno de los extremos. Esa soga desaparecía en la niebla, al otro lado de una pantalla de bruma, como si estuviese conectada con algo en la isleta. Algo que la niebla no nos dejaba ver.

Durante la última parte de nuestra caminata, justo antes de encontrar aquel artefacto, habíamos estado escuchando un «¡plump!» a lo lejos, que no podíamos identificar. Parecía madera golpeando madera, y los golpes sonaban espaciados con un intervalo de varios minutos. Nos miramos muchas veces extrañados, preguntándonos por la naturaleza de tan inusual sonido… hasta que dimos con aquella cosa, y lo comprendimos.

Justo cuando llegamos a su lado, el mástil central, el que tenía la cuerda atada a uno de sus extremos, rotó sobre su eje como el brazo de una catapulta, y al chocar contra las patas que lo sostenían hizo ¡plump! Otro golpetazo similar llegó desde la niebla, a lo lejos, tatuado de ecos. No fue difícil deducir que cada vez que el mástil de este lado giraba, otro similar hacia lo propio en el extremo contrario, subiendo cuando su gemelo bajaba, bajando cuando su gemelo subía. Lo supimos porque cuando le tocó al de nuestra orilla tener la cuerda en el extremo inferior, oímos cómo algo se deslizaba por la soga, cayendo hacia nosotros por la pendiente que había adquirido la cuerda.

Era una tirolina.

Entendí la genialidad de aquel artefacto al acercar el oído al mástil. ¿Sabéis lo que es un palo de lluvia? Pues esto era como un palo de lluvia gigante: el mástil estaba hueco, y cada vez que cambiaba de posición, se oía un caer de bolitas por su interior. Eso desplazaba el peso de un extremo a otro del palo, de modo que cuando estaban todas las bolas acumuladas en un lado, un ingenioso contrapeso le hacía darse la vuelta. Eso ponía la cuerda arriba o abajo del todo, en sentido contrario al mástil que había en la otra orilla. Y lograba que el aro de la tirolina estuviese constantemente pasando de un extremo al otro de la ciénaga, por si alguien deseaba usarlo para cruzar.

Me quedé tan asombrada por el ingenio de los constructores de

aquel objeto que le pedí a uno de mis hombres, el que mejor sabía dibujar, que me hiciera un esbozo del mecanismo en los papiros que habíamos comprado para ir haciendo un mapa de la ciénaga. Mi idea era replicarlo en otros lugares, para que los viajeros pudieran sortear otros precipicios aunque no hubiese nadie en el extremo contrario para arrojarles la cuerda. Mentalidad de comerciante, ya sabéis; seguro que sabréis disculparla.

Usando la tirolina, cruzamos al otro lado del cenagal, y llegamos a la isla herida por el rojo de los arándanos. También había robles vivos, herbáceas, malas hierbas y lirios acuáticos. Movimientos sinuosos y reptiloides se escullían por los surcos de las turberas huyendo de nosotros. Pero al menos, debajo de todo aquello se pisaba tierra firme. Y con eso ya nos podíamos dar con un canto en los dientes.

Sabíamos que estábamos ya en territorio enemigo, así que extremamos las precauciones. Ya solo me quedaban cuatro hombres, aparte de Yayñez, y no era cuestión de caer en un trampa y que nos superasen en número. Fuimos avanzando como tigres ocultos entre la maleza, agachados, procurando no pisar ni chapotear. Y fue entonces cuando vimos la primera calavera.

Era un resto humano amputado, ennegrecido y putrefacto, pinchado en lo alto de un palo. Uno de mis hombres sintió su valentía flaquear por un temor supersticioso, y a punto estuvo de salir corriendo. Pero medí la frialdad del acero de mi cuchillo contra su garganta, haciéndosela sentir sobre la piel (pero sin llegar a herirle, solo palpándolo), y le hice cambiar de idea. Yo podía ser peor patrona que cualquiera de esos sectarios, si me lo proponía, y no iba a dejar que aquel pasmarote hecho con una calavera y un palo, puesto ahí para espantar a los habitantes del pantano, nos disuadiera de nuestro objetivo.

Me adelanté a ellos, arrastrándome como una culebra, hasta que llegué al final de la línea de helechos. Y entonces lo vi: el templo, una construcción que parecía tan vieja como los palacios flotantes de Velmisia, solo que mucho peor cuidado, en diferentes estados de decadencia. Era un edificio de formas rotundas, cuadradas, con grietas entre los ladrillos que babeaban limo y un sistema circulatorio de enredaderas que sobresalían como una segunda piel. Dos grandes pebeteros quemaban su combustible de maíz

provocando humaredas aromáticas, que eran arrastradas por la brisa. Entre ellos parecía haber una puerta, con dos sectarios armados con lanzas vigilándola.

Me alegré: nuestros esfuerzos no habían sido en vano. ¡Habíamos encontrado el templo de Ark! Su arquitectura era más que obvia, con esos tarugos manchados de hollín en la cúspide bajo los que se colocaba el altar de sacrificios. Malditos bastardos, y maldito sea su dios, ese insaciable bellaco bebedor de sangre humana.

Les hice una señal silenciosa a mis hombres para que me siguieran. Tendríamos que deshacernos de esos guardias si queríamos entrar por ahí… aunque habría sido un suicidio, ya que penetrar con tan pocos hombres por la puerta principal es algo a lo que solo me atrevo hoy en día, y solo si tengo a Dunn de mi lado. Si no, lo mejor para infiltrarse en esa clase de sitios era buscar una entrada trasera, menos obvia y a ser posible poco vigilada.

Dimos la vuelta al recinto, en una operación que a pesar de la abundante vegetación que había para camuflarnos, nos llevó más de media hora. Pero dio sus frutos: en la parte trasera había unos corrales con gallinas, cerdos y unos cuantos pavos. También había un pequeño cercado para caimanes, donde algunos escamosos haraganes tomaban el sol. Pero lo mejor de todo era la trampilla de los desperdicios: era de madera, y de ratito en ratito se abría desde el interior para dejar caer una hedionda descarga de desperdicios. Seguramente de las cocinas. Esa sería nuestra entrada.

Me tensé, atenta a cualquier sonido. Una garza lanzó un crotoreo a lo lejos.

Yayñez se adelantó, esquivando los recintos de los animales. Iba provisto de dos armas bastante peculiares, pero que a él, por haber nacido en la región de Cynrig, muy dada a esas particularidades, le gustaban: un abanico de guerra y unas dobles boleadoras. Apenas arrancó un guarrido de los cerdos cuando pegó su espalda contra el muro, justo debajo de la trampilla. Descolgó las boleadoras, que llevaba enrolladas en torno a la cintura, y agarró con fuerza un extremo mientras empezaba a voltear en círculos el otro.

Cuando la trampilla volvió a abrirse, Yayñez arrojó el extremo de la boleadora, pero usándolo a modo de cuerda, para que la bola de hierro se enroscara en torno a un cuello: el del mozo o esclavo

que estuviese vaciando los orinales.

Y entonces tiró.

El hombre cayó a través de la trampilla y se estrelló de boca contra el suelo. Yayñez lo remató de una patada y liberó la cuerda de su cuello. Luego volvió a arrojarla hacia arriba, a través de la trampilla, para que se enganchara a algo y nos sirviese de cuerda de escalada. Todos trepamos velozmente, espadas a punto.

Solo otra persona, un segundo pinche, tuvo la mala suerte de estar presente en ese momento en las cocinas. Y probó la frialdad de mi puñal pero por la parte de dentro de la tráquea. Metimos el cuerpo dentro de un gran caldero, donde hervía una sopa horrible, y exploramos un poco el lugar. No había nada de interés, exceptuando quizás unos filetes de carne ya desecados y salados, listos para que alguna expedición los usase en su incursión al pantano. Nos los llevamos: nos irían bien en el camino de vuelta.

Si es que volvíamos.

Una suave música se filtraba por los techos y las puertas cerradas. Venía de arriba, y tenía esa cadencia talmúdica típica de la música religiosa. Tambores, címbalos, pícolos, coros de voces humanas. Algún que otro grito desgarrador intercalado entre medias que nos puso los pelos de punta. Seguro que esos cabrones estaban en mitad de alguna de sus liturgias sangrientas.

Recé a Exerpes porque hubiesen traído a este lugar el martillo que andábamos buscando, y no a otro templo. Y porque esos rituales tan melódicos no formaran parte del hechizo que desataría la magia del objeto, más que nada porque eso quería reservármelo para mí. O para el buen postor que me lo comprase, llegado el momento. Como si era la propia iglesia del Mesianado a la que se lo habían robado los vranoi. ¡Sí, no me miréis así, en aquellos días yo todavía tenía clara cuál era mi profesión de bucanera, voto a bríos!

Mientras nuestros hombres vigilaban los accesos a las cocinas, Yayñez y yo nos pusimos a buscar cualquier cosa útil. Os sorprendería saber la de cosas que encuentra una en este tipo de sitios, si sabe buscar. Nuestras pesquisas dieron fruto en forma de dos grandes barriles de aceite de pulpa mandoriana, una sustancia que si no se rebaja con agua, si se mantiene en una proporción muy pura, puede arder igual que el fuego velmisio. Y ser igual de

explosiva. Así que mi lugarteniente y yo fuimos vaciando las pocas botellas de cristal que encontramos (lástima de vino desperdiciado, por cierto, aunque una pequeña parte sí resbaló por nuestros gaznates), y llenándolas de ese aceite tan fiero. Luego les pusimos unos trapos tapando los golletes, y así nos fabricamos unas cuantas sorpresitas explosivas.

Los cantos arreciaban, cada vez más frenéticos y cadenciosos, lo que indicaba que se aproximaba el final del ritual. Nos dimos prisa y salimos, con extremo cuidado, al complejo de pasillos que rodeaba la gran sala central de ofrendas. Nos deslizamos como sombras furtivas, como reflejos esquivos de la Luna, quitando de en medio de la manera más discreta posible a los pocos sectarios que nos cruzábamos. Tuvimos suerte: la mayoría de ellos parecía estar participando en la liturgia, y en los pasillos solo quedaba un mínimo personal de apoyo.

En un momento determinado nos asomamos a una balconada, desde la que podíamos gozar de una espléndida vista del *cella*, y lo que vimos… bueno, puedo deciros que no era lo que esperaba. O sí. En realidad era una mezcla de ambas cosas.

La disposición del templo era central, con el altar dedicado a Ark en el centro de un círculo. A su alrededor bailaban y cantaban los acólitos, todos ellos varones. No había mujeres en el templo, salvo en puestos menores de mantenimiento, o para el solaz sexual de los altos cargos. Pero todos los adoradores de Ark son hombres, lo cual dice mucho de su religión. Estaban vestidos con sus andrajos sagrados, manchados por la sangre de anteriores sacrificios (por la cantidad de rojo en las ropas de cada cual se podían adivinar sus rangos en la jerarquía), y llevaban máscaras que representaban animales. Eran de cerámica, y tenían una particularidad inquietante: las expresiones faciales de los animales representados era de dolor, como si el escultor hubiese escogido el momento de mayor dolor durante la tortura del animal, y ese lo hubiese representado.

Los bailarines daban giros y saltos y vueltas al son de frases llenas de «k» y de «µ», como si estuvieran locos. Pero era aquello alrededor de lo que giraban lo que hizo que nuestros ojitos avariciosos de piratas se abrieran desmesuradamente:

Donde debería de estar el altar del dios se elevaba una

plataforma de madera, que sostenía el diamante más descomunal que hubiese visto en mi vida: era casi como una mesa de ceremonias en sí mismo, pudiendo medir fácilmente tres metros de diámetro en su parte más ancha. Era de un leve color rojizo, aunque fluctuando entre tonos de magenta, anaranjado y cobrizo. Sobre él habían depositado el martillo de los vranoi, el que yo iba buscando, y si la vista no me engañaba, pude apreciar cintas de poder arcano que flotaban como hilachas de humo coloreado en torno a él, entrando y saliendo del diamante, y besando con energías ignotas la cabeza del martillo.

Yayñez y yo compartimos una mirada telepática. Debíamos llegar hasta allí y levantarles el martillo a aquellos capullos, ¿pero cómo hacerlo, si en la gran sala había por lo menos cien personas? Demasiados sectarios para tan pocos piratas…

Miré las botellas de aceite de pulpa mandoriana. Y los andrajos de aquellos tipos, y los amplios cortinajes del fondo. El fuego es un gran invento.

¿Pero cómo empezar sin que se nos echaran todos aquellos chiflados encima como chacales?

El sumo sacerdote, que llevaba la máscara de un cachorrito de perro con expresión de estar a punto de morir por una intensa tortura, se subió encima del diamante. Y ordenó que trajeran a las mujeres. Eran dos, prisioneras quizá traídas de Tsochar o de algún pueblo de los alrededores. Bellas muchachas en sus veinte, medio desnudas, a las que les habían rapado la cabeza a cuchillo, incluyendo las cejas y las pestañas.

Las chicas se desgañitaban intentando escapar, pidiendo auxilio, pero nadie podía salvarlas ya. Ni siquiera nosotros. Los sectarios las colocaron junto al diamante, pero sin tocarlo, en dos peanas elevadas. Cada mujer sujetada con fuerza por dos hombres robustos. El sumo sacerdote las miró y dijo unas palabras en su grotesco idioma, como ofreciéndoselas a una presencia que los mirara desde el interior de la propia gema. A una señal suya, los sectarios las despojaron de sus túnicas, dejándolas igual de desnudas que una mañana de invierno, y las lanzaron encima de la joya.

Fuimos testigo entonces de cómo sucedía aquel prodigio: cómo el diamante se las tragaba como si estuviera hecho de gelatina en lugar de cristal. Cómo las aterrorizadas jovencitas se hundían

primero hasta las rodillas, luego la pelvis, luego el vientre y por último los pechos y la cabeza. Sus chillidos horrorizados se apagaron de golpe cuando el cristal dúctil se tragó sus bocas, como si hubiesen sumergido las cabezas bajo el agua. Las dos se licuaron dentro del diamante como si fuera una fragua de esencias mágicas, y las hebras de poder que ataban al martillo se intensificaron.

El sumo sacerdote dijo más palabras en su absurda lengua, dando gracias a sus dioses y prometiendo más carnaza, seguro. Y fue entonces cuando ya no pude soportarlo más y arrojé mi primera botella con el paño del gollete en llamas.

Podríamos decir que fue cosa del Destino, o habilidad mía lanzando objetos con mala baba. Pero lo cierto es que el proyectil voló por toda la sala y fue a estrellarse justo sobre el cuerpo del sumo sacerdote, que inmediatamente estalló en llamas. La bocanada de fuego lo abrazó como una nube, y el líquido, denso como aceite de cocinar, se le quedó pegado al cuerpo y ardiendo como el infierno. El hombre empezó a chillar, frenético, y se arrojó encima de sus fieles intentando huir de aquel terrible dolor que lo consumía. Pero era inútil: lo único que consiguió fue prenderles los ropajes a ellos también.

—¡A ellos, prendedle fuego a este antro infecto!, —grité, poniendo mi voz más amenazadora de capitana corsaria. Y mis hombres arrojaron sus proyectiles.

Las explosiones de fuego se sucedieron sin cesar durante un minuto o minuto y medio. Habíamos llenado casi veinte botellas, y cada una, al reventar, provocaba una onda expansiva de flamas que cubría al menos dos metros de suelo. Los cortinajes del fondo fueron presa fácil, y en un momento se convirtieron en teas ardientes que iban del suelo al techo. Pero eso no era lo mejor. Lo mejor es que cuando impactábamos sobre los sectarios que estaban apiñados abajo, provocábamos un estupendo desaguisado donde tres o cuatro de ellos caían presos de las llamas, y esos a su vez prendían a los que estaban a su lado, por mera proximidad.

Supongo que desde abajo, desde el suelo del salón, la importancia del ataque se magnificaría. Los arkitas, exacerbados como estaban por el efecto de las drogas, no sabrían cuántos hombres les estaban atacando. Y no es lo mismo analizar una situación de ataque desde abajo, recibiendo la lluvia de flechas o las

cargas de catapulta, que en una posición elevada y separada de tanta locura. Seguro que pensaron que mis cinco ayudantes y yo éramos por lo menos un ejército, y que las bombas que les estábamos lanzando no dejarían de caer nunca, como si nuestra munición fuese infinita.

No era así, claro, pero para cuando las botellas se acabaron, mis hombres siguieron hostigando las zonas donde se apiñaban más sectarios con sus arcos cortos, mientras que yo hice unas de esas locuras por las que los piratas pasamos a la historia, aunque a posteriori no tengan ninguna lógica: agarré uno de los cortinajes, de los que no estaban ardiendo, y lo usé como cuerda para descolgarme hasta la superficie del diamante. No, no caí justo sobre él, sino en las peanas que estaban al lado, desde donde los brutos habían arrojado a las chicas. Un gran ¡oooohhhh!, llegó desde abajo mientras volé sobre el *cella* (vale, quizás esto me le he inventado, ¿pero de qué sirve contar una buena historia si no se la adorna?). Golpeé la superficie del diamante con mi cimitarra para comprobar que fuera sólida y no más merengue
traga-mujeres.
Y ante las deformes y atónitas máscaras de cerámica de los sectarios, agarré el martillo de los vranoi.

¿Alguien dijo peso? ¿Alguien dijo masa? ¿Alguien dijo cómo-coño-pueden-esos-brutos-levantar-esta-cosa-con-una-sola-mano-si-pesa-lo-mismo-que-mi-puto-barco?

Había subestimado el peso del martillo, y en efecto, a lo máximo que podía aspirar era a llevármelo arrastrando, fuera de allí. Pero ni de broma iba a poder conseguirlo en medio de la vorágine de sectarios huyendo despavoridos de las llamas. Algunos, los que estaban más cerca del diamante, incluso me miraron con odio infinito, y por sus cortísimas mentes debieron de pasar formas atroces de violarme y castigarme por lo que había hecho. El cadáver de su sumo sacerdote humeaba como un churrasco al pie de la tarima. Y yo allí arriba, sin poder llevarme mi premio ni volver a la balconada haciendo otra acrobacia.

Era el momento de un gran
oh-oh.

—¡Vamos, capitana!, —me gritó Yayñez, resolviendo a golpes sus diferencias de opinión con los sectarios que pensaban que el

lugar ocupado por mis piratas era el mejor para salvarse del incendio. Usaba su ridículo (aunque eficaz) abanico de guerra para herir brazos, sajar trapecios y cortar cuellos. Lo cierto es que las veletas del abanico estaban hechas de hierro, y sus puntas afiladas como agujas. También se podía usar la tela que las mantenía unidas como truco en la batalla, si uno era experto en su manejo, pues ante una estocada frontal de una espada, el abanico podía interponerse, dejar que la hoja rasgara la tela y se quedara enganchada entre sus veletas, y luego arrancarle la espada de las manos al agresor con un violento giro del abanico. Yo se lo había visto hacer a Yayñez un par de veces.

—¡Si me ayudaras un poco a lo mejor tendría alguna posibilidad!, —le grité de mala gana. Algo voló hacia mí por el rabillo del ojo, y yo me agaché instintivamente para esquivarlo, pero yo no era el blanco: lo fue el arkita que estaba trepando por la parte de atrás del diamante, dispuesto a sorprenderme por la espalda. Por fortuna, las boleadoras dobles de Yayñez se interpusieron entre sus intenciones y mi cuello degollado, noqueándolo con un golpe tremendo, que siguió a una espiral veloz de cuerdas. Se lo agradecí a mi hombre con la mirada.

Ahora os voy a explicar por qué, durante todo este relato tan singular, he hablado de Yayñez en pasado.

Un pirata no puede pretender pasarse la vida tentando a la suerte y salir siempre indemne. Cuando tus días son una sucesión de tiradas de dados en las que siempre estás apostando al límite, alguna vez te tiene que salir mal. Es puro sentido común. Y aquel día le salió mal a mi lugarteniente.

Comenzó con un grupo más o menos denso de arkitas que, en mitad de las llamas que se propagaban por la sala, abrieron una puerta lateral. Y de ella sacaron lo que solo se puede describir como un cañón: un artefacto largo y bajo, apoyado sobre ruedas, con la forma de un enorme cerdo con las fauces abiertas. Ese cerdo estaba hecho de metal, probablemente bronce, y era tan pesado que necesitaba, incluso con sus ruedas, que cuatro sectarios lo empujasen. Estos lo sacaron del almacén, lo cargaron por la bocacha delantera con todos los enseres que encontraron (lámparas pequeñas, platos de oro, vajilla ritual para los sacrificios, trozos de cuchillos rotos que había por el suelo… lo que hallaron a mano), y

apuntaron su gran bocaza a la balconada desde las que disparaban mis arqueros.

Yo supe en ese preciso instante de qué clase de artilugio se trataba. Y lo confirmé cuando vi la mecha que surgía de los cuartos traseros del animal, a modo de encrespada cola porcina. Era como las colas de los cerdos de verdad, un mechón de carne retorcido en un garabato.

—¡Cuidado!, —le grité a Yayñez, señalándole el artilugio. Y entonces, él, honrando la más antigua y honorable tradición pirata, hizo una de esas cosas que quedan muy bien en los cantares de gesta, pero que raras veces salen bien en el mundo real. Fue muy valiente, pero en el fondo también muy estúpido.

La caterva de sectarios empujaba el cañón entre las llamas, buscando el mejor ángulo de disparo para alcanzar la balconada. En una de estas en que pasaron muy cerca, por debajo de ella, Yayñez soltó un estremecedor grito de guerra y saltó (sí, saltó; rubrícalo con una anacrusa, bardo) sobre el artefacto. Como si fuera un bandido emboscado en un árbol, que esperase una carreta para saltarle encima.

Y lo consiguió. A mí me pareció una locura, pero él y otro de mis hombres lograron su propósito de lanzarse encima del cerdo de metal y quedarse allí, en equilibrio, desjarretándoles espadazos a los arkitas. La mecha, el rabito del cerdo, aún no había sido prendida, pero no sería difícil conseguir fuego. Lo que Yayñez hizo fue empujar junto a su compañero el cañón para que en lugar de apuntar a mis hombres, lo hiciera contra la puerta de salida, donde se acumulaba la mayor concentración de sectarios. Tuvo que quitarse brazos, codos e incluso bocas de encima, y recibió varias heridas y puñetazos que le amorataron la cara, pero lo consiguió. Y cuando la bocacha del arma estuvo en su sitio…

Yayñez, con una mirada cruel, arrastró las veletas de su abanico por el metal, junto a la mecha. Las chispas la prendieron. Y ese fue el final de muchos, muchísimos sectarios, porque el cañón estaba mal cargado y la explosión que provocó fue tremenda, llevándose por delante a todos los que se agolpaban contra la puerta. Por desgracia, la violencia desatada por la explosiva sustancia que lo alimentaba fue tal, que el propio cañón salió volando hacia atrás y arriba, destrozado. Fue su ánima la que golpeó a Yayñez en pleno

rostro y lo convirtió en una masa sanguinolenta. El pobre lo habría pasado mal el resto de su vida intentando comer o respirar a través de aquel acordeón de carne, en caso de que hubiese cicatrizado. Por fortuna para él, el ánima también le aplastó el cráneo, por lo que antes de que su cuerpo tocara el suelo ya estaba muerto. Mi otro hombre también, el que había elegido repartirse la fama con él en tan esperpéntica acrobacia.

Al contemplar el cuerpo inerme de Yayñez, y a pesar de que entre los dos nunca había surgido lo que se dice una amistad sincera, lloré. Derramé unas pocas lágrimas, porque se había comportado como un valiente (un poco idiota, sí, pero como un valiente al fin y al cabo), y nos había salvado. La mayoría de los arkitas habían perecido o bien presa de las llamas, o bien por la onda expansiva de aquel espectacular cañonazo. Solo teníamos que terminar de limpiar la zona de los pocos que quedaban, y el martillo sería nuestro.

Entonces me di cuenta de que la luz que surgía del diamante estaba empezando a fluctuar otra vez. Como ya hizo cuando se tragó a las dos muchachas. Aterrada, me bajé de un salto, tirando también el martillo, que al caer fracturó algunas losetas.

Esta que os voy a relatar ahora es la última parte, y también la más increíble y graciosa, de mi relato. ¿Os parece imposible que aquellos sucesos alcanzaran un grado aún mayor de fantasía? Pues esperad a oír esto, lo que sucedió justo a continuación… Juglarcete, afila tu creatividad, porque necesitarás cada cuerda del laúd.

(Aquí la capitana Damantis toma aliento, se recoge el pelo en una coleta de caballo y la sujeta con una tira de mimbre que arranca de la silla en la que está sentada).

Ocurrió que se arremolinó algo así como un huracán de extraños brillos y arcanas energías dentro de la joya, que como ya he dicho era una bestialidad de grande. Mis hombres restantes y yo retrocedimos, asustados, mientras veíamos cómo algo se materializaba por su parte superior. Más bien salía de él, haciéndose sólido a medida que escapaba de su prisión de cristal y su piel probaba el aire de nuestro mundo.

Era un cuerpo humano. De mujer, para más señas. Pocas veces en mi vida he visto a un dios con mis propios ojos: solo dos, si no recuerdo mal. La primera vez fue aquella, en que el aspecto de Ark se hizo carne frente a nosotros. La segunda, cuando Kali-Dag, el soberano de los abismos, eligió como nido la bodega de mi barco.

Aquella mujer era de raza mestiza, mulata, desnuda salvo por unos ornamentos que más que ocultar sus vergüenzas las realzaban con una habilidad exquisita, muy artística. Esos ornamentos simulaban un traje hecho de huesos pero dibujado por una mano con sentido del equilibrio y de las formas: redondeaban sus perfectos glúteos morenos; se ensortijaban como cintas alrededor de sus minúsculos senos; reforzaban sus grisáceos y enhiestos pezones por puro contraste de color. Y se ramificaban en un bello árbol que no llegaba a tocar el secreto afeitado entre sus piernas, pero que dibujaban en torno a él un arabesco de tal complejidad que parecía un nido del que en cualquier momento podían salir volando pájaros.

La mujer, que llevaba en la cabeza un casco que se abría en una espantosa cornamenta de alce, me miró. Me clavó aquellos ojos rojos que se traían consigo los fulgores del inframundo. Y yo noté cómo un líquido cálido me bajaba por las pantorrillas, manchando mis botas. Sostener aquella mirada habría sido como intentar vencer a los dioses en un pulso.

El dios Ark encarnado en mujer dijo algo así como (*Damantis pone una voz muy grave y grotesca*):

—AMMAELSKRROMM…

… Apuntando con un dedo al martillo. Al martillo de los vranoi. Vi cómo las energías se destrenzaban, los hechizos rompían sus nudos, los mandalas arcanos se desdibujaban, perdiendo toda fuerza…

… Y el martillo estalló. Se rompió en pedazos, literalmente, dejando que algo (o más bien alguien) que estaba encerrado en su interior saliese de esa prisión. Yo vi con estos ojitos preciosos, sí, estos dos, cómo el aquí presente Dunn se alzó como un titán de la neblina mágica que adornó el estallido. Su cuerpo desnudo era la viva imagen del poderío masculino enfrentado a la imbatibilidad de la mujer. Ark se había hecho sólido eligiendo una piel mestiza;

Dunn lo hizo con la misma forma demoníaca del Antauros con la que (esto me lo explicaron luego) alguien lo había encerrado en aquel martillo. Sus espaldas eran tan anchas que había que mirarlas por partes para verlas del todo. Sus músculos tan redondos que un niño podría haber dibujado un mapamundi sin salirse de los bíceps. Su miembro viril… ejem, me vienen a la mente imágenes de columnas de piedra como las que sostenían los frontispicios de los antiguos panteones, pero esa parte, eh… me la reservo para mí.

La cosa es que el Antauros se alzó como un demonio salido del más profundo y maloliente de los infiernos ante el atónito dios Ark. Titán contra diosa. Ariete contra fortaleza. Yin contra Yang. Todo hacía presagiar una cópula de poderes más grandes que el mundo, cuyas energías sexuales arrasarían buena parte del pantano que teníamos alrededor, en violentas explosiones orgásmicas.

Pero lo que pasó no fue eso, sino algo muy gracioso. Y totalmente inesperado.

La cosa es que el bueno de Ark vio a semejante engendro y soltó tal chillido de pánico que apagó las llamas del templo. Y volvió a esconderse dentro del diamante, deshaciendo su flamante cuerpo en un torbellino magenta. Fue como ver a una novia a la que le enseñan por primera vez el marido al que está destinada, por compromiso social, y al verle suelta tal grito que se muere de un infarto. Esto fue casi igual, solo que Ark, al esfumarse, también hizo trizas el diamante, que cayó de su peana convertido en un montón de cristales sin valor alguno.

Entonces sí que lloré. Mucho más que cuando perdí a Yayñez.

Terminaré esta crónica resumiendo los hechos de las siguientes jornadas, más aburridos y rutinarios: Dunn se desmayó justo después de que Ark desapareciera, y volvió a su forma humana. Mis hombres y yo lo subimos a un carro y lo sacamos de allí, ya que no podíamos llevarnos nada más. El tesoro conseguido tras saquear el templo fue tan exiguo (malditos arkitas) que apenas dio para amortizar la expedición y reponer a la tripulación, reclutando nueva gente. Volvimos al mar, ese hogar al que pertenecíamos y que nos habían arrebatado. Y yo nombré como lugarteniente al gran Dunn, pues su column… digo, ejem, sus atributos como guerrero, me sirvieron de mucho en las nuevas singladuras.

Ese fue el último día que tengo bien claro con respecto al

tiempo; es decir, al tiempo como secuencia. Un rumor mucho tiempo atrás, una decisión posterior, una búsqueda que acabó el batalla… y las hebras de la historia confluyen en el nudo. Aquí acaba, pues, el relato de cómo conocí y rescaté a vuestro bárbaro, al cual…

Yikksen
(Profecías)

1

—… resulta que vosotros ya conocíais de antaño, ¿no es así?, —concluyó Damantis, con una amplia sonrisa. Allí era donde se detenían los bordes mellados de su memoria. No podíamos saber con cuánta fantasía había condimentado su relato, pero desde luego se la notaba orgullosa del resultado final. Y también ansiosa por escuchar la versión cantada que yo compondría a partir de ese material tan poderoso. «El asalto al templo del pantano».

Yo también sonreía al imaginar cómo de bien me quedaría a mí, cuando lo adaptara a unas tonadas épicas antiguas, de esas que siempre tienen la misma música pero distinta letra. Iba a ser un auténtico torbellino de monedas de cobre en las tabernas.

Yara le hizo un gesto de cariño a Dunn, rozándole un brazo con la mano. Sí, era bueno tenerle de vuelta.

—Nosotros también hemos pasado por muchas vicisitudes en estos años —explicó—. Cuando Dunn desapareció, tras la batalla del bosque de bambú, Donnegar y yo volvimos a Madhen esperando hallar aquí un refugio. Traíamos con nosotros los dos mayores símbolos proféticos de nuestra era: el martillo y al niño no-muerto-no-vivo.
—Miró al chiquillo que estaba sentado con ellos, en la mesa, comiendo tranquilamente unas pasas. No se perdía detalle de lo que se estaba diciendo, pero tampoco decía ni hacía nada. Su madre lo tenía bien abrazado, y miraba a los recién llegados con recelo, como si existiese la sospecha, lejana aún e inconcreta, de que hubiesen venido a llevárselo—. Pero mi pueblo nos recibió con acritud. Tenían miedo del niño, de lo que representaba. Del lugar que ocuparía en nuestros mitos ahora que el martillo había sido desecrado, y su parte de la leyenda había quedado vacía.

—¿Los ejércitos del estáter no fueron en vuestra persecución?,

—pregunté, extrañado. La noticia de que Impéragon había muerto de forma heroica en una misión sagrada (un relato bastante distinto del que Dunn me había contado) llegó incluso hasta los tugurios más mugrientos de las aldeas más alejadas del Mesianado. De ahí que un bardo de tercera como yo se hubiese enterado. Lo que era raro es que las milicias no hubiesen acudido a Madhen para arrasarla hasta los cimientos, en venganza.

—Oh, algunos vinieron. Sobre todo al principio. Pero con el tiempo desistieron: yo pensé que la falta de información concreta sobre dónde nos habíamos ocultado, y la fiereza natural de los vranoi, muy celosos de su territorio, los habrían mantenido a raya. Pero luego llegaron hasta nosotros rumores de disensiones internas en el Mesianado… luchas de poder por ocupar el trono de Impéragon… ese tipo de cosas. Según lo que nos contaban los peregrinos que recalaban en la isla, desestabilizaron tanto el reino que ya no valía la pena perder el tiempo persiguiendo antiguas quimeras. El nuevo enemigo era interno. —Yara cruzó los brazos sobre su pecho, como si tuviera frío—. Los años pasaron y el niño, al que llamamos Yerem, creció. De alguna manera, su presencia atraía a centenares de peregrinos religiosos que venían a conocer en persona a la «encarnación de Exerpes». Mi pueblo no estaba muy contento con tanta popularidad, pero de algún modo… —Observó al niño como si estuviese intentando resolver un antiguo enigma—. De algún modo intuyen que hay algo divino en él. Algo que entronca con nuestras más arcaicas leyendas. Por eso consintieron en dejarnos la playa a nosotros, y las tribus se retiraron al interior, haciéndose fuertes en las montañas. Ahora ya nadie se atreve a viajar hasta el centro de la isla. Quien lo hace se arriesga a tener un fatal encuentro.

—¿Y mientras tanto vosotros montasteis todo este tinglado religioso?, —pregunté, divertido, mientras arañaba una nota de mi laúd con el pulgar. Sonó hueca, en aquel entorno.

—¿Qué más podíamos hacer? Necesitábamos comer, y el dinero de las ofrendas nos venía muy bien. Además, Donnegar y yo realmente creemos que este niño es sagrado, y que esta predestinado a ser una fuerza del Bien, así que ¿por qué negarle su influencia al resto del mundo? Si los que han oído hablar de él quieren venir a verle, que lo hagan. Además, así reunimos

argumentos para refutar la Herejía de Kateri.

—¿Qué es eso?

La madre del niño intervino, con una voz atiplada:

—Kateri es el nuevo gran ministro de la fe, el que puede sustituir al alto estáter en la lectura de los incunables del Antiguo Origen. Hace dos años pronunció una herejía solemne: que mi hijo *no* era la reencarnación de Exerpes para esta era, y que su culto era un fraude que debía ser perseguido y castigado. —Su abrazo protector se volvió más cálido sobre Yerem, a la vez que suspicaz. El niño siguió comiendo pasas. Ya quedaban solo unas pocas al fondo del cuenco—. Pero aun así, los fieles siguen viniendo. La gente sigue creyendo en él. Tienen confianza en la verdad.

—No es por importunaros… —dudé— y disculpadme si un vil gusano como yo se atreve a plantear esta pregunta, pero… ¿cómo estáis tan seguros de que este niño es… bueno, quien creéis que es? ¿No cabría la posibilidad de que, por mucho que os duela, estuvieseis equivocados?

Con tan solo mencionar esa posibilidad enfrié el ambiente, lo noté de inmediato. La madre de Yerem me clavó sus ojos fríos, fanáticos, de devota sumisa y firme defensora del mito edificado sobre su propio hijo. No, claro que no se lo había planteado nunca, al menos ella. ¿Por qué iba a hacerlo, si la santidad era la causa que ahora mismo daba sentido a sus vidas, y era lo único que podía justificar tantos sufrimientos?

¿Cuántas religiones habían nacido apoyándose en esas ideas, en la necesidad última de justificar el sufrimiento?

Miré a Yerem, y me pregunté qué estaría pasando por su cabeza. ¿Sabría que estábamos hablando de él? En sus ojos leí que le habría gustado tener un nombre mucho más simple, algo al estilo de «Saltamontes». Pero nunca le llamarían así. En algún momento de su historia alguien le vería brillar, hacer grandes cosas. Y la gente que hacía grandes cosas nunca eran nada tan sencillo como «Saltamontes».

Por fortuna, Yara parecía tener una visión más ecuánime de las cosas. Con más perspectiva. Y me dijo:

—Las condiciones físicas de Yerem son, por decirlo así… peculiares. Su corazón no late, pero aun así está vivo. Sus pulmones no respiran, pero aun así albergan el dulce aire. Es un milagro en sí

mismo. Pero además, a lo largo de su vida lo han acompañado otras cosas: tres Prodigios.

—¿Prodigios?

—Sí, manifestaciones directas del poder de Exerpes. ¿Recuerdas el estanque de agua clara de fuera, en el que se sumergen los fieles? Un día, tras una fuerte tormenta, salimos del templete y estaba ahí. Un remanso de aguas tranquilas que había sido depositado por la lluvia. Creímos que se trataba de un problema de desagües, pero cuando intentamos drenarlo, no pudimos. Por más que nos esforzáramos, el agua siempre reaparecía. Entonces supimos que era un estanque mágico, una suerte de lugar de tránsito hacia el otro mundo. Quien se sumerge en él, entra en contacto con presencias y lugares que están más allá de todo entendimiento.

»Pero ese no fue el último de los Prodigios. Al sumergirme yo misma en las aguas sagradas, me fueron revelados dos más que estarían por acontecer: el primero, que ya sucedió, fue la liberación del espíritu del Antauros. —Miró a Dunn—. Era algo que nos afectaría de inmediato, como se demostró en cuanto volvisteis a esta isla.

—¿Y el segundo?

La mirada de Yara se volvió dura, combativa.

—El segundo es el que invalidará para siempre la Herejía de Kateri y abrirá los ojos de una vez por todas a la gente del Mesianado: la Demostración de Yerem.

—Antes de que preguntes qué es eso, deberíais ir a hablar con Donnegar —intervino la madre del niño—. Él lleva un año entero haciendo de ermitaño, trabajando en las derivaciones filosóficas de esa idea. Hace mucho que no le vemos.

—¿El acrol Donnegar?

—Donnegar ya no quiere que lo llamen acrol —musitó Yara—. Ha dejado atrás ese pasado. Junto con muchas otras cosas.

En ese momento, Dunn se puso en pie. Como estaba de espaldas a la puerta, la única fuente de luz de la estancia, su musculosa sombra nos cubrió a todos.

—Hombre santo. Él sabe cosas. Él guiará.

Lo miramos en silencio, como si fuera a añadir algo más. Pero Dunn, fiel a su espíritu de hablar poco y actuar más, agarró su espada, se la cruzó a la espalda y salió del templete. Yara fue

corriendo detrás.

—¡Espera! Las cosas han cambiado por aquí, amigo mío —le dijo la bruja—. Puede que los jefes de las familias no se muestren tan contentos con la idea de que hayas vuelto como nosotras.

El bárbaro le acarició el mentón, con algo que se podría haber llamado ternura, y señaló a las montañas del interior.

—¿Dónde?

—En la cima de los nueve ecos. En una cueva. Seguro que le alegrará verte. Lleva esperándote mucho tiempo.

—Estáis cometiendo el error.

—¿Cuál?, —se extrañó ella. Dunn señaló al niño—. Elegís por él, igual que Impéragon. No le dejáis libertad.

—¿Por qué dices eso? Nosotros le protegemos, y potenciamos aquello que nos parece justo y recto. El lado de la luz es el que tiene que desarrollarse en él, no la cara deforme de la oscuridad.

—Ese es el error. Elegís, no dejáis que él lo haga. Si tiene que ser malo, que lo sea. Si su destino es la bondad, lo será a pesar de vosotros. Pero debe haber libertad.

Yara asintió, comprendiendo.

Dunn le agradeció su información con una inclinación de cabeza, y se marchó escaleras abajo. El enclave que ella le había señalado, bien conocido por los vranoi, quedaba al menos a un día y medio de viaje. Puede que menos para unas piernas poderosas como las suyas, que pudieran saltar por encima los barrancos sin tener que perder tiempo bajando por el sendero hasta su base.

Yara le vio partir, y la tristeza que había quedado rebullendo en el fondo de su alma subió a la superficie. Era difícil para ella decir cómo se sentía, o eso leí después en sus ojos. Siempre he sido muy bueno leyendo emociones en la cara de una mujer, y hay algunas que reconozco casi de inmediato. Como ese regusto amargo que dejan las ganas de preguntar muchas cosas, y de confesar otras, cuando no se tiene tiempo para ello. Si alguien, después de yo comentarle que el diseño de un instrumento musical es más propio de féminas que de varones, me preguntase si yo sé mucho de armas… le respondería que solo un poquito de mujeres.

Ya habría tiempo para confesarse cuando el bárbaro volviese. No se iba muy lejos, esta vez. Solo a buscar a un hombre santo que hablara con cuervos.

El viaje de Dunn hasta la cueva ocupó menos de un día, y fue porque conocía a la perfección los recovecos, senderos y atajos de su isla, el lugar donde había nacido. Daba igual que hubiera pasado muchos años fuera; para él era como si los riachuelos siempre hubiesen estado ahí, y supiera con qué impulso y en qué punto exacto saltarlos. También conocía los saltos de piedra, la distancia exacta entre las paredes de un acantilado, y los senderos ocultos del bosque. Así que cuando llegó por fin a lo alto de aquella cima y se asomó a la cueva de los nueve ecos, apenas sudaba. Era como si hubiese estado paseando entre las flores.

No se había cruzado con ningún miembro de las tribus por el camino, pero eso era algo que había buscado a propósito. Aún era pronto para revelarse. Primero debía hablar con el hombre santo.

—¡Tú, el que escuchas a los cuervos!, —exclamó, levantando ecos en la cueva. Parecía abandonada, pero era lo suficientemente profunda como para tener algún recoveco donde no llegara la luz del sol.

Al principio no pasó nada, pero entonces Dunn oyó unos pasos, y una silueta se armó de grises a medida que se acercaba a la entrada.

Donnegar estaba más flaco, y su barba había crecido desordenada, pero seguía siendo él. Seguía coronándola una nariz aristocrática aunque demasiado fina para resultar atractiva. Su mirada retenía la fuerza de antaño, y el temple necesario para haber ocupado un cargo de responsabilidad religiosa durante tanto tiempo. Su expresión fue de sorpresa absoluta al ver a Dunn, pero había un destello de conocimiento al fondo de sus ojos, como si ya supiese de antemano que este encuentro iba a tener lugar.

El cuervo que siempre le acompañaba revoloteó hasta su hombro. Tenía algunas plumas pintadas de blanco, como si le hubiesen salido canas.

—¡Gggrraaacckk!, —graznó la bestia—. ¡Te lo dije, el tótem de la furia ha venido a ti antes del sexto invierno! ¡Me debes seis quintales de trufas!

—Dunn —murmuró Donnegar. Fue una constatación, más que una pregunta—. Gracias a Exerpes.

El bárbaro le apretó el hombro con firmeza, un gesto de amistad.

Luego se dejó caer en cuclillas allí donde mismo estaba, poniendo su espada a un lado. El antiguo acrol se metió en la cueva y volvió con dos botas de vino.

—No te preguntaré dónde has estado ni qué has hecho, porque no es asunto mío —le dijo al bárbaro, pasándole una bota. Contenía un vino blanco muy suave—. Sé que si no has venido antes a por Yara y el niño, es porque no has podido.

—Niño. Demostración.

—¿Yara te ha hablado de ello? Sí, supongo que es lógico. Forma parte de su mitología: el niño debe viajar a un lugar secreto antes de que cumpla los diez inviernos, donde le será revelada la naturaleza de su misión en el mundo. Así se demostrará si realmente es el avatar de Exerpes. Para averiguar cuál es ese lugar, necesitábamos que tú volvieras a nosotros.

Eso le extrañó al bárbaro.

—¿Yo?

—¡Sí, brutal y estúpida masa de carne!, —dijo el cuervo, haciendo un abanico con sus alas—. ¡Solo tú puedes sumergirte en el estanque sagrado en busca de la respuesta! ¡Ggrraaack!

El bárbaro le dedicó una sonrisa con los labios recogidos hasta las encías. El resultado de ese experimento fue algo espeluznante.

Donnegar espantó al animal con un gesto, el cual voló en busca de una rama. Pero no se fue lejos; no quería perderse detalle de la conversación.

—Eso es, la respuesta está en el fondo de este estanque —asintió Donnegar—. Aunque más valdría decir «al otro lado», pues lo que hay allí abajo es un abismo sin fin. Una tierra espejo situada más allá de la bruma que separa el mundo de los vivos del de los muertos… aunque seguro que no te asustará. Ya has caminado por esas brumas antes.

—¿Por qué enfado?, —preguntó el bárbaro, apurando la bota. La tiró con desprecio a un lado y se secó los labios con el dorso de la mano.

—¿A qué te refieres?

—Yara dijo tú enfadado.

El hombre barbudo bajó la vista, avergonzado. Se echó a reír, y era la risa de quien se halla entre recuerdos agridulces. Las palabras de Dunn estaban revolviendo antiguos calderos.

—Hubo un tiempo en que nosotros, los siervos de la luz, teníamos poder para sanar. La magia surgía como una sombra que buscaba nuestros reflejos en un espejo. —Se miró las manos, vacías de más cosas aparte de objetos o de aire—. Cuando curábamos, nos dejábamos herir por el dolor de nuestros pacientes, botines de ardientes estrellas explotando en nuestras cabezas. Sentíamos cómo la voluntad de Exerpes corría por nuestras venas, cometas escurriéndose en la noche. Aquella voluntad llamaba al Daño para que saliera del cuerpo de la víctima, subiera por mis dedos hasta el símbolo sagrado y se quemara en una combustión sin peaje, en una promesa sin efecto. Un fuego sin humo.

»Pero todo eso quedó atrás. Desde que tú invocaste el Tótem de la Furia para destruir a Impéragon, esa magia abandonó el mundo. Ya ningún sacerdote de Exerpes puede invocarla. Nos hemos quedado vacíos, desnudos. Despojados de toda legitimidad. Es otro de los motivos por el que hay una guerra civil ahora mismo en la iglesia.

—Yara —le centró el bárbaro.

—Sí, perdona. Me enfadé con ella, y la verdad es que lo siento mucho. ¿Tuve motivos? —Se hizo esa pregunta a sí mismo, con el entrecejo fruncido. Luego su expresión se despejó—. La echo de menos. Más que a nadie en este mundo. La cólera me poseyó cuando me di cuenta de que Exerpes nos había retirado su favor, y estúpidamente le eché la culpa a ella. Porque fue la que preparó el martillo para recibir tu espíritu, la que lo consagró para que el Antauros lo habitara. Para que envolviera a Impéragon, el máximo representante de la iglesia, en un metro de acero y lo dejara allí para que se pudriese. —Dejó que su vista vagase por las montañas, errabunda—. Pero tras mucho meditar me he dado cuenta de que no fue Yara la culpable. Fuimos todos. Todos los que confiamos en que Yerem había llegado para instaurar un cambio, el nacimiento de algo nuevo, y no el fin de todas las cosas antiguas, como se llegó a vaticinar. Le pediré perdón cuando regrese. Aunque con lo orgullosa y terca que es —sonrió— no sé si lo conseguiré.

—Terca, sí. Mucho.

—Mucho. —Se rascó la barba. Dunn vio en él una expresión que debía ser la que tenían todas las personas que, en algún momento u otro de sus vidas, se encontraban en posesión de una historia que

debían sacar fuera, lo quisieran o no. Su última frase solía ser una plegaria apenas disfrazada de información, un «y vivieron felices para siempre», que sonaba a verso añadido por el bien de la audiencia—. No sé qué pensar, ni sé tampoco distinguir los sueños proféticos de los que son solo tonterías. Hay tal batiburrillo de profecías diseminado por ahí que uno ya no sabe a cuáles aferrarse. ¿Volverás conmigo al templo, Dunn, ahora que ya sabes qué tienes que hacer, o visitarás primero tu casa? A lo mejor te complace volver a ver a los de tu tribu…

El bárbaro negó con la cabeza.

—Ellos acudirán a mí cuando lo necesite —gruñó—. Porque así habla el Tótem de la Furia, su dios primero y más poderoso. Oirán el grito de guerra, y se levantarán contra el opresor de Velmisia.

—Bueno, una victoria es una victoria, por pequeña que sea. Y no solo si se saca algo de ella; también es útil en sí misma.

—Los vranoi lo dan todo cuando luchan. O lo ganan o lo pierden todo, sin términos medios. Por eso guerra tan crucial en nuestra historia. Pero no con emboscada, sigilo y flecha secreta, como hacen los cobardes. Nosotros hacha, garganta y pecho. —Se golpeó la camisa—. Furia descontrolada.

El bárbaro se puso en pie, se acercó al borde del acantilado… y lanzó un grito feroz, terrible, que rebotó con mil ecos en el perfil de las montañas. Era una sola nota y muchas a la vez, un ulular que llevaba implícito varios mensajes, un código oculto. El cuervo se cayó de la rama, convirtiéndose en un enfadado revoltijo de plumas en el suelo, por la onda expansiva de ese grito.

—¡Gggrraaacckk! ¡Bruto, animal, bestia descerebrada! ¿Quién te regaló esos pulmones capaces de partir piedras? ¿Se los arrebataste acaso a algún demonio del otro mundo?

Dunn esperó unos segundos, pero el viento no trajo ninguna respuesta. Nadie gritó desde el otro lado del valle. Un pensamiento errante, sin sentido pero muy concreto, se abrió paso por su mente sin haber sido convocado: *Al convertirme en el Antauros me he alejado tanto de ellos como del resto de los seres vivos. Me respetan, pero también temen lo que represento*.

—Puede que no vengan —comprendió, triste. Y se terció otra vez a hombros la espada—. A lo mejor yo equivocado. ¿Volvemos?

Donnegar asintió, intentando domar el tormentoso frente de

sensaciones que le sacudían el alma. Yara. El Antauros. La Demostración de Yerem. Una nueva profecía. Demasiadas tristezas disfrazadas de alegrías.

—Volvemos.

El antiguo acrol de Exerpes, en caída libre.

2

El viaje de vuelta duró más de un día hasta donde los esperábamos nosotros (yo, en concreto, ardía en deseos de añadir aquella estrofa a mi cantar de gesta), y fue porque el bárbaro no podía marchar tan rápido como cuando viajaba solo. Donnegar no sabía trepar por las paredes desnudas como él, ni salvar de un solo salto las anchas y profundas grietas. Pero acabaron llegando, y subieron las escaleras sagradas justo al final de un oficio, cuando un nutrido grupo de fieles las estaban bajando en dirección contraria.

Dunn fue el primero en llegar arriba, atrayendo nuestra atención y por ende, la de Yara (que vestía su manto de sacerdotisa). Pero fue la cabeza seguida del cuerpo que coronó a continuación los peldaños, los que hicieron que la mujer se detuviese. El crepúsculo yacía en cenizas a su espalda.

Donnegar y ella se sostuvieron un rato largo las miradas, sin hablar. Luego, él se acercó.

—Las montañas me han hablado —dijo—. Me han demostrado lo equivocado que estaba. Fui un idiota, y lo siento.

Ella torció el gesto.

—¿Has tenido que escuchar a las montañas para saber eso? ¿No te lo podía haber chivado tu corazón, que estaba más cerca?

—Podría. Lo hizo tarde.

—Hombres —sacudió la cabeza—. Sois todos iguales.

—Brujas —sonrió él—. Lo mism… —Lo dijo a sabiendas de que ella detestaba ese apócope más que cualquier otro de su arsenal. Pero con ello consiguió una sonrisa cómplice.

Me adelanté para que me vieran, laúd en ristre.

—Bueno, bueno, parece que el gran hombre ha vuelto. Y el hombretón también. Quiero decir… gran hombre es este y ese un hombretón, que no es lo mismo, pero sí… —Me miraron sin

ninguna expresión—. Bah, olvidadlo. ¿Ya sabes lo que tienes que hacer para ayudar al niño sagrado, bárbaro?

Dunn asintió, e hizo un gesto hacia el estanque.

—Por ahí.

—¿Quién es este?, —preguntó Donnegar, señalándome.

—Un bardo que… oh, es una larga historia —dijo Damantis, a la cual también tuvimos que presentársela al antiguo acrol. Se lanzó en brazos de Dunn y hundió la lengua en su boca como si buscase aceite de palma, en un beso despiadado—. ¿Lo harás, fortachón? ¿Te meterás en esa agua mágica? Con el tiempo que hace que no te bañas, a lo mejor el dios considera la marea negra una herejía…

Dunn miró al niño, vestido con sus ropajes rituales. Su expresión hierática no había cambiado, como si los músculos de su faz no hubiesen aprendido a componer ninguna otra a lo largo de su vida.

—Él tiene que decidir, libre. Bueno o malvado, lo que tenga que ser será. Lo haré si me prometéis eso.

Yara asintió.

—Te lo prometo. Quién soy yo, quiénes nosotros, para ir corrigiendo el destino impuesto por los dioses. Lo que sea, será.

Hubo unos minutos más de esgrima hasta llegar a lo que ambas partes aceptaron como un consenso. El niño los miró a todos, y se metió en el templete en busca de más uvas pasas.

Una hora después, con el cielo de oriente salpicado de luz de estrellas, Dunn se colocó al borde del estanque, donde mismo hacían los fieles. Contempló el reflejo que le devolvía de sí mismo, una montaña de carne, un ser primario nacido no para entender, sino para reaccionar. Para habitar el mundo siguiendo los dictados de su corazón mucho más que los de su cerebro (cuya existencia, yo lo habría jurado, estaba aún por demostrar). Era el clásico bruto que saldría de los problemas arrastrándose con uñas y dientes y rompiéndolo todo, antes que trazando un plan inteligente.

Se miró a sí mismo, y seguro que se juzgó al mismo tiempo meritorio e indigno. Valiente y cobarde. Sentenciado y absuelto. Lentamente, introdujo la punta del pie en el agua. Las ondas que generó parecieron palpitar en círculos, iguales a los ciclos de las constelaciones del cielo, que por mucho que se alejaran del mundo siempre acababan volviendo. El estanque brilló con una suave luz

dorada.

Recuerdo que en ese momento pensé: *Se da cuenta de lo que pasa. Absolutamente. De que su nombre está tan ligado a una leyenda que si se sumerge demasiado en ella, corre el peligro de no volver a escapar jamás*.

Pero aun así, lo hará. Por Yara, y por su propio destino. Eso es lo que distingue a los hombres como Dunn de todos los demás, de los que son como yo.

Vestido con su armadura de cuero tachonado y portando su espada con guarda de media luna, el bárbaro desapareció del todo bajo las aguas.

El antiguo guerrero berserker, en ascenso libre.

Feyron Wassiyar
(Bajo las aguas)

1

¡Oh, musa, guía mi mano sobre los trastes a la hora de componer estos versos! Yo, humilde bardo que salí a los caminos a manchar mis suelas con polvo de historias y mis labios con miel de mujeres, voy a cantar ahora lo que le aconteció al bárbaro Dunn, legado del Tótem de la Furia, en su periplo al otro mundo, tal y como me fue referido por él a su regreso. ¿Os sentiríais molestos si engalano las estrofas con un poco de arte, de bella poesía? Seguro que no, porque si me limitase a referir las pocas cosas que pudimos sacarle a Dunn en los días posteriores, casi por la fuerza, este cantar no pasaría de una escueta obertura. Así de parco en palabra es nuestro protagonista.

Por lo tanto, retomo ahora la historia pulsando las cuerdas del laúd. Y de él saldrá buena música, pues si mis dedos son capaces de reconocer los puntos de los dados, es obvio que podrán distinguir la diferencia y las sutilidades entre cuerdas de tripa y otras de lino. Mi historia comienza allá donde último supimos de Dunn, con él descendiendo los escalones del estanque divino, y sumergiéndose en el agua. Lo último que vimos de él los que estábamos por fuera fueron sus cabellos flotando desde abajo y formando una especie de isla plana, un manto de algas que de repente fue absorbido hacia abajo… y ya perdimos todo contacto visual con él. No se veía ni siquiera la sombra de su cuerpo bajo el líquido, como si lo hubiese disuelto.

Aquí empieza el relato de Dunn, con lo primero que vio cuando el suelo desapareció bajo sus botas, y él cayó y cayó a un abismo sin fin. Los colores se difuminaban como si el decorado estuviese dibujado al carboncillo, pero de repente adquirieron formas rectas, líneas, esquinas que se mezclaban en ángulos, precisos como esas vigas que los albañiles cuadran tan laboriosamente con sus azuelas.

El paisaje se volvió geométrico, pero de algún modo recordaba a árboles, grandes árboles que alzaban sus copas hacia el cielo, levantando las puntas de las ramas, henchidas de brotes, para recibir el beso del aire cálido.

Cuando sus pies tocaron tierra, era como estar dentro de un cuadro pintado a la encáustica. Así de aglutinantes eran los paisajes. Era como pasear por los esponjosos cuadros de una pesadilla, sin que él supiera si su cuerpo seguía conservando la solidez del mundo real o se había vuelto tan ilusorio como todo lo demás.

La mente del bárbaro lo veía como un amasijo de formas familiares: árboles, curvas en la lejanía que podían ser colinas, un camino de tierra sucia. Pero podía ser algo tan distinto que ni siquiera hubiera palabras en su lengua para definirlo. De vez en cuando (esto le asustó), el paisaje entero desaparecía, alternándose con una imagen de la caída de un relámpago en medio de las nubes. Durante el escasísimo segundo que existía el rayo, el resto del paisaje era sustituido por esa imagen vacía, de cielo altísimo, de no tener suelo bajo los pies, y Dunn se veía a sí mismo flotando en el espacio. Aquellas imágenes impresionaban sus ojos en forma de ráfagas, y dejaban solo el recuerdo de algo hermoso pero inconcreto; una sucesión de estallidos eléctricos sin más significado que su propia belleza.

Dunn siguió caminando, pues poco más podía hacer, hasta que llegó a un lugar donde árboles invertidos colgaban del cielo. Cuando se acercó a ellos vio que no eran plantas, sino estacas, rectas y largas, con objetos clavados en su punta inferior. Esos objetos eran de índole muy variada: según los describió Dunn, podían ser desde simples piedras (de un mineral desconocido en nuestro mundo), hasta bolsas de moho verde envueltas en una nube de insectos, pasando por cabezas cercenadas de distintas criaturas: humanos, duendes, skalds, formorianos… y cosas que él no fue capaz de describir, ni nosotros de imaginar.

Lo más llamativo de esas estacas (aparte del hecho de que estuviesen clavadas en el aire, boca abajo) era su disposición: formaban una larga hilera que se perdía en la distancia. Podía haber miles de ellas, y a lo lejos, allá donde el paisaje se difuminaba tanto que costaba distinguir las formas, esa hilera se unía con otra perpendicular, que también se perdía a lo lejos.

Dunn no se dejó impresionar. Perdido en el tren de sus pensamientos, que se sucedían uno tras otro a gran velocidad, equilibraba la cordura y la racionalidad todo lo bien que cabría desear. Sin derrapes, sin descarrilamientos. Dunn sabía conducir carretas.

Quizá por intuición (porque por sabiduría seguro que no), creyó adivinar qué eran aquellas hileras: se trataba de las líneas Ley de la tierra, marcadas desde abajo por una sucesión de estacas. Los vranoi, al igual que muchos pueblos primitivos, siempre han creído en la existencia de estas arterias energéticas que mantienen cohesionado el mundo, y que permiten la operatividad de otras magias arriba, en la superficie. Como la que usan los clérigos de Exerpes, sin ir más lejos, aunque ellos digan que proviene de su dios…

Al acercarse al punto donde las dos hileras de estacas debían unirse, nuestro bárbaro comprobó que había una ruptura en la línea: las estacas de la unión estaban rotas, destrozadas como a hachazos, y sus cabezales tirados por el suelo. No había punto de unión entre las líneas Ley, alguien (o algo) lo había roto. *Por eso el hombre santo decía que los acroles habían perdido su magia sanadora*, pensó.

—¿Quién ha hecho esto?, —gritó. Su voz reverberó como si estuviera en un medio líquido.

De pronto, a su espalda, un sonido borboteante, un temblor de octavas. El bárbaro se giró a tiempo de ver cómo una forma muy grande salía de la tierra, y se plantaba frente a él con sus cuatro grandes patas de orangután. A ver, voy a tratar de describirlo según lo que nos contó nuestro brutal amigo, y espero no hacerle un flaco favor si me equivoco:

La cosa parecía un viejo troll de las leyendas, masivo y de aspecto simiesco, que proyectaba ese aura de roma amenaza tan típica de ellos. Era lo menos tres veces más grande, en todos los sentidos, que el bárbaro. Sus ojos estaban clavados en él como piedras polvorientas. Pero lo más asombroso era que tenía el cráneo abierto, como si la cúpula de su cabeza pudiera abrirse con una portezuela, y de ella salía un enanito sentado en una escribanía. Sí, como lo oyen. Un diminuto duende tocado con un gorro puntiagudo, medio escondido detrás del mueble sobre el que

dibujaba garabatos en un pergamino. Todos esos elementos, si entendí bien a Dunn cuando me lo explicó, no estaban separados de la totalidad que era el troll. Todo ello (duende, escribanía, pergamino, incluso la tinta que usaba para mojar la pluma) formaba parte del cerebro del monstruo, como una metáfora de sus pensamientos.

—Bien, bien, qué tenemos aquí —dijo el duende con voz chillona—. Otra alma más que baja a los infiernos a buscar su destino. ¿Acaso te crees digno de un final digno de un cantar de gesta, bruto?

Sin amilanarse, el bárbaro contestó:

—Sí. —Señaló las estacas—. Líneas Ley. Rotas.

—Oh, muchas lo están, por desgracia… Su fuerza se ha ido desvaneciendo con el paso de las eras, y por eso tu mundo ya no es tan puro y mágico como antaño. El Hechizo del Principio ha decaído tanto que parece un susurro lejano, más que un grito estruendoso. —El duende iba escribiendo a toda velocidad mientras hablaba, como si en el papiro que era la mente del troll dejase un registro de toda la conversación.

—Yerem.

—El niño sagrado, sí… he oído hablar de él. Esta línea Ley se quebró cuando él vino al mundo, a tu mundo. Pasa siempre con las encarnaciones de los dioses: su mera existencia supone una violación tan potente de las leyes arcanas que las hebras de poder saltan hechas pedazos. Pero se puede arreglar. El engrudo que se usa para repararlas son las profecías. Cuando estas se cumplen, un vínculo arcano queda restablecido, y la línea Ley se repara.

—¿Cómo? —El bárbaro afiló los ojos. No sabía si podía fiarse de aquel engendro, pero al menos tenía alguien con quien hablar. Y en sus palabras no parecía haber mentiras.

El duende cambió un papiro por otro, alisándolo con un desenvuelto lengüetazo.

—Difícil, difícil… mas no imposible. El niño necesita demostrarse a sí mismo, para que el mundo acepte su existencia. ¿Qué ocurrirá a partir de ahí, de qué lado caerá la balanza? Eso solo los dioses lo saben… La Demostración de Yerem, la llamáis, y sí, tendrá lugar dentro de poco. Justo encima del lugar donde se encuentra ese nodo partido. —Señaló las estacas que estaban detrás

de Dunn—. El que rompió cuando fue concebido.

Dunn caminó hasta la confluencia de caminos, y miró hacia arriba. Más allá de los restos ennegrecidos de las estacas había una transparencia. Era como ver la realidad a través de un cristal sucio; el mundo físico a través de los velos del Más Allá. Lo poco que pudo distinguir fue una ciudad (muchas formas cuadradas que podían ser edificios, y pequeños puntitos veloces y atareados: sus habitantes). Y sobre ella, otra forma mucho más grande y ominosa, como si un titán se alzara justo en medio de la urbe, y estuviese tan quieto que pareciera una estatua. No supo distinguir qué era, pero se trataba de una silueta muy grande.

Dunn pensó que nunca jamás había visto nada tan quintaesencialmente maligno, salvo lo que se intuía que podía llegar a suceder en esa ciudad.

—¿Allí?, —preguntó.

—Sí, allí será donde el niño conocerá su destino. Debéis llevarlo cuanto antes a ese lugar, y ungirlo. La profecía hará el resto. El anciano del jardín cuidará de Exerpes. Oh, Yara, Yara… —suspiró el duende, componiendo una expresión soñadora—. En tu mente la veo, y también me enamoro de ella. Es una mujer tan cabal, y sus dones tan perfectos… —El duende, lascivo, dibujó dos medias lunas en su papiro y colocó dos manchones de tinta en medio de ellas. A Dunn le pareció más que obvio lo que estaba dibujando, y le habría sacudido un hachazo, por insolente, de no ser porque aquellos pensamientos parecían una proyección de los suyos propios… y porque no quería medirse con un enemigo tan formidable en su propio terreno, si podía evitarlo.

Se dio la vuelta para marcharse, entendiendo que allí ya no había nada más para él. Pero la voz del duende le gritó una última advertencia:

—¡Cuidado con las amenazas que regresan de improviso del pasado, aunque ya estén muertas!

Dunn se preguntó qué querría decir, y subió los escalones que lo llevarían de regreso al mundo real, a través del estanque dorado.

¡Flaaannnggg! (rasgueo de las cuerdas de mi laúd, a modo de punto y final).

2

Yara tardó casi media hora en escuchar el relato del bárbaro hasta el final. Cuando hubo terminado de hablar, Dunn levantó la vista incierta a un profundo y perfecto pozo de silencio.

Allí estábamos todos: su amada bruja, su amante corsaria, la madre del niño, Yerem, Donnegar y yo. Con la vista fija en el bárbaro, que nos había relatado punto por punto su viaje por el Otro Lado incluyendo la revelación del oráculo. Todos teníamos cara de *puzzle*, pues intentábamos encajar piezas.

—Entonces, lo que esa cosa te dijo… es que tenemos que llevar al niño al lugar donde nació —intentó entender Yara.

—No —puntualicé yo, sacudiendo la cabeza—. Si las palabras de nuestro amigo bárbaro son exactas, no dijo donde nació, sino donde fue *concebido*. Nueve meses antes, ¿no? —Miré a la madre, que si no recordaba mal se llamaba *Dry*—. ¿Dónde tuvo lugar ese milagro?

La madre hizo memoria, intentando ubicar ciertos hechos. Y sus ojos se dilataron.

—En una ciudad costera del sur, llamada Tsochar —reveló—. Sí, tuvo que ser allí. Fue el único sitio donde mi esposo y yo estuvimos juntos, y donde tuve todos aquellos sueños premonitorios, en los que Exerpes bajaba del cielo para fecundarme disfrazado de serpiente alada…

Damantis dio un golpetazo en la mesa.

—¡Es increíble! Por ahí pasé yo cuando fui a rescatar a Dunn. La madeja del destino se va cerrando…

—Entonces ya sabemos qué ciudad vio Dunn cuando miró a través de la encrucijada de líneas Ley —asintió Yara—. Y también qué era esa forma gigantesca que había en su centro: el Puente del Ákronos, donde vive esa secta que no baja nunca al nivel del suelo… Nos va a costar llegar hasta allá arriba.

—Treparemos —intervino Donnegar, frotándose el mentón. Había regresado de las cocinas con unas jarras de espelta, apareciendo de la nada al lado de Yara cual avatar de Exerpes. Y su sonrisa era debidamente exerpiana.

—¿Cómo?

—Conozco ese puente y su leyenda. Una vez, hace muchos años,

curé a leprosos bajo sus arcos. ¿No es cierto que los sectarios que viven en la cima no cultivan nada, y que lanzan grandes cestos con cuerdas para que las almas caritativas de abajo les metan dentro comida? Usaremos esas cuerdas y esos cestos para trepar.

—Pero… —intervine yo, como siempre la voz cobarde de la duda—. ¿Y si a medio camino ven que estamos subiendo y cortan las cuerdas?

—Dudo que lo hagan, si todos vamos vestidos de verde. El verde es el color sagrado de su dios, y jamás arrojarán al vacío nada que lo lleve por respeto a sus creencias.

—¡Qué estupidez! ¿Ni aunque sea una caterva de bandidos asesinos que sube a matarlos?, —me mofé—. ¡Estúpidas religiones fanáticas! ¡Quién las comprende!

Dry, que le estaba peinando los cabellos a su hijo con una raspa de pescado, me miró fijamente. Y yo me ruboricé, entendiendo que aquel no era precisamente el mejor lugar para soltar ese tipo de opiniones.

—Será peligroso —dijo Damantis—. Esa ciudad alberga una guarnición importante de hijodalgos de Vurha. Yo la vi cuando estuve allí. Muchas corazas pulidas y cascos penachudos.

Eso último nos enfrió los ánimos, más incluso que el problema de la subida a lo alto del Puente.

—Lo sé, la conozco. Los hermanos blindados de Exerpes hicimos piña con ellos varias veces, para limpiar de horrores el pantano —dijo Donnegar. Leí en su mirada una cierta congoja, sin duda provocada por sus recuerdos de la batalla en la catedral de bambú contra la famosa Blikka. Una fuerza del orden de la que hasta yo había oído hablar. Pero según tenía entendido, ella había muerto; la mató *Dry*, en defensa de su hijo. ¡Y yo estaba aquí ahora, haciendo historia junto a todas aquellas personas famosas! Me dieron ganas de relinchar de risa.

—Necesitaremos ayuda —dijo Yara—. Los vranoi. —Y miró a Dunn, el cual se puso en pie con aire solemne y salió del templete. Le seguimos, preguntándonos qué estaría tramando. Y cuando estuvimos fuera, en la plazoleta…

Contuvimos el aliento.

Había tres vranoi allí, representantes de los clanes del interior de la isla. Rotundas moles musculadas pintadas con tatuajes

rituales, con escudos redondos sujetos a la espalda y armas primitivas, más hueso y roca que acero, pero igual de letales que la más afilada alabarda. Lucían sus antebrazos bañados en sangre de mono, como era la costumbre. Sus armaduras ceremoniales eran de cáñamo trenzado, pero tenían partes más duras: de los hombros corcovados hasta el pabellón del esternón todo parecía metálico, labrado en finas obleas de hierro.

Todos miraban a Dunn como si esperaran órdenes.

Yara puso una cara de acre alivio.

—Han venido…

—Oyeron mi llamada —asintió Dunn—. Lucharán por el restablecimiento de la magia en el mundo, no por Exerpes.

—Da igual —sonrió Donnegar, excitado—. Lo importante es que ahora ya no temo tanto a los hijodalgos. Pero no podréis entrar en Tsochar hasta que os llamemos —le dijo a Dunn—; llamaríais demasiado la atención.

—¿Entonces?

—Esperad por fuera de la ciudad, al límite de los pantanos. Y cuando veáis que han empezado los problemas… cargad contra la guarnición desde la retaguardia. Eso nos dará tiempo para completar el ritual de Yerem.

—¿P… pero cómo sabrán que han empezado los problemas…?, —pregunté yo, ingenuamente.

La manera que tuvieron tanto Dunn como el acrol de mirarme me puso los pelos de punta.

Stronnem'a wariossguilt-utha
(La Batalla del Puente de los Dioses)

1

Partimos en el *Tetráodon* al día siguiente. Visibilidad, de quince kilómetros a ilimitada. De la Luna colgaban filamentos, luces como drogas lunares destiladas en eclipses. La mar estaba revuelta, lo cual coincidía con la fama de mal barco que tenía el navío de Damantis, y que llegó hasta mis oídos por boca de los marineros. No sé si lo decían para asustarme, porque me vieron cara de pardillo, pero sus historias no tenían desperdicio: que si este bajel había conocido más temporales que atraques seguros; que si siempre le tocaba mala mar; que si había perdido ya tres veces la arboladura (antes de que la capitana lo comprase) y se le había desarmado la carga… Que tenía unas velas que aun en calma chicha y bien amarradas, por la noche se ponían a chasquear, como si las sacudiesen las almas de los muertos… Noticias que solo contribuían a poner más nervioso a un novato de las sendas marinas. Los marineros, esos hijos de mala madre, se reían por lo bajo de manera siniestra mientras me lo contaban.

El viaje fue movidito, pero no a la altura de esa fama. Duró tres días, y en el último, cuando yo me hallaba sentado a estribor afinando mi laúd, en los peldaños que subían al castillo, alguien se me acercó. Era el encargado de dar las horas, que había soltado la rabiza de la campana. Miró por encima de mí, sobre la baranda, hacia la lejanía.

—¿Ocurre algo?, —pregunté, inquieto. El rumor de que había sanguinarios piratas surcando aquellos mares no me era desconocido, y aunque llevásemos a bordo a expertos combatientes como Dunn, Yara o Damantis, prefería no tener que pasar por el mal trago de descubrir velas negras en el horizonte.

El hombre se inclinó por encima del empalletado para mirarme.

—No es lo que crees, juglar. Es una vela, sí, pero del Mesianado.

No sé si eso me tranquilizó más o contribuyó a aumentar mi nerviosismo. Un navío de guerra de los hermanos blindados nos era tan desfavorable, ahora mismo, como una caterva de piratas borrachos.

Como un funesto presagio, las velas chasquearon. Me puse en pie muy rápido, sobresaltado, y supe que iba a pagar ese movimiento con un flechazo de dolor en la cabeza. Demasiado aguardiente la noche anterior.

—¿Hay fantasmas en este barco? ¿Estamos malditos?

El hombre rio.

—No más de lo normal. He estado en otros navíos donde sí había duendes, pero no espectrales. Si querías dormir por las noches en tu cabina, tenías primero que organizar una auténtica cacería en regla.

—Vaya. Me alegra que este no sea así.

—Lo será si dejamos que se pudran las provisiones en la bodega. Por fortuna, mañana tocaremos puerto.

Mis ganas de vomitar estuvieron de acuerdo con eso. Observé el buque que se veía a lo lejos, y en verdad parecía un galeón del Mesianado, más que una nave veloz y desvencijada de las que usaban los piratas. Llevaba rumbo paralelo al nuestro, también a puerto. De haber sido bucaneros, se habrían acercado a nosotros aprovechando el viento; sus hombres saltarían a bordo de nuestro barco por encima de la batayola de estribor, harían equilibrios sobre los obenques del palo mayor como pavoneándose de sus acrobacias, y nos pasarían a todos a cuchillo mientras suplicábamos auxilio junto a los barandales.

Eso si Dunn les dejaba, claro. Me regocijé imaginando las caras que pondrían esos cabrones cuando se abriera la puerta de la bodega y saliese nuestra amada masa de músculos, medio borracho y con ganas de estirar los brazos repartiendo estopa. Eso sí que sería un abordaje digno de verse, ¡jua jua!

El único fallo en esa teoría, me di cuenta, era que Dunn no venía con nosotros en este viaje. ¡Mierda, es verdad! En estos momentos viajaba junto a los vranoi que se habían dignado a sumarse a nuestra campaña (que tampoco eran muchos) por tierra, acercándose a Tsochar desde el norte. Damantis no quiso meter esa horda de bárbaros locos en la bodega más que nada por si sufríamos

una inspección al tocar puerto. Dunn los guiaba por tierra, siguiendo la línea de la costa. Llegarían a tiempo (o eso esperábamos) para ayudar en el combate, si al final teníamos que medir nuestras espadas cochambrosas con los relucientes floretes de los hijodalgos.

Como vaticinó el marinero, al día siguiente recalamos en el puerto de Tsochar. ¡Qué ciudad más bulliciosa! Su núcleo era una fortaleza escondida tras altas murallas de adobe y cuarzo que se enseñoreaba sobre un codo de la bahía. Allí debía de estar acantonada la guarnición. El resto era una amplia extensión de casuchas bajas y malolientes, con estrechas ventanas a través de las cuales se filtraban finas bandas de luz acerada del amanecer. Desde casi cualquier casa fabricada allí (salvo aquellas que hacían de la muralla interior su cuarta pared) se divisaban las ondas apizarradas del océano, animadas por un débil movimiento. El cielo se volvió leonado aquella mañana, cuando comenzaron a caer las primeras gotas, y la gente, que siempre buscaba presagios y oráculos en cualquier acontecimiento no previsto, empezó a gestualizar símbolos de protección. Porque mezclados con la lluvia había copos de nieve, algo inusual en aquellos lares.

Otro presagio. Yo también hice la señal que alejaba a los malos espíritus. La vela volvió a chasquear.

—Espectros, si existís… sed buenos y quedaos a bordo —supliqué—. Nuestros asuntos no os interesan, al igual que las cosas de la tierra ya no tienen nada que ver con las del mar. Sed buenecitos y dejadnos en paz.

La capitana lideró la comitiva que bajó a los muelles. La conformábamos los protagonistas principales de mi trovada, es decir, yo (el burro delante), Yara, Donnegar, la madre *Dry* y el niño santo. Damantis echaba de menos a un subalterno suyo, Yayñez, pero no quiso decirlo en voz alta. Se le notaba solo en la mirada.

Atrapé al vuelo un copo con la lengua y me lo puse bajo el paladar. A medida que se derretía, su frescor me aclaró la garganta.

—¿Es normal que nieve aquí, en estas calendas?

—Para nada —dijo Donnegar—. Seguro que es una señal que nos mandan desde arriba.

—¿Y es buena o mala?

—Dímelo tú, eres el bardo. Seguro que es buena para alguien,

aunque no te podría decir para cuál de los dos bandos.

—Menudo consuelo… —Me tragué el copo.

¡Cómo te has metido en este lío, pedazo de idiota! Era la voz de mi consejero interior, gritándome dentro de la cabeza. *¡Hace unas semanas estabas metido tranquilamente en tus tabernas y en tus divertidos líos de mujerzuelas, y ahora estás aquí, a punto de jugarte la vida por una religión en la que no crees!*

Mi depresión volvió, grande y negra, de un kilómetro de altura. Pero tenía que combatirla por amor a mi obra: el cantar de gesta que me haría rico estaba inconcluso, y lo que estuviese por pasar a lo largo de aquel día añadiría los versos de la clausura.

De pronto lo vimos. No hacía falta alzar mucho la cabeza, pues su inmensa mole se elevaba rascando los cielos en medio de la urbe: el Puente del Ákronos. Una reliquia hecha pedazos de otro tiempo que aún se mantenía en pie. Su altura daba vértigo, y yo, como cualquier persona que lo admiraba por vez primera, me pregunté qué clase de montañas lo habrían flanqueado para que sus constructores elevaran tanto el nivel. Y por qué los dioses las habrían borrado del mapa en la actualidad. ¿Acaso se las habían tragado las Neogi, como hicieron en su día con tantas otras cosas?

No poseía entradas que condujeran a escalinatas en el interior de los pilares. Sus paredes exteriores eran lisas y sin agarres, y tampoco tenían gárgolas de adorno a las que uno pudiera aferrarse. ¿Y Donnegar pretendía que nosotros escalásemos por *ahí*?

En algún rincón de mi pecho sonó un golpe, seco y tremebundo, que vibró en mis huesos. Era mi valentía, en su caída final.

Íbamos disfrazados de mercaderes, de un respetuoso verde oliva, por lo que cuando nos cruzamos con las patrullas de los hijodalgos, tan pulcras y limpitas en sus filas de a dos, no nos dirigieron una segunda mirada. Me alegré por ello. Echándome más hacia delante la capucha, para que me cubriera hasta la nariz, le susurré a Yara:

—Menos mal que el Puente está por fuera de la zona amurallada…

—Sí, en eso hemos tenido suerte. No me veo asaltando esa fortaleza, ni siquiera con una horda de vranoi para apoyarme.

Doblé el cuello hacia atrás. Desde su base, las proporciones del Puente se alejaban uniéndose en la distancia, en un punto de fuga que asustaba.

—¿Cuándo echarán las cestas, los sectarios? ¿O debería decir «cestarios»?, —bromeé.

—Averígualo, lenguaraz. Mézclate con la gente, pero sin que se note.

Gruñí. Es cierto que las relaciones públicas son lo mío, ¿pero adivináis qué culo sería el primero en probar la frialdad de los calabozos si alguien se pusiera en plan suspicaz con mi interrogatorio?

Aun así, hice mi trabajo. Armado con mi mejor sonrisa de pedigüeño, me fui acercando a la gente de los puestos de fruta (alrededor de los pilares crecía un laberíntico mercado), y les pregunté por los sectarios del Puente. Me dijeron que sí, que eran parte del encanto de la ciudad, como si estuviesen acostumbrados a la curiosidad de los extranjeros. Eso me tranquilizó. Me enteré de que se llamaban a sí mismos «los Onymodos», y que una vez cada dos o tres días bajaban los cestos. Según el cómputo de los comerciantes, que aprovechaban para meterles todo el excedente que ya se les estaba pudriendo, hoy tocaba. Di gracias a Exerpes por lo bajo, y volví a presentar mi informe.

—Mirad arriba —les dije a Yara y a Donnegar—. En breve veremos descolgarse los cestos.

—Estupendo —gruñó el acrol—. No quiero pasar en esta ciudad ni un minuto más de lo necesario.

Miró al lado opuesto del enorme pilar, donde había algunas cruces con delincuentes clavados. Los hijodalgos tenían unas leyes muy estrictas sobre el latrocinio, y se veía que a su mando supremo le gustaba decorar su ciudad con lecciones palpables.

No tuvimos que aguardar mucho para que el acontecimiento que esperábamos tuviera lugar: muy arriba, en la cúspide del Puente, unas manchas negruzcas se lanzaron al vacío, pendulando al extremo de cuerdas. Poco a poco fueron descendiendo, hasta quedarse quietas exactamente a un metro y medio del pavimento. Supuse que el sistema que tendrían los de arriba de saber cuándo debían subirlas era por peso: cuando el contenido de las cestas las hiciese bajar a lo mejor medio metro más, es que ya estaban llenas, y los sectarios podían empezar a halar.

—Venga, cubrámonos las cabezas —dijo Donnegar, y fue el primero en meterse en una cesta, en posición fetal. Todos lo

imitamos, ocupando las cuatro cestas que se habían arriado. Era cierto que vistos desde arriba, tan lejos, nuestros cuerpos vestidos de verde podían pasar perfectamente por un montón de verdura fresca.

Sentimos unos breves tirones, y los cestos empezaron a subir, ganando centímetros a fuerza de músculos. ¿Tendrían tornos allá arriba, o estarían halando a pulso? Si era esto último, nos íbamos a enfrentar a monjes verdaderamente cachas, tras años y años de hacer esto.

De pronto, alguien gritó una orden. Una voz femenina pero muy gruesa, muy masculina:

—¿Adónde crees que vas, Donnegar, traidor? ¿Crees que allá arriba escaparás a tu justo castigo?

Asustados, todos asomamos la cabeza por encima del borde de las cestas. Y lo que vimos nos dejó pálidos: formando un cordón de veinte hombres frente al pilar, en semicírculo, había un destacamento fuertemente armado de hijodalgos de Vurha. Todos muy firmes y en perfecta formación militar, separados una distancia perfecta unos de otros. Llevaban armaduras brigandinas, abrigos de láminas de cuero que encerraban en su interior planchas de hierro, y portaban alabardas que mezclaban el curvo filo del hacha con la acerada punta de la pica ligera. Un arma letal.

Pero lo que hizo que Donnegar empezara a temblar ligeramente, mientras la vaga expresión defensiva de su rostro se desmoronaba, fue la identidad de la jefa de aquella hueste, que estaba adelantada y con los brazos en jarras.

Era Blikka.

2

A todos nos aplastó un helado silencio. Nuestras cestas seguían subiendo, centímetro a centímetro, pero no a la suficiente velocidad como para ponernos a salvo. No nos quedó otro remedio que quedarnos mirando como pasmarotes aquella visión, que en un principio nos pareció imposible: ¿era acaso el espíritu doliente de la capitana que había subido de los infiernos para castigar a Donnegar? ¿O por algún infame prodigio se trataba de la Blikka

real, que había sobrevivido a la espantosa herida en la espalda que le había inflingido *Dry*?

La madre de Yerem hizo un gesto de protección y abrazó a su hijito. Blikka le dedicó una sonrisa de barracuda, toda llena de dientes.

—Sí, sobreviví, si es eso lo que os estáis preguntando. La curación fue increíblemente dolorosa, pero mi fe en Exerpes me salvó, y me dio fuerzas para reincorporarme a filas. Esperaba que llegase este día, acrol, para saldar todas las cuentas pendientes. ¿Y sabes qué? Los dioses me lo han puesto en bandeja… —Miró a *Dry* y añadió—: Si tu mano se hubiese desviado solo un milímetro a izquierda o a derecha cuando me apuñalaste por la espalda, zorra traidora, ahora le estaría contando mis penurias a las nubes. Supongo que fue la gracia divina la que guio tu mano para que tu protervo trabajo se quedase a medias.

Dry se estremeció de miedo. Ella seguía viendo un fantasma, a pesar de las palabras de la capitana. Un ánima cruel que había venido a buscarlas, a ella y a su hijo, para arrojarlos a los fuegos del Abismo.

Donnegar se medio incorporó en su cesta, sin apearse de ella, y dijo:

—Blikka, no tienes derecho a estar aquí, a seguir martirizándonos. Tu tiempo ya acabó.

—¿Acaso has olvidado los fundamentos de tu propia religión?, —rio ella—. El Árbol de Fuego sabe que el tiempo es una sola cosa, no una sucesión de eventos repetitivos. El tiempo se mueve desde sus inicios hacia un objetivo final, y nunca se repite. Si yo estoy aquí es para cerrar un círculo que quedó abierto, lo cual lograré… con tu muerte, y la de ese niño herético.

Dicho esto desenvainó su espada, un raro tipo de hoja llamado glaive-guisarma, que combinaba un filo curvo al estilo de las cimitarras, con púas en plan garra de pantera.

Yo me encomendé a todos los dioses que conocía, bien fuesen locales o extranjeros. Y había oído hablar de algunos muy raros. Mucho me temía que acabaría mi obra maestra en un calabozo… si es que lo que me esperaba no era el asiento de palco de una de aquellas horribles cruces.

En ese momento me acordé del bárbaro, y por primera vez en mi vida mi manera de dirigirme a los dioses no fue una súplica, sino una exhortación: les exigía, no, más bien les *ordenaba*, que si habían tenido los ovarios de hacer aquello por Blikka, nos devolviesen el favor equilibrando la balanza, y convocando a Dunn a nuestro lado. O Exerpes hacía eso, o perdería para siempre a muchos fieles (como mínimo a uno: yo). Los dioses también tenían que ganarse el pan de las ofrendas, joder.

Miré al horizonte, pero los cestos todavía no habían sobrepasado los tejados de las casas, por lo que no veíamos más allá de esta plaza. No podíamos saber si nuestras tropas de refuerzo estaban cerca… o a un inútil mundo de distancia.

La columna de bárbaros marchaba a pie, por la linde de un acantilado que daba al mar. Iban tan pegados al borde que parecía que un viento fuerte podría despeñarlos a todos y arrojarlos a las encrespadas olas, pero se mantenían firmes. Habían andado mucho, a buen paso, noche y día, y las piernas les dolían. Pero la tenacidad de los vranoi era legendaria, y ya se veían las luces tempraneras de Tsochar en la distancia. Una depresión conectaba la ciudad con el principio de la marisma que tenía detrás, unos bajíos que resultaron ser una ancha franja de río donde el agua corría sobre bancos de grava. La columna de bárbaros la sorteó, aprovechó para abrevar, y siguió caminando.

Dunn iba en cabeza, andando despacio y marcando el ritmo al que se movían los demás. Perdido en sus pensamientos, dejaba que su mente vagara adelante y atrás, a través de una sucesión de episodios; los mismos que habían conformado la extraña aventura de su vida, desde que Yara fue un factor determinante. Recordó cómo había empezado todo, con la visita de aquellos clérigos guerreros a su isla, y cómo la vorágine de acontecimientos le atrapó después: el lazareto de Arkawa, la pequeña Vorty, el templo, el campo de justas con la desquiciada competición de arquería…

Sí, había llovido mucho en aquellos pocos años. Y eso que no contaba su etapa de corsario al lado de Damantis, en los tiempos en los que aún no había recobrado del todo la memoria, y no se acordaba de Yara. ¿Había valido la pena, todo ese esfuerzo? ¿Todo ello le había conducido hasta este momento preciso de su vida, para

que los dioses le exigiesen un último sacrificio?

Miró arriba, a las nubes. Incluso la risa del cielo era en sí misma un argumento. ¿A qué vendría, si no, aquella inesperada lluvia de estrellas en lontananza? ¿A qué, el fortuito rizado de la mar? ¿Qué sabía el mundo que iba a ocurrir aquel día que ningún mortal podía sospechar?

De pronto, se dio cuenta de que estaba cabizbajo, y con aspecto de toro deprimido, uncido al tiro. Y los demás vranoi estaban igual de tristes que él: lejos de su tierra, separados de sus familias, habían acudido a la llamada del Antauros, dispuestos a combatir por él a mayor gloria del Tótem de la Furia… pero su ánimo estaba por los suelos. Los había contagiado la plaga de desazón de su líder.

Entonces, sin decir ni una palabra, Dunn cambió el paso.

Primero fue un aumento en la cadencia de sus pisadas, una aceleración; después, irguió la espalda para que su columna vertebral se estirase, y su cabeza se elevase bien alta y orgullosa sobre el resto; luego empezó a trotar, lentamente, casi a la misma velocidad a la que iban caminando, pero logró con ello algo asombroso: todos los vranoi le miraron, y lentamente (sin decir ni una sola palabra, ninguno de ellos), adoptaron el paso más enérgico de su líder, pisando fuerte en la tierra, levantando pequeñas nubes de polvo.

Los hombros de Dunn empezaron a balancearse adelante y atrás al ritmo de la carrera, su enorme espada columpiándose del tahalí. El ruido de cien pisadas y de otros tantos escudos golpeando anchas espaldas formó una música, un metrónomo de músculos, metal y madera. El grupo entero cambió su paso aburrido por una lenta carrera, al trote, más vigorosa. El cabello de Dunn formaba una marejada de serpientes que aventaba el aire de un lado a otro, cubriéndole el rostro y volviéndolo a despejar. Sus botas pisaron más fuerte, y mientras el ritmo de la carrera aumentaba, más y más rápido, los bárbaros le miraban y unas feroces sonrisas nacían en sus bocas. Dunn corría más veloz que los otros, siempre en cabeza: detrás, cincuenta bárbaros cuyos corazones se iban inflamando de rabia y fuerza bruta, solo por el hecho de correr como gamos salvajes, como caballos sin brida. Como espíritus del viento.

Tsochar se adivinaba ya a lo lejos.

Estaban cerca.

—Bajad de ahí antes de que ordene a los arqueros cordar sus arcos —amenazó Blikka, viendo cómo las cestas subían poco a poco —. No me obliguéis a usar la fuerza. Al menos de esta manera tendréis un juicio justo.

—¿Justo para quién?, —escupió Donnegar—. ¿Para esa religión corrupta que tú sigues adorando? ¿Para esa iglesia que dice representar a Exerpes pero que se representa y defiende ante todo a sí misma? No, gracias. Puedes quedarte con tus juicios, o emitirlos si quieres sobre la marcha. La misma indiferencia provocarán en mí.

La capitana apretó los dientes.

—Está bien, si es así como lo quieres, ex-acrol. Subirás al cielo, pero para ello no necesitarás una cuerda. —Levantó la espada, haciendo una señal a sus hombres, que cambiaron las alabardas por arcos cortos—. ¡A mi señal!

Mi mirada de bardo, tan acostumbrada como estaba a los momentos dramáticos de cualquier obra, identificó este como el mayor que habíamos vivido hasta entonces. Mis ojos se fueron paseando por los rostros de mis amigos, uno por uno, y leyeron las emociones más extremas: el resentimiento en los de Donnegar, la esperanza frustrada en Yara, el temor por la vida de su hijo en *Dry*, el ansia exacerbada de rubricar su gesta con un final digno en Damantis… ¿y qué había en Yerem? Únicamente su típica y habitual serenidad. Su manera tranquila de observar las cosas, como si nada de aquello fuera con él. Como si la tragedia, el dolor y la hecatombe que estaban a punto de repartir aquellas flechas no pudiesen alcanzarlo.

Le envidié, y cerré los ojos, dándole la bienvenida a lo inevitable. No iba a poder escribir la música que ya tenía en la mente, ni ningún otro bardo podría llegar a hacerme nunca «la rapiña», para agenciarse sin permiso mis melodías.

—¡Aaaaa… punten!, —gritó Blikka.

Y entonces…

Un sonido, una algarabía. Un estruendo de gente que corría y provocaba el caos en las calles de Tsochar. Por los gritos, podía intuirse que alguien (o algo) había irrumpido en medio de las avenidas de la ciudad, llevándose a los ciudadanos que encontraba

por delante. Y que ese alguien venía directo hacia nosotros.

Abrí otra vez los ojos, esperanzado, y grité:

—¡¡Dunn!!

Pero mis esperanzas cayeron en saco roto, pues lo que se veía desde la altura a la que estábamos no era una caterva de bárbaros locos en estampida. Ojalá hubiese sido eso. Más bien era otro tipo de ejército en invasión, uno que procedía de las marismas de Neogi, y que sembraba el caos a su paso hiriendo o matando a cuanto viandante encontraba, independientemente de su sexo o edad.

Al verlo, Blikka bajó el brazo lentamente, sin dar la orden de disparar, y exclamó:

—¡Los arkitas! ¡Han salido del pantano!

Eran ellos, en efecto, esa marabunta de fanáticos descerebrados, ocultos tras máscaras de animales en sufrimiento extremo. Y eran muchos, más de los que había visto Damantis en la crónica que nos hizo de su ataque al templo. Seguramente, pensé, habrían reunido a todos los fieles que tenían en este y en otros países, para formar una única fuerza de choque, y habían decidido atacar justo en este momento en que el niño de Exerpes estaba a punto de hacer realidad su profecía. ¿Coincidencia? Nah, no lo creo; los dioses son unos infames y despiadados guasones, cuando se lo proponen.

Pero lo más horrendo de todo era la «cosa» que capitaneaba la horda arkita: una forma que sobresalía por encima de las cabezas del gentío, de lo grande que era, y que parecía tan ancha como dos elefantes. Una columna segmentada se elevaba de su parte posterior como el mástil de un barco, balanceándose a izquierda a derecha como si estuviese eligiendo blancos. De pronto descendía veloz, y volvía a alzarse con el cuerpo de una persona atravesado en la punta, enganchado a su enorme espolón.

Tragué saliva. Era la cola de un gigantesco escorpión negro y rojo de varios metros de largo, con unas pinzas delanteras del tamaño de carretas, que se movía despacio pero aniquilando todo lo que se cruzaba en su camino. Sobre su lomo había una casamata cogida por correas, y en ella… un jinete.

No me costó reconocer a la mujer que Damantis había descrito en su historia, la que salió de dentro de aquel diamante. De hecho, estaba sentada encima de esa misma gema, que brillaba bien sujeta a la casamata. Ella montaba al diamante que a su vez coronaba el

alacrán: una hembra de piel cobriza, pechos diminutos expuesto al aire y una osada cornamenta de alce a modo de peinado. Era la diosa de los arkitas, que había regresado.

Y seguramente venía para cobrarse su mejor presa: Yerem. ¿Qué mejor manera tenían las divinidades de ascender en su escalafón celeste, o eso aseguraban las canciones, que asesinando a dioses rivales? Presa fácil era aquel chaval, por mucho que estuviéramos nosotros o los destacamentos de hijodalgos para interponernos.

—¿¡Lo ves, Blikka!?, —le gritó Donnegar—. ¡Eso es el Mal, no nosotros! ¡No confundas el blanco de tus saetas, por el amor de Exerpes!

La capitana le miró con odio infinito, y contra todo pronóstico… ordenó a sus hombres que nos dispararan. Yo mismo pensaba que no sería tan obtusa como para ignorar aquella nueva amenaza, y a la ingente cantidad de ciudadanos inocentes que estaban siendo asesinados, y que concentraría sus fuerzas sobre los arkitas y su monstruo.

Pero no. Blikka quería matarnos, era su máxima obsesión. Y así lo ordenó a voz en grito.

—¡¡Soltad!!

El sonido elástico de la madera precedió a las flechas. Todos nos hicimos un ovillo dentro de los cestos, pero era inútil, pues el mimbre no puede detener una saeta de punta de acero. Y sus arqueros apuntaban precisamente a la parte inferior de las cestas, no a nosotros.

Chillé como un niño aterrado cuando tres puntas asomaron por debajo de mí, perforando el mimbre. Una me hirió en la mano izquierda, otra en una pierna, y la tercera me dejó un agujero en el costado listo para que un cirujano hurgase en mis tripas. Mi sangre manchó el cesto, que se tiñó de inmediato de rojo. Grité de dolor, pero para mi sorpresa, ¡seguía vivo!

Puede que el pánico ante lo que se les venía encima, sobre todo el escorpión gigante, hubiese hecho temblar la mano de los tiradores, porque tenían fama de ser buenos y no fallar nunca. Lo cierto es que ninguno de nosotros resultó ileso: nadie, en los demás cestos, escapó a alguna herida o corte profundo, ni siquiera el niño… pero al menos no habían muerto. La mirada que Donnegar le lanzó a la capitana podría haber prendido en llamas la paja, de

haberla tenido cerca.

—¡Blikka, estúpida, tu gente está muriendo! ¿Estás tan ciega que ya ni recuerdas tus votos a la orden de Vurha? ¡El pueblo de Tsochar te necesita para que lo defiendas! ¡Ya ajustaremos cuentas tú y yo más tarde!

—¡No te escaparás de nuevo, maldito hereje!, —le gritó ella en retribución, echando chispas por los ojos—. ¡Mataste a mi señor Impéragon, y me mataste a mí! ¡Te sacaré las tripas por la garganta, aunque sea lo último que haga!

—¡Mi capitana, cuidado!, —le advirtió uno de sus alabarderos, que había vuelto a empuñar su arma principal. Los hijodalgos cerraron filas, buscando la fuerza del grupo, cuando la avanzadilla de la horda de arkitas llegó a la plaza.

Vimos desde arriba cómo ambos bandos se desplegaban por el espacio abierto que había en torno a los pilares del Puente, y que hacía de frontera con las casetas del mercado, y cómo entraban en colisión. El escorpión se acercaba, amenazador, pero se hallaba aún a un par de calles de distancia. Mientras sus hombres mantenían a raya a los sectarios, Blikka designó a uno para que marchase corriendo a pedir refuerzos. El infante se alejó a tal velocidad que las piernas se le convirtieron en un borrón.

La buena noticia es que dejaron de dispararnos a nosotros. La mala, que las cestas dejaron de subir. Nos quedamos detenidos a veinte metros del suelo, y con un montón más todavía por encima de nuestras cabezas.

—Mierda, se han dado cuenta de que algo no va bien —gruñó Damantis—. Pero ya da igual: icen las cestas o no, subiremos trepando.

—¿Hasta allá arriba?, —pregunté, indignado—. ¿Herido? ¡Ni hablar!

—Pues quédate aquí y sigue quejándote —dijo ella, despectiva, y empezó a trepar por la cuerda, al más puro estilo marinero. Donnegar la siguió justo detrás, aunque por otra cuerda anexa. *Dry* y el niño se quedaron en su cesta, igual que yo, a la expectativa.

Entonces vi algo que me pareció gracioso: la gente huía corriendo hacia las callejuelas del este de la ciudad, que era el punto cardinal contrario a aquel por el que venían los arkitas (que eran más de un centenar, a ojo de buen cubero, aunque gracias a los

dioses solo se traían un monstruo-montura).
Y por el norte venía una nube de polvo que solo podía estar levantada por caballos. La caballería de la guarnición, probablemente, junto con alguna máquina de guerra que asomaba su largo brazo como un periscopio entre las casas. ¡Catapultas! Aquello iba a ponerse muy, pero que muy feo.

Pero la risa histérica que me dio no vino por eso, sino porque la gente que huía en dirección contraria a los arkitas de repente dio media vuelta y empezaron a correr hacia nosotros, otra vez. ¿Por qué? No tardé en averiguar qué los había asustado, qué en este mundo de locos tenían aún más capacidad de perturbarlos que una horda de sectarios descerebrados.

¡Un ejército de bárbaros bersérkers!

3

Pues sí, había llegado Dunn con los suyos, poco menos de medio centenar de vranoi, pero tal y como estaban las cosas, eran como lluvia en el desierto. Incluso me puse a lanzar gritos eufóricos en cuanto los vi llegar corriendo a la plaza, sus armas en mano y gritando como posesos. La cara de los hijodalgos tampoco tuvo precio: se dieron media vuelta para ver cómo un frente de brutos desquiciados, vestidos a la usanza de los pueblos primitivos (algunos incluso iban desnudos, salvo por la capa que los protegía del frío; enseñaban su ruda virilidad al enemigo para destrozarles la moral, en una maniobra muy típica de los antiguos), llegaba corriendo por su retaguardia, y les cerraba cualquier posibilidad de escape por el este. Desde el norte irrumpieron en la plaza los caballeros, vestidos con lo que llamábamos corazas de coral, que no estaban hechas de conchas sino de un metal cuya aleación recordaba a las profundidades marinas.

Y, como yo ya supuse, no venían solos.

Tras ellos aparecieron una briblata (una especie de catapulta pequeña) y una ballista, ambas con su propio juego de ruedas y tiradas por bueyes también acorazados. La ballista, de hecho, tenía

un diseño que no había visto nunca, y que incluía una especie de caldera adosada a un enorme torno que llevaba la cuerda de tensar enrollada. ¿Tecnología punta de vapor aplicada a la guerra? ¡Por Exerpes, adónde iríamos a parar!

Desde arriba, me gocé el momento en que los tres bandos de aquel insólito combate chocaron: Dunn guiando a sus vranoi atacó por el lado en que se levantaba el sol, embistiendo a lo bestia a los hijodalgos que iban a pie; Blikka haciendo lo que podía con sus alabarderos para reducir el número de arkitas que iban llegando a la plaza; y estos últimos que se aprovechaban de la descomunal fuerza de su escorpión gigante para aguantar el tipo frente a los jinetes. Y todo ello sin olvidar a las decenas de civiles que huían hacia todas partes y ninguna, en plan enjambre de abejas.

Durante unos minutos, mientras Donnegar y Damantis subían por sus cuerdas, la confusión se impuso en la plaza. Cosas que vi así en plan inconexo, mientras me rasgaba la ropa para vendarme las heridas… pues a Dunn soltando tajos a diestro y siniestro con aquel espadón que, encima, le había robado a uno de los hijodalgos, pues había pertenecido al rubio Molock de Irlundia, que se enorgulleció, antes de morir jugando a las tablas y hachas, de servir fielmente al Mesianado. Ahora, su acero estaba probando sangre de caballeros devotos de Vurha, de la misma escuela que Blikka… y por los dioses que parecía estarlo disfrutando, pues de alguna retorcida manera, aquel metal parecía estar tragándose el rojo líquido, como si fuera néctar o ambrosía. El bárbaro tenía pinta de poder pasarse horas así, en mitad del sangriento remolino de las armas, las extremidades amputadas, las carótidas rajadas de golpe, los gaseosos estertores ventrales de los moribundos. Era su ambiente.

También vi al escorpión que llevaba encima a la reina de los arkitas (encarnación directa del dios Ark o no, eso no podía saberlo… ni quería), atacar de frente a los caballeros. Cogió a uno de los jinetes y a su montura como si fueran un todo, usando sus enormes pinzas negras, y los redujo a despojos sanguinolentos, mientras que lanzaba su cola segmentada contra otro que venía a atacarlo por el costado. Su aguijón, largo como una pica, empaló al jinete y lo sostuvo como un macabro premio en el aire, antes de arrojarlo cual muñeco de trapo a un lado.

También alcancé a distinguir a Blikka, que con su

glaive-guisarma
repartía a base de bien la muerte entre los sectarios que tenía a mano. Su otrora brillante armadura estaba cubierta por una pátina rojiza, que mataba los brillos pero la volvía más aterradora de cara a sus enemigos. La capitana parecía disfrutar tanto de esos momentos de furiosa desinhibición como el más palurdo de los amigos de Dunn: había pocos momentos en la vida de un soldado donde se le dejara cortar, rajar y machacar a discreción, y ella lo echaba de menos. Estaba dejando aparcados en una esquina de atrás de su cerebro los modales y la pátina de civilización de los soldados, para abandonarse completamente a la sangre bersérker.

Vi cómo señalaba hacia el Puente y gritaba unas órdenes a la dotación de la briblata.

—¡Apuntad lo más alto posible y largad! ¡Quiero cortar esas sogas!

Eso me puso los pelos de punta, y vi que a *Dry* también, porque intuyendo lo que se nos venía encima, abrazó al niño y desató sus labios en plegarias cíclicas a Exerpes. Los soldados que operaban la catapulta recogieron el brazo, lo cargaron con una bola a la que parecían salirle pelos por los lados, y trajeron un yesquero.

Mis ojos se desorbitaron cuando entendí que los «pelos» que le salían a la bola eran en realidad mechas, y que una vez prendidas, ya ni siquiera la enorme velocidad del proyectil al cortar el viento podía apagarlas. El maestro artillero tiró de la palanca de disparo, y la cuchara chocó contra el travesaño con un estampido tal que levantó por un segundo las dos ruedas de atrás del ingenio. La bola salió disparada no hacia nosotros (gracias a Exerpes), sino mucho más arriba: siguiendo las órdenes de Blikka, habían apuntado alto.

¿Para qué? ¿Qué sentido tenía? Lo supe cuando el proyectil impactó contra la masa del Puente, y explotó en una vibrante bola de fuego. Era un arma temible, pues a la presión del impacto había que sumar que cuando la bola se rompía, revelando un compartimento lleno de un líquido inflamable en su interior, hacía que eso se mezclara con el fuego de las mechas y todo saliera ardiendo en un radio de dos metros.

La estructura del Puente estaba tan desvencijada, y era tan antigua, que no soportó semejante castigo. Varios pedazos grandes de la pared se desgajaron y cayeron como meteoros sobre todo lo

que había debajo: es decir, nosotros.

—¡Esquiva!, —gritó Donnegar, esperando que Damantis le oyese. La pirata también los había visto: esos pesados trozos de ladrillo que se abatían a toda velocidad sobre ella, prometiendo la muerte. Hizo lo mismo que Donnegar: agarrando con fuerza la cuerda, y con los pies apoyados en la pared, empezó a correr *horizontalmente* por ella. El ex acrol hacía lo mismo pero en sentido contrario, apartándose a la carrera de la trayectoria de la avalancha.

Los fragmentos no les golpearon por poco, y de milagro tampoco a nosotros, los que estábamos más abajo. Reventaron en una nube de polvo cuando tocaron el suelo, sin haber cumplido su propósito. Pero Blikka no se iba a conformar con eso, y ya estaba ordenando a las dotaciones preparar un nuevo disparo…

… Cuando Dunn se tropezó con ella, en medio de la refriega.

Se abrió paso como una montaña de músculos entre los soldados, y se plantó ante ella, su cuerpo medio deformado por la rabia del Antauros, aunque sin abandonarse todavía del todo a la Bestia. Blikka no abrió mucho los ojos cuando vio a semejante enemigo, al que recordaba de la
Baamb'a
wariossguilt-utha,
pero sí lo hizo al ver el arma que portaba.

—¡Es la espada de Molock! —La reconoció con un grito—. ¡Tú, mala bestia, ¿qué le has hecho?!

Dunn miró la hoja, que chorreaba sangre, y sonrió. Hizo un gesto como de lanzar un dardo, en un juego del tiro al blanco de esos tan típicos de taberna. Y las mejillas de ella se inflamaron.

—No… no puedo creerlo… —sollozó, empuñando con más fuerza su guisarma—. Lo has matado, a un campeón de Exerpes, a un caballero ungido…

—Violador —dijo el bárbaro, como si eso bastase para explicarlo todo. Y para desmontar cualquier pretensión que pudiera tener Blikka de encumbrar la figura de Molock, cuando él había visto cómo se comportaba como un verdadero patán y maltratador de mujeres en aquella taberna.

Aplaudí mentalmente a mi amigo. Dunn y yo sabíamos, porque lo habíamos visto, que por mucho que aquel tipejo vistiera las galas

de un caballero sagrado, no era más que un borracho violador y asesino. Ahora su espada estaba en manos de un hombre mucho más simple pero también más honesto. ¿Qué diría aquella hoja de acero si pudiese hablar, y le preguntaran su opinión?

Pero las espadas no tenían opinión propia, sino que hacían extensiva la del brazo que las esgrimía. Por eso la guisarma de Blikka se alzó, fiera, depositaria de toda su furia, dispuesta a rajar al bárbaro. Y por eso la de Dunn se alzó también con intención de detener su estocada… aunque ambos metales no llegaron a tocarse.

Creo que a Dunn le sorprendió tanto como a mí lo que pasó a continuación, aunque desde luego la más sorprendida de todos fue la propia capitana. Porque, como si el Destino quisiera imitar lo mismo que le pasó en la catedral de bambú, su anterior muerte… un filo la atravesó desde atrás, desde los omóplatos al esternón. Pero esta vez no habría cura posible, ni la más remota posibilidad de salvarse, porque no se trataba de una punta fina como la que en su día le hundió *Dry*…

Esta vez era el aguijón del escorpión, que la empaló de atrás para adelante, llenándola de veneno hasta las cejas al tiempo que la perforaba. La glaive-guisarma tintineó en el suelo cuando ella la soltó, y con ese tintineo partieron también su espíritu y el punto y final de la historia de la capitana. Que otro bardo recoja ese testigo, porque yo no pienso hacerlo.

Dunn se quedó mirando el cuerpo suspendido en el aire de la mujer, hasta que el escorpión la arrojó despreciativamente a un lado. Entonces, el bárbaro y la jinete desnuda cruzaron sus miradas.

Ella no chilló de miedo como la vez anterior, ni quiso volver al interior del diamante por el pavor que le provocaba el Antauros. Al menos eso podía decirse en su favor, que su coraje había aumentado. Quizá fuera por las dos toneladas de escorpión que tenía entre las piernas, o por el pequeño ejército de sectarios locos que la acompañaban… pero lo cierto es que no salió huyendo. Con una sacudida de riendas, espoleó a la Bestia en dirección al bárbaro.

Y dos toneladas de arácnido se le echaron encima con las pinzas entrechocando y el letal aguijón revoloteando por encima.

Donnegar, Damantis y Yara habían seguido escalando, mientras

tanto, hasta que llegaron al agujero que había hecho el proyectil. Eso les sirvió de improvisado refugio, un lugar donde descansar los agotados brazos; aún tenían más de veinte metros de escalada por encima, y ya podían distinguir las cabecitas de los Onymodos asomadas y mirándolos con temor desde arriba.

De lo que hablaron entonces Donnegar y las mujeres yo no fui testigo, como es lógico, pero lo relato aquí según el resumen que ellos me hicieron días después, cuando la batalla era solo un mal recuerdo y todos llorábamos la pérdida de… Pero no adelantemos acontecimientos.

Donnegar, Yara y la capitana corsaria en el agujero.

—Los de arriba se tienen que estar preguntando a qué demonios está jugando la gente de abajo —bromeó la corsaria, masajeándose los brazos—. Seguro que nunca han visto nada igual.

—Ni nosotros. Por fortuna no han cortado las cuerdas.

—Pero tampoco las izan. ¿Crees que nos tirarán piedras cuando nos estemos acercando a la cima?, —preguntó Yara.

Donnegar se encogió de hombros.

—Si nos quisieran muertos, habrían empezado a bombardearnos ya. No, creo que desean que lleguemos, más que sea para interrogarnos. Arriba tú y yo estaremos en franca desventaja, si los Onymodos son hostiles.

—Una cosa sabemos segura.

—¿Cuál?

—Que no le tienen miedo a las alturas.

Donnegar sonrió y volvió a agarrar la cuerda.

—En eso estamos de acuerdo. Bien, ¿continuamos?

Los tres se quedaron colgando de nuevo, a muchos metros del suelo, mientras a nivel del suelo proseguía la refriega. La briblata volvió a arrojar otra bomba, pero por fortuna no contra ellos, sino hacia la retaguardia de los arkitas, que ocupaban la calle mayor. Una explosión de fuego acompañó al estallido de todas las ventanas de las casas de alrededor, al tiempo que media docena de fanáticos saltaba por los aires, convertidos en teas ardientes.

La (segunda) muerte de Blikka me había cogido tan desprevenido como a todos los demás, incluido a Dunn. Por fortuna, el bárbaro era un guerrero mucho más avezado que yo, y reaccionó

con reflejos de gato cuando el escorpión lo eligió como su siguiente blanco.

Me mordí lo poco que me quedaba de uñas (mala costumbre para un músico especialista en instrumentos de cuerda y púa) mientras veía cómo el monstruo de las pinzas gigantescas perseguía al bárbaro con ellas, cerrándolas a pocos centímetros de su cuerpo con una fuerza que podría haber triturado carretas. Dunn rodó por el suelo, pasando por debajo de un caballo, y corrió hacia el perímetro de la plaza. No estaba huyendo, eso seguro, por lo que interpreté que detrás de sus actos había algún tipo de plan, o estrategia. Eso implicaba que su mente aún no había caído presa de la furia asesina del estado bersérker, y todavía podía pensar.

Buena cosa.

El escorpión se abrió paso entre arkitas e hijodalgos, a lo bestia, mientras las espadas y las armas arcaicas cruzaban argumentos a su alrededor. Los caballeros estaban ganando, de eso no había duda, y más refuerzos acudían de la guarnición al tiempo que el número de sectarios iba en descenso.

La dotación de la ballista la giró en dirección al escorpión, a la vez que metían maderos en su caldera a presión. El artefacto empezó a temblar y a expulsar vapor, al tiempo que el carrete que recogía la cuerda comenzaba a dar vueltas frenéticamente. La ballista era doble, es decir, tenía dos gruesas vergas una encima de la otra, que se curvaban hacia atrás hasta que el cranequín tocaba la nuez. Sobre esta estaba situado el carrete, y era lo que hacía temblar todo el artefacto a medida que acumulaba y comprimía toda la fuerza del vapor.

No me quise ni imaginar la fuerza a la que saldría despedido el enorme venablo cuando el artillero jefe disparase.

Ajeno aparentemente a ese peligro, el monstruo seguía corriendo detrás de Dunn, con sus ocho espantosas patas. Huelga decir que a partir de aquel día desarrollé una fobia a los arácnidos en general que me duró hasta que fui un anciano decrépito… pero al menos llegué hasta esa edad para contarlo. Y con eso me conformo.

A pesar de su tamaño, el escorpión era muy rápido, más que cualquier humano, por lo que una vez se hubo librado de obstáculos salió disparado en dirección a las casas que flanqueaban la plaza. Fue cosa de un cuarto de segundo, o quizás menos, que no cogiera a

Dunn antes de que este llegase al primero de los inmuebles. Pero tuvo suerte, mi querido y apreciado bárbaro, y pudo saltar de cabeza hacia una de las ventanas, rompiéndola y entrando dentro de la casa. La sala en la que cayó estaba vacía, y parecía temblar con la luz vacilante de dos velas. El escorpión se estrelló contra la fachada del edificio, reculó aturdido un metro, y empezó a descargar furiosos golpetazos con las pinzas, desmontándola ladrillo a ladrillo.

En ese momento, la ballista disparó.

Hubo una explosión gaseosa, una liberación radial de vapor en seis direcciones cuando la caldera soltó el aliento que había estado conteniendo, y el venablo salió disparado con una fuerza terrible. El artillero era bueno, y acertó al escorpión en sus cuartos traseros, justo en el nacimiento de la cola. El monstruo chilló de dolor, y su alta cola cayó sin vida a un lado, prácticamente cercenada; sin embargo, el resto del cuerpo seguía vivo, y se volvió hecho una furia hacia los que le habían disparado.

La dotación de la ballista se miró, unos hombres a otros, y salió huyendo despavorida. El arma se quedó allí, abandonada, con la caldera aún humeante.

La jinete del escorpión latigueó sus riendas, haciendo que la Bestia cargara contra el ingenio para hacerlo pedazos. Ese fue el momento que eligió Dunn para salir por la puerta de la casa, reventándola también, y golpear la pinza derecha del monstruo con su espadón. ¡Fueron tres golpes rápidos, contundentes, zas zas zas! Yo casi me orino encima de la emoción. La hoja que había pertenecido a Molock cayó repetidas veces y, aunque no llegó a cercenarla, sí que hirió gravemente la pinza, dejándosela inservible.

El monstruo estaba mutilado, sin cola y con una pinza colgando al lado de sus quelíceros. Debía de sufrir un gran dolor, por lo que a la jinete le costó mantenerlo bajo control. Le vi las intenciones a Dunn antes que ella: subirse de un salto encima de la casamata y decapitar a la mujer cornuda de una estocada. Pero ella también debió darse cuenta, y lanzó un hechizo. ¡Oh, la magia, esa injusta manipulación de las leyes naturales, ese capricho de los Dioses para hacer lo que se les antoja sin someterse a ninguna ley! La magia es lo más impredecible que existe en nuestro mundo, ya de por sí tremendamente caótico, y cada vez que alguien la usa, puede pasar

cualquier cosa.

Cuando el avatar de Ark lanzó su hechizo, ocurrió algo increíble (¿no es siempre así cuando se trata de conjuros?): de su mano salió un chorro de humo verdinegro que se condensó, tomando la forma de una garra demoníaca. El humo apresó al bárbaro por el cuello, apretándolo como si fuera una tenaza; lo levantó en vilo, a un Dunn medio asfixiado, y lo arrojó lejos con la velocidad de un proyectil de catapulta.

Dunn se estrelló muy cerca de donde estaba mi cesta, dejando su silueta tatuada en la pared del pilar. Semejante golpe habría triturado los huesos de un hombre normal, pero no los suyos, oh, no… no los del hijo del Tótem de la Furia.

Cuando su cuerpo cayó al suelo, boca abajo, pude ver cómo la energía del Antauros acababa de transformarlo: vi moverse su esqueleto por debajo de la piel, moviendo el mapa de músculos, reforzando los huesos duros como piedras. Le vi entrar en tal estado de salvajismo que se arrancó toda la ropa y los pedazos de armadura tribal que le quedaban, y quedarse totalmente desnudo. Pero no era la exposición de un cuerpo humano, sino la de un demonio brutal al que le brillaban los ojos, y que incluso sacudiendo con su miembro viril a modo de mazo podría haber matado a unos cuantos hombres. Era primordialidad en estado puro. Era una definición básica de la Naturaleza, sin matices. Era el Antauros.

Su rugido nos puso los pelos de punta. Pero curiosamente, no se lanzó a correr de frente contra el escorpión. No, lo que hizo fue dar un salto que lo llevó a agarrarse de mi cesta (por los dioses, qué miedo pasé), pasó junto a mí sin siquiera mirarme, y empezó a trepar cuerda arriba, hacia la cúspide del Puente.

La jinete del escorpión sonrió malignamente, y espoleó a su montura en su persecución. Me encogí como una rata cobarde dentro de la cesta cuando el monstruo llegó a la base del pilar, clavó sus ocho patas en él, y empezó a subir a una velocidad realmente arácnida. Cuando me pasó rozando, estuve a punto de vomitar: ¿se imaginan la cantidad de detalles del cuerpo de una aberración demoníaca que se hacen palpables cuando la tienes a menos de diez centímetros? Demasiados como para que los soporte una mente cabal. Para empezar está el olor, esa peste a

podredumbre y a descomposición proveniente del más profundo infierno, que puede dañarte la nariz para siempre y hacer que no vuelvas a respirar nada más, en toda tu vida, aparte de esa miasma pestilente. Luego están los detalles en su cuerpo, como las pequeñas celdillas peludas que lo componen, el mapa epidérmico de un proboscídeo estilo

Yaggoth-Samoth

y otras blasfemias rumoreadas; o su sangre, que manaba a chorros del agujero que en tiempos fuera su cola. Un emplasto negro y purulento, expulsado por cánulas vivificadas por una especie de animación ofidia.

Gracias a Exerpes, pasó como una exhalación junto a mí sin siquiera hacerme caso, aunque tuvo el mal gusto de mancharme con su icor pagano. Eso sí que me hizo vomitar hasta la primera papilla que a buen grado tuvo la gracia de darme mi madre, que en gloria esté. Era una carrera en vertical: Dunn (perdón, el Antauros) subiendo como una culebra por la cuerda, y la pesadilla octópoda trepando detrás, dispuesta a triturarlo con la única pinza que le quedaba. En la mano de la hechicera desnuda empezaban a condensarse las energías de un nuevo conjuro…

Mientras todo esto sucedía, muy por encima de nosotros, Donnegar y Damantis estaban llegando (¡por fin!) a la cima.

4

La primera mano que tocó la baranda del puente fue la del acrol. Tanteó, en busca de un punto de agarre, y cuando lo encontró tiró del resto del cuerpo. Donnegar subió, exhausto, y ayudó a la corsaria a completar también su escalada. Yara subió la última.

Cuando ambos estuvieron arriba, sentados sobre la misma balconada que daba al vacío, miraron a su alrededor. Y vieron que estaban rodeados de gente.

Los Onymodos estaban callados, mirándolos con absoluta tranquilidad. Y dieron gracias por ello, ya que de haber sido unos tipejos violentos y dados a no despreciar ningún aporte de carne en su dieta (ni siquiera de la humana), con lo cansados que estaban

poco habrían podido defenderse. Pero no les atacaron, sino que se limitaron a estar allí, de pie, mirándolos con parsimonia. Quizá esperando a que fuesen ellos los que rompieran el hielo, y explicasen a qué venía tanto caos.

Describir a esta gente me resulta jocoso, ya que si debo fiarme del relato de Donnegar y Damantis, eran tipos bastante peculiares. Su vestimenta consistía en una cinta única de gasa enrollada en torno al cuerpo, que los hacía parecer momias (si tenían agujeros por algún lado para facilitar las funciones corporales, eso Donnegar no lo vio, y tuvo la decencia de no preguntarlo). Pero lo más gracioso estaba *sobre* sus cabezas: todos llevaban unos sombreros que no eran tales, sino plataformas horizontales mantenidas en alto mediante un complejo sistema de palitos, que se apoyaban en su cráneo y en sus hombros. Para colmo, la parte superior de estas plataformas estaba sembrada, algunas de hierba verde, otras de flores, etcétera, de modo que cada uno de ellos parecía llevar sobre la cabeza un pequeño y rectangular trocito de jardín.

Donnegar contuvo las ganas de reír, igual que la corsaria, ya que eso habría sido una grave afrenta al protocolo. Pero ganas había, desde luego; el aspecto de esas gentes era realmente ridículo.

—¿Quiénes sois, y por qué habéis subido por la cuerda de la vida hasta nosotros?, —preguntó uno de ellos, el más anciano. Su «jardín» particular estaba cubierto de setas.

—Este… discúlpenos, por favor —dijo Donnegar, poniendo cara de jugador de cartas—. En modo alguno queríamos molestarles, pero era imperativo que subiésemos hasta aquí. Somos los que velamos por el bienestar del niño llamado…

—Yerem —completó el anciano de los hongos. Y tanto Donnegar como su compañera tuvieron que recoger la mandíbula del suelo.

—¿C… cómo saben eso?

El viejo les premió con una sonrisa llena de agujeros.

—Podemos tener un aspecto ridículo ante los ojos de los de abajo, pero no somos estúpidos. —Las vocales se colaban por los agujeros más anchos de su dentadura, las consonantes por los más pequeños—. Hemos consultado al oráculo, hemos visto las señales. Sabíamos que este día se acercaba, y que los Dioses habían elegido nuestra casa como escenario para su más reciente auto. Así que cuanto antes acaben, antes nos dejarán en paz. Ya lo tenemos todo

listo.

Señaló una zona del centro del Puente, donde había un dibujo en el suelo que recordaba a tres pentagramas de distinto radio que compartieran centro. Ahora que miraba, Donnegar se sorprendió por lo que había allá arriba: las casas donde vivía aquella pobre gente eran poco menos que agujeros en la antigua estructura, cerrados solo por cortinas, toldos o materiales de desecho subidos seguro desde el mundo de abajo. Cosas que a los de Tsochar les sobraban, o que consideraban basura, que ellos convirtieron en materiales con los que construir su paraíso en el techo del mundo.

Donnegar se preguntó qué clase de impulso llevaría a las personas a encerrarse voluntariamente en un sitio como aquel. Tan aislado, tan pequeño. Tan ausente de las cosas que volvían hermosa la Naturaleza. Él jamás podría resignarse a vivir separado de sus caminos y de sus prados sin fin, de sus colinas o de sus montañas. Antes que honrar a su dios mediante una reclusión voluntaria, preferiría mil veces hacerlo investigando con una caña y un sedal encerado en un río, batiendo aguas revueltas con un colorido cebo en busca de platijas de flancos brillantes.

—Permitiremos que el niño suba, pero tiene que llegar en el momento preciso, ni antes ni después. En la quincuagésima parte del día. El cincuenta es un número que place a los Dioses. Es el número total de Onymodos, la cantidad máxima de páginas de nuestro libro sagrado, y la cuantía de misterios sin resolver que quedan en el mundo. En cincuenta partes se divide la tierra, y hay otras tantas estrellas en el firmamento, todas las demás son reflejos. Sí, la quincuagésima fracción de un enigma es la que esconde el secreto de su resolución.

—¿Y cuál es el momento preciso?, —se enfadó Yara—. ¡Por Exerpes, ícenlo ya! ¿No ven que allá abajo está corriendo un peligro de muerte? Como el chiquillo muera por culpa de tu pachorra, dividiré tu cuerpo en cincuenta partes exactas… —Agarró su espada.

El viejo miró al cielo, leyendo pistas ocultas en el atlas de las nubes.

—Sí, supongo que ya es la hora. ¡Adelante!

Un grupo de cuatro Onymodos (hierba, hongos, flores y otra vez hierba) le echaron bíceps a un torno que enrollaba la soga, y esta

empezó a subir. Era la que sujetaba la cesta de *Dry* y Yerem.

—¿Saben para qué hemos venido?, —le preguntó Donnegar, que todavía jadeaba intentando recuperarse de su propio esfuerzo—. ¿Qué les ha contado su oráculo?

El viejo arrancó una seta de su sombrero y se la comió.

—Solo lo que los Dioses quieren que sepamos: que un cambio drástico está por darse, y que su primer paso tendrá lugar en este lugar santo. La Demostración de Yerem, la llamáis vosotros. El Comienzo del Fin, lo bautizó nuestra vidente.

—¿El fin? ¿El fin de qué?

El anciano se tragó la seta. Donnegar, que sabía un poco sobre el tema, habría jurado que era venenosa.

—Por lo pronto, de nuestro aislamiento voluntario de los asuntos de los demás. Nadie había pisado este suelo sagrado desde hace dos siglos, ¿lo sabía? Nadie que no quisiera abrazar voluntariamente nuestra religión.

—Cultivarla, es la expresión que está buscando —matizó la corsaria.

—No me gustan las profecías que hablan de finales —dijo Donnegar—. Son demasiado categóricas. Además, cada final de algo no es más que el comienzo de otra cosa. La rueda del Destino no deja de girar. Los finales definitivos solo ponen de buen humor a los necios.

El anciano sonrió.

—La esperanza es como la sangre: acude a la herida sin esperar a que la llamen. Me alegra que sea usted un hombre digno, y esperanzado; eso le ayudará a sobrevivir. Pero recuérdelo siempre, orgulloso clérigo de Exerpes: la soberbia nunca baja de donde sube, pero siempre cae de donde subió.

—¿Cree que soy soberbio por no dar pábulo a profecías escatológicas?

—No. Lo es por dar por sentado hacia dónde caerá la moneda del niño sagrado. Podría caer a la derecha… pero también a la izquierda. Ambos resultados son igual de probables. Pronto lo averiguaremos.

—Qué curioso —observó Yara—, son las mismas palabras que me dijo Dunn.

—Ese tal Dunn debe de ser una persona muy profunda,

entonces.

—Bueno… Si nos ponemos con refranes, la profundidad del agua no tiene importancia porque uno usa solamente la que está en la superficie. Así es Dunn: un hombre de superficies, no de profundidades.

Donnegar miró hacia abajo, por la baranda, y vio cómo subía poco a poco la cesta con la madre y el niño. Pero también otros dos elementos no tan tranquilizadores: al bárbaro, convertido en una bestia deforme y
ultra-musculada…
y al escorpión monstruoso, pocos metros por debajo de él, y subiendo rápidamente.

¡Oh, Varalkhimas, diosa de las rimas elegantes, dame fuerzas para cantar el épico final! Aquí nadie descansa, ni la musa de los sonetos asonantes, ni el ángel de los pies aliterados de yambo. Aquí toda la rima está al servicio de una acción dramática, y no esconderá ni los aciertos memorables, ni las pifias chocarreras.

Vi cómo el cesto de *Dry* y el niño empezaba a moverse otra vez, hacia arriba, y sin pensarlo dos veces salté a él. Con mi insensata acción estuve a punto de tirarnos a los tres abajo, pero la fortuna quiso que saliera bien, y los tres empezamos a ganar metros. ¡No quería quedarme abajo y conocer el desenlace a través de otros ojos, sino verlo de primera mano con los míos!

El camino hasta la cima era largo, lo que nos permitió asistir como espectadores a varios acontecimientos: en primer lugar, a la conclusión de la batalla de la plaza. Los arkitas eran numerosos, pero ya quedaban menos de dos docenas. Habían causado numerosas bajas entre los hijodalgos y los vranoi (que no estaban aliados; allí todos combatían contra todos), pero una vez abandonados por su líder estaban a medio paso de rendirse. Los bárbaros habían dado buena cuenta de los ingenios de asedio, la ballista y la briblata, no desmontándolos pero sí cortando las cuerdas que hacían posible su operatividad. Uno de los vranoi, valiente pero estúpido, incluso levantó por encima de su cabeza una de las bombas incendiarias, corrió media plaza con ella, y soltando un grito de furia la arrojó contra un barullo de hijodalgos y arkitas, que combatían muy mezclados. El estampido hizo volar por los

aires más de una armadura, más de una barda de caballo, y más de una máscara de cerámica, pero también liquidó a aquel imbécil. No me dio la más mínima pena.

La suerte de esa batalla estaba decidida, e iban a ganar los vranoi. Más cuando la líder arkita estaba metida en sus propios problemas: el escorpión había escalado a mayor velocidad el pilar de lo que Dunn podía subir por la cuerda. Y llegó hasta él más o menos a la altura del agujero abierto por la briblata. Allí se metió el bárbaro, y al darse la vuelta vio los quelíceros de la aberración prácticamente cerrados sobre él. Iba a morir, y lo sabía.

Por eso hizo lo que menos se esperaba la arkita: soltó un rugido que recordó el desafío territorial de un león, y saltó hacia delante. Hacia la cabeza del monstruo. Puso un pie sobre su racimo de ojos perversos, facetados… y se catapultó hacia la casamata de la jinete, en su cefalotórax. La pinza que quedaba sana golpeó el agujero, provocando una explosión de polvo y cascotes.

La mujer, para defenderse, lanzó uno de sus conjuros, que se concretó en un fuego azul que envolvió por completo el cuerpo de su atacante, quemándolo con la llama fría de los infiernos, un fuego que abrasaba pero que también paralizaba con la gelidez del helor más extremo. Dunn me contó, días después, que era como sentir grilletes de escarcha ardiente cerrándose en torno a sus huesos, fracturándolos, congelándolos hasta el tuétano. Era un dolor atroz y muy difícil de comparar con ninguna otra cosa de este mundo.

Pero él no era un humano normal: era el Antauros. Y todos los sufrimientos y agonías del inframundo no bastarían para detenerle.

El diamante sobre el que estaba sentada la mujer comenzó a brillar. La puerta dimensional se estaba abriendo de nuevo, y si las cosas se ponían feas le permitiría escapar. Pero Dunn se arrojó sobre ella y le agarró el cuello con sus poderosas manos. Era una imagen aterradora: él, con su cuerpo ardiendo en flamas azules, potentes, furibundas, aventadas hacia atrás por el propio viento del odio del dios Ark… negándose a retroceder ni un milímetro y retorciendo el cuello del avatar hasta el punto de ruptura.

—¡¡Muere de una vez!!, —gritó la mujer. Su voz sonaba tan brutal como un látigo—. ¿¿Por qué no te mueres, demonio??

Dunn soltó en ese momento sus manos del cuello, dejando de estrangularlo, y el avatar, en las últimas, concentró una gran bola

de fuego turquesa con la que pensaba incinerar de una vez por todas el cuerpo de su agresor. Y los brazos de Dunn se arquearon hacia atrás, por encima de su cabeza, sí… pero no era para rendirse, ni para sujetarse al toldo de la casamata… No, para nada. Era para agarrar el mango de su espada, que había sido *Nouspholikunn* (Media Luna Ascendente) pero a partir de aquel día sería conocida como *Helmiämatchkrr* (Partidora de Gemas). La espada que llevaba sujeta al tahalí por la espalda, y cuyo mango de cuerda le prometió a la mano que lo empuñaba ser fiel a su ira, y convertirse en instrumento de su venganza.

Dunn, vestido de fuego azul, con la piel medio calcinada y levantándose en esporas negruzcas, descargó un único golpe con toda su furia, un tajo devastador, titánico. Y logró lo imposible: abrir en canal a la bruja, y golpear con tal contundencia el diamante que lo partió en mil pedazos. Yo, que lo observaba todo desde un lado (pues nuestra cesta estaba subiendo en ese momento más o menos a la par, junto al escorpión), tuve que cubrirme los ojos con las manos, porque el estallido de energía que emitió fue intensísimo. Era como si alguien le hubiese dado la vuelta a un saco que contuviera el poder concentrado de un Dios, liberándolo en una poderosa ola carmesí.

Varias cosas sucedieron muy rápido, quizá demasiado como para que el ojo pudiera seguirlas. Pero que cambiaron drásticamente el rumbo de las cosas.

La primera, que el avatar de Ark, loco de furia, miró hacia nosotros justo antes de morir y vio al niño. A Yerem. Vi su rostro detenido en un *impasse*, la boca helada en un aullido simiesco e insonoro. Queriendo marcharse haciendo el máximo daño posible, pues así es el corazón de los malvados, le lanzó al crío un proyectil, una pica de energía mágica directa a su corazón. Una flecha envenenada.

La segunda, que más por instinto que por raciocinio, *Dry* vio volar esa flecha, ese heraldo de muerte, y se colocó en medio para que atravesase su pecho y no el de su hijo. Y así sucedió: la saeta de pura energía mágica la encontró a ella, interpuesta entre el lanzador y su blanco, y la mató, helando e incinerando a la vez su corazón. Yerem vio caer el cuerpo de su madre al vacío, a la lejana plaza de abajo… y siguió con su expresión tranquila, desprovista de

emociones. Yo inicié un profundo grito de dolor, que surgía de mis pulmones pero había nacido en mi alma, pero aquel chiquillo ni siquiera parpadeó.

Por primera vez en mi vida sentí lo que debía ser estar cerca de las deidades que gobernaban allá arriba, en los lejanos atrios de los palacios zodiacales, observando el devenir de la Historia con una dejadez inhumana. Como si todo fuera un simple juego. Como si las alegrías o las derrotas de los humanos que les rendían pleitesía valiesen menos para ellos que las moléculas de aire que respiraban.

Y los odié, con toda mi alma. Odié a los Dioses, y a sus poderes, y a sus enseñanzas y catecismos, y a todo lo que representaban. Porque nosotros podíamos ser meros insectos miserables comparados con ellos, pero aun así merecíamos un respeto. Porque nuestros sentimientos, aunque humildes, seguían siendo muy reales, pero los suyos eran simplemente humo.

Lo tercero y último que sucedió fue que la explosión de energía mística, liberada por el diamante al hacerse añicos, desintegró tanto a la mujer avatar como al escorpión del pantano. Todos los arkitas supervivientes que lo vieron, desde abajo, lanzaron un grito de angustia extrema y se clavaron sus propias espadas, suicidándose en masa. Así acabó la pelea, pues los hijodalgos se estaban batiendo en retirada, buscando la solidez protectora de los muros de su guarnición, mientras la treintena de vranoi supervivientes comenzaba a lanzar hurras y gritos de júbilo, completos amos de la plaza. Habían ganado. Solo faltaba que una bandada de urogallos surgiera a sus pies y se sumara a la celebración con un alegre aleteo.

Yo abracé a Yerem, y vi con regocijo que Dunn no se había desintegrado también, sino que colgaba de un brazo, agarrado a la cuerda. Nos miraba con cierta tranquilidad, como si su mente se aislase del dolor de las heridas. Estas se estaban sanando a ojos vista, una facultad asombrosa del Antauros, como si la propia fuerza regeneradora de su rabia pudiese reconstruir también su cuerpo.

Y así acabó todo. Al menos la parte de la lucha. Ganamos, pero una profunda desazón se me quedó asida al alma, al ver el cuerpo inerte de *Dry* allá abajo, aplastado contra el suelo.

Sí, habíamos vencido a las fuerzas del Mal, pero no había sido una victoria sin coste.

5

Los Onymodos terminaron de izarnos, a nosotros y a Dunn. Cuando llegamos arriba hallamos lágrimas en los ojos de Donnegar y de Yara. Incluso la corsaria, que no había conocido íntimamente a la madre de Yerem, también lloró, porque entendía que el sacrificio que había hecho era el último y más extremo que podía hacer una madre: dar su vida por su hijo. Y eso la conmovió.

Cuando los Onymodos vieron al niño, notaron enseguida que había algo especial en él, y se arrodillaron. Podían percibir cosas que nosotros no, o eso parecía. Yerem, sin embargo, no les prestó mucha atención: miró instintivamente el círculo mágico que había sido preparado para él, con todos aquellos pentagramas… y se situó justo en medio.

Abrió los brazos, y un chorro de luz distinto del que había manado del diamante de Ark surgió de su cuerpo. Fue una columna de fuego blanco que subió a los cielos, partiendo en dos las nubes. Pudo verse a mucha distancia, por fuera de la ciudad y más allá de colinas, mares y montañas. Fue una torre de luz que apuntaba a lo alto, como si quisiera unir los misterios del firmamento con los más mundanos de la tierra. Nosotros nos tapamos los ojos para que el brillo no nos hiriera las pupilas… y en secreto, tanto Dunn (que ya había retornado a su forma humana) como Donnegar, y creo que también Yara, agarraron el mango de sus armas. Estaba claro que la Demostración de Yerem era una metamorfosis, y que de ella podía salir cualquiera de las dos caras de la deidad: ángel de bondad o demonio de destrucción. Las espadas estaban preparadas, por si acaso.

Cuando la columna de fuego blanco se extinguió, parpadeamos para ver qué había dejado tras de sí. Qué elección había hecho el Destino.

Y lo que vimos nos dejó con la boca abierta.

No había ningún ser plateado que encajara con los mitos de la cara bondadosa de Exerpes. Pero tampoco ningún torbellino de horror desatado que ejemplificara su faz maligna. El niño había desaparecido, y en su lugar quedaba una pequeña planta, en el suelo. Era un brote de algún tipo de árbol, todavía joven, y de color dorado.

Tras unos segundos de estupefacción, el que se adelantó fue el líder de los Onymodos, aquel simpático viejo. Cogió con extremo cuidado el brote, haciendo una cuchara con las manos con la que también recogió un poquito de tierra, y se lo plantó en su sombrero. Junto a las setas, justo en el centro de aquel diminuto jardín portátil.

—Vuestro Dios ha decidido mostrarse ecuánime, sin escoger ni un bando ni el otro —sonrió—. Está más allá de nuestros conceptos del bien y del mal. Ha elegido reencarnarse como un árbol, no como un ser humano, esta vez.

—Una metáfora de la vida… —entendió Yara—. De las cosas que crecen.

—Esto cambiará para siempre nuestra religión —barruntó Donnegar, sin saber qué conclusión sacar de todo aquello. Había sido la decisión de Exerpes, así que él la respetaría, aunque no la entendiera del todo—. Hasta ahora, los devotos del Dios habían rezado a una encarnación que se parecía a ellos, que era esencialmente *humana*. ¿Cómo cambiarán nuestras oraciones a partir de ahora si tenemos que rendirle pleitesía a una planta?

—No lo veas como tal —entendió Yara, sonriendo también. Acarició con infinita ternura el tallo que antes había sido un niño, y que ahora relucía hermoso a la luz del sol—. Míralo como un ser vivo; es a eso a lo que adorarás, no a un vegetal o a un animal. Esencialmente, todos los seres vivos somos la misma cosa.

—Puede ser —dijo el ex-clérigo, no demasiado convencido—. Pero la esencia de una religión es pensar que tu dios se parece a ti y que por eso entiende y valora tus problemas. Por eso las personas humildes siempre crean imágenes con forma humana para representar a sus dioses. ¿Cómo se convencerán de que un árbol los comprende, ahora, y que sabe de sus sufrimientos más profundos?

—Hace poco nosotros adorábamos a tótems no humanos, de animales y plantas. Y nos bastaba con eso.

—Sí, pero entonces llegó la civilización. Y nuestros dioses aprendieron a compartir nuestras penurias, y se volvieron iguales que nosotros. Los construimos a nuestra imagen y semejanza, porque de no ser así… seríamos incapaces de fiarnos de ellos.

Yara le acarició la mejilla al acrol, y fue a refugiarse a los brazos de Dunn. El bárbaro la besó en la frente, y cerró los ojos,

disfrutando de la caricia del sol igual que Yerem.

—A lo mejor lo que nos hace falta es volver a una versión más sencilla de las cosas —dijo Yara, sus verdes ojos fríos como ágatas y su voz engañosamente serena—. De todo. Así quizá eso que tú llamas «civilización» dejaría de estorbarnos en nuestro camino.

Donnegar se quedó mirando pensativo al árbol de Exerpes. El anciano que se había ofrecido a cuidarlo arrancó otra seta de su sombrero, y se la comió.

Päatymannhen
(Epílogo)

Meses después, cuando la primavera empezaba a hacerse notar en los prados más bajos, recibí una visita inesperada. Aunque no por ello menos querida.

La ensenada que conducía a mi cabaña era estrecha, y tenía más vericuetos y complicaciones que un acuerdo comercial velmisio. Más allá del camino había un par de colinas jalonadas de grandes árboles que discutían entre ellos como viejos borrachos, usando el lenguaje del viento. Nunca estaban contentos, aquellos eucaliptos, y cada uno parecía quejarse de la holgazanería de los demás, como si aprovechasen de igual modo el calor del estío y la gelidez del invierno. Era una refinada habilidad adquirida por el mundo vegetal tras milenios de práctica.

A las sombras de esos árboles temblones llegó un visitante, un jinete montado a caballo. Iba vestido como un norteño, con capa de viaje y botas altas, pero no sé por qué, no me dio miedo. Yo me había quedado con un trocito de terreno para mí cercano a Tsochar, aunque en una zona no invadida por la marisma. Y allí había edificado mi casa, a la que llamaba con más fidelidad «retiro». Allí llevaba encerrado todos aquellos meses, tratando de hallar una manera de meter a mi musa en una jaula para pájaros, a la que acudir con alpiste cada vez que lo necesitara. ¿Quién dijo que las musas tenían forma femenina? No, las de los juglares tienen forma de canario.

El jinete me sorprendió cortando un poco de leña, fuera, y esperé a que se acercara apoyado en el hacha.

—¡Ah del camino!, —grité—. Si no es para comprarme una trovada, y mira que cada nota se vende a buen precio, no hallarás nada aquí de tu interés, viajero. No tengo comida ni lumbre que me

sobre, ni tampoco dinero para limosnas. ¡Así que apunta los belfos de tu rocín en otra dirección!

—¿Tan escasa se ha vuelto la hospitalidad de los bardos famosos, cuando uno de sus fans viene a visitarlos?, —preguntó el extraño, con voz masculina. Una voz que a mí me sonaba muchísimo.

—¡Donnegar!, —exclamé, dejando que el hacha descansara sobre su último mordisco al tocón. Corrí a recibirle—. ¡Por el Brote de Exerpes, cuánto tiempo! ¡Cómo me alegra verte!

—Y a mí también, viejo desafinador —sonrió, apeándose del caballo. Nos dimos un varonil abrazo. El acrol se había afeitado la barba, y parecía un hombre más joven. Su sempiterno cuervo le acompañaba subido a su hombro.

—Oye, por cierto, no vi a ese plumífero durante toda la batalla del Puente. ¿Dónde estaba?

Donnegar se arremangó una manga de su chaqueta de viaje, y me mostró unos tatuajes. Algunos representaban pájaros, otros serpientes y unos pocos, cisnes.

—Lo guardé en mi piel, en forma de tatuaje. No quería que me lo mataran con alguna flecha furtiva.

—¡Gggrraaacckk!, —graznó el volátil—. ¡Hombre previsor vale por tres! ¡O por medio cuervo!

—Cállate, pesado. Echo de menos la compañía de gente con brazos y piernas. —Me miró. Yo supuse que estaba incluido en aquella cálida demostración de afecto—. ¿Qué beben los bardos en esta parte del mundo?

—Un licor de corteza de naranja que deja un regusto a monodia inconclusa en el paladar, y del que aún me sobra una bota. ¡Ven, sígueme!

Entramos en el hogar. Me gustaba aquella mañana, que al principio se prometía tan aburrida, por la sorpresa que me había traído. En general me gustaban las mañanas, porque a esa hora el día estaba lleno de promesas, y las decepciones no llegaban hasta más tarde.

Le serví una jarra de licor, pero yo me reservé el fondo de la mezcla, el concho.

—¿Has compuesto mucha música?, —me preguntó—. ¿No te aburres aquí, solo?

—Ahora contemplo el tiempo desde otras tonalidades. Desde otras *totalidades*. He descubierto que mi musa también es un plumífero, igual que la tuya. —Le señalé una jaula para pájaros que había estado construyendo. Estaba sin terminar, y tenía la puertecita abierta. Pero su interior, por ahora, solo albergaba el vacío.

—Me alegro de que alguno de nosotros haya encontrado paz. Es un consuelo, en estos tiempos turbulentos.

—¿Cómo que «alguno de nosotros»? ¿Qué ha sido de los demás? ¿Les van mal las cosas?

Donnegar negó con la cabeza.

—No, tranquilo. Todos están bien, aunque muy atareados. Casi tanto como yo. Dunn y Yara han vuelto a la isla de Madhen, y están desmontando toda la parafernalia religiosa que usaban para exhibir los poderes de Yerem. En el nuevo aspecto de la religión de Exerpes, esas cosas, los templos, ya no son necesarios. Ahora los bosques se han convertido en templos, y las selvas en catedrales. Como vaticinó Yara, estamos volviendo a un estado más simple de las cosas.

—Me alegro. ¿Y cómo le ha sentado eso a la iglesia, quiero decir… al Mesianado?

—Fatal. La iglesia de Exerpes era básicamente un gran emporio comercial que hacía negocios con la fe de la gente. Ahora que los fieles sienten de manera intrínseca, en sus corazones, que ya no deben ir al interior de edificios a rezar, sino a los amplios y despejados jardines, el clero se está viniendo abajo. Se está arruinando, cortada toda su fuente de ingresos. Dentro de poco habrá una guerra, en la que lo que quede de la organización se aniquilará luchando contra sí misma.

—Vaya. Siempre guerras. Qué lata. ¿Es que nuestra civilización no sabe resolver sus problemas de otro modo?, —rezongué.

—Eso es precisamente lo que significa la palabra «civilización»: «Lo arreglo a hostias».

Reímos distendidamente. Me sorprendió reconocer que aquel hombre tenía una amplitud vital más honda de la que imaginaba. Más dulce.

—¿Y Damantis?

—Se hizo a la mar hace meses, y no la hemos visto desde

entonces. Supongo que tocará puerto alguna vez, más que sea para repostar. A lo mejor vemos ondear su bandera cerca de Madhen, huyendo de algún galeón al que habrá intentado abordar sin éxito. O a lo mejor viene para reclutar de nuevo a Dunn. Todas las capitanas piratas necesitan un lugarteniente.

—Creo que esa faceta suya no es la que más echaba de menos del bárbaro —dije con sorna—. O eso me sugirió de manera picante en un par de ocasiones. Tiene más que ver con la jarcia y la culebrina.

—Ya. Bueno, sea como sea, espero que tenga buen viento, siempre. Seguro que a Dunn y a Yara también les aguardan acontecimientos intensos, en el futuro. Esa gente no sabe estarse quieta.

Lo miré de reojo, intentando leer sus intenciones.

—¿Para qué has venido, Donnegar? ¿Qué necesitas de mí tras tantos meses, aparte de un buen vino y la charla adjunta?

—Estoy fundando una nueva secta dedicada al Brote de Exerpes, a su adoración como ente vegetal, representante de la vida en desarrollo. Ya somos unos cuantos fieles. Y vamos a necesitar un himno.

Reí, casi atragantado.

—¿En serio, es por eso? ¿Quieres música?

Lanzó una bolsa encima de la mesa. Por el tintineo que hizo al chocar tasé grosso modo el peso y valor del oro que contenía. Era mucho.

—Vaya, pues sí que se paga bien la música de iglesia —murmuré.

—Vete aprendiendo a tocar más instrumentos, porque si esto va bien pronto necesitaré algo que resuene con solemnidad en espacios llenos de ecos. Anfiteatros hechos de árboles altos como columnas.

—Qué bonito. Algo se podrá hacer, si es que mi talento da para tanto. Lo llamaré «synphone vegetatis». O «vegetanía», para abreviar. Lo que me preocupa es esa amenaza de guerra, provocada por el colapso del Mesianado y de su sistema de creencias. ¿Crees que nos afectará aquí?

Donnegar apuró la bota y salió de nuevo al exterior de la cabaña, donde pastaba su caballo. Nada parecía capaz de perturbarle, ni siquiera las profecías más funestas. Me pregunté si

ese recio autocontrol era una forma de rigor moral, o el fruto de una pasión de tan honda raigambre que no la rasgaban ni siquiera las musas del sexo o de la muerte.

Desde luego, era un hombre nacido para guiar a otros hombres.

—Si se desatase, empezaría en el norte, en la capital. E iría expandiéndose en todas direcciones a partir de ahí. Pero tengo confianza en que dure poco. Que sea todo lo contundente que quiera, pero que también sea breve.

—¿Por qué?

—Porque al fin y al cabo son un puñado de clérigos avariciosos peleándose por los despojos de su antigua teocracia. Su dios ha dejado de creer en ellos, así que, ¿quién más lo hará? Será complicado dejar todo lo que teníamos ya montado atrás, y encontrar nuevas ocupaciones en las que liar nuestras miserables vidas. —Miró al horizonte, donde el sol parecía, más que luz, un sonido llano colgado del aire limpio—. Como vaticinó Yara… las cosas tendrán que cambiar, aunque nos cueste.

—¿Sabes?, —le dije con una sonrisa—. Creo que tienes razón. Será difícil, ¿verdad?

Un canario se posó en mi alfeizar, y sin que nadie se lo pidiera, se metió solo dentro de mi jaula.

PHÄÄ

(Fin)

Notas

[1] Las provincias del reino de Inuria (que es deocracia) se dividen en janatos, y estos a su vez en turquedades y heraldías. La heraldía la gobierna un dago, que es el título nobiliario más humilde. De ahí sube hasta los turkus, diez de los cuales rinden pleitesía a un jan. A partir del jan ya son todos títulos eclesiásticos. < <

[2] Debido a la mayor cantidad de material noble por unidad y al especial proceso de acuñado de las monedas, el oro procedente de la capital tenía más valor crediticio y tasable que el acuñado en otras partes del reino. < <

[3] Los tótems de los vranoi se llaman suak. Sirven para manifestar la energía espiritual en el mundo material. La energía se canaliza conociendo el nombre verdadero del espíritu, el cual es la clave para controlarlo. Por eso, mientras la gente está viva es reacia (en el mundo civilizado, curiosamente, más que en el bárbaro) a dar su verdadero nombre. Creen que entonces podría alguien esclavizarlos después de la muerte. < <

[4] Composición melódica parecida a los raga tribales que se toca con chácaras y se fundamenta sobre todo en percussion. < <

[5] Según una antigua creencia, los dioses de la Esfera Inferior, que son los primeros en recibir las almas tras la muerte, son ciegos. Encuentran a los espíritus palpando el suelo y hallando dónde la sombra de los mismos deja un rastro de frescor. <<

[6] El portazgo era el impuesto que un guardabarreras cobraba a quienes querían cruzar determinados puentes, ríos o vados. <<

[7] Capa de piel de rumiante que constituye la única prenda permitida por el ádhibas, o conjunto de reglas de la tradición vranoi, en el caso de los hombres. Las mujeres pueden llevar otras prendas, sobre todo en lo tocante al adorno de su cabello, pero nunca sobre sus pechos ni tampoco de colores chillones. < <

[8] Arma larga de asta con tres medias guadañas soldadas en un extremo, y un contrapeso de piedra o metal en el otro. Las guadañas no conforman exactamente el filo unificado que requiere un hacha, pero son letales en el combate al combinar tres filos cortantes en configuración de rueda. < <

[9] Dios del comercio y los cambistas, que supuestamente vigila que toda transacción comercial le sea favorable a quien más sacrificios le haga en los altares. Curiosamente, también es la deidad de los aurigas. <<

[10] Carpintero especializado en fabricar remos para embarcaciones.
< <

[11] Caries. < <

[12] Literalmente, «rituales previos al milagro». Según la tradición de Exerpes, cuando la deidad deseaba manifestarse en el plano físico u obrar un prodigio, siempre avisaba tres veces. Entre estos avisos, los sacerdotes debían llevar a cabo una serie de enmarañados rituales heredados de los antiguos profetas. < <

[13] Flauta hecha a partir de huesos perforados a los que les han sorbido el tuétano los propios fabricantes, con sus labios. Por lo general tiene un sonido dulce y quejumbroso. < <

[14] Los maquillajes más antiguos que se conocen parten de bases de antimonio y hollín, tiza para blanquear el rostro, y algalia y castóreo para los perfumes. Los más olorosos almizcles se obtenían secando la secreción de los folículos prepuciales de algunos ciervos. < <

[15] Especie de bautismo practicado en los cultos mistéricos de Inuria. < <

[16] Así es como los físicos de Inuria llamaban comúnmente a las infecciones de cualquier tipo, aunque les atribuían un origen mágico, no bacteriano. < <

[17] Medida de peso equivalente a unos 370 kilos. < <

[18] Arma a distancia parecida a la ballesta clásica, pero con dos manivelas en la parte trasera que tiran de un elástico de carruaje, para recargarla más fácilmente. En el caso del arma de Donnegar, este sistema de poleas tira hacia atrás de dos carruajes distintos, uno para el disparo superior y otro para el inferior. <<

[19] Mazo enorme para romper piedras. En la guerra, versión gigante de un martillo de combate. < <

[20] Las provincias del mesianado de Inuria (que es deocracia) se dividen en janatos, y estos a su vez en turquedades y heraldías. La heraldía la gobierna un dago, que es el título nobiliario más humilde. De ahí sube hasta los turkus, diez de los cuales rinden pleitesía a un jan. Del jan para arriba ya son todo títulos eclesiásticos. < <

[21] Pólvora. < <

[22] Autismo. < <

[23] Octante de doble espejo usado por los marinos. < <